

Inés Torralba Arjona

LA VERDAD DE TUS MENTIRAS



Letrame
Grupo Editorial

Inés Torralba Arjona

LA VERDAD DE TUS MENTIRAS



Letrame
Grupo Editorial

Inés Torralba Arjona

LA VERDAD DE TUS MENTIRAS



Letrame
Grupo Editorial

© Derechos de edición reservados.

Letrame Editorial.

www.Letrame.com

info@Letrame.com

© Inés Torralba Arjona

Diseño de edición: Letrame Editorial.

Maquetación: Juan Muñoz

Diseño de portada: Rubén García

Supervisión de corrección: Ana Castañeda

ISBN: 978-84-1144-537-5

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor.

Letrame Editorial no tiene por qué estar de acuerdo con las opiniones del autor o con el texto de la publicación, recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

A Gabriel e Isabel. Mis raíces y mi origen.

.

«Quienes buscan la verdad merecen el castigo de encontrarla».

Santiago Rusiñol

ARACELI, MAYTE Y CLARA**Aquella noche****23 de febrero de 1981**

El anciano, enfundado en el enorme pijama azul que le habían obligado a ponerse en el hospital, intentaba bajarse de la cama con evidentes esfuerzos. Los puntos de sutura en su abdomen por su reciente intervención de una hernia inguinal le tiraban y le dolía con ferocidad. Pero no estaba dispuesto a que la enfermera le colocase la cuña para hacer sus necesidades. Después de pasar una guerra, una posguerra, una dictadura y lo que viniese por delante, a él no lo sentaba en un orinal ni el lucero del alba. Su compañero de habitación resoplaba de forma rítmica y sonora inmerso en un apacible sueño. Los calmantes que le habían inyectado después de la cena le habían hecho el efecto que el muchacho llevaba varias horas suplicando. Ni siquiera el sonido del transistor que el anciano tenía encendido perturbaba el descanso del joven paciente. El viejo agarró con la mano donde llevaba la vía que le suministraba el suero, el soporte de donde colgaba la bolsa, y con paso cansado lo arrastró con él gracias a las ruedecitas que tenía el artefacto. Al llegar al ventanal, se paró en seco. En mitad de la oscuridad de aquella fría noche de febrero, desde aquel punto en la cima de la colina del Puigfred, se divisaban las luces encendidas en infinitud de hogares, la ciudad no dormía. El anciano pensó que toda aquella gente estarían tan preocupados como él. No tenía intención en demorarse contemplando aquella panorámica porque la necesidad le apremiaba, pero las llamas que salían del interior de una casa que estaba en mitad de la cuesta que bajaba hacia el río Besós le hizo quedarse parado.

—Vamos a ver, alma de Dios. ¿Qué haces levantado? ¿Quieres que se te salten los puntos? —refunfuñó la enfermera que acababa de entrar en la habitación.

—Voy al váter —contestó el anciano.

—Pues me llamas y te pongo la cuña. ¿O es que no quieres que te vea el pajarito? Mira tú, cuántos remilgos. Yo estoy harta de ver de todo, así que tira para la cama. No quiero tener que salir corriendo luego porque la herida se te abra como un monedero. Arreando —sentenció la mujer con un tono susurrado pero enérgico.

—Hay que joderse con esta juventud —masculló entre dientes el enfermo—. ¿Has visto? Hay un incendio ahí abajo.

—Son unas casas abandonadas. Algún desgraciado, aprovechando el desmadre que hay hoy en todas partes, habrá querido liarla más. Pero no me cambies la conversación. Venga, a la cama —apremió la enfermera.

—Hostias de mujer, ya voy. Es que me duele.

—Pues ya sabes, como dice la canción, Manolete, Manolete, si no sabes torear, pa qué te metes. Ahora te aguantas. Y baja el sonido de la radio. No quiero que nadie se queje —indicó la mujer al anciano mientras lo ayudaba a meterse en la cama y sacaba la cuña para colocársela.

—Vale, la bajo, pero no voy a apagarla. Estoy escuchando la cadena SER. Es la única emisora que mantiene una línea abierta con el Congreso de los Diputados. Esto del golpe de Estado es una cosa muy seria. Hay que joderse, en este puto país parece que no vamos a tener paz nunca.

La enfermera le sonrió y movió la cabeza de forma afirmativa.

—Espero de verdad que esto, mañana, no sea más que un mal sueño.

Araceli

Araceli estaba sentada en el frío suelo del estrecho y anticuado cuarto de baño de su casa. Abrazaba con fuerza sus piernas, que tenía flexionadas y pegadas al pecho. La cabeza apoyada sobre las rodillas mantenía su rostro oculto. Solo en aquella especie de ovillo humano se podía intuir que era ella por su pelo negro ensortijado y corto. No podía llorar, aunque lo deseaba con todas sus fuerzas. Quizá no podía derramar lágrimas porque lo único que era capaz de segregar su cuerpo era ira. La humedad del sudor que cubría su piel se había enfriado, y a pesar de estar completamente vestida, empezó a sentir escalofríos. Una leve tiritona se empezó a apoderar de su cuerpo. Acurrucada en aquel pequeño espacio embaldosado, entre el bidé y la bañera, reconoció cómo en su interior se desplegaba un sentimiento de culpabilidad que castigaba su conciencia y, al mismo tiempo, la rabia que seguía corriendo por sus venas alimentaba su sed de venganza. La dulce, callada y comprensiva Araceli había desaparecido engullida por una nueva Araceli desconocida hasta para ella misma.

—Abre, Araceli, por favor —le pedía suplicante, por décima vez, su hermana Marta.

Araceli parecía no escuchar las súplicas de Marta. Estaba absorta en sus pensamientos, ausente y desconectada de aquella realidad.

—Esto es una locura. Venga, Araceli. Neus ha metido en la cama a mamá y está con ella. No debes preocuparte, por favor, ábreme, necesito ver cómo estás. Venga, reina —insistía Marta haciendo gala de una enorme paciencia, a pesar de estar nerviosa y asustada por el estado en el que se encontraba su hermana menor.

Marta esperó unos segundos y, al no recibir ninguna respuesta del interior del aseo, decidió pasar a la acción. La actitud de Araceli no era normal y empezó a temer que hubiese hecho alguna locura.

—Está bien. Si no me abres, voy a tirar la puerta abajo —advirtió Marta algo alterada. Y comenzó a dar empujones a la puerta del baño.

Los contundentes golpes que la chica, ya en un estado de máximo nerviosismo, propinaba sobre la endeble puerta llamaron la atención de Araceli. Clavó sus hermosos y ahora delirantes ojos azules en el pequeño pestillo que aseguraba su aislamiento. Observó como, con cada acometida de su hermana, el viejo cerrojo se iba resintiendo hasta que la madera que sujetaba el destartado mecanismo de cierre cedió. El pestillo saltó por los aires junto con un puñado de astillas, y la puerta finalmente se abrió. Marta corrió hacia su hermana y se arrodilló frente a ella.

—¿Qué ha pasado, Araceli? Por el amor de Dios, dime qué te ha pasado —le rogó mientras le acariciaba la cara con ternura, aunque la observase con un gesto de incompreensión

—Nada, no ha pasado nada —contestó Araceli.

—Vamos, Araceli. Mírate, solo hay que verte. Tienes los labios reventados. Por favor, cuéntame qué te ha pasado.

Araceli soltó sus piernas y con su mano derecha se palpó la boca. Un gesto de dolor se dibujó en su rostro. Ese mohín se transformó rápidamente en una mueca de horror, cuando al volver a colocar la mano sobre su rodilla vio su palma manchada de sangre reseca.

—No ha pasado nada. ¿Me oyes, Marta? Nada. Si me quieres, no me volverás a hablar nunca más de esta noche. Te lo ruego, júramelo, júramelo por la memoria de papá —suplicó Araceli con desesperación en el gesto y en la voz.

Marta sintió cómo se le encogía el corazón. Araceli era la pequeña de las tres hermanas, y aunque las cosas nunca fueron fáciles para ninguna, en Araceli todo había sido especialmente duro. Sin entender, sin comprender y sin recibir explicaciones, Marta se abrazó a Araceli, aceptó su deseo y lloró sentada a su lado en el suelo de aquel minúsculo y humilde cuarto de baño.

Mayte

Mayte frotaba con energía la esponja contra su cuerpo. Parecía querer arrancar de su piel una capa de suciedad que solo resultaba visible a sus ojos. Nunca había experimentado una sensación de asco tan profunda como la que la embargaba en ese momento. El ruido del agua al caer sobre su cuerpo y después repiqueteando sobre el plato de ducha disimulaba su llanto profundo y doloroso. Tampoco nunca su llanto le había sabido tan amargo.

La voz de su padre sonó estruendosa, como siempre. La apremiaba de malas maneras a que terminase su ducha.

—Venga, María Teresa, acaba ya, hostias. Que el agua la pago yo, ¿o es que piensas que es gratis? —gritó el señor Bermejo desde el pasillo.

Mayte cerró el grifo y se quedó unos instantes parada mirando como el agua espumosa que cubría sus pies se escapaba por el desagüe. Necesitaba unos segundos para contener su llanto y recomponerse. De forma casi automática, se envolvió la cabeza con una toalla y con otra de

mayor tamaño se secó el cuerpo. Se puso un pijama de franela y sobre este se colocó una bata de pirineo. Era solo un acto reflejo y cotidiano. La reiteración de una rutina. No tenía frío, no era capaz de percibir nada que no fuera su angustia. Cuando pasó la toalla por el empañado espejo del cuarto de baño y vio reflejado en él su rostro demacrado y crispado, volvió a la realidad. Sintió que el mundo se había hundido con ella dentro. Antes de salir, abrió la puerta del armario donde su madre guardaba la batería de medicamentos, sacó del blíster del diazepam dos pastillas y se las guardó en el bolsillo de la bata.

Salió del baño y se encaminó hacia el lavadero con la ropa que se había quitado hecha un gurrño. Intentó que su paso por el comedor fuese casi inadvertido para sus padres, pero no lo consiguió. Ambos estaban frente a la televisión donde se emitía una película que ninguno de los dos estaba viendo y que mantenían casi sin volumen. Joaquín Bermejo tenía, junto a él, un aparato de radio encendido y escuchaba los avances informativos al tiempo que miraba la pantalla de la tele sin mucho interés. Manuela sentada en una silla cosía los bajos de un pantalón sin hacer aprecio ni al televisor ni a la radio.

—Venga, ahora mismo a la puta cama. No hacéis más que lo que os da la gana. Estoy hasta los cojones de vosotros. Igual lo que se necesita es que estos de verde que andan en el Congreso pongan las cosas en su sitio. Demasiada libertad —gritó el padre al verla pasar.

Manuela dejó la ropa que cosía sobre el costurero que tenía sobre la mesa y siguió a su hija en silencio. La alcanzó en la cocina y susurrando, con ese tono temeroso y asustadizo que utilizaba cuando su marido estaba enfadado, le habló:

—En la nevera tienes un bocadillo. Llévatelo a tu cuarto y que no te vea tu padre. Hija, a ver si dejas de comportarte como una loca y obedeces de una puñetera vez.

Mayte no contestó, aunque Manuela ni siquiera le dio esa oportunidad. La mujer salió de la cocina rápidamente para volver a su tarea en el comedor. La muchacha salió al lavadero y metió su ropa en el interior de la lavadora. Acabó de llenar el bombo con la ropa sucia que estaba en la cesta y la puso en marcha. Sin perder demasiado tiempo salió del lavadero arrastrando su culpa, su pena, pero dispuesta a borrarlas de su alma. Bajo la bata escondía un botellín de cerveza de los que su padre tenía almacenados junto al armario de las herramientas. Una vez sentada en su cama, a solas con su tragedia, introdujo un diazepam en su boca y lo hizo deslizarse por su garganta con un largo trago de cerveza. Rebuscó de nuevo en el bolsillo de su bata y con la segunda pastilla en la mano esperó que se produjese el milagro.

Clara

En la casa de Clara se respiraba un silencio opresivo, doloroso, casi fúnebre. Clara iba y venía por su habitación nerviosa, casi ansiosa. No podía dormir. La necesidad de marcharse y dejar todo atrás la espoleaba con fiereza. Nada la retenía allí porque aquel no era su sitio. Todo lo que había pasado era injusto, inmerecido y cruel. Quería olvidar, desprenderse del pasado y renacer lejos de allí.

La puerta se abrió de repente y su madre con el rostro compungido entró llevando en la mano una taza de manzanilla.

—Clara, deberías descansar. Todos deberíamos descansar —dijo mientras le acercaba la taza

—No deberías entrar sin llamar, mamá. No necesito nada. Y solo descansaré cuando me vaya de aquí. Por favor, déjame sola. Y tómame tú la infusión, a ti sí que te hace falta.

—Pero ¿no te da vergüenza hablar así? Has traído la desgracia a esta casa —dijo Montse, la madre de Clara, en un arrebato de esa rabia que tenía contenida y atrapada en su desconsuelo.

—Sí me da vergüenza. Me da vergüenza estar rodeada de zafios, ignorantes y capillitas. Por eso me voy, no quiero seguir pagando por los pecados de otros. Vete, por favor, déjame sola — contestó Clara en un tono sosegado pero que dejaba intuir su rabia.

Montse se echó a llorar y sin querer entrar en una lucha estéril salió de la habitación de Clara. La doliente mujer se encerró en su cuarto y se dejó inundar por la perplejidad y desesperación que le provocaba la actitud de su hija.

Clara, enfadada y rabiosa, abrió la maleta que tenía sobre el tocador. Con la mandíbula apretada por la furia, comenzó a revisar el interior, a comprobar que todo lo que estaba en ella era realmente lo que deseaba llevar en aquella desesperada huida. En aquel registro exhaustivo, que había iniciado por puro nerviosismo, se topó con una sorpresa. Entre dos prendas tocó un objeto duro que ella no había puesto allí. Introdujo la mano y sacó de entre la ropa una fotografía enmarcada. Imaginó que su madre la había puesto allí, en un intento desesperado de remover en su hija el recuerdo de los mejores momentos de su vida. Era la fotografía que se habían hecho las tres amigas la noche de la verbena de san Juan del verano anterior. La imagen de Araceli, Mayte y ella misma, felices y exultantes sonriendo a la cámara, le hirió los ojos. Allí, juntas y agarrándose por la cintura para posar, parecían seguras y convencidas de ser poseedoras de su destino, de estar inmunizadas contra la fatalidad. Clara la miró durante unos segundos y sus ojos reflejaron desdén. Con todas sus fuerzas, estrelló el marco contra el espejo del tocador. El vidrio se cuarteó y del impacto saltaron varios trozos de cristal. Clara no iba a permitir que su vida se hiciese pedazos de la misma manera, por eso había utilizado todo lo que estaba a su alcance para conseguir sus objetivos.

CLARA

El regreso

13 de noviembre de 2015

Faltaban cinco minutos para que dieran las seis de la tarde cuando Clara consultó su elegante y caro reloj de pulsera. El cielo había empezado a oscurecerse y apenas se veían los últimos destellos anaranjados de un sol que ya había desaparecido en el horizonte. En pocos minutos, la oscuridad se adueñaría de todo y el paisaje desaparecería bajo la opacidad de la noche. Dándose por vencida, cerró el libro que intentaba leer desde que el tren se puso en marcha en la estación de Atocha. Nada ajeno a ella le impedía la lectura, pero su mente vagaba dispersa e incapaz de concentrarse. El subconsciente parecía ganarle la partida y, de forma tozuda, se revelaba y rescataba de su memoria recuerdos de un pasado lejano. Todo aquello que ella se había esforzado en enterrar bajo una espesa capa de olvido y desdén se manifestaba con rotundidad en su conciencia. Había iniciado este viaje completamente convencida de lo acertada y necesaria que era su decisión, pero eso no le impedía sentirse nerviosa y temerosa del resultado. Era una sensación parecida a lo que sentía cuando de pequeña se enfrentaba a un examen que no había preparado y de camino al colegio aparecía en su ánimo el miedo, el remordimiento y el deseo de que el dramático momento de enfrentarse con el examen pasara pronto y comprobar lo antes posible si la suerte le había sonreído al salir airosa del trance o debía resignarse con el desastroso resultado previsto. Sabía que su estado de ansiedad era consecuencia de la incertidumbre que le producía enfrentarse al juicio y, probablemente, al veredicto de aquellos a los que ella un día había condenado sin piedad al olvido. Entendía que rendir cuentas no iba a ser fácil, pero en ese momento de su vida era mucho más asfixiante vivir con el peso de la culpa. La decisión de su regreso había estado tomada con la misma firme convicción que la llevó en su juventud, cuando apenas había cumplido los dieciocho años, a alejarse para siempre de la ciudad donde había nacido y crecido. Renegando conscientemente de sus orígenes, enterró en lo más profundo de su memoria cualquier recuerdo para evitar que el remordimiento se apoderase de ella y la apartara de sus objetivos. Ahora regresaba impulsada por la imperiosa necesidad de vaciar su alma, de sanar su conciencia y de reconciliarse con su repudiada y olvidada ciudad. Y aún más, con los que allí dejó. Clara ya no era la misma de antes, los efectos de su imparable deterioro físico y su delicada salud le habían socavado el carácter de mujer sociable, alegre, segura y persuasiva, convirtiéndola en una mujer arisca, intolerante e irascible. Todo lo ocurrido en el último año pesaba sobre ella como una losa y pensó que solo reconocer sus errores le concedería un poco de paz.

Guardó el libro en el bolso negro de Louis Vuitton que descansaba entre sus piernas en el suelo y se recostó nuevamente en la butaca intentando relajarse; dejó de luchar por mantener la atención

en la lectura y permitió volar a su pensamiento. A través de la ventanilla no se podía ver nada más que oscuridad, apenas dedicó unos instantes en recapacitar sobre la tristeza que le producía que anoheciera tan temprano, aunque eso fuera lo habitual en el mes de noviembre. Finalmente, sus ojos se perdieron en la inmensa negrura del paisaje y entró en un estado casi hipnótico. Los recuerdos cercanos y lejanos se mezclaban y se sucedían sin orden en su cabeza, como un documental dirigido por un inepto o un demente. El sonido de la megafonía interior del vagón la sacó súbitamente del trance en el que se había sumido. Avisaba de la proximidad de la estación de Tarragona. A Clara ya apenas le faltaba media hora para llegar al final de ese trayecto que acabaría en la estación de Sants en Barcelona. Algunos viajeros comenzaron a moverse, se levantaron de sus asientos, cogieron sus equipajes y se colocaron en la plataforma frente a la puerta de salida para ser los primeros en bajar en cuanto el tren parase en la estación. La joven que estaba sentada junto a Clara también comenzó a prepararse. Bajó del portaequipaje el chaquetón tejano, el fular de flores y la maleta que cuidadosamente había colocado cuando subió al vagón en la estación de Atocha. Durante todo el viaje no se habían dirigido la palabra, excepto cuando Clara tuvo que ir al aseo. La joven había pasado todo el viaje navegando en su portátil con los auriculares puestos. Dos horas donde ambas mujeres habían ignorado sus presencias recíprocamente. Al parar el tren, la joven inició el camino hacia la salida y emitió un escueto adiós dirigido a Clara acompañado por una leve sonrisa. La mujer le respondió educadamente y pensó que había sido una perfecta compañera de viaje. Solo unos meses atrás, Clara disfrutaba de una interminable vida social, le gustaba ser el centro de cualquier reunión y no perderse ningún evento importante. Pero ahora la soledad y el silencio eran su máximo anhelo.

El tren se puso en marcha nuevamente y Clara giró la cabeza de forma automática hacia la ventanilla. Parecía querer cerciorarse de que el tren se ponía de nuevo en movimiento, y entonces reparó en la imagen que reflejaba el cristal: su propia imagen. La oscuridad del exterior y la luz del pequeño foco que pendía sobre su cabeza le confería un aspecto más cadavérico que nunca. Ante sus ojos tenía a una mujer extremadamente delgada, con un rostro huesudo surcado por arrugas en su frente y alrededor de su boca, fruto de la delgadez más que por efecto de la edad. En su cara y en su cuello, a pesar del maquillaje, se podían apreciar algunos derrames producidos por el esfuerzo que le provocaban los vómitos. Alrededor de sus enormes y tristes ojos marrones se extendían unas oscuras y profundas ojeras difícilmente enmascarables, que dejaban patente el enorme sufrimiento físico y emocional que estaba padeciendo.

—Por mucho que se empeñe Vicente en darme esperanzas, soy la viva imagen de un cadáver, puta enfermedad —se dijo para sí.

Habían pasado ya once meses desde el diagnóstico. Una pérdida de peso súbita junto con algunos episodios de asfixia cuando realizaba algún esfuerzo la llevaron a consultar al médico.

—Tengo los resultados de la analítica y de las pruebas —dijo con gesto grave el doctor Ibáñez al tiempo que la invitaba a sentarse en el cómodo sofá que tenía en el despacho de su consulta privada. Además de ser su médico, mantenía una relación de amistad con la familia—. Pensé que vendrías con Laura. No le has dicho nada, ¿verdad?

—Venga, Vicente, tampoco será para tanto, vamos, cuéntame ya —le espetó Clara, impaciente.

—Tienes mielofibrosis primaria, es una enfermedad muy poco frecuente —comenzó a explicar el médico y, sin dejarlo terminar, Clara lo interrumpió:

—Mira, Vicente, a mí háblame en cristiano —dijo con todos los músculos de su cuerpo y de su rostro tensionados.

—Es un tipo de leucemia. Es una enfermedad muy grave.

En ese momento, Clara fue consciente de que todo su mundo acababa de estallar y saltar por los aires hecho añicos. Apenas era capaz de escuchar las explicaciones que le daba el médico, lo veía mover la boca, pero no entendía lo que le decía. Se había quedado bloqueada porque tenía la absoluta certeza de que cuando el doctor utilizó el término «muy grave», lo que estaba intentando decir era incurable. Desde ese momento, su día a día se convirtió en una lucha feroz por seguir adelante. Ella siempre dirigió su vida y se esforzó por ganar prestigio, posición social, reconocimiento y una situación económica envidiable. Lo había conseguido todo, había alcanzado sus metas. Así que, ante este revés de la vida, no estaba dispuesta a perder y luchó con la misma vehemencia, pero con desigual resultado. Con el transcurrir de los meses, los estados anímicos se habían sucedido e incluso se mezclaban, componiendo un cóctel emocional que hacía difícil la convivencia con los demás y que incluso ni ella misma era capaz de comprender ni asimilar. Pasó por la negación, la depresión, la rabia, la ira, hasta llegar a una aceptación impuesta por su necesidad de poder seguir llevando las riendas de su vida. No se daba por vencida, pero ahora era capaz de asumir su situación. Podía mirarse a un espejo sin derrumbarse, se había resignado a ver a una Clara muy diferente de la que había sido. Aquella mujer, con un aspecto físico inmejorable y triunfadora en todas las facetas de su vida, se diluía tras la figura triste y solitaria de una mujer de cincuenta y tres años al borde del abismo.

Sin un minuto de retraso, el AVE hizo su entrada en la estación de Sants. Clara no se movió de su asiento. Observó que el resto de los pasajeros se levantaba, recogía sus maletas y se agolpaba en la plataforma de salida y ocupaba el pasillo. La gran mayoría lo hacía incluso antes de que el tren frenara completamente, con los consiguientes empujones y golpes fortuitos que ese ir y venir conllevaba. Contemplando aquella escena, como por asociación de ideas, le vino a la cabeza los documentales de televisión sobre la fauna africana. Aquellos donde las manadas de ñus o de cebras, al pasar por un desfiladero o cruzar un río repleto de cocodrilos, se amontonaban, se embestían y se pisoteaban, impulsadas por el primitivo y natural instinto de supervivencia. Sin embargo, lo que movía a aquella gente a atropellarse e intentar salir la primera solo obedecía a la artificial necesidad humana de no perder ni un minuto de tiempo. Un tiempo que la mayoría dilapidaría en estupideces, e incluso peor, no serían capaces de saber disfrutar. Clara, muy a su pesar, era consciente de que su tiempo se consumía imparable, que sus minutos si eran valiosísimos y por esa misma razón no tenía prisa. Ella ya no necesitaba correr para disfrutar de sus minutos. Sentirse viva ya era suficiente motivo para disfrutar. Una vez sola en el vagón, comenzó a recoger sus cosas con tranquilidad, aún le quedaba un trecho hasta llegar a casa de sus padres en Santa Coloma de Gramenet, su ciudad natal.

Santa Coloma de Gramenet era una ciudad que, a finales del siglo XIX, era un pequeño pueblo donde veraneaban algunas familias adineradas de la burguesía catalana. Y hoy, con el transcurso

de la historia y como consecuencia de la industrialización, los procesos migratorios mal gestionados y la evolución de un progreso mal entendido se había convertido en una ciudad dormitorio, sobrepoblada y cosida por sus costados a otras ciudades del área metropolitana de Barcelona por efecto de su expansión física. Una ciudad con un alma de ladrillo y cemento que ahora se mostraba como un insólito crisol de culturas, religiones y razas de difícil equilibrio.

Clara, en aquellos últimos meses, había hecho inventario sobre su vida y mirando la trayectoria de ambas, de ella y de su ciudad, había llegado a la conclusión que las dos habían sido víctima y verdugo al mismo tiempo de sus propias circunstancias. La ciudad había ido creciendo y dejando atrás su propia esencia, y ella también lo había hecho. Recordaba con nostalgia a aquella chica de barrio que quiso vivir muy deprisa y que actuó con la inconsciencia o el egoísmo que lleva aparejada muchas veces la juventud, sin medir las consecuencias que eso acarrearía en una sociedad donde convivían en pugna lo antiguo y lo moderno, la libertad y la represión, los prejuicios y la tolerancia.

Arrastrando una enorme maleta por el andén, subió a la primera planta utilizando el ascensor, rebasó las primeras puertas y atravesó la estación con lentitud en dirección a la puerta de salida a la calle. A pesar de su delicado estado de salud, Clara no había querido renunciar a llevar en este viaje todo lo que considerase necesario, porque una de las pocas cosas que no habían sido desterrada o modificada en su nueva cotidianidad, era su coquetería.

«¡Joder, qué cansancio! Parece que lleve el baúl de la Piquer en su gira americana. Pero antes muerta que sencilla», pensó y esbozó una melancólica sonrisa al descubrir un destello de su ácido sentido del humor.

Una vez en la calle, localizó rápidamente la parada de taxis. Se encaminó hacia el primero de la fila de vehículos negros y amarillos que esperaban pacientemente a que un cliente se acercara para utilizar sus servicios. El primer conductor estaba apoyado en la puerta de su taxi charlando animadamente con un grupo de compañeros que le rodeaban. Al ver acercarse a Clara, que arrastraba aquella enorme maleta e imaginar que iba a solicitar su servicio, dio un par de enormes zancadas, se plantó ante ella y se brindó a ayudarla. Visto desde lejos, el aspecto del taxista era fiero y rudo, un hombretón musculado y con la cabeza rapada que había despertado cierto recelo en Clara. Pero al tenerlo delante, comprobó que su rostro redondo, sus ojos pequeños y brillantes, unos mofletes abultados y colorados, junto con una sonrisa franca, le daban un aspecto de afabilidad que la tranquilizó.

—Bona tarda, deje que la ayude —dijo el hombre mezclando el catalán y el castellano.

—Gracias —dijo Clara. Le entregó la maleta y se subió al taxi.

El conductor colocó el equipaje en la parte trasera de su vehículo, regresó y se sentó al volante.

—¿A dónde la llevo?

—Voy a Santa Coloma de Gramenet, a la calle Jaume Gordi, donde está la iglesia mayor, ¿lo conoce? —respondió ella mientras se acomodaba justo detrás de él, colocando el bolso y el

portátil en el asiento a su derecha e intentando recobrar el aliento.

—Claro, sin problemas. ¿Por dónde quiere que la lleve, por el Paralelo o por Gran Vía de las Corts Catalanes? Avui es viernes y hay coches por todas partes. Cruzar el centro tiene su cosa, pero las rondas son siempre un caos del dimoni; además, en la salida de Potosí se monta un follón de padre y muy señor mío, tardaremos una miqueta —explicó el conductor.

Aquella forma de hablar mezclando el catalán y el castellano le resultaba muy familiar, algunos de sus viejos vecinos que eran catalanoparlantes tenían esa forma peculiar de hablar en castellano. En casa de Araceli, una de sus mejores amigas, solo se hablaba catalán y su madre, cuando se expresaba en castellano, lo hacía con un acento muy marcado y salpicando la conversación con palabras en su idioma materno. Resultaba divertido escucharla. También existía el fenómeno contrario con los castellanoparlantes, castellanizaban palabras del catalán que utilizaban con normalidad. Clara fue consciente de eso cuando se marchó de Cataluña y se dio cuenta de que utilizaba términos del castellano que no existían y que ella consideraba comunes. Como utilizar la palabra plegar por acabar de trabajar, pedir olivas por aceitunas o un pollo alast (pollastre a l'ast) por un pollo asado, hacer el vermut por tomar el aperitivo o despedirse con un adeu en vez de utilizar un adió. Escuchar hablar a aquel hombre diciendo avui, dimoní y miqueta en mitad de la conversación la rejuveneció.

—Me hago cargo, no se preocupe, mejor vamos por Gran Vía —respondió rápidamente y de forma tajante. No sabía qué itinerario sería el mejor, le daba un poco lo mismo. A ella, en el fondo, el tráfico y el atasco no la preocupaban demasiado, lo que quería evitar a toda costa era iniciar una de esas animadas conversaciones taxista-cliente; una situación que en el pasado había protagonizado en más de una ocasión y que entonces le resultaba divertida, pero que ahora la incomodaba.

—Pues vamos —dijo el hombre, giró la llave de contacto y puso en marcha el taxímetro—. ¡Fins després nois! —se despidió de sus compañeros que todavía permanecían al lado del coche y, ya en marcha, subió el cristal de la ventanilla.

Clara sacó el teléfono móvil del bolso, desconectó el modo avión y comprobó que había recibido una gran cantidad de wasaps, sobre todo conversaciones en los grupos en los que ella estaba agregada pero que desde hacía tiempo tenía silenciados y en los que apenas intervenía. Antes eran una valiosa herramienta para llevar al día su agitada vida social, pero con sus actuales circunstancias habían pasado a ser un martirio. Tenía varias llamadas perdidas y mensajes de Laura, además de algunos SMS publicitarios.

—En cuanto llegue a casa la llamaré, se preocupa demasiado —pensó mientras le enviaba un mensaje por medio de WhatsApp anunciándole la intención de charlar más tarde con ella. El recuerdo de Laura le producía una inmensa felicidad y pensar en perderla la desesperaba.

Cuando alzó los ojos de la pantalla, se encontraba circulando por la calle Tarragona, muy cerca ya de la plaza de España. A lo lejos, distinguió la inalterable y majestuosa presencia de las dos torres que franquean el paso a la avenida Reina María Cristina a través de la que se accede a la zona de Montjuic, y donde se ubica la Feria de Muestras y el Museo Nacional de Arte de

Cataluña. El tráfico era denso y se circulaba con cierta lentitud, como había anunciado el taxista. Había muchos coches en las calles y las paradas que ocasionaban los múltiples semáforos que están sembrados por todas partes no agilizaba la circulación. Ya en la plaza de España, el vehículo rodeó la monumental y escultórica fuente situada en el centro, que lucía delicadamente iluminada; la visión de las emblemáticas torres inspiradas en el campanile de la plaza de San Marcos de Venecia quedó a la derecha y el taxi se dirigió hacia Gran Vía de les Corts Catalanes. Aunque desde allí no se podían ver, cualquier barcelonés sabía que al final de la avenida Reina María Cristina, en la plaza de Carles Buigas, se encontraba ubicada la visitada Fuente Mágica de Montjuic. Clara recordó la visión de los chorros de aguas teñidos por haces de luces de colores, subiendo, bajando, entrecruzándose, ejecutando una vistosa y armónica danza al ritmo de la música que se escuchaba a través de los altavoces y que lo envolvía todo. Ese recuerdo la transportó súbitamente al verano de 1980, a la noche del 23 de junio. Ella y su amiga Araceli tenían dieciocho años, Mayte los cumplía en diciembre, pero ella nunca necesitó ser mayor de edad para hacer lo que quería. Todas deseaban ir a Montjuic a celebrar la verbena de san Juan.

—Venga, papá, déjame ir. A Araceli y Mayte las dejan. Y Joaquín, el hermano de Mayte, está de permiso de la mili y nos acompañará. La verbena se celebra en el Pueblo Español y seguro que estará lleno de policía para evitar cualquier bronca. Volveremos en taxi y tendremos mucho cuidado, venga, venga —suplicaba Clara a su padre.

—Precisamente que os acompañe Joaquín no es para mí una garantía, ese chico es un golfo y les está dando muchos disgustos a sus padres. A ver si en el servicio militar lo meten en cintura de una puñetera vez —dijo el hombre con su conservado acento sevillano.

—Yo siempre me porto bien, no me parece justo que no confiéis en mí y no pueda disfrutar de la verbena de san Juan como lo hacen la mayoría de los jóvenes — reprochó la muchacha poniendo cara de enorme disgusto.

—En ti sí confío, niña. De quien no me fío es de todos los borrachos y la gentuza que sale esa noche. Si te pasara algo, no me lo podría perdonar. —Hizo una pausa y se quedó pensativo unos instantes frente a los ojos lastimeros de Clara antes de ceder—. Espero no tener que arrepentirme, puedes ir. Ahora tendré que discutir con tu mare, que dice que tó te lo consiento.

—Gracias, papá, voy a llamar a las chicas —dijo Clara después de darle un sonoro beso en la mejilla—. Eres el papi más guapo del mundo.

Ellas habían disfrutado desde muy pequeñas de las verbenas que se organizaban en el barrio; siempre presentes las hogueras, los petardos, los bares repletos de gente y el insustituible baile al ritmo de la música de alguna orquesta de medio pelo que amenizaba la noche. El escenario para los músicos y la pista de baile se encontraba ubicado en el descampado frente a la parroquia. Todo se engalanaba para la ocasión; guirnalda y banderines de papel de colores pendían de cordeles atados a los postes de la luz. En la explanada frente al motocrós se apilaban maderas y trastos viejos, susceptibles de arder con facilidad, que habían amontonado los vecinos durante toda la semana para construir una hoguera. Una enorme pira que ardía toda la noche como un acto purificador, alimentada por todo lo que los jóvenes iban lanzando al fuego para mantenerla viva, y rodeada por batallones de chiquillos lanzando petardos y cohetes sin descanso hasta

acabar con sus existencias. El barrio tenía el toque festivalero que aquello merecía. Pero, para ellas, eso ya no era divertido. Eran mayores y se sentían fiscalizadas por las miradas inquisitivas de sus padres o de sus vecinos. La sociedad estaba cambiando, solo se hablaba de libertad y de derechos, y ellas querían disfrutar de esa evolución. Iniciaban su camino hacia la juventud en la época conocida como la transición, y ellas deseaban transitar hacia su libertad como lo hacía la sociedad en la que vivían.

Aquella noche fue la primera vez que Clara mintió a sus padres para conseguir sus propósitos, pero no fue la última. Nadie las iba a acompañar, ni Joaquín ni ningún ligue de Mayte y ni siquiera las hermanas de Araceli, que a veces ejercían de guardia pretoriana cumpliendo las órdenes de su madre. Esta vez nadie estaba invitado al evento. Eran mayores y no necesitaban ni querían ir con carabina.

El punto de encuentro, como siempre, fue la casa de Mayte. Todas fueron puntuales y se pusieron sus mejores galas. Clara, discretamente maquillada, eligió un vestido amarillo con un hombro al descubierto y la falda dos dedos por encima de la rodilla, calzaba unas sandalias con un poco de tacón. Decidió peinar su melena oscura, casi negra, al estilo de Farrah Fawcett (una popular actriz rubia protagonista de la famosa serie televisiva Los ángeles de Charlie). Ella seguía fielmente las tendencias de las famosas e intentaba imitarlas siempre que no la hiciesen parecer llamativa ni vulgar, quería ser una chica con clase. Araceli, siempre discreta, cómoda y sencilla, llevaba una blusa blanca sin mangas, con un canesú bordado también en blanco y unos pantalones de tergal azul claro con una ligera campana. Calzaba unas zapatillas de lona blancas con cordones. Nunca se pintaba, y si lo hacía era por la insistencia de sus amigas. Esa noche utilizó la barra de labios de Clara y Mayte le dibujó una fina raya negra en la parte interior del párpado. Tenía el pelo negro azulado y hecho una maraña de rizos, así que por comodidad lo llevaba siempre muy corto. Mayte, sin embargo, era lo más opuesto a Araceli y a Clara que podía existir. Le encantaba llamar la atención, sabía que era guapa y quería que la mirasen. Aquella noche se decidió por un vestido cruzado de color rojo que se abrochaba en la espalda con un lazo, la falda era muy corta y junto con las sandalias de plataforma que llevaba hacían que sus largas y bien formadas piernas parecieran interminables. Los labios rojos, los párpados ahumados, una gruesa raya negra sobre la línea de las pestañas y una espesa capa de rímel completaban su llamativo estilo. Clara y Mayte se parecían bastante físicamente, podían pasar por hermanas. pero sus estilos las diferenciaban claramente. Además, Mayte era rubia natural y tenía un llamativo lunar cerca de la boca que ella consideraba muy sexy. Eran tres chicas de barrio, tan diferentes en sus personalidades como parecidas en sus ganas de vivir.

Las tres amigas se sentían muy emocionadas y alegres, sus risas resonaban por toda la casa. Joaquín insistió en hacerles algunas fotografías para immortalizar el momento. Quinito, que era el apodo con el que le conocían en el barrio, no quiso posar con ellas. Quería evitar que quedase ninguna prueba gráfica de, según sus propias palabras, «la pinta de soplagaitas» que le había supuesto su ingreso en el ejército. Estaba cumpliendo el servicio militar en Lleida y, como todos los reclutas, lucía una cabeza casi rasurada. Eso le suponía, por un lado, un enorme disgusto al tener que haber renunciado a su cuidada melena, y por otro, y como consecuencia de lo primero, le avergonzaba que quedasen al descubierto sus orejas de soplillo que tanto lo acomplexaban. Además, la pérdida de peso era evidente, casi ocho kilos en los cuatro meses que llevaba

destinado, y eso tampoco mejoraba su imagen. Ese cúmulo de circunstancias le confería un aspecto lastimoso, poco viril para su gusto. El muchacho, desde muy pequeño, mortificó a su madre con su falta de apetito y su caprichosa forma de comer y, como no podía ser de otra manera, ahora no estaba dispuesto a comer el rancho que le servían en el cuartel. Solo se alimentaba de los contados paquetes de comida que le mandaba su madre, siempre a escondidas del padre de Quinito, que esperaba que esa experiencia castrense convirtiera a su hijo en un hombre de bien.

Joaquín se encontraba en casa disfrutando del primer permiso que le habían concedido desde que se incorporó a filas. Desde el primer fin de semana había permanecido arrestado o en el calabozo por incumplir las normas del campamento. Parecía empeñarse en mantener esa fama que tenía de gamberro aunque, en realidad, solo fuera un muchacho un poco simple, falto de personalidad y con poco criterio para elegir a sus amigos. Adoraba a su hermana, y a sus amigas siempre las trató con mucha consideración y simpatía, sobre todo a Araceli, a la que, desde pequeña miraba con ojos de bobalicón. Mayte bromeaba con la posibilidad de acabar siendo cuñadas.

Las tres, entre risas y bromas, cogieron el autobús que iba atestado de gente hasta la parada de San Andrés. Allí, se dirigieron a la boca de metro más cercana pasando por delante del edificio conocido popularmente como Los Cuarteles, un recinto militar de enormes dimensiones donde hacían el servicio militar obligatorio los jóvenes destinados en Barcelona, como Quinito lo hacía en Lleida. Aquellos jóvenes asomados a los ventanales o apostados en la garita haciendo guardia no desaprovechaban ninguna ocasión para desgañitarse con piropos y requiebros que, en alguna que otra ocasión, rozaban la vulgaridad y la grosería. Intentaban a voz en grito llamar la atención de cualquier mujer que estuviera en su campo visual y que hacía enloquecer sus hormonas.

—¡Guapas! ¡A la de rojo que la cojo! ¡Dame una biodramina que tantas curvas me están mareando! —Se oía a través de las aberturas de las garitas al paso de las tres jóvenes.

—Son unos neandertales —dijo Araceli algo incómoda—. Deberíamos ir por la otra acera, me estoy poniendo colorada.

—Qué sosa eres, pobres. Así les hemos alegrao la noche. Pasar la verbena de San Juan de guardia debe ser una jodienda —argumentó Mayte en favor de los soldados.

—Mira que te gustan unos pantalones, Mayte —replicó Araceli sonriendo.

—Y si son de un uniforme, más —respondió Mayte, y todas se rieron.

—Qué bruta eres hija, si te escuchara la hermana Visitación le sangrarían los oídos —repuso Clara divertida.

—Sois señoritas bien educadas, finas y decentes, no verduleras ni arrabaleras —corearon todas a la vez. Era la frase que les repetía como un mantra sor Visitación, la monja que les había dado clase en séptimo de EGB, en las ocasiones en las que alguna alumna utilizaba expresiones o palabras vulgares o incorrectas. Las tres rieron a carcajadas recordándola.

Viajaron en el metro de la línea roja hasta plaza de España, atravesaron las torres, hicieron una pequeña parada en la fuente que lucía iluminada y entraron en el Pueblo Español por la entrada principal. La verbena se celebraba en su interior; era un recinto con más de cien edificios a escala real con sus calles, plazas, casas, restaurantes y talleres artesanos. El olor a la pólvora quemada de los petardos se extendía por todas partes y se mezclaba con una variopinta gama de efluvios que flotaban en el aire; la escala olfativa iba desde el suave aroma de las flores que había en las macetas y los parterres hasta el pegajoso y penetrante pestazo a fritanga del puesto de los churros y los buñuelos, incluyendo el olor a pachuli, al de tabaco, al del alcohol derramado por el suelo e incluso el de los porros que algunos se fumaban ocultos en los rincones más oscuros. Las calles y las plazas lucían adornadas con farolillos, guirnaldas y banderines de papel de colores que colgaban de largos cordeles, y el suelo parecía alfombrado por serpentinas y confeti. La gente vestida con sus mejores galas se divertía desinhibida, animadas por la euforia del momento y por el efecto de las bebidas alcohólicas consumidas sin distinción para mitigar la sed o por puro placer. En el cielo, los fuegos artificiales dibujaban figuras caprichosas, brillantes y efímeras que parecían ser más fruto de la magia que de la invención humana. Los cohetes, con su ensordecedor estruendo, acallaban por unos minutos a la orquesta. El grupo tocaba incansable música de los cincuenta y los sesenta: pachanga, rumba, pasodobles, salsa, rock o cualquier ritmo que incitara a bailar sin descanso, a no dejar de moverse. Y ellas, libres y felices, se dejaron arrastrar por la dulzura de la noche, diluyéndose en el anonimato de aquella marabunta de gente, sonido y emociones.

Los recuerdos eran nítidos en la memoria de Clara, como si todo hubiera ocurrido la semana anterior. Y en mitad de esa ensoñación, como si en su cabeza se hubiera conectado un hilo musical, empezó a sonar una canción que durante todo aquel verano escuchó mucho por la radio y que aquella noche bailó por primera vez:

Y tropezando se fue cantando desafinao
el coro que aquí les traje, y mira el mensaje de mi canción:
la vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida, ¡ay, Dios!
Pedro Navaja, matón de esquina,
quien a hierro mata, a hierro termina.
La vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida, ¡ay, Dios!
Cuando lo manda el destino, no lo cambia el más pintao,
si naciste pa martillo, del cielo te caen los clavos.
La vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida, ¡ay, Dios!

—La vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida —repitió Clara sin darse cuenta en voz alta al tiempo que asentía con la cabeza.

—¿Me dice algo, señora?

—No, solo pensaba en voz alta, no es nada —contestó Clara.

Sin cruzar ninguna otra palabra, se reinstauró el silencio entre ambos y la mujer entonces se dio cuenta de que el taxista había conectado la radio y se escuchaba una especie de tertulia donde se discutía sobre algo, aunque no le prestó ninguna atención. El taxista sí parecía escuchar atentamente sin quitar los ojos de la circulación. El vehículo siguió avanzando por Gran Vía con cierta lentitud, cruzaron la plaza Universidad, la rambla Cataluña, el paseo de Gracia y la plaza de las Glorias para, al llegar a la altura de San Adrián del Besós, incorporarse a la ronda Litoral. Tal y como había vaticinado el taxista, salir de la ronda y cruzar el puente sobre el río Besós fue una verdadera odisea. Ni la presencia de una pareja de motoristas de la Guardia Urbana en la calle Potosí agilizaba el tráfico. Incluso, en opinión del taxista, que hasta aquel momento no se había manifestado sobre ningún tema, los agentes eran más parte del problema que de la solución. «Estos inútiles aún enmerdan más las cosas», dijo resignado. Tras cruzar el puente, Clara, sorprendida por lo diferente que recordaba todo aquello, miró a uno y otro lado buscando referencias del pasado. Hacía más de treinta años que no pasaba por aquella zona de su ciudad, y donde antes solo había solares y campos, ahora el suelo estaba urbanizado y construido. Enfilaron por la nueva avenida de Can Peixauet y descubrió que a la derecha se había construido el nuevo estadio de fútbol de la Unión Deportiva Gramenet, que estaba iluminado por unos potentes focos. Tras él, se erguía un antiguo edificio restaurado donde se ubicaba la biblioteca municipal. A la izquierda de la avenida, se veía un parque infantil con pistas de fútbol y baloncesto y un instituto de educación secundaria. Nada le resultaba familiar, parecía estar en otra población hasta que, de frente, apareció la impertérrita imagen de la gasolinera que seguía insólita y peligrosamente encajonada entre un enorme bloque de pisos y el patio de un colegio público de primaria. Desde ese punto hacia la derecha se extendía el barrio de Santa Rosa, el barrio donde nació y vivió con sus padres hasta que decidieron mudarse al centro. En aquella época, el barrio era un lugar bullicioso, popular, con muchas casas bajas y donde empezaban a proliferar los edificios de varias plantas. Un barrio donde se concentraban muchas familias llegadas de otras partes del país, sobre todo andaluces, extremeños y gallegos que convivían con los colomenses de origen, dando lugar a una amalgama de costumbres y usos cuanto menos llamativa. El taxi giró a la izquierda, tomó por la avenida Banús Baja hasta el cruce con calle Irlanda y se dirigió hacia la iglesia mayor.

—¿Dónde quiere que la deje? —preguntó el hombre mientras entraba en la calle Jaume Gordi circulando muy despacio.

—En la puerta de la casa que tiene la verja de color blanco, por favor.

Clara pagó la carrera y salió del coche, se puso el abrigo, se colgó el bolso y la bandolera donde llevaba el ordenador portátil y esperó de pie junto a la puerta a que el hombre le entregara la maleta.

—Si quiere, la acompaño hasta la puerta y le dejo la maleta dentro —dijo el hombretón con una amable sonrisa—. Lleva usted un maletón que pesa como un muerto.

—Pues se lo agradecería, porque puedo arrastrarla, pero subir los escalones de la entrada resultaría muy penoso para mí.

Clara rebuscó en el bolso hasta que se sacó un manojo de llaves, eligió las dos que necesitaba y con la más grande abrió la puerta de hierro de la entrada al jardín. Atravesaron el patio por el camino de baldosas y una vez en el porche introdujo la llave pequeña en la cerradura y abrió. El hombretón dejó la maleta en el recibidor, se despidió con cordialidad, regresó al vehículo y se marchó rápidamente. Clara se quedó parada en la entrada, todo estaba a oscuras y silencioso. Habían pasado dos años desde su último viaje, y en aquella ocasión solo se desplazó para el entierro de su madre. Una enorme sensación de vacío y soledad se apoderó de ella. Todo estaba en su sitio como siempre, ordenado y limpio. Con la luz del recibidor ya encendida, dio un repaso visual a todo lo que podía enumerar de memoria con los ojos cerrados. En el mueble del recibidor la fotografía enmarcada de su primera comunión; colgado de la pared el cuadro con una anticuada lámina de ciervos; entre el perchero ahora vacío de prendas y un paragüero repleto de paraguas seguía el enorme espejo de cuerpo entero y, bajo la escalera, seguía colocado el mueblecito donde guardaba su madre las zapatillas. A la vista, todo aparentaba normalidad, pero ella percibió la diferencia. En el aire ya no quedaba rastro del aroma a café que hacía su madre por lo menos dos veces al día y que se extendía por toda la casa, ni de ese olor a comida casera que siempre salía de la cocina. Incluso echó de menos el apestoso tufo que dejaban las Farias que se fumaba su padre y que se mezclaba con el aroma de los ambientadores de lavanda que colocaba su madre por todas partes para neutralizar el olor de los cigarros de su marido. Ahora solo permanecía en el ambiente el olor a lejía y a productos de limpieza utilizados por Adelina para dejar la casa a punto para su estancia. El olor que le recordaba a su familia, a su hogar, ya no formaba parte de aquel espacio. Algo tan insignificante la estremeció, porque en ese mismo momento fue consciente por primera vez de que aquellos detalles que le recordaban a sus padres habían desaparecido para siempre, igual que lo habían hecho ellos.

ARACELI**Esa mirada****13 de noviembre de 2015**

Araceli, sentada tras la mesa del despacho de su casa, introdujo en el ordenador el DVD que acababa de sacar del expediente. En unos segundos comenzó a reproducirse la grabación. En el centro de la imagen se veía a una niña rubia sentada a una mesa dibujando. Estaba en una habitación amplia, bien iluminada y pintada de color verde claro. A la niña se la veía tranquila y relajada. En el informe constaba que tenía seis años, pero su corpulencia y altura la hacían aparentar más edad, aunque su forma de expresarse, su actitud y su madurez coincidieran plenamente con su edad real. Llevaba el pelo recogido en una cola de caballo alta y sujeta con un lazo rojo; sobre la frente le caían un par de largos mechones sueltos. Llevaba un chándal de color azul que le quedaba grande y unas zapatillas deportivas bastante desgastadas. Dibujaba silenciosa mientras era observada por Carme, una psicóloga de un gabinete jurídico y psicológico vinculado con la Oficina de Atención a la Víctima. La mujer sentada frente a la niña disimulaba haciendo ver que repasaba las notas del expediente que llevaba en las manos. De vez en cuando, la niña la miraba de reojo y Carme le sonreía con dulzura.

—Me gusta mucho el dibujo que estás haciendo —dijo dirigiéndose a la pequeña, que no contestó—. Es muy parecido al del otro día. ¿Sabes, Julia? Se te da muy bien dibujar. Esa figura del centro es tu mamá, ¿verdad? —señaló la mujer con el dedo en el folio que coloreaba la niña.

La pequeña sonrió y asintió con la cabeza.

—Seguro que a tu mamá le encantará el dibujo —insistió Carme para conseguir entablar una conversación con la niña—. Aquí tu mamá es feliz. ¿Quién es el más feliz del dibujo? —preguntó la psicóloga iniciando el conjunto de preguntas consideradas necesarias dentro del método para la interpretación psicológica de los dibujos que representan a la familia. Era parte del informe para evaluar el estado emocional y de relación de la niña.

—Somos felices mi mamá y yo porque estamos juntas. Mi mamá es muy buena conmigo. A veces me riñe, pero poco. ¿Y ahora dónde está mi mamá? —preguntó la niña.

—Está hablando con Bárbara, tienen que rellenar unos papeles para el trabajo, ya sabes, cosas de mayores. Y como eso es un latazo, es mejor que tú estés aquí conmigo. Siempre es más divertido dibujar, ¿no?

—Sí, claro, yo prefiero dibujar. ¿Bárbara es la señora que tiene el pelo naranja?

—Sí, Julia, Bárbara es la señora pelirroja, ella se ocupa de los papeles y de ayudar a las personas mayores.

—Me gusta ese color de pelo, es divertido tener el pelo naranja como los payasos. Un día, mi yaya Lola me llevó a comer una hamburguesa a un McDonald's que hay cerca de su casa. Allí había un muñeco que es el payaso de las hamburguesas y tiene el pelo como esa señora. Fue cuando mi mamá estaba en el hospital y yo me fui a vivir con mi yaya Lola. Ahora vivimos mi mamá y yo con la yaya, estamos muy bien las tres.

—Seguro que te gustó mucho, a mí también de vez en cuando me gusta comer una hamburguesa, aunque de esa comida no hay que abusar —dijo la psicóloga y observó como la niña dejaba los lápices y daba por terminado el dibujo.

—Ya he terminado. ¿Puedo merendar? —preguntó la pequeña sonriendo. Parecía estar cómoda y relajada.

—Claro que puedes merendar. Toma. —La mujer le entregó un batido y un pequeño bocadillo envuelto en papel de aluminio que había traído la madre.

La niña extendió sus manos para coger la merienda con una gran sonrisa en los labios.

—Pero ahora que me fijo, no has dibujado a tu papá.

La niña cogió el lápiz y en unos segundos dibujó la figura que representaba a su padre. Lo hizo en una esquina del folio, no le dibujó ningún rasgo en la cara y no le puso manos.

—Ya está —dijo la niña y cogió de nuevo la merienda. Su rostro denotaba desagrado.

—No le has puesto manos. ¿Te has dado cuenta? —señaló la mujer esperando la reacción de la niña.

La menor siguió quitando el papel de aluminio que envolvía el bocadillo como si no la escuchara.

—¿Crees que tu papá es malo, Julia? —preguntó Carme, y esperó una respuesta que no llegó.

La niña se mantenía callada, con el bocadillo en una mano y el batido en la otra. Mantenía la cabeza agachada mirando la mesa; estaba como pensando qué iba a decir.

—Ya sabes que él ya no podrá hacer daño a tu mamá nunca más. Ahora estáis bien y podéis vivir tranquilas, ¿verdad? —Y, con delicadeza, levantó la cara de la niña, le sonrió y retiró los mechones que le caían sobre los ojos colocándoselos por detrás de las orejas.

—No quiero que tenga manos para que no haga daño a nadie. Ni a mi mamá ni a mí —dijo la niña con un hilo de voz.

—¿Cuándo se enfadaba también te pegaba a ti?

—No, a mí no me pegaba. —Se calló, apretó los labios y en el rostro de la niña se dibujó una mueca de temor y de vergüenza.

—Entonces, ¿cómo te hacía daño? —preguntó Carme.

La niña giró la cara hacia el lado derecho para rehuir la mirada de la mujer y eso hizo que quedara de frente a la cámara que estaba oculta y grababa la sesión.

—Me tocaba cuando no estaba mi mamá. Yo no quería. Pero decía que si no jugábamos a lo que él quería, mi mamá lloraría. Por favor, no se lo cuentes a nadie, no se lo digas a mí mamá —dijo suplicando.

—No pasa nada, cariño, tú no has hecho nada malo.

La imagen se quedó congelada con la cara de la niña mirando a la cámara. Araceli le había dado al pause, su cuerpo estaba en tensión y durante el transcurso del vídeo había ido apretando los puños y la mandíbula con tanta fuerza que empezaba a dolerle. A pesar de los años que llevaba visionando este tipo de vídeos, no podía acostumbrarse. Daba igual que los viera por primera vez o que los volviera a visionar para elaborar sus informes, no podía evitar que la rabia y la impotencia se apoderaran de ella. Sin acabar de ver toda la grabación, prefirió parar en ese momento y reiniciar su trabajo cuando estuviese en la fiscalía. Era viernes por la tarde y comenzar el fin de semana con tanta mala sangre no sería justo, sobre todo para las personas que la rodeaban. Porque cuando estaba de malhumor era desagradable de forma indiscriminada y descargaba su rabia con el primer desdichado que se cruzaba en su camino. Araceli era la fiscal de aquel caso, estuvo presente en las declaraciones y pidió la prisión provisional de aquel miserable, que el juez acordó a la vista de las pruebas. Ahora preparaba el escrito de acusación para juicio y esperaba obtener una condena ejemplar. Ella tenía fama entre sus compañeros y los demás profesionales de la administración de justicia de ser una mujer tenaz, trabajadora, exigente con ella y con quien trabajaba a su lado; comprometida, implacable y dura con quien vulnerase la ley. Pero también se conocía su carácter algo hosco y áspero, que además ella reconocía tener. Así que, conociéndose, decidió suspender su informe en ese momento y completar el trabajo el lunes. Antes de sacar el DVD del ordenador, observó nuevamente el rostro de la niña que había quedado congelado en la pantalla. Se quedó mirando la expresión de aquel rostro paralizado por la técnica en mitad del sufrimiento. Su atención se centró especialmente en cómo los ojos de aquella niña se habían transformado en dos oscuros abismos sin vida, donde solo tenían cabida la tristeza y la soledad. Suspiró profundamente, cerró sus ojos y recordó con tristeza el día que vio por primera vez una mirada como esa.

Ella tenía trece años y a la vuelta de las vacaciones de la Semana Santa Mayte no había aparecido por el colegio. Sabía por Clara que había telefonado a casa de los Bermejo, que Mayte estaba enferma según le había confirmado el padre. Araceli, como vivía muy cerca, pensó que sería buena idea acercarse a verla y llevarle las fichas que le había entregado la hermana Visitación para que no se quedara rezagada. Mayte había sacado unas notas desastrosas el trimestre anterior. No era una buena estudiante, le costaba aprender y el hecho de que siempre estuviese dispersa y pensando en la luna, como decían las monjas, no la ayudaba. Sus padres estaban muy enfadados y amenazaban con sacarla del colegio antes de cumplir los catorce años y

ponerla a trabajar. Clara, que antes vivía más cerca de Mayte y en ocasiones la ayudaba con los deberes, ahora se había trasladado a vivir al centro de la ciudad y no podía echarle una mano. Clara era muy buena en los estudios, pero Araceli era brillante. Su boletín de notas era una impecable colección de sobresalientes y matrículas de honor, además de magníficos comentarios sobre su ejemplar comportamiento como alumna y como creyente. Mayte, por el contrario, a partir de quinto curso empezó a ir de mal en peor. Sus notas habían bajado hasta llegar a suspender varias asignaturas y su forma de ser alborotada, alegre y un poco loca la llevó a estar en el punto de mira de las monjas. Eso hacía que desde el colegio mandaran notas a sus padres quejándose por su comportamiento. La trayectoria desastrosa de Mayte apenaba a Araceli y la impulsaba a ayudarla con más ahínco.

Araceli aquella tarde cogió la cartera heredada de sus hermanas y con los deberes para Mayte salió en dirección a la calle Monturiol. A Araceli le gustaba pasear por su barrio y observar lo que acontecía a su alrededor, algo que no podía hacer a menudo por las restricciones impuestas por su madre. La señora Neus sostenía que en la calle no se aprendía nada bueno.

Al rodear la iglesia de san Antonio, que era un edificio bastante moderno situado junto a su casa, vio que las puertas estaban abiertas. Algunas mujeres acompañaban a sus hijos o sus nietos hasta la parroquia para que asistieran a catequesis; se acercaba la época de las comuniones y las tardes eran un continuo ir y venir de niños. En las escaleras que permitían el acceso a la puerta principal de la iglesia estaba sentada una pandilla de chicos y de chicas. Charlaban y comían pipas tirando las cáscaras despreocupadamente al suelo. Cuando Araceli pasó justo delante del grupo de adolescentes, una señora mayor vestida de negro que le recordaba a su yaya Neus comenzó a abroncar a los jóvenes por dejar la puerta de la iglesia hecha un asco. Los jóvenes respondieron a los aspavientos de la vieja con risas, aunque para evitar males mayores se levantaron y se fueron a buscar un sitio menos concurrido para seguir con su reunión. La anciana, a pesar de la huida de los chavales, se quedó un rato más increpándolos parada en las escaleras. Araceli, disimulando la sonrisa que le había provocado a ella también el sermón de la anciana, siguió su camino y cruzó la plaza Azorín; allí sorteó a un grupo de niños que jugaban al fútbol al tiempo que, con destreza, evitaban a los coches que circulaban y que les interrumpían el partido cada dos por tres. Enfiló por la calle Goya donde se cruzó y saludó a algunos vecinos del barrio que iban o venían de sus quehaceres. Algo que siempre le sorprendía de los numerosos bares que iba dejando atrás era la estridente algarabía de su interior, donde se mezclaban las voces de los parroquianos discutiendo a gritos, la música de la radio y el repiqueteo de las fichas de dominó cuando los jugadores las golpeaban contra la mesa en el ardor de la partida. Parecía imposible que nadie pudiera entenderse en aquellos locales. Bajó parte del paseo San Jorge que pertenecía ya a Santa Coloma de Gramenet, torció a la derecha por la calle Elcano y en menos de tres minutos llegó a casa de Mayte. Los padres de su amiga regentaban una tienda de ultramarinos en la calle Monturiol y ocupaban la vivienda que estaba sobre el local. El piso era independiente y se accedía a él por una puerta de madera contigua a la enorme puerta metálica del local. Los padres de Mayte eran extremeños y, como muchos otros, decidieron emigrar de sus tierras de origen y buscar una oportunidad en otra parte del país. Se establecieron en el barrio cuando eran unos jóvenes recién casados, alquilaron ese local y pusieron una bodega donde vendían vino, huevos, queso, aceitunas, embutidos y productos de Extremadura. Cuando nació Mayte, compraron la propiedad, ampliaron el negocio y arreglaron el piso. Remodelaron el local convirtiéndolo en una

tienda de comestibles más o menos surtida de productos. La parte trasera donde antes estaba su casa pasó a ser el almacén y habilitaron la vivienda que estaba encima del local para aprovechar más el espacio. El padre y la madre regentaban el negocio con un horario interminable, abierto toda la semana a excepción del domingo por la tarde. Les iba bien, y aunque no era gente adinerada, gozaban de una posición económica desahogada. Esta situación les permitió matricular a Mayte en Nuestra Señora del Mayor Dolor, que era un colegio religioso y privado, donde esperaban garantizar que su hija se educase como una correcta señorita y, en el futuro, encontrara un buen marido que cuidara de ella. Con su hijo mayor, Joaquín, no consideraron necesario ese dispendio económico; el niño iba al colegio público del barrio. Estaba destinado a heredar la tienda y, además, no había dado muestras de ser muy listo. Así que, a juicio del señor Bermejo, con saber las cuatro reglas tenía suficiente, no era cuestión de tirar el dinero.

Araceli, cargada con su cartera, llegó a la puerta del colmado de los padres de su amiga. Se fijó en que habían cambiado el letrero que estaba en la fachada; antes ponía ULTRAMARINOS MANUELA escrito con pintura en la pared, y ahora, sobre ese, había un enorme rótulo de los que se iluminaban por la noche que ponía ALIMENTACIÓN BERMEJO. A pesar de los años transcurridos desde que la bodega se transformó en tienda de alimentación, persistía en el ambiente el tufo a queso rancio y el penetrante olor avinagrado del vino que se había derramado durante la acción de rellenar las botellas. Ese olor, por mucho que hubiese fregado la señora Manuela, se resistía a desaparecer, como si fuera el aroma natural de aquellas baldosas. Eso era algo que a Araceli le resultaba asqueroso y molesto cada vez que entraba en el local.

—Buenas tardes, señor Joaquín. ¿Está María Teresa? Le traigo los deberes.

Joaquín Bermejo era un hombre alto y gordo. Llevaba el pelo engominado y tenía, a pesar de ser todavía joven, unas importantes entradas que contrastaban con unas cejas y un bigote muy poblados. La gravedad del timbre de su voz, junto con el tono elevado y poco respetuoso que utilizaba le daba un aspecto más temible si cabía.

—Hola guapa, anda por ahí dentro trasteando en el almacén. No sé qué coño está haciendo. María Teresa, sal aquí fuera —gritó a pleno pulmón desde el mostrador donde estaba pesando unos tomates.

Unos segundos después, se abrió la puerta del almacén y apareció Mayte. En presencia de sus padres la llamaban siempre María Teresa, porque sabían que a ellos no les gustaba el hipocorístico que pretendía utilizar su hija. El señor Bermejo dijo la primera vez que lo escuchó que le sonaba a nombre de vedette del Molino y que se olvidase de utilizar ningún mote.

Mayte tenía mala cara, se distinguía claramente un moretón en el pómulos derecho, los labios estaban algo amoratados y con unas costras oscuras que evidenciaban que antes, bajo esas costras, había habido una herida abierta. Llevaba el pelo suelto y echado sobre la cara, daba la impresión de querer ocultar aquellas señales con su melena. Araceli se quedó inmóvil, muy sorprendida, con los ojos muy abiertos y sin poder pronunciar una sola palabra. Le habían dicho que su amiga estaba enferma, pero eso no era una enfermedad. Ella era una niña, pero no era tonta. El padre se dio cuenta de la reacción de la chiquilla y salió al quite enseguida. Además, la mujer que había comprado los tomates al salir hacia la puerta que estaba frente al almacén

también se quedó mirando a Mayte.

—Se ha caído por las escaleras, siempre va como una loca y ahí tiene las consecuencias —sentenció.

—No sé dónde tenéis la cabeza esta juventud. ¡Chiquilla, ten cuidado o te vas a matar! —exclamó la señora—. Por cierto, Joaquín, me iba y no te había dicho nada. Siento lo de tu cuñado, me ha sabido muy mal. No había hablado mucho con él cuando venía del pueblo a visitaros, pero parecía muy simpático. Manuela debe de estar destrozada.

—Imagínese, y se ha tenido que ir sola al entierro. Yo no podía acompañarla porque los dos no podemos irnos. No se puede cerrar, si no se trabaja, no se come. En un par de días volverá —explicó el hombre.

La mujer se despidió y salió de la tienda. Mayte sonrió a su amiga y la cogió de las manos. Araceli le devolvió la sonrisa y le dijo que le traía los deberes que le había mandado la monja.

—Anda que no es pesada la hermana Visitación con los deberes —dijo Mayte poniendo cara de fastidio—. Papá, nos subimos para dejar las fichas en casa.

Sin esperar la respuesta del hombre, salieron a la calle y subieron corriendo las escaleras. Vaciaron la cartera de Araceli y dejaron las fichas sobre la mesa del comedor. Eran un montón, había de Matemáticas, de Lengua, de Historia y de Naturales. Mayte resopló, estaba cansada solo de miraras.

—No me puedo entretener mucho, mi madre me reñirá si llego muy tarde, ya sabes. Pero si quieres que te explique algo de los deberes, lo tenemos que hacer rapidito. Menudo porrazo te has dado, estás hecha un cuadro— dijo Araceli.

—Cosas de la vida, no te preocupes. Y de los deberes ni te molestes en darme ni un apunte, prefiero hablar contigo de otras cosas más divertidas. Venga, vamos, te acompaño hasta tu casa.

Entraron de nuevo en la tienda. El padre atendía a otra vecina. Mayte, con la cartera de su amiga en la mano, pasó al almacén, se demoró unos segundos y salió con la misma rapidez con la que había entrado.

—Papá, voy a acompañar a Araceli hasta su casa.

—Bueno, pero no tardes. A ver si se te pega algo de ella, que falta te hace —dijo a gritos—. Oye, y si encuentras al inútil de tu hermano por el camino, le dices que venga aquí echando hostias. Además de burro, es un gandul. No sirve ni para tacos de escopeta. Este se cree que porque ya no va al colegio va a pasarse el día haciendo el perro. Yo no mantengo vagos —dijo sin reparo delante de la clienta, que escuchaba y asentía con la cabeza como si le estuviera dando la razón.

Araceli no estaba acostumbrada a ese lenguaje y, al salir de la tienda, le dijo a su amiga:

—Tu padre da miedo, no sé cómo tu hermano se atreve a escaquearse, le va a caer una buena.

—Mi padre lo que da es asco. Mi hermano es un poco lento, pero le han llamado tantas veces burro y le han caído tantos palos que al final hasta él se lo ha llegado a creer. Que le den morcilla a mi padre, que se joda —dijo Mayte con su habitual vocabulario.

—No deberías hablar así de tus padres.

—¿Por qué? ¿Porque es pecado y me condenaré? No te preocupes, cuando vuelva al cole me confesaré con la Pepona y podré ir contigo al cielo.

—Eres un demonio —dijo Araceli escapándosele la risa—. No sé por qué le llamas la Pepona al pobre padre José.

—Pues hija, porque tiene toda la pinta de ser un poco mariquita, sarasa, bueno, ya sabes.

El padre José era el cura que daba misa en el colegio, el sacerdote que les dio la comunión y el confesor oficial tanto de las alumnas como de las monjas. Era un hombre con un aspecto impecable y pulcro, que cuando hablaba gesticulaba mucho y tenía un tono de voz suave y algo afeminado. Esas circunstancias y que siempre sermoneara a Mayte por su comportamiento hicieron que la niña lo rebautizara con el mote de la Pepona para, de alguna forma, vengarse de él y de sus continuas llamadas al orden.

—No deberías reírte de él, a mí me parece un buen hombre —dijo Araceli aguantándose la risita.

—Dejemos el tema y cuéntame cosas del cole, cerebritito. Esas pellejas de la Sapo y la Botijo ¿te han tocado mucho las narices en mi ausencia? Cada día son más gilipollas, no puedo con ellas. El día menos pensado las arrastro por los pelos —dijo mientras caminaban una al lado de la otra.

—Qué lenguaje más arrabalero utilizas, lo haces adrede, sor Visitación te lavaría la boca con sosa cáustica —dijo Araceli divertida.

—Vale, vale —rectificó Mayte haciendo un ademán de ponerse muy fina e interesante—. Pon en mi conocimiento, por favor, los sucesos acaecidos en nuestro centro escolar durante mi ausencia. ¿Nuestras estimadísimas compañeras la Batracia y la Vasiya de barro han osado tocarte el apéndice nasal? Cada jornada que pasa están más perturbadas, me resultan insoportables. En un periodo de tiempo indeterminado las desplazaré por la masa capilar.

Tras esas palabras, las dos se miraron y rompieron a reír en sonoras carcajadas.

—Estás loca. Por cierto, ¿qué has puesto en la mochila? Pesa más que antes.

—Ahora lo verás.

Entre charla y risas llegaron a la plaza Azorín. Se sentaron en un desvencijado y solitario banco de madera que estaba en un extremo de la plaza. Un asiento huérfano, con la pintura desconchada y plantado en una pequeña zona de tierra que pretendía ser un parque infantil. El espacio se completaba con un solitario columpio de hierro anclado en el centro y un balancín en las mismas penosas condiciones en las que se encontraba el banco. Esos eran todos los artefactos

puestos por el ayuntamiento para el entretenimiento de los chiquillos. Mayte cogió la cartera de su amiga y la abrió. Sacó una bolsa de plástico transparente con un par de donuts, dos cocacolas y un abridor.

—Vamos a merendar —dijo sonriendo levemente porque si estiraba mucho los labios le dolían.

Sabía que a Araceli le encantaban tanto los donuts como el refresco, pero que en su casa no se lo podían permitir.

—Los donuts son de ayer, pero están buenísimos, venga, come. —Y le entregó la bolsa—. Yo no quiero, en mi casa hay más, son todos para ti. Yo me beberé la cocacola. —Dicho esto, abrió las dos botellas y le dio una a Araceli.

—Gracias. —Fue el único comentario de Araceli. Sus ojos estaban llenos de agradecimiento. Sabía que su amiga lo hacía de corazón, sin intención de humillarla. Ella nunca había ocultado que en su casa no podían permitirse ni los más pequeños caprichos—. No sabía que se había muerto tu tío, ¿es el hermano de tu madre que venía a veros? ¿Tu tío Serafín? Lo siento mucho.

—Pues yo no lo siento nada, de hecho, me alegro de que se pudra en un ataúd —dijo sin apenas moverse y sin mirar a Araceli, que no salía de su asombro al escuchar las palabras que acababa de pronunciar su amiga.

—No te entiendo Mayte, tú no eres... —Y no pudo acabar la frase.

—Tan mala, tan mentirosa, tan puta —replicó Mayte con genio.

—No, yo no te diría nunca eso, tan insensible iba a decir.

—Pues mi madre sí que me lo ha dicho. Cuando le avisaron de que se había muerto su hermano, quería que yo la acompañase al pueblo, al funeral. Yo le he dicho que no quería ir, que me alegraba de que se hubiera muerto, que ya no podría molestarme más. —Su tono agresivo y furioso en ese momento se tornó en un hilo de voz—. ¿Sabes, Araceli? Mi tío, cada vez que venía, me tocaba, abusaba de mí.

Araceli no sabía qué responder a la confesión de su amiga.

—Desde que era pequeña y tengo recuerdos, cuando mis padres no estaban en casa, me sobaba y me sentaba sobre sus piernas y se frotaba conmigo. Yo sentía miedo y asco de él, pero sobre todo miedo. En una de sus visitas, cuando yo tenía diez años me armé de valor y me negué a que me tocara, le dije que, si no me dejaba en paz, se lo diría a mi madre. Él me contestó que mi madre no me creería nunca, que era la palabra de una niña mentirosa y putilla que no daba más que problemas a sus padres contra la de un hombre hecho y derecho. Que él lo negaría todo y su palabra valía más que la mía, que yo acabaría en un reformatorio por golfa y embustera. Sentí miedo y no fui capaz de decir nada, solo evitaba encontrarme a solas con él, aunque no siempre lo conseguía. —Paró unos segundos para coger aire—. Cuando mi madre me dijo que se había muerto, me alegré y di gracias a Dios porque por fin ardiese en el infierno. Le dije que era lo

mejor que podía haber pasado. Pensé que era el momento para contarle lo que había ocurrido, porque ahora él no podía hacerme nada. Mi madre se volvió loca, empezó a llorar y a gritar llamándome mentirosa y desgraciada. Yo intentaba explicarle la verdad, pero ella no me escuchaba, solo gritaba y lloraba. Con todo el escándalo que se había montao, apareció mi padre, y ella le explicó entre gritos y llores lo que yo le acababa de decir. No hizo falta ver la furia en su cara ni oír sus insultos ni sus amenazas, solo con ver cómo se desabrochaba el cinturón supe que lo único que iba a recibir a partir de ese momento era una somanta de palos típica de mi padre. Quise correr para escaparme, pero me cogió por el pelo y en el zarandeo me di un golpe enorme con el marco de una puerta en un lado de la cara y en la boca. Me caí al suelo por la fuerza del tirón y, allí mismo, mi padre me sacudió cuatro o cinco correazos con toda su fuerza para que dejara de comportarme como una embustera y una golfa.

Araceli no podía dar crédito al relato de su amiga, pero la conocía y sabía que no le mentiría. Las dos estaban inmóviles, como paralizadas; una contando los hechos y la otra escuchando incrédula. Durante el tiempo que estuvo hablando Mayte, esta no levantó los ojos del suelo, ni siquiera movió un músculo de su cuerpo. Y Araceli dejó de escuchar los gritos de los chicos que estaban jugando, los ladridos de los perros y el ruido de los coches que cruzaban por la plaza. Era tan impactante la historia de su amiga que se había hecho un vacío absoluto de sonidos en su cabeza y solo escuchaba la triste voz de Mayte y sus conmovedoras palabras.

De pronto Mayte se giró hacia Araceli, la miró de frente y le imploró con una voz llena de desesperación:

—Por favor, no le cuentes a nadie lo que te he dicho. Él tenía razón. Nadie me ha creído. Por favor, por favor, a nadie, ni a Clara —dijo al borde del llanto.

Araceli vio de frente los ojos de su amiga, esos ojos que siempre tenían un especial brillo de felicidad, aunque las cosas no le fueran muy bien; unos ojos que miraban de forma pícara e incluso descarada en algunas ocasiones por ser el reflejo vivo de su desparpajo y su alegría. Esos mismos ojos ahora la miraban sin brillo, sin vida, inundados por la tristeza y la desolación. Se abrazaron muy fuerte, y Araceli, muy bajito, como para demostrar su discreción y su compromiso a mantener el secreto, le contestó:

—No te preocupes, nunca hablaré de esto con nadie. Te doy mi palabra.

Unos segundos después de la promesa se separaron y Mayte se recompuso, se secó las lágrimas que le corrían por las mejillas y se acercó la botella de cocaola a los labios para beber. La emoción y la tensión del momento le habían dejado la boca seca y la garganta oprimida por el intento de reprimir un llanto desgarrador. Dio un trago largo sin medir ni la intensidad ni la cantidad del líquido y se atragantó. Comenzó a toser con fuerza, la espuma del refresco le salía por la nariz y parecía faltarle el aire. Araceli se asustó y le dio unas palmadas en la espalda para que se recuperase, pero la niña se dolió y rehuyó el contacto, porque allí tenía todavía las marcas de los correazos que le había dado su padre. Poco a poco se fue recuperando.

—Joder, y eso que dicen que la Coca-Cola es la chispa de la vida. Pues a mí la cabrona casi me la quita, he estao a punto de cascarla —dijo divertida y sonrió como siempre lo hacía, como si

hubiera borrado de su mente la conversación que acababa de tener con Araceli.

Las dos se rieron. Araceli se sentía desconcertada porque no podía remediar reírse de las tonterías de su amiga, pero todavía tenía los ojos llenos de lágrimas por la confesión que acababa de escuchar.

—Venga, cerebritito, acábate ya los donuts y te acompaño hasta tu portal. Que tu madre estará a punto de llamar a la Guardia Civil para que te busquen.

—Qué exagerada eres —le contestó Araceli mientras se levantaban y reanudaban el camino hacia su casa—. ¿Qué hacemos con los cascotes de la coca-cola?

—Los tiramos en la primera papelería que encontremos. Si me pillan mi padre con las botellas vacías, me escogorcia. ¡Que le den!

Las dos niñas acabaron su paseo en el portal de Araceli, se despidieron con la promesa por parte de Mayte de volverse a ver el domingo en misa y dar un paseo por el barrio. La vuelta al colegio, según le había dicho su padre, se pospondría hasta que no tuviera mejor aspecto.

Ese día, a la hora de acostarse, cuando la señora Neus le dio el beso de buenas noches y le preguntó, como siempre, si había rezado sus oraciones, Araceli le dijo que sí, pero no lo había hecho. No era la primera vez que no rezaba, aunque siempre disimulaba para no enfadar a su madre. Hoy estaba especialmente furiosa con Dios. Porque, si existía, desde luego no era el Dios que ella pensaba que tenía que existir. ¿Por qué había consentido el abuso de Mayte y luego el maltrato que le dio su padre? Ella no había hecho nada malo, solo era una niña revoltosa, y aunque a veces se tomase a risa a las monjas y a la iglesia, no lo hacía con mala intención. ¿Dónde estaba la infinita bondad y misericordia de Dios? Las razones que le daba su madre para justificar los actos de Dios no la convencían, incluso la alejaban más de él. La señora Neus era una devota creyente que luchaba por inculcar en sus hijas una fe firme y ciega. Consideraba que las dificultades y los dramas que surgían y que debían afrontar eran pruebas que Dios ponía en su camino para fortalecer el alma, y que la recompensa llegaría siempre que mantuviera firme la fe. Pero la realidad injusta que rodeaba a Araceli, junto con la inteligencia racional y analítica que poseía, hacía muy difícil que las respuestas de su madre fueran convincentes. Así que dejó de preguntar en voz alta. Ella deseaba creer, pero Dios no se lo ponía nada fácil. Aquella noche le costó mucho dormirse, le dio muchas vueltas a la cabeza pensando en Mayte, en su madre o en ella misma. Solo pudo llegar a una conclusión: las injusticias no se solucionan rezando. Algún día, ella haría todo lo posible por ayudar a quien sufriera una injusticia.

MAYTE**La casa camino del Sanatorio****13 de noviembre de 2015**

Dos mujeres, una muy joven y otra de mediana edad, un anciano y un par de jóvenes que llevaban la cara magullada y rasguños en las manos esperaban en silencio y sentados en las incómodas sillas de plástico que se encuentran en todos los edificios oficiales. Ese reducido grupo de personas aguardaba su turno en la comisaría de los mossos d'esquadra de Santa Coloma para realizar diligencias policiales. Un agente debidamente uniformado y con insignia de sargento apareció desde uno de los pasillos y frente al variopinto grupo de personas hizo un llamamiento:

—María Teresa Bermejo.

Al oír su nombre, la mujer de mayor edad se puso en pie.

—Soy yo —dijo mientras avanzaba hacia el agente.

—José Antonio Gálvez, de la policía judicial —se presentó el agente y le extendió la mano para saludarla.

Mayte estrechó la mano del sargento sin ocultar en su rostro la sorpresa por una bienvenida tan personal. A pesar de sus pasadas experiencias relacionadas con la autoridad, no sentía animadversión por ningún cuerpo de policía. Con la puntual excepción del desprecio que sentía por algunos agentes en concreto de la Policía Local de su ciudad. Y ese sentimiento parecía algo recíproco. A Mayte que la policía local la multase y la increpase por parar la furgoneta en doble fila frente a su negocio para descargar la mercancía le parecía un abuso y una injusticia. Y a pesar de que parecía que solo la veían a ella, podía soportarlo. Sin embargo, la insistencia y la reiteración con que algunos agentes le pedían, cada dos por tres, la documentación a su marido para comprobar que no estaba de forma irregular en nuestro país suponía a su entender una persecución racista en toda regla. Y esas situaciones acababan siempre en bronca con los agentes si ella se encontraba presente.

A pesar de la cordialidad del mosso, no se sentía cómoda en las dependencias policiales. Los motivos que en el pasado la hicieron estar en esa u otra comisaría siempre resultaron dolorosos y trágicos. La muerte de su hermano Joaquín, la de su madre y su relación tormentosa con su primer marido eran recuerdos muy amargos y que necesariamente relacionaba con la policía.

—Acompáñeme al despacho y allí le explicaré el motivo por el que la he llamado —explicó el hombre que aparentaba tener cuarenta y pocos años.

—Papá, venga, que tienes que levantarte. —Se dirigió la mujer al anciano que estaba sentado todavía en la silla.

Joaquín Bermejo no era ni la sombra del que fue. Allí sentado estaba un viejo atolondrado, torpe y con las manos temblorosas. No reaccionó hasta que la hija lo ayudó a levantarse.

—Tenía revisión en el hospital de Can Ruti con él y ya sabe cómo son en la Seguridad Social, si fallas a una visita hasta que te dan la siguiente te has muerto. Y mi padre ya está a punto de picar billete. No tengo con quien dejarlo —dijo Mayte para excusarse por la presencia de su padre.

—No se preocupe, lo entiendo. No pasa nada.

Caminaron por el pasillo unos metros hasta llegar al despacho del sargento Gálvez. La mujer tuvo que ir casi empujando a su padre que se paraba a cada paso. Una vez en el interior, Mayte y su padre tomaron asiento frente a la mesa en unas butacas algo más cómodas que las sillas de recepción. El sargento cerró la puerta, se sentó tras la mesa frente a ellos y se dirigió con familiaridad a Mayte.

—¿No me conoces, Mayte? Sé que han pasado muchos años y todos hemos cambiado, pero pensé que te sonaría mi nombre —dijo el mosso.

Mayte, extrañada, abrió mucho los ojos porque era incapaz de recordar a aquel hombre, ni para bien ni para mal.

—Lo siento, ahora no caigo. Pero yo creo que un buen mozo como tú no se me olvidaría fácilmente —respondió sonriendo y con su descaro habitual. Ese descaro que ni el sufrimiento ni el paso de los años había logrado arrancarle.

—Sigues igual —dijo sonriendo—. Soy el hijo del señor Benito, el murciano, y de la señora Encarna. Vivíamos enfrente de tu tienda.

—¡La madre que me parió! ¿No me digas que eres Josete? Tu madre me dijo que eras madero, no mosso d'esquadra. Qué alegría más grande. ¿Cómo están tus padres? Desde que se fueron del barrio cuando se jubiló tu padre no hemos sabido más de ellos. Me dio pena que se volvieran a Cartagena después de tantos años aquí.

—Te contó la verdad, yo era policía nacional pero cuando se creó el cuerpo de Policía Autonómica, tuve la posibilidad de ingresar en el cuerpo de los mossos d'esquadra, y aquí sigo. Mis padres en general se encuentran bien, solo más viejos, claro. Viven con mi hermana Magdalena que también acabó marchándose. Se separó de su marido y rehizo su vida allí. No les está yendo mal, no se pueden quejar.

—Me acuerdo de ella, era muy revoltosa. Tu padre la llamaba Chispita. Es que Benito le ponía motes a todo Cristo, era muy gracioso. Él fue el que le puso Quinito a mi hermano y todo el

mundo empezó a llamarlo así. Pensaban que era una abreviatura de Joaquinito, pero tu padre se lo puso por un motivo muy distinto. Mi hermano se criaba muy canijo, comía muy poco y mi madre decidió darle todos los días una yema de huevo batida con vino Quina San Clemente, un reconstituyente que anunciaban por la televisión. Durante muchísimo tiempo mi madre, al mediodía, se asomaba por la ventana y llamaba a gritos a mi hermano que jugaba en la calle, diciendo: «Sube a tomarte la Quina». Y a tu padre le faltó tiempo para ponerle el nombre del muñeco que anunciaba el vino. ¡Qué cosas! —exclamó Mayte.

En mitad de esa entrañable conversación, el padre de Mayte, que había permanecido callado y como ido, empezó a quejarse.

—Me quiero ir a casa, tengo hambre y ¿este quién es? Tengo que abrir la tienda —dijo dirigiéndose a su hija.

—Tranquilo, papá, estoy hablando con Josete, el hijo del señor Benito, ¿no te acuerdas? Es policía —intentó explicar Mayte sin conseguir atraer su atención—. Venga, ahora nos iremos.

El anciano no parecía entender nada de lo que su hija le explicaba y seguía refunfuñando entre dientes.

—Tengo calor, me quiero quitar la chaqueta. —Y con las manos temblorosas empezó a darse tirones de la prenda.

La mujer desabrochó la chaqueta que llevaba el viejo y se la quitó.

—Y ahora te callas y te esperas, ¿vale, guapo?, que tengo que hablar con este hombre.

—Está muy deteriorado, quién lo hubiera dicho. Yo recuerdo a tu padre siempre trabajando en la tienda. Y sobre todo me acuerdo de cómo salía a la calle cagándose en la hostia y en todo lo que se movía si le dábamos un pelotazo a la puerta del comercio sin querer, era un espectáculo. Aunque los que verdaderamente nos cagábamos éramos nosotros, que nos faltaba calle para correr y desaparecer de su vista —comentó el sargento sonriendo.

—Pues sí, está senil y tiene principio de Parkinson. Quién le iba a decir a él que con esas manos con las que nos ha dao hostias hasta hartarse a mí y a mi hermano hoy no se podría ni desabrochar la bragueta. Porque yo le tengo que sacar la chorra pa que mee.

Se quedaron un instante todos en silencio. José Antonio había presenciado los malos modos del señor Joaquín tanto con sus hijos como con su mujer. El sargento era un niño cuando Mayte era ya una adolescente, y precisamente en ese periodo las broncas y los escándalos en la casa de los Bermejo eran diarias y muchas veces públicas.

—Bueno Mayte, te he llamado porque no sé si te habrás enterado ya. Ha salido en las noticias estos días. En una de las casas abandonadas que están en la subida hacia el Hospital de l'Esperit Sant desde la avenida de la Generalitat, detrás de las naves industriales, se han hallado unos restos humanos. Al derribar lo que quedaba de la última casa y excavar el solar para hacer los

cimientos de la nueva construcción, se han encontrado enterrados los restos óseos de un cuerpo. Las pruebas forenses han determinado que falleció hace unos treinta y cinco años, que era un varón y que presuntamente no murió de forma natural —explicaba el sargento en un tono muy cordial.

—Menudo repelús les daría a los obreros, ¿no? Pero no entiendo qué tengo yo que ver con ese fiambre. Hace mucho que no voy por el Sanatorio, porque para mí aquello sigue siendo el Sanatorio. Lo de l'Esperit Sant no me sale. Tanto cambio de nombre me supera.

—Ahora te lo explico. Las vías de investigación y las pruebas nos han llevado a una denuncia que puso Ana Soto Garrido en febrero de 1981 donde ponía de manifiesto que su hermano Javier Soto Garrido llevaba cinco días sin aparecer por casa. Se ha cotejado el ADN de los restos hallados con el de Ana Soto, que milagrosamente todavía vivía en el domicilio que constaba en la denuncia, y hay coincidencia. El desconocido era Javier Soto Garrido. —Tras esta explicación minuciosa el mosso hizo una pausa.

—Me parece muy interesante todo —dijo Mayte poniendo cara de perplejidad—. Pero no sé qué tengo yo que ver con esto. Yo no recuerdo a esos hermanos Soto. Además, me hablas del año 81, yo era una pipiolilla. Si no me acuerdo de lo que comí ayer, imagina de lo que pasó hace treinta años. Como no me des más pistas... —dijo a la vez que se encogía de hombros.

—Igual por Javier no te acuerdas de él, pero en el barrio lo llamaban el Indio. Era amigo de tu hermano y en las diligencias consta una declaración tuya, porque en aquel tiempo parece ser que erais novietes. Además de a otros colegas del desaparecido, a tu hermano lo interrogaron varias veces.

En aquel instante, Mayte abrió los ojos como platos y se quedó con la boca abierta.

—Ya sé de quién me hablas, valiente cabrón era. Todo lo que tenía de guapo lo tenía de desgraciao. ¿Y dices que estaba muerto? Ya no me acordaba de él.

—Sí, bueno, lleva muerto más de treinta años.

—Es verdad que tuve que ir a comisaría y les expliqué que hacía una semana o más que no sabía nada de él. Me trataba mal y dejé de ir detrás de él como una perra. Me enteré de que el muy hijo de su madre andaba ya liado con una de las golfillas de su pandilla. Cuando no apareció más por el barrio, pensé que se habría largao o que estaría en la cárcel. No era trigo limpio, andaba con líos de drogas según me contó mi hermano Quinito. Supongo que este fue el primero de la lista de hombres a los que no debería haber conocido nunca. He tenido un ojo pa elegir a los tíos, cojonudo. —Hizo una pausa como si reflexionara y añadió—: Bueno, hasta ahora, claro.

—Me alegro entonces, no hay mal que cien años dure y aunque el hombre es el animal que tropieza dos veces con la misma piedra, igual la mujer sí sabe rectificar. Y tú te mereces algo bueno —dijo el hombre con una franca sonrisa—. Y eso que comentas de las drogas ya lo declaró Joaquín en su momento —apostilló el sargento.

El padre de Mayte seguía sentado sin intervenir, recostado en la butaca con la cabeza ligeramente doblada hacia la derecha; parecía dormido. Tenía los ojos cerrados, estaba inmóvil y solo el temblor insistente de sus manos, así como la expulsión sonora de aire por la boca de vez en cuando confirmaban que seguía vivo. Las continuas referencias a Quinito en aquella conversación parecían ensombrear el brillo en los ojos de Mayte y José Antonio lo percibió.

—Sentí mucho la muerte de tu hermano —dijo el sargento en tono sentido y serio—. Yo era un adolescente y me marcó mucho. Tu madre desde entonces no fue la misma. Fue una tragedia.

—Desde luego José Antonio, ninguno de nosotros después de la muerte de Joaquín fuimos los mismos —respondió la mujer con un reflejo de nostalgia en la mirada—. Mi hermano no era muy listo, pero nunca fue mala persona. Si en vez de recibir tantos palos le hubieran dado un poco más de cariño o atención, igual las cosas hubieran sido distintas, pero nadie le dio una oportunidad. Los dos hicimos muchas gilipolleces en nuestra juventud, pero yo tuve más suerte que mi hermano. Nadie merece un final como el suyo. Mis padres, por vergüenza, contaron que fue víctima de un atraco y que el ladrón lo apuñaló hasta la muerte. Nadie en el barrio se lo creyó, pero la gente tuvo misericordia con ellos y con su dolor y se mantuvo esa versión. La verdad fue que lo encontraron muerto por una sobredosis de heroína, tirado en el suelo de uno de los pasos subterráneos que cruzan por debajo de las vías del tren y comunican el paseo marítimo de Badalona con la playa. Tenía la jeringuilla clavada en el brazo. ¡Putá droga! —acabó diciendo con un gesto de rabia en el rostro.

—Bueno, mejor pasar página Mayte, de eso hace ya muchos años.

—Tienes razón, además estábamos hablando del macarra de Javier Soto, ¿no? —Recondujo la conversación de forma animosa.

—Sí, claro. Era carne de cañón, su final tenía pocas alternativas, o acabar en la cárcel o muerto en cualquier descampado. Lo paradójico es que aun siendo al parecer una muerte violenta, nadie pagará por ella. Como los hechos se produjeron hace más de treinta años, el asunto se va a archivar porque ha transcurrido el periodo de prescripción del delito. Este hallazgo no tiene consecuencias ni policiales ni judiciales. Bueno, en resumen, como vi que habíais sido novios y tanto tú como Joaquín estuvisteis siendo investigados por su desaparición, pensé que quizás te gustaría saber qué había sido de él, aunque fuera un macarra. Espero no haberte molestado —concluyó.

—En absoluto, Josete —contestó guiñándole un ojo—. Me ha hecho mucha ilusión verte y saber de tus padres. La verdad es que me importa muy poco lo que fue de ese desgraciao, pero si está muerto, por mí bien está. Has dicho que había prescrito el delito. ¿Qué delito?

—En principio, sería el de homicidio o incluso asesinato. Pasados tantos años, es muy difícil determinar la causa exacta de la muerte, sobre todo porque solo quedan los huesos, no hay ni órganos ni materia blanda. Pero en el informe forense se hace referencia a una serie de signos que demuestran que hubo violencia. Se han encontrado dos hendiduras en el fémur y otra en la clavícula, que responden a las marcas que se producen cuando con un objeto cortante se realiza un apuñalamiento, y por la enorme fuerza con que es clavado roza el hueso. Además, se aprecian

varios traumatismos en el cráneo, la mandíbula está destrozada y las vértebras del cuello partidas y astilladas. Resultaría imposible sobrevivir a esas heridas.

—Vamos, que le dieron la del pulpo. De poco le sirvió su guapura y su chulería —concluyó la mujer.

—Desde luego. ¿Y sabes una cosa? Dándole vueltas a aquella época, he recordado que la noche del 23 de febrero de 1981, y me acuerdo de la fecha exacta porque fue el día del golpe de Estado, cuando Tejero tomó el Congreso de los Diputados, ¿te acuerdas?, pasó algo en el barrio.

—Sí, el de «todos al suelo, coño» —interrumpió Mayte.

—Mi padre estaba muy preocupado con la que había liada y nos mandó a la cama temprano. Pero he recordado que a medianoche nos sobresaltó el sonido de sirenas de policía y de bomberos que parecían dirigirse hacia San Adrián. En el barrio nadie salió a ver qué pasaba, el horno no estaba para bollos. A la mañana siguiente supimos que se había quemado una de las casas abandonadas de la subida del Sanatorio. Seguramente quien o quienes cometieron el homicidio pretendieron borrar las pruebas con el incendio. La denuncia de Ana Soto por la desaparición de su hermano es del 28 de febrero. Bueno, fuera lo que fuera, como te he dicho, esto está archivado y nunca sabremos lo que pasó —concluyó el hombre cerrando el viejo expediente.

—«La vida te da sorpresas», decía la canción, ¿no? Pues a este le sorprendió bien —repuso la mujer sonriendo.

Mayte se puso en pie y zarandeo a su padre, que seguía dormido. El sargento Gálvez ayudó al anciano a ponerse en pie; Mayte le puso nuevamente la chaqueta y salieron del despacho con lentitud, al paso torpe y atribulado que marcaba el viejo y ahora desvalido señor Bermejo.

Mayte y su padre tardaron un buen rato en llegar hasta donde tenían estacionado el coche, un monovolumen azul oscuro. Aunque había aparcado cerca, la demora no se debía a la distancia, sino a la dificultad que suponía desplazarse llevando del brazo a aquel enorme anciano que ponía muy poco de su parte. Una vez acomodado su padre en el asiento del copiloto, Mayte se paró junto a la puerta del conductor y se apoyó en ella sumida en sus pensamientos.

«¿Por qué apareces ahora, hijo de Satanás? Maldigo el día que te cruzaste en nuestro camino; el de Clara, el de Araceli y el mío. Que te jodan, Javier. A ti y a todos los cabrones como tú», pensó furiosa.

Súbitamente empezó a temblar como si su cuerpo estuviera expuesto a un frío polar, sus piernas flaqueaban y apenas soportaban su peso, su respiración se aceleró y tuvo la sensación de estar a punto de desmayarse. Estaba sufriendo un ataque de ansiedad. Abrió la puerta del vehículo y se sentó con rapidez. Se apoyó sobre el volante e intentó respirar con normalidad y recuperar la tranquilidad.

—Joder, menudo jamacuco —dijo en voz alta.

Esperó allí sentada unos minutos a que se le pasará el pánico que sentía para poder dominar nuevamente las reacciones de su cuerpo. En cierto modo, se alegraba de haber podido contener su angustia durante toda la conversación con su antiguo vecino. Hubiese sido comprometido tener ese acceso de ansiedad en mitad de su charla. En cuanto se sintió fuerte, inició la vuelta a su casa.

CLARA

Una amiga virtual

13 de noviembre de 2015

Clara aspiró hondo tras el primer momento de flaqueza y se recompuso. Arrastró la maleta hasta el comedor, la dejó en un rincón y entró directamente en la cocina de la casa de sus padres. Comprobó que en el interior del frigorífico se encontraba todo lo encargado días antes a Adelina y que, como siempre, la mujer había cumplido las órdenes a la perfección. Adelina era una señora peruana que ayudaba en las tareas del hogar y hacía compañía a Montse, la madre de Clara, desde que esta enviudó. Clara, tras la muerte de su madre, decidió mantenerla contratada para que fuera una vez por semana a darle una vuelta a la casa y evitar la apariencia de vacía y abandonada. Entendió que era una buena medida para impedir la ocupación por parte de cualquier desaprensivo. Sobre la encimera estaba el tique de la compra para justificar el gasto y un plato cubierto con papel de aluminio. Al destaparlo, Clara se sintió sorprendida y avergonzada. Era un bizcocho de chocolate y nueces como el que le preparaba su madre cuando venía a visitarla. Situación que, ella misma reconocía, era muy de tarde en tarde. Adelina mostraba una cortesía y una gentileza que Clara nunca demostró con ella, porque jamás había tenido un trato amistoso con aquella mujer a la que apenas conocía. Incluso había reprochado a su madre la familiaridad y cercanía con la que trataba a su empleada porque para Clara solo era la mujer de la limpieza. El único contacto que mantenía en la actualidad con ella era una transferencia bancaria mensual como pago por su trabajo. Aquel bizcocho era la bienvenida a un lugar donde ya nadie la esperaba, además de la revelación de la pobreza de su calidad humana.

Puso en marcha la calefacción porque en la casa hacía mucho más frío que en la calle y, aún con el abrigo puesto, se sentó en el sofá. A mano derecha de este, frente al televisor, como presidiéndolo todo, seguía el sillón de piel de su padre. Estaba salpicado por las quemaduras que se habían producido cuando Juan Manuel se quedaba dormido con sus cigarros encendidos en la mano. Montse, la madre de Clara, se negó a retirar el butacón tras la muerte de su marido, decía que era como estar más cerca de él, y allí se mantuvo en los últimos doce años. Clara cogió el teléfono móvil, buscó en la lista de contactos y llamó.

—Hola cariño, estoy perfectamente. El doctor me ha dado permiso para hacer este viaje. Ya lo habíamos hablado, no te preocupes. Tengo cosas importantes que hacer aquí. Además, creo que voy a poner en venta la casa de los abuelos. ¿Y tú, cómo estás? —preguntó y se quedó escuchando atentamente la respuesta al otro lado de la línea durante unos segundos.

Sus ojos se humedecieron levemente, pero disimuló la emoción.

—Te prometo que te llamaré todas las noches, recuerda llamar a tu padre y para cualquier cosa mándame un WhatsApp. Te quiero muchísimo, Laura, no lo olvides nunca, un besote. —Colgó rápidamente nada más despedirse, no quería que Laura percibiera la emoción que se apoderaba de ella. Laura era lo único bueno y verdaderamente importante que tenía en la vida.

Rebuscó en su bolso, sacó un paquete de tabaco rubio, un mechero de plástico y se encendió un cigarro. Había vuelto a fumar después de veinte años sin hacerlo; lo hacía a escondidas, como cuando era adolescente; sabía que Laura se disgustaría si la viese volver al viejo vicio. Revisó su correo electrónico sin prestar demasiado interés a los mensajes de trabajo, porque Laura ya se encargaba de eso. Únicamente leyó uno de Elvira Casademunt Roig que decía:

«Hola a todas, se confirma la reunión para el día 19 de noviembre, jueves, a las 18:30 horas, en la sala de actos del colegio. No olvidéis la reserva para la cena llamando al restaurante La Casa de L'avia. Un beso».

—Un beso también para ti, tonta del culo —respondió al terminar de leer el mensaje.

Habían pasado tres semanas desde que Clara había recibido a través de Facebook una solicitud de amistad de Elvira Casademunt. En otro momento, ni siquiera lo hubiera tenido en cuenta, pero al mirar la foto de perfil de aquella desconocida, algo le llamó poderosamente la atención. Era una mujer rubia, recauchutada, con uno de esos rostros plastificados para disimular su verdadera edad; lucía un rictus acartonado en una cara que parece de esas hechas en serie, un clon de una Barbie madurita. Solo aquellos ojos un poco saltones parecían querer decirle algo. Y dándole vueltas a la cabeza, se le encendió la bombilla.

—Elvira Casademunt... ¡Hostias, es la Sapo! —exclamó sorprendida.

Los recuerdos de su infancia irrumpieron como un inmenso e imparable caudal en su mente; como si se abriera la compuerta de un embalse donde ella hubiese estado acumulando todo su pasado y ahora tuviese que vaciar. Elvira era una antigua compañera de colegio, pero nunca fueron amigas, de hecho, esa niña se convirtió en una de sus mayores enemigas. Clara, Araceli y Mayte formaban el denostado club de las marginadas, y Elvira fue una de las mayores hostigadoras que tuvieron. Todas iban al colegio religioso de Nuestra Señora del Mayor Dolor, un colegio privado situado en la calle Miguel Servet de San Adrián del Besós junto a la plaza del ayuntamiento de esa localidad. Allí estudiaban niñas de buena familia de Badalona, San Adrián y Barcelona. Ser de Santa Coloma no tenía muy buena prensa, era una ciudad que crecía a pasos agigantados por las oleadas migratorias y eso para algunas personas resultaba negativo. Se tendía a relacionar de forma clasista e injusta la emigración con la delincuencia. Elvira era una niña pija, estúpida y estirada que siempre encabezaba cualquier acto en el que pudieran humillar a las colomenses. Esa actitud hostil por parte de la mayoría de sus compañeras hizo que Clara en primer curso, con apenas seis años, se acercara e iniciara una íntima amistad con Araceli Quirós. Araceli era la hija pequeña de la familia Quirós, una niña tímida y callada, que tenía unos espectaculares ojos azules que contrastaban con su pelo rizado y negro, que siempre llevaba muy corto. Araceli también era objeto de las burlas, pero por diferente motivo. Desde que su padre, Aureli Quirós, había fallecido, su familia vivía en Llefiá, un barrio humilde de Badalona justo pegado al de Santa Rosa. La familia de Araceli había gozado de una buena posición social, pero

la inesperada y temprana muerte del cabeza de familia, cuando ella tenía solo seis años, provocó que la situación económica de la familia pasara a ser bastante deficiente. Su madre, la señora Neus, se puso de nuevo a trabajar en una sastrería porque la viudedad era insuficiente para mantenerla a ella y a sus tres hijas: Neus, Marta y Araceli. Solo la familia materna, la tía Neus y la tía Mariona, les echaban una mano. La relación con los abuelos Quirós eran inexistente. Los padres de Aureli, una familia de buena posición, nunca aprobaron la boda de su heredero con una modista e ignoraron a la viuda y a sus hijas sin el menor remordimiento. A la muerte del padre de Araceli, las religiosas se hicieron cargo de forma gratuita de la educación de las niñas, porque eran alumnas del centro. Esta circunstancia en el caso de Araceli era el motivo por el que un grupo de niñas, encabezadas por Elvira, le recordaban siempre que surgía la ocasión, que estaba allí gracias a la beneficencia. Que era una niña necesitada y pobre.

A pesar de la manifiesta animadversión que Clara sentía por Elvira, cuando recibió el mensaje le pudo la curiosidad y teniendo en cuenta que la amistad que solicitaba aquella arpía era solo virtual, decidió aceptarla.

—A ti los años también te han dado lo tuyo, bruja. Estás hecha un asco. Sigues siendo un bicho asqueroso y ahora, además, viejo —pensó Clara con desprecio mientras aceptaba su solicitud.

En las últimas semanas, Elvira le fue comunicando que se estaba preparando una reunión de antiguas alumnas del curso 1975-1976 y que pretendía hacerla coincidir con el homenaje a la madre Bernardina, que se retiraba de la docencia y del trabajo en el colegio. Aquella monja había influido de forma decisiva en la vida académica y en la personal de sus alumnas. Para Clara, su relación con la monja era algo muy especial y se había mantenido a lo largo de los años. Así que, en todos estos acontecimientos, vio una señal del destino que le daba la excusa perfecta para iniciar el regreso y llevar a cabo su peculiar purgatorio. Llevaba tiempo dando vueltas a la idea de volver y mostrarse sincera y arrepentida frente a quienes ofendió, traicionó y utilizó en el pasado. Era consciente de lo cerca que estaba todo de finalizar y eso le imprimía claridad al análisis de sus actos y le había permitido reconocer sus propios pecados. En su exhaustivo examen de conciencia había llegado a la conclusión de no necesitar el perdón de Dios, porque Dios hacía mucho que había dejado de estar presente en su vida. Tampoco buscaba el perdón de aquellos a quien hirió, porque quizás ellos se lo concederían movidos por la piedad que producía una persona en sus circunstancias. Lo único que necesitaba era obtener la absolución de la voz de su conciencia, que se había despertado y no parecía dispuesta a dejarla en paz, y para eso tenía que reencontrarse con Araceli y Mayte, y explicarles la verdad.

Clara apagó todos los artefactos electrónicos que la conectaban con el mundo y decidió dar por finalizada aquella emotiva y exhausta jornada. No iba a cenar, no tenía apetito, solo necesitaba descansar. Con lo imprescindible subió a su antigua habitación, que todavía permanecía exactamente igual que el último día que durmió en ella, justo antes de marcharse para siempre. Sobre el taquillón del pequeño distribuidor al final de la escalera permanecía, impertérrito, el busto de Julio César que había hecho Clara en barro cocido a tamaño natural cuando estudiaba Bellas Artes en la Universidad de Sevilla. Montse, orgullosa siempre de su hija, lo guardaba todo y, de alguna manera, esos recuerdos la mantenían cerca de ella. Clara siguió su camino hasta el cuarto de baño y ya frente al espejo, suavemente, comenzó a eliminar del rostro el maquillaje y

los restos de cosméticos que utilizaba para mejorar su aspecto. Tras el paso del disco de algodón fueron desapareciendo las cejas, que llevaba perfectamente dibujadas en la piel y fue apareciendo en su rostro una palidez marmórea. Con una gran destreza y rapidez se quitó la peluca de media melena de pelo negro que cubría su cráneo pelado y suave. Allí estaba ella, sin trampa ni cartón. Salió del aseo y se paró frente al busto. Le colocó la peluca bien puesta y levantó el brazo hacia delante con la mano extendida emulando a un soldado romano.

—Ave César, las que no pueden ni con su alma te saludan. Sabes, a pesar de ser tan mayor, no te queda mal la melenita, me recuerdas a Antonio Carmona, de Ketama. Primo, cuídamela hasta mañana. —Se giró en dirección a su cuarto y sonrió. Por unos instantes, había aparecido la Clara divertida y guasona del pasado. Quizás un fantasma del ayer atrapado entre aquellas paredes.

ARACELI**Mamá Neus****13 de noviembre de 2015**

El sonido del teléfono móvil sacó a Araceli de sus pensamientos. A pesar de haber recordado un momento triste de su infancia, se dio cuenta de que tenía una sonrisa dibujada en los labios. Recordar a Mayte diciendo burradas y haciendo sus locuras siempre la hacía sonreír. En la pantalla del móvil se leía MARTA GERMANA (Marta hermana).

—Hola, Marta. ¿Qué tal todo?

—Bien, mamá está estupendamente, gruñendo, así que eso quiere decir que está plenamente recuperada. Me ha dicho el doctor que el lunes le darán el alta y que podrá regresar a la residencia —explicó Marta con una voz desenfadada.

—Me alegro, la verdad es que es más dura que una piedra, nos va a enterrar a todas —bromeó Araceli a la vez que miraba su reloj de pulsera—. Veo que son casi las siete, no tardarán mucho en llevarle la cena, ¿verdad?

—Sí, pero no te preocupes, porque está con ella mi hijo Oriol y su novia Laia.

—Estaba en casa trabajando, pero ya lo he dejado, no quiero quemarme más la sangre. En cuanto desconecte el ordenador, voy al hospital. Un beso, guapa.

—Otro para ti y no te cabrees mucho con mamá, sabes que cada vez dice más tonterías, ¿vale? Nos vemos el domingo en casa de Neus.

—Vale, vale, tranquila.

Dejó el móvil sobre la mesa y antes de apagar el equipo decidió dar un vistazo al correo electrónico. Había recibido durante aquella tarde varios mensajes, la mayoría sin ningún interés, y fue repasándolos sin poner demasiada atención hasta llegar al de Elvira Casademunt.

«Hola a todas, se confirma la reunión para el día 19 de noviembre, jueves, a las 18.30 horas en el salón de actos del colegio. No olvidéis la reserva para la cena al Restaurante La Casa de l'avia. Un beso».

—Qué sorpresa te vas a llevar cuando te pregunte, delante de todas tus amiguitas, las pijas estiradas, por la imputación de tu asqueroso marido y el mamón de tu hermano por apropiación

indebida y blanqueo de capital. Aunque lo tengas muy calladito, yo estoy al corriente de todo. Vas a tener que operarte otra vez para cambiarte la cara de gilipollas que se te va a quedar —dijo en voz alta como si hablase con la pantalla del ordenador.

Apagó el equipo, se acercó a la ventana y comprobó que había oscurecido. La luz artificial del alumbrado público sustituía al sol que brillaba tímidamente cuando había empezado a trabajar aquella tarde. Antes de salir del despacho, con ambas manos se ahuecó el pelo que seguía manteniendo rizado y corto, pero ahora salpicado de canas. En su rostro era evidente el paso de los años, ya habían aparecido unas incipientes arrugas que lucía sin complejos, y sus hermosos ojos azules ahora se parapetaban detrás de unas gafas bifocales, pues la miopía que surgió cuando estudiaba la oposición a fiscal ahora se aliaba con la presbicia. Seguía siendo una mujer con escasas curvas; poco pecho, poco culo y cintura recta; sí había ganado algunos kilos, y eso minimizaba la imagen de fragilidad que proyectaba desde su niñez. En el recibidor se puso un abrigo negro que ocultó por completo el vestido recto de color azul oscuro con cuello de barco que vestía y que coincidía con su estilo sencillo y cómodo de siempre. Cogió el bolso y un paquete envuelto en papel blanco que estaba en la mesa de la cocina y se encaminó hacia el Hospital Municipal de Badalona, que estaba a escasos ocho minutos de su casa. Araceli siempre quiso tener una casa cerca del mar y, cuando surgió la ocasión, adquirió la que ahora era su hogar en la calle Prim, muy cerca de la playa de Badalona.

Una vez en la calle, comprobó satisfecha que no hacía mucho frío. En algunas ocasiones, la brisa marina provocaba una sensación de humedad que se metía en los huesos y te mantenía destemplada durante todo el día, pero aquella tarde, a pesar de haber oscurecido, resultaba agradable pasear. Caminó unos pocos metros hasta llegar a la esquina con Vía Augusta y rebasó el poco estético edificio gris de cemento y metal que albergaba la mayoría de los juzgados de Badalona. Aquel feo edificio le traía buenos recuerdos, allí trabajó varios años y dejó buenos amigos. Dobló la esquina y a buen paso caminó por la acera entre la gente que iba y venía en el trasiego normal del inicio del fin de semana. Ella todavía disfrutaba como cuando era niña paseando por la calle y observando todo aquello que la rodeaba. Tras dejar atrás el Museo Arqueológico, en cuatro minutos llegó a las puertas del Hospital Municipal.

Araceli golpeó con suavidad la puerta cerrada de la habitación que ocupaba su madre. En el interior se escuchó una voz de hombre que la invitaba a pasar. Era su sobrino Oriol, que estaba visitando a la abuela acompañado de su novia, tal y como le había anunciado su hermana Marta.

—Hola, tía —saludó el joven mientras se levantaba para besar a Araceli.

—Hola, guapo. ¿Cómo va todo por aquí?

—Todo bien, la yaya está como una rosa. Igual me la llevo hoy de marcha a echar unos bailes —dijo Oriol en tono jocoso.

La chica también se había acercado a Araceli para besarla. Tras el saludo, ambos jóvenes volvieron a sentarse en un pequeño sofá cama que estaba al lado de la ventana. Araceli se quedó de pie junto a la cabecera de la cama para poder charlar con su madre. Acercó su cara a la de la vieja Neus y le dio dos besos, uno en cada mejilla. Su madre mantuvo los ojos cerrados, como si

estuviera dormida, pero fingía. Tenía ya ochenta y un años, y su comportamiento empezaba a ser más parecido al de una niña caprichosa que tiene que ser siempre el centro de atención de todos que al de una mujer adulta.

—¿Qué pasa Neus, no quieres saludarme? Pues te he traído un regalito — dijo mientras dejaba el paquete sobre la mesita auxiliar.

La anciana abrió los ojos y miró a su hija.

—Dichosos los ojos, hace ya dos días que no venías. Y ¿qué es eso de Neus? Mamá, me llamas mamá —dijo la mujer con contundencia.

Los jóvenes miraban a Araceli divertidos observando el mal genio que se gastaba su abuela.

—Ya te han dicho mis hermanas que he estado muy liada. Pero ya estoy aquí —explicó con amabilidad mientras dejaba sobre la butaca el abrigo que ya se había quitado.

—Mira, yaya, la tía te ha traído muffins —dijo el chico después de desenvolver el paquete que había traído Araceli—. ¡Qué buena pinta tienen!

—Magdalenas, Oriol, son magdalenas, gordas, pero magdalenas —replicó Araceli—. No entiendo esta costumbre que tenéis los jóvenes de llamar a todo con un nombre ridículo, parece que estas llamando a tu perro. Muffins, muffins...

—Estás desfasada tieta, vives en el siglo pasado, pero como quieras. ¿Las magdalenas gordas las has hecho tú? —preguntó con retintín.

—No, las ha hecho Irene, que tiene muy buena mano para la repostería —contestó Araceli mientras le mostraba los dulces a su madre.

La anciana levantó la mano derecha y apartó las magdalenas con cierto desdén diciendo:

—La doctora de la residencia me ha prohibido comer azúcar. No me las voy a comer, así que te las puedes llevar.

Araceli conocía muy bien a su madre y sabía que eso no era verdad. Desde hacía unos años su relación se había tensado muchísimo e incluso estuvieron unos años sin hablarse.

—Pues nada. Laia, Oriol, coged los puñeteros muffins o como los llaméis y os los merendáis vosotros porque os harán más provecho.

Se produjo un momento de tensión que se rompió enseguida cuando entró la auxiliar con la bandeja de la cena de la señora Neus. Araceli colocó la mesa delante de la enferma, elevó la cama para incorporarla un poco y destapó los recipientes.

—No tengo gana. La comida que me dan aquí es un asco. Ni a los cerdos se les da tan mal de comer.

Araceli, haciendo acopio de toda la paciencia que le quedaba ese día, intentó convencerla.

—Mira mamá, tienes para cenar un plato de sopa, una tortilla francesa y un yogurt. Esto se come sin gana. Tienes que hacer el esfuerzo. Has de recuperar fuerzas. ¿No quieres curarte pronto?

—Mi vida está en manos de Dios, él decide.

La pareja de jóvenes, ante el panorama que se estaba preparando, decidió dar por terminada la visita. Se despidieron de la abuela y de la tía y con los muffins en la mano se marcharon.

A pesar de la negativa inicial de la anciana, Araceli consiguió que comiera parte de la cena. Cuando retiró la mesa, se sentó en la cama frente a su madre. La miró con dulzura y con un poco de remordimiento por las cosas que en el pasado se habían dicho una a la otra; le pasó la mano por la cara a modo de caricia, en un gesto de reconciliación. Estaba tan vieja y débil que sintió pena por ella, por no haber sido capaces de entenderse y disfrutar la una de la otra, por perder la paciencia y por sentir que su madre había dejado de quererla. La anciana le cogió la mano y comenzó a hablarle.

—Cuando eras pequeña eras un ángel, no sé qué pasó. Porque te alejaste de Dios y te corrompiste. Quizás fue ese día que decidiste ayudar a segar una vida. Rezo todos los días a Nuestro Señor para que vuelvas al buen camino —dijo en el habitual tono de sermón que utilizaba para hablar con ella.

Araceli soltó la mano de su madre con rabia, se puso en pie y cogió el abrigo. Desde la puerta y con el rictus totalmente tensado por la furia, se despidió diciéndole:

—Haces bien en rezar, mamá, pero no te preocupes por mi camino, sino por el tuyo, porque está llegando a su final. Estás viviendo en el tiempo de descuento. El día menos pensado conocerás a tu Dios personalmente o igual te llevas una sorpresa y después de haber vivido una vida de mierda no tienes ninguna recompensa —le espetó con el fuego de la ira en los ojos.

Salió de prisa de la habitación, sin mirar atrás. Odiaba profundamente aquellos enfrentamientos, detestaba comportarse tan cruelmente con ella, pero la hostilidad, los reproches y la incompreensión que recibía de su madre hacían aflorar en Araceli lo peor de ella misma.

MAYTE**Farrokh****13 de noviembre de 2015**

Mayte intentó centrarse en la conducción procurando sacar de su cabeza lo antes posible la conversación con el sargento Gálvez. Al llegar a la calle Monturiol, la suerte le sonrió y no fue necesario, como era lo habitual, tener que dar muchas vueltas para aparcar relativamente cerca de su casa. Justo delante de su tienda había un hueco y ella aprovechó la ocasión. El colmado de los Bermejo había sufrido una nueva renovación. En el letrero luminoso rezaba FRUTAS Y VERDURAS MAYTE y el aspecto del local era moderno y limpio. Se paró frente a la puerta de la tienda, agitó la mano a modo de saludo y sonrió con dulzura. El hombre que estaba tras el mostrador le devolvió el saludo y la sonrisa.

—Qué suerte has tenido, rubia. Ha sido llegar y pegar. ¿Qué te ha dicho el médico? ¿Y qué quería la policía? —preguntó el hombre en castellano, pero con un exótico acento que alargaba la ese y dulcificaba las erres.

—El médico dice que sigue avanzando la enfermedad, pero que nos va a enterrar a todos. Y los mossos querían algunos datos sobre la última denuncia que pusimos cuando nos robaron en la tienda —dijo a modo de excusa para evitar contar el verdadero motivo—. Y desde luego se me ha aparecido la Virgen al encontrar este hueco aquí delante, pensé que a estas horas acabaría aparcando en el culo del mundo. Y los chicos, ¿dónde andan?

El hombre ya había salido de detrás del mostrador y avanzaba hacia la puerta. Era poco más alto que ella, robusto, con el pelo negro salpicado de canas y peinado hacia atrás. Su piel oscura y sus rasgos delataban un origen hindú. A pesar de ser un hombre ya de mediana edad algo mayor que Mayte, mantenía un aspecto joven y atractivo. Al llegar frente a la mujer, se paró y la besó en los labios.

—Joaquín Galav está en la biblioteca terminando un trabajo y Manuel Firuz está en el club entrenando, mañana tiene partido. ¿Te ayudo con el abuelo?

—No hace falta, Farrokh, ya lo subiré yo a casa. No dejes la tienda sola, que hay mucho chorizo suelto.

—Los españoles tenéis unas expresiones bien curiosas, ¿chorizos sueltos? —repitió sonriente—. Por cierto, como tardabas, te he llamado al móvil por si necesitabas algo, pero estaba apagado o fuera de cobertura.

Mayte sacó el teléfono del bolso y comprobó que estaba apagado.

—Tendré que comprarme uno nuevo, este está hecho polvo, se apaga cuando quiere. Luego lo pondré a cargar a ver si funciona —dijo la mujer guardándolo nuevamente en el bolso.

Mayte subió los veinticinco escalones que separaban el portal de la puerta de su piso, una acción que, al tirar del cuerpo casi muerto de su padre, le parecía un esfuerzo igual que coronar el Tourmalet. Una vez en el interior de la casa, llevó al anciano al lavabo, le puso las zapatillas y lo sentó en una butaca frente al televisor. El viejo no dejaba de protestar, pero ella no le prestaba la menor atención. Intentaba ser inmune a sus quejas y a sus desvaríos. Había asumido el cuidado de aquel anciano con toda la resignación y la generosidad que cabía en su corazón.

Cuando ella se planteó regresar a su antiguo hogar para poder cuidar de su padre, que empezaba a tener graves episodios de desorientación y memoria, decidió reformar la vivienda de arriba abajo. Tiró tabiques, modernizó la cocina, arregló el cuarto de baño que se caía a pedazos y lo amuebló y decoró a su gusto. En aquel tiempo ya estaba casada con Farrokh, tenían al pequeño Joaquín Galav y esperaban el nacimiento de Manuel Firuz. No quería que nada le recordase su vida anterior, ahora tenía una familia, era feliz y no iba a permitir que el pasado se repitiera.

Frente al espejo de su dormitorio, Mayte se quitó la ropa para ponerse el chándal rojo que utilizaba para estar por casa. Al ver su reflejo, se observó lentamente y con detenimiento. Aquella tarde le habían hecho recordar a aquella muchacha de dieciocho años alegre, feliz y desenvuelta dispuesta a comerse el mundo y que, sin saber muy bien por qué, el mundo se la acabó comiendo a ella. En aquel cuerpo que veía reflejado en el espejo apenas se podía reconocer aquella muchacha divertida y alocada. Aunque apenas había engordado cinco kilos desde entonces, su cuerpo, sin embargo, había perdido sus formas y su armonía. Su cintura, su abdomen y sus caderas se habían ensanchado a causa de los embarazos y los partos de sus hijos. Sus pechos estaban caídos, blandos, y las estrías se habían adueñado de ellos y de su vientre. Su rostro, aunque de forma poco marcada, sí reflejaba algunas arrugas y la flacidez típica de la madurez. Sus labios habían perdido volumen y la piel de su rostro estaba salpicada por manchas originadas por una exposición excesiva al sol.

—Quién te ha visto y quién te ve, Mayte —se dijo a sí misma en voz alta con un tono de melancolía—. Con lo buena que estabas. Y te empeñaste en destrozarte la vida. Maldito el día en que conocí al cabrón de Javier Soto. —Cerró los ojos unos segundos y, cuando los abrió nuevamente, siguió conversando con ella misma, pero con un tono más alegre y jocoso—. Aunque, bien visto, sigo teniendo unas piernas preciosas. Y mi lunar cerca de la boca sigue siendo sexy. Además, mi Farrokh se pone burraco perdido en cuanto le hago una caricia. Así pues, virgencita, que me quede como estoy —acabó diciendo sin perder su sonrisa y esa actitud de superviviente que siempre la llevó a seguir adelante.

En el recibidor, el señor Joaquín forcejeaba con la cerradura de la puerta. Desde que el hombre había perdido facultades, siempre permanecía cerrada con llave por seguridad, para evitar que se escapara o que se cayera por las escaleras. Cada vez tenía más episodios de enajenación y menos de lucidez.

—¿Dónde coño están las llaves? Tengo que abrir la tienda —farfulló el viejo.

—Venga, papá, la tienda está cerrada, hoy no se trabaja. Ven que te pongo el fútbol en la tele.

Mayte sentó nuevamente a su padre en la butaca y con el mando a distancia comenzó un rastreo por los canales televisivos hasta encontrar uno que emitieran deportes o repitieran algún partido de fútbol.

—Mira, juega el Barça y tú eres culé de toda la vida. Venga, estate ahí quietito mientras hago la cena, porque los chicos vendrán muertos de hambre. Estos no necesitan el vino Quina San Clemente como mi pobre Quinito. Estos se comen a Dios por los pies. —Al recordar a su hermano sus ojos se humedecieron por la emoción—. Voy a calentar sopa del mediodía y haré una tortilla de patatas bien grande. ¿La hago con cebolla, papá?

El anciano no le contestó, miraba el televisor sin prestar atención a la conversación de su hija. La mujer sacudió la cabeza, sentía compasión por aquel hombre que tenía la cabeza y la salud perdidas, que vivía aislado en su demencia. Nunca fue el padre cariñoso y comprensivo que ella hubiera deseado, pero con toda seguridad tampoco ella cumplió las expectativas que, como hija, tenía su padre. Ninguno de los dos lo supo hacer mejor, así que le había perdonado por su rudeza y su hostilidad, y sobre todo se había perdonado a ella misma por todos y cada uno de los errores que había cometido en su vida. Comprendió que el rencor, la ira y la culpabilidad eran sentimientos que lastraban su existencia y que habían estado a punto de arruinársela completamente. Conocer a Farrokh Munshi fue un punto de inflexión en su forma de entender el mundo. Aquel hombre que le hablaba del karma, de la positividad y de la felicidad la liberó del dolor del pasado y puso frente a ella un destino alternativo lleno de amor y seguridad.

Antes de que Mayte llegase a la puerta de la cocina, el anciano empezó a dar gritos:

—Sí que tarda esta mujer. ¿Dónde está tu madre? —preguntó malhumorado—. Anda, niña, ponme una cerveza para ver el partido.

—No puedes beber alcohol con la medicación que tomas; además, no tenemos cerveza ni nada, ya lo sabes. En esta casa no se bebe, Farrokh no bebe y nadie bebe. Y que no me entere yo que mis chicos beban ni el vino consagrado de la eucaristía, porque les parto la espalda a varazos. Bastante daño ha hecho a esta familia el consumo de todo tipo de mierdas —dijo Mayte utilizando un tono autoritario y contundente.

El anciano, haciendo caso omiso a las palabras de su hija, siguió insistiendo cada vez más enfadado y gritando más fuerte.

—Que me pongas una cerveza o un chato de vino, ¿es que no me escuchas, mujer?

Mayte solo pudo mantener la calma unos segundos más y estalló. Como un rayo, entró en la cocina impulsada por el cabreo y la impotencia que le suponía no poder dominar esas situaciones. Cogió una taza de café con leche con asa para que la pudiera sujetar bien y la llenó de vino del que utilizaba para cocinar y se la colocó en la mano a su padre.

—Toma, y a ver si revientas ya de una vez, hostias —dijo poniéndole la taza en sus temblorosas manos—. Ni siquiera me vas a dejar que te cuide como debería. Y no porque tú te lo merezcas, sino porque yo lo he decidido. Ahí tienes, bebe y, si te mueres, todos descansamos. ¡Estoy de ti hasta los cojones!

El hombre se llevó como pudo la taza a la boca después de derramar parte del vino en su suéter, dio un largo trago y se relamió complacido. Sin decir ni una sola palabra más, continuó mirando la televisión como si nada hubiera pasado.

Mayte se sentó frente a la mesa de la cocina, resopló para serenarse porque estaba muy alterada. Ya se arrepentía de lo que había dicho, pero dicho estaba. No deseaba su muerte, pero a veces se le hacía muy difícil lidiar con él. Sacó del bolsillo del chándal un paquete de tabaco rubio y un mechero y se salió al balcón para fumar. Era el único vicio que conservaba de su pasado, pero no fumaba nunca ni dentro del piso ni en presencia de su familia. Aunque Farrokh sabía que lo hacía, sobre todo cuando se ponía nerviosa, nunca la sermoneó al respecto.

Sentada en una silla de anea, inspiraba profundamente el humo del cigarro, que parecía ser como un bálsamo para aliviar la tensión de su cuerpo. Aquella tarde había retrocedido en el tiempo, había viajado a un lugar de su memoria que le había costado mucho esfuerzo y dolor olvidar. Javier Soto fue el comienzo de lo peor de su vida. Sin embargo, ese nombre iba inexorablemente unido al de sus amigas con las que pasó los mejores momentos de su infancia y su juventud. Dejó libres los recuerdos y su mente la transportó al primer día que fue al colegio de Nuestra Señora del Mayor Dolor.

Allí estaba Mayte, entrando en la clase de segundo curso de EGB de la mano de sor Bernardina. Era la única niña nueva de ese curso, el resto de las alumnas había hecho la correspondiente fila en el patio frente a la puerta de la clase, y cuando sonó la sirena, entraron en silencio al aula. Los padres de Mayte decidieron sacarla del colegio público y matricularla en aquel colegio religioso que les habían recomendado porque parecía que la niña era muy espabilada. Confiaban en que la férrea disciplina de aquel centro mantendría a raya su carácter un poco alocado y, asimismo, conseguiría mejores resultados académicos. Con su hermano Joaquín, un año mayor que ella, habían tirado la toalla. Al chico le costaba aprender, no se esforzaba y además era indisciplinado y díscolo.

Mayte estaba un poco nerviosa, pero mantenía la sonrisa y esa actitud suya de disfrutar de todo lo que se le ponía por delante. La hermana Bernardina se paró en medio de la clase con Mayte a su izquierda. El resto de las niñas, que ya estaba en sus pupitres, se habían puesto de pie de forma marcial en el instante que la monja entró en el aula. Y como un ejército de muñequitas, todas vestidas igual con el uniforme del colegio, al unísono dieron los buenos días a su profesora:

—¡Buenos días, hermana Bernardina! —gritaron todas las niñas inmediatamente después de haber resonado en la clase un enorme golpe seco, originado por el choque de los asientos abatibles de los pupitres de madera contra el respaldo al ponerse todas en pie.

—Buenos días, niñas, os podéis sentar.

Y como si fueran una, todas al mismo tiempo bajaron los asientos y ocuparon sus pupitres.

—Os presento a una nueva compañera. Se llama María Teresa Bermejo González, espero que seáis amables con ella y la ayudéis a adaptarse a nuestro colegio —dijo la monja con una dulce sonrisa en la cara.

Mayte observó las caras de sus compañeras, todas la miraban. Algunas caras expresaban sorpresa, otras caras la observaban con indiferencia, pero la mayoría de las caras le sonreían, quizás porque ella no había dejado de sonreír en ningún momento desde que había entrado por la puerta. Se fijó especialmente en dos niñas que estaban sentadas juntas en la hilera de mesas central, en la segunda fila. Conocía a una de ellas, se llamaba Clara y vivía a cuatro casas de la suya. Iba a su tienda acompañando a la que debía de ser su madre, pero no habían hablado nunca. Mayte levantó la mano y la agitó un poquito para llamar su atención a modo de saludo. Clara la reconoció e hizo lo mismo.

—¿Conoces a Clara Montes? —preguntó la monja.

—Somos vecinas —contestó la niña.

—Qué bien, así te será todo más fácil. Siéntate ahí delante, con Margarita Font y así estarás cerca de Clara. —Y señaló sor Bernardina el pupitre que estaba delante de Clara y Araceli.

Mayte obedeció rápidamente y se sentó en el sitio que le había indicado la monja. Su compañera era una niña enorme y robusta, con un pelo rubio dorado que se ensortijaba en unos larguísimos tirabuzones sujetos por una diadema rosa. Aquella niña no pareció muy contenta de tener compañera. Miró con cara de fastidio a Mayte y esta se percató del malestar de la enorme niña. Así que metió la mano en el bolsillo de su falda de cuadros y sacó un puñado de caramelos Sugus.

—¿Quieres? —le preguntó acercándole la mano por debajo del pupitre para que no los viera la hermana Bernardina.

La enorme niña acercó la mano y cogió uno.

—Cógelos todos, tengo más —susurró Mayte.

Margarita cogió los caramelos y los guardó en su bolsillo. No sonrió, pero en su rostro desapareció la mueca de disgusto. Nunca fueron grandes amigas, pero tampoco enemigas. Durante todos los años de colegio mantuvieron una relación cordial. Margarita tampoco era muy popular entre sus compañeras y especialmente entre el grupo capitaneado por Elvira Casademunt, pero nadie se atrevía a meterse con ella. Era muy alta y fuerte, tenía unas manos enormes y un bofetón de Margarita podía arrancarle los dientes a cualquiera.

Las primeras horas hasta llegar al recreo pasaron rápidas. La hermana Bernardina entró enseguida en materia. Era amable y simpática, pero también muy trabajadora y exigente con respecto al trabajo de clase. Era una monja joven que adoraba la docencia y el contacto con las

niñas. Se comportó siempre como una segunda madre para ellas. Cuando sonó la sirena que anunciaba el recreo, todas salieron en estampida al patio con cuerdas y gomas en las manos para jugar después de comerse el bocadillo. Mayte esperó a Clara y salieron juntas al enorme patio del colegio. Allí habló por primera vez con Araceli.

—Me gusta este cole, aunque la compañera que tengo es un poco rara. Tiene pelo de princesa, pero cuerpo de ogro, es una gigante —dijo Mayte y las tres se rieron—. Me recuerda a un personaje que sale en los cómics que tiene mi hermano Quinito. Es un tío que se pone verde cuando lo cabrean y se llama Hulk, pero lo apodan la Masa.

—¿Qué son, cómics? —preguntó Araceli.

—Son tebeos, pero los dibujos son personas, no muñecos —aclaró Clara.

—¿Y con quién está ahora? —preguntó Mayte al ver a Margarita empujando con toda delicadeza a una niña más pequeña que ella, pero con un aspecto calcado al suyo, que estaba sentada en el columpio.

—Es su hermana pequeña, Rosa María, está en párvulos, ha entrado este año —explicó Araceli.

—Por lo menos tendrá con quien entretenerse, en el curso anterior siempre estaba sola, es un poco arisca —sentenció Clara.

—Parecen la Masa y la Masita —comentó Mayte, y las tres se rieron nuevamente.

—¡Eh tú, María Teresa! ¿Eres también de Santa Coloma? —se escuchó a las espaldas de las tres niñas.

Las tres se giraron y vieron frente a ellas a un grupo de unas cinco niñas. Una rubia parecía llevar la voz cantante y se dirigía con un tono despectivo a la nueva alumna.

—Llámame Mayte, me gusta más. Y sí, soy de Santa Coloma. ¿Hay algún problema?

—Yo te llamaré como a mí me parezca mejor. Y sí que hay un problema. En Santa Coloma no hay más que garrulos, aunque algunos tengan dinero no son más que garrulos. Y a nosotras no nos gustan las garrulas —dijo la niña rubia que encabezaba al grupo con un impostado aire de superioridad.

—No le hagas ni caso Mayte, es Elvira Casademunt y sus amigas las chupaculos, siempre anda tocándonos las narices —le explicó Clara.

—Pareces muy valiente, Clarita, ¿tu padre ya ha aprendido a hablar en castellano? —dijo con retintín la morena gordita que estaba al lado de Elvira y parecía su lugarteniente.

—Eres muy imbécil. No te atrevas a hablar de mi padre.

—Tú te llamas Elvira, ¿no? ¿Y tú, guapa, cómo te llamas? —preguntó Mayte interponiéndose

físicamente entre Clara y la niña morena.

—Me llamo Ana Valdés Henz.

—¿Henz? ¿Qué apellido es ese?

—Mi madre es alemana y yo hablo alemán —dijo con un impertinente aire de superioridad.

—Pues sabes lo que te digo, Ana Valdés Henz, que tu madre será alemana, pero a ti se te nota que eres de aquí. Tienes el cuerpo de un botijo de Talavera. ¡Vaya barriga y menudo culazo! Y tú, Elvirita, pídele a tu madre que te bese de una vez, a ver si dejas de ser un sapo y te conviertes ya en una niña. Porque con esa piel verdosa y esos ojos saltones pareces más un renacuajo. Vas a necesitar una brocha de encalar pa ponerte la sombra en los párpados —dijo Mayte con una sonrisa en los labios y con todo el desparpajo que tenía.

Las demás niñas que acompañaban a Elvira y Ana, al escuchar las palabras de Mayte, no pudieron más que reírse. De la misma manera que lo estaban haciendo Clara y Araceli gratamente sorprendidas por el arrojo y la desenvoltura que tenía la niña nueva. Eso enfureció aún más a las dos provocadoras, que se abalanzaron sobre Mayte con la intención de darle un bofetón o un tirón de pelo. Sin saber cómo ni de dónde había salido, el enorme cuerpo de Margarita se interpuso entre ellas.

—Aquí se ha acabado la bronca, ¿vale? —se pronunció la Masa con un tono de voz suave pero autoritario—. ¿O tengo que llamar a sor Bernardina y decirle que estáis insultando a la nueva?

Todas las niñas se dispersaron a regañadientes. Margarita también volvió con su hermana, apenas estuvo parada junto a Mayte el tiempo suficiente para que esta le diera las gracias por intervenir en la pelea.

La imagen de la Masa columpiando a la Masita, el apodo con que las bautizó Mayte y que para las tres amigas perduró en el tiempo, fue la última imagen que evocó su memoria. El estrépito de la taza estrellándose contra el suelo la devolvió a la realidad. Al entrar al comedor, vio a su padre profundamente dormido y los trozos de la taza rota desperdigados por el suelo.

—¡Joder, qué cruz de hombre! Míralo, como un tronco. Entre el trajín del día, que ha estao de acá para allá y el lingotazo de Don Simón que se acaba de pimplar, se ha quedao apagao y fuera de cobertura, como mi móvil. Por lo menos me dejará tranquila un rato —reflexionó en voz alta mientras recogía los pedazos de cerámica del suelo.

Tras recoger y limpiar el estropicio que había originado la caída de la taza, se sentó en la mesa de la cocina para pelar las patatas y empezar a preparar la cena. Conectó el móvil al cargador y, tras unos instantes, se iluminó la pantalla, introdujo el pin y cuando el teléfono estuvo completamente encendido, comprobó que había recibido varios wasaps. Miró quién los enviaba para contestar o no y se quedó perpleja. Margarita, la Masa, de la que se había estado acordando, le había enviado uno. La casualidad, unos años atrás las hizo encontrarse y mantenían el contacto desde entonces. Sintió casi un escalofrío que le recorrió todo su cuerpo.

—A ver qué dice esta ahora, hoy voy de sorpresa en sorpresa.

«Hola, Mayte, hay una reunión de antiguas alumnas en el colegio el próximo jueves día 19. Hacen un homenaje a sor Bernardina. Me he enterado por casualidad, porque como lo organiza la pectorra de la Casademunt, no me ha dicho nada. Si quieres ir, llámame y le tocamos un poco las narices a esas pijas. Un abrazo».

—No me lo puedo creer, estoy como Michael J. Fox en Regreso al futuro. Voy de cabeza al pasado, pero sin viajar en el DeLorean. Me cago en mi vida —dijo la mujer con los ojos abiertos como platos.

Escuchó como se abría la puerta de la calle, eran sus hijos y su marido, que subían. Venían charlando y riendo. El sonido de sus voces y sobre todo de sus risas siempre la tranquilizaba, le devolvía la paz y la felicidad. Dejó el móvil y se centró en las patatas. Ahora la prioridad era la cena y disfrutar de su familia. Más tarde tendría tiempo de valorar todo lo que había acontecido ese día o quizás de olvidarlo.

CLARA

Mi padre

14 de noviembre de 2015

El olor del café recién hecho se extendía imparable por toda la primera planta de la casa y Clara, sentada a la mesa de la cocina con la taza de café entre las manos, por un momento pensó que su madre aparecería por la puerta. La recordaba envuelta en su bata de pirineo y con aquella reddecilla que se ponía en la cabeza para preservar el peinado y que resultaba inútil porque siempre acababa con el pelo revuelto. Aquella sensación le duró un instante, porque en aquella casa únicamente estaba ella. Desayunó un par de tazas de café, una para despejarse y la otra por puro placer. Se obligó a mordisquear un pedazo de aquel bizcocho que Adelina tan amablemente le había dejado. En realidad, no tenía apetito, pero necesitaba tener algo en el estómago para soportar la batería de pastillas que debía tomarse de buena mañana. Se duchó, se vistió, se maquilló y, por último, se colocó nuevamente la peluca que había dejado al cuidado del insigne Julio César. La última vez que estuvo en aquella casa fue cuando falleció su madre y apenas acabó el funeral regresó rápidamente a Madrid. Los trámites sobre la herencia y las demás gestiones las realizaron sus abogados. Y hoy, al asomarse a la habitación de sus padres, recordó que no se había preocupado de recoger ni los objetos personales ni la ropa de su madre. Todo se encontraba en el mismo sitio, limpio y ordenado porque Adelina cumplía a pies juntillas con su trabajo, pero todo ya sin utilidad ni propietario.

El dormitorio de sus padres seguía las pautas de decoración de toda la casa, atestada de muebles oscuros y antiguos, unas cortinas estampadas a juego con la colcha y un sinfín de adornos, recuerdos y marcos con fotografías que inundaban todas las superficies que estuvieran a la vista y pudieran utilizarse para sostenerlos. Parada en la puerta, tomó aire como para darse impulso. Tenía que iniciar una tarea que con toda seguridad la iba a dejar abatida y triste. Abrió la primera de las cuatro puertas que tenía aquel enorme armario ropero, que chirrió de forma lastimosa. Lo primero que percibió fue el suave olor a lavanda de las bolsitas que Montse, su madre, distribuía por todos los armarios y que le resultaba muy familiar. Después, la visión de aquella batería de perchas de las que colgaban las camisas, pantalones y chaquetas de su padre, la sobrecogió. Todo estaba como siempre, su madre había dejado todo en su sitio, con la misma intención que la llevó a dejar el maltrecho sillón de su padre en mitad del salón. La intención de sentir todavía a su lado a su amadísimo esposo.

«Siempre estuvieron muy enamorados y no lo ocultaban. No les importaba que yo, en mi adolescencia, les reprendiera porque me daba vergüenza ver como se hacían arrumacos. ¡Pero qué idiota fui!», se recriminó mentalmente.

Descolgó una americana de una de las muchas perchas que atestaban el armario y, en un acto reflejo, se llevó la prenda a la cara. El cuello olía a Barón Dandy y las solapas despedían un ligero aroma a tabaco. Su padre siempre fue un fumador empedernido. Ni el tiempo transcurrido ni el ambientador a lavanda habían disipado el aroma que identificaba la presencia de Juan Manuel Montes. Sin embargo, a ella, su hija, a veces le costaba trabajo recordar su cara.

Clara se sentó en la cama con la chaqueta en la mano y sus ojos se clavaron en la foto de bodas que estaba sobre la cómoda. Una imagen en blanco y negro donde se veía a sus padres sonrientes y vestidos de novios. Su madre estaba radiante, no era una belleza clásica, pero resultaba atractiva y tenía una silueta espectacular. Lucía un vestido de novia de línea sencilla, sin bordados ni ningún otro adorno, con la manga de largura tres cuartos y el cuello de barco, el velo sujeto a la cabeza por una sencilla diadema y unos pequeños pendientes de perlas. Estaba guapa, pero sobre todo orgullosa y feliz. Clara recordaba que su madre, a partir de que ella tuvo doce años, siempre le repetía de forma machacona que iba vestida de blanco puro porque es así como debían llegar las chicas decentes al matrimonio. Su padre tenía todo el porte de un galán de cine y con aquel traje de chaqueta oscuro estaba espectacular. Era un hombre alto, esbelto, con un rostro hermoso. Tenía el pelo claro y unos increíbles ojos verdes que a Clara siempre le enfadó no haber heredado. Si no se le escuchaba hablar con aquel dulce acento sevillano, nadie hubiese pensado que era de Lora del Río, más parecía nacido en Oslo.

—Qué guapo eras, papá. —Habló en voz alta como si la imagen del retrato pudiera escucharla—. ¿Cómo pude dejar de ver todo lo bueno que había en vosotros? He sido un monstruo.

Ella apenas había escuchado a su padre hacer referencia a su infancia y su juventud en el pueblo. Era remiso a hablar de sus orígenes. Solo cuando ella se quejaba, normalmente por tonterías, la reprendía diciendo que se quejaba de vicio. Que él a su edad lo único que tenía era hambre y frío, y no se quejaba porque nadie iba a remediarlo. Fue Montse quien, como de forma confidencial, porque su padre no quería hablar de eso, le explicó a Clara lo que ella sabía sobre sus abuelos paternos. Su abuelo fue un comunista convencido, un idealista que durante la Guerra Civil desapareció. Nunca supieron si murió en el frente o en la cárcel o si se exilió cuando terminó la guerra. La realidad fue que su madre y él se quedaron solos, y tras el triunfo del bando nacional en la guerra, la vida en un pueblo para una mujer que había tenido un hijo sin casarse y además con un rojo supuso un verdadero infierno. Rosario Montes, que así se llamaba la abuela paterna de Clara, murió cuando Juan Manuel tenía veintiún años. Y él, que ya no tenía a nadie, llenó una vieja maleta con lo poco que tenía, compró un billete de tren y puso rumbo a Cataluña. Su madre se había muerto de trabajar mucho y de comer poco, pero él no estaba dispuesto a tener el mismo destino y buscó un futuro mejor en otra tierra. Llegó a Santa Coloma de Gramenet y trabajó de peón de albañil. Con treinta años conoció a Montserrat Arcos, una jovencita ocho años menor que él, de la que se enamoró como un chiquillo y con la que se casó un año después. Tras nacer Clara, Juan Manuel quiso prosperar para dar a su queridísima hija todo lo que él no tuvo. Y su actitud decidida y emprendedora lo llevó a crear una constructora con otros dos socios y aprovechó la enorme necesidad de viviendas que se originó a finales de los años sesenta y principio de setenta para mejorar notablemente su nivel de vida.

Clara se recostó sobre la cama con la chaqueta muy cerca de la cara; se sentía despreciable y

ruin. Ella siempre había querido a sus padres, pero no sabía muy bien por qué desde pequeña empezó a sentir cierto menosprecio por ellos. Pensaba que eran unos simples, gente sin la educación ni la cultura necesaria para ir con ella a ningún sitio; sentía que la ponían en evidencia.

—¿Cómo pude ser tan desagradecida e injusta? —se preguntó. Ahora la respuesta no importaba, ya no tenía remedio. Ellos no estaban y Clara era plenamente consciente de lo mucho que los necesitaba y los quería.

Con los ojos cerrados y los labios apretados por la rabia, tumbada sobre el edredón blanco con chillonas flores rosas y fucsia, recordó la primera vez que se sintió avergonzada por la presencia de su padre. Quizás fue en ese momento cuando se sembró la semilla del desdén y del menosprecio en su corazón y que acabó convirtiéndola en una mujer egoísta, ambiciosa, clasista e interesada.

Un mes después de empezar el curso escolar, las monjas organizaron una excursión al parque zoológico para las alumnas de primero. En el autocar de vuelta al colegio, Clara iba sentada con Margarita y Araceli junto a sor Bernardina, que desde que supo de la muerte del señor Aureli no la perdía de vista. De pronto, la cabeza de Elvira apareció por encima del respaldo y frente a la cara de Clara. Esta se había puesto de rodillas en su asiento mirando hacia detrás y unos segundos después apareció al lado de Elvira la cabeza de Ana.

—Oye, Clara, ¿tú por qué te juntas con la Quirós? —preguntó la Sapo mirándola con aquellos ojillos saltones al tiempo que hacía un mohín como de desagrado.

—Araceli me parece una niña simpática, aunque sea un poco callada, me cae bien —respondió Clara.

—Pero es una pobretona. Mi padre, que es director de un banco, ha dicho que los abuelos Quirós, que son clientes suyos, no quieren saber nada de las nietas. No serán tan buenas, ¿no? Además, mi papá dice que para ser algo en la vida has de relacionarte solo con gente importante y de tu nivel, que hay que alejarse de la chusma —recitó Elvira como si se lo hubiera aprendido de memoria.

—Ella no es pobre, los pobres no tienen nada y Araceli es como nosotras. Además, no se es malo por ser pobre. Mi padre fue pobre y es muy bueno —replicó Clara un poco molesta por las afirmaciones de aquella niña.

—¿Tu padre era pobre? ¿No hacía edificios? —preguntó la estirada de Elvira con los ojos muy abiertos.

—Ahora sí, pero cuando estaba en el pueblo lo pasó mal —contestó Clara con una inocente sinceridad.

Elvira y Ana se miraron con un destello de maldad en los ojos.

—Oye, Clara, y tú, ¿dónde vives? —preguntó Ana.

—En Santa Coloma, en el barrio de Santa Rosa.

—Pero si allí no hay más que garrulos —dijo Elvira con el habitual tono despectivo que utilizaba para hablar de Araceli.

Antes de que Clara pudiera contestar, resonó la voz de Margarita, que no había hablado en todo el viaje. Su enorme tamaño y su aspecto serio y taciturno amedrentaba hasta a las más temerarias.

—Queréis hacer el favor de sentaros bien y dejar de cotorrear. Me estáis poniendo la cabeza como un bombo. Y eso me enfada mucho.

—Eres una borde, Margarita —resopló Elvira mientras que ella y su compañera recobraban la posición inicial y se mantenían sentadas y calladas hasta llegar al destino.

En la puerta del colegio se agolpaban un numeroso grupo de padres que esperaba el regreso de las niñas. El autocar paró, abrió la puerta delantera y el grupo de padres y madres se acercó hacia la salida del vehículo para recoger a sus respectivas hijas. Todas las niñas se colocaron en fila en el pasillo a esperar el momento de bajar del autocar. Clara esperaba su turno, pero no dejaba de darle vueltas a las palabras de sus compañeras. A través de las ventanillas podía ver a los padres sonrientes esperando en la acera. La inmensa mayoría eran mujeres con un aspecto impecable, peinadas con enormes volúmenes por el efecto del cardado de sus melenas o con elegantes moños tipo francés. En el reducido grupo de hombres, que la mayoría venían vestidos con traje o llevaban americana, Clara divisó a su padre. No lo esperaba y le sorprendió su presencia. De pronto escuchó los cuchicheos y las risas de Elvira y Ana.

—¿Y ese hombre a quién vendrá a buscar? Parece que viene de trabajar en el huerto —se preguntó Ana entre risas.

El padre de Clara iba en mangas de camisa, con los puños remangados. Su pelo claro y sus ojos verdes resaltaban llamativamente sobre su piel oscurecida por las innumerables horas de exposición al sol trabajando en el andamio. Sobre la frente le caía un mechón de pelo que se le había soltado del tupé, y en los zapatos se veían restos de yeso que, sin darse cuenta, traía desde la obra. Clara vio como Araceli abrazó a su yaya Neus, que la esperaba junto con sus dos hermanas mayores. Una tras otra, iban bajando sus compañeras con la consiguiente alegría de quien las esperaba. La madre de Margarita la recogió y se alejaron deprisa del grupo, y cuando le tocó el turno a Clara, ni se movió, permaneció parada frente a la puerta sin decidirse a bajar. Su padre, al verla, le sonrió y la saludó con la mano.

—Venga, chiquilla, ¿qué haces ahí pará? ¿Es que no me ves, mi alma?

Clara apenas escuchaba las palabras de su padre, aunque el hombre le hablara en voz alta. Solo era capaz de escuchar las risas de sus compañeras y sus comentarios. En ese momento supo cómo se sentía Araceli.

—¿Has visto cómo habla? Se come las letras —se burló divertida Ana Valdés.

—Ya lo dice mi papá, aunque la mona se vista de seda, mona se queda —replicó entre carcajadas Elvira.

Clara, rabiosa, corrió hacia su padre; quería irse lo antes posible de allí. El hombre no comprendía el enfado de su hija, pensó que se había peleado con alguna compañera e intentó quitarle importancia. Clara caminó a su lado sin darle la mano hasta subirse en el automóvil, que estaba aparcado a pocos metros. Apenas le dirigió la palabra durante el camino a casa a pesar de la insistencia del hombre en preguntarle por la excursión. Se sentía avergonzada, humillada y hacía responsable de su desgracia a su padre.

Clara sintió verdadero desconsuelo al evocar aquel recuerdo, se incorporó y mirando nuevamente aquella fotografía en blanco y negro hizo una reflexión en voz alta:

—Qué estúpida era, siempre me creí la mejor y la más fuerte de las tres amigas, pero estaba en un grave error. La pacífica Araceli, con su pasividad y su estoicismo, nunca permitió que le ganaran la partida y se sintió orgullosa de quien era. Y la extrovertida Mayte, por el contrario, fue combativa, devolvió los golpes y se mantuvo firme. Yo fui despreciada de igual manera y, sin embargo, sucumbí sin darme cuenta a su manipulación y acabé convirtiéndome en alguien como ellas o incluso peor. Para muestra, un botón —dijo cogiendo con ambas manos otro marco de plata que se encontraba en el lado opuesto de la cómoda.

Ahora centraba su atención en la fotografía de su boda. Ella estaba muy guapa con un vestido muy vistoso bordado con pedrería, y el novio, Carlos Iturbe, vestía un chaqué hecho a medida. Ambos sonreían y parecían la viva imagen de la felicidad. Pero Clara sabía que ninguno de los dos fue ese día completamente feliz y que nunca lo llegaron a ser.

ARACELI**Irene****14 de noviembre de 2015**

—¡Vamos, gandula, que se te están pegando las sábanas!

Tras estas palabras en la habitación, se escuchó el sonido amortiguado y seco que producen las persianas al elevarse. La luz entró por la ventana como un enorme foco que iluminó todo el cuarto. Araceli abrió los ojos con dificultad, la luz la cegaba y solo era capaz de distinguir la esbelta silueta de Irene como una figura opaca en mitad de la ventana. Cuando se habituó a aquella claridad, se sentó en la cama y observó como Irene se quitaba la camiseta y las mallas deportivas que utilizaba para ir a correr. Estaba sudada y llevaba el pelo recogido en una coleta alta. En ropa interior, se plantó frente a Araceli, que la miraba adormilada, pero sonriente. Físicamente, Irene siempre había sido una mujer muy atractiva, pero lo que más seducía de ella era su personalidad. Era una persona vital, alegre, extrovertida y cariñosa.

—Te has perdido un paseo increíble. Hace un día magnífico, la temperatura es perfecta y el paseo marítimo estaba concurridísimo de gente paseando y corriendo, incluso en la playa se podían ver algunas personas tomando el sol —dijo Irene.

—Es que hay mucha gente tan loca como tú e incluso más, cariño —le respondió Araceli tras mirar el reloj despertador que estaba en la mesita y comprobar que eran las 9 de la mañana—. Los sábados se hicieron para descansar. Además, yo no tengo ningún problema para ir contigo a clases de pilates o de yoga. Pero ¿ir a dar saltos como una vaca sin cencerro por la calle? Me niego. Imagínate, tú corriendo como una grácil gacela y yo arrastrándome por el asfalto como un rinoceronte a trote cochinerito. Tengo una reputación que conservar —explicó con sentido del humor.

—Veo que te ha sentado bien dormir, estás muy graciosa. Me voy a meter en la ducha o me enfriaré.

Irene entró en el cuarto de baño que estaba dentro del dormitorio y abrió el agua caliente.

—Me han hablado de un restaurante vegetariano que está en el casco antiguo, por la catedral. ¿Podríamos ir hoy? —gritó desde la ducha Irene.

Araceli sonrió y se dejó caer nuevamente sobre la cama.

—Vale, otra vez a comer hierba y esos alimentos que parecen de cartón. No me extraña que cada día tu comportamiento se parezca más al de una cabra —le respondió la fiscal elevando la voz para que Irene la escuchara.

Araceli se sentía relajada y le gustaba hacerse un poco la remolona en la cama cuando podía. Resultaba reconfortante dejar pasar el tiempo sin prisa, sin agobios, sin pensar en nada ni en nadie, solo tumbada, notando la tibieza de las sábanas y disfrutando del aroma que desprendía la almohada de Irene. Olía a ella, a esa especial e irrepetible mezcla del suave perfume a flores que utilizaba y al calor y el aroma que desprendía su pelo. Aquellos minutos eran impagables.

—Serás impresentable, ¿cómo puedes compararme con una cabra? —protestó Irene riendo desde la puerta del cuarto de baño. Salía enfundada en un albornoz blanco y con la cabeza envuelta con una toalla—. Te veo de muy buen humor, señora fiscal. Anoche, sin embargo, tenías una mala leche de mil demonios. Estuviste de un rancio con mi amigo Joan y su mujer de los que sientan cátedra. Menos mal que por lo menos les gustó el sitio donde los llevamos a cenar. Me cabreaste un poco, pero preferí hablarlo hoy con más tranquilidad que ayer en caliente.

—Lo siento, Irene, lo siento mucho.

Irene se sentó en la cama frente a su mujer y esta se incorporó, quedando una de cara a la otra. Araceli se sentía avergonzada y arrepentida de haber descargado su rabia con Irene y con sus invitados. Sujetó el rostro de su mujer, lo atrajo hacia ella y la besó en la boca.

—Lo siento mucho —reiteró las disculpas.

—Lo sé. Y no te dije nada ayer porque imaginé que todo venía originado por un nuevo episodio de Neus, nuestra villana favorita. Deberías pasar más de las cosas de tu madre. Porque no vas a cambiar nada y nos estamos amargando la vida.

—No sé cómo te puedes tomar las cosas así. Me gustaría ser como tú, tan positiva, tolerante y relajada, pero me puede su desprecio hacia ti. Su incapacidad para reconocer que ser lesbiana no es una aberración, que es una opción tan aceptable y normal de vivir y sentir amor como cualquier otra. Me resulta muy difícil de entender que no sea capaz de poner por delante el amor a su hija frente a los convencionalismos carcas y anticuados que rigen su vida. Todo ha evolucionado y la gente se adapta e intenta normalizar situaciones que quizás, en un principio, resultaban chocantes o incomprensibles. Tus padres son un ejemplo. Al principio no fue fácil, pero tú siempre has sido lo primero para ellos y no el qué dirán. Después de tantos años, me saca de quicio que crea que tener un hijo homosexual es un castigo que le ha mandado Dios. Es retrógrado su modo de pensar —decía mientras sacudía la cabeza a modo de negación—. Podría empezar a comprender que si Dios es el creador y según ella es omnipresente, omnipotente, misericordioso y perfecto, él mismo estará de acuerdo con nuestra presencia en el mundo. Porque, de no ser así, si fuéramos seres defectuosos o antinatura, nos mandaría una puta plaga de las suyas para erradicarnos de la faz de la Tierra, joder. Con un poco de comprensión, todo sería más fácil.

—¿Algo así como les pasó a los dinosaurios? —bromeó Irene para quitar dramatismo—. Me has

dicho muchas veces que tu madre siempre ha sido muy religiosa, casi fanática. Pues si ahora a eso le sumas que es vieja y que está chocheando, poco podemos solucionar. Los años que pasasteis sin hablaros, justo cuando empezamos a vivir juntas, fueron duros, sufrimos todos y no conseguimos nada. Tras la mediación de tus hermanas, llegó una tregua entre vosotras y pensé que poco a poco todo se normalizaría, pero eso no ha ocurrido ni va a ocurrir. El resto de tu familia está a nuestro lado y, aunque parezca cruel lo que te voy a decir, tu madre no va a ser eterna. Así que tendremos que aprender a sobrellevar la situación mientras que ella viva si queremos estar juntas. Lo que no puede ser, Araceli, es que la tozudez y los desvaríos de una anciana afecten nuestra relación. Yo te quiero muchísimo y te lo he demostrado. No me importa lo que opine nadie sobre nosotras, solo me importas tú. Quiero vivir feliz a tu lado; si nos enfadamos, que sea por cosas nuestras. Ya no tenemos veinte años. No desperdiciemos el tiempo.

—Tienes toda la razón, he de cambiar. Debería dar importancia solo a lo que verdaderamente lo tiene y pasar de la vieja Neus. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

Irene se quitó la toalla de la cabeza, su negra melena húmeda cayó sobre sus hombros, se puso en pie y dejó caer el albornoz al suelo. La visión de aquel cuerpo desnudo atrajo la atención de Araceli y la excitó. La quería con locura, pero además la deseaba como a nadie. Aquel cuerpo delgado, de piel suave y de pechos firmes (que no era el cuerpo de una jovencita, pues había cumplido cincuenta y ocho años) despertaba en ella toda la pasión y el deseo del primer día. Irene se metió en la cama, despojó del camisón a su mujer e iniciaron un intercambio de besos, primero suaves y delicados, que fueron sustituidos por otros ardientes y apasionados, alentados por un intercambio de caricias interminables y placenteras. Ya nada tenía importancia, solo ellas.

Hacía mucho tiempo que no habían tenido un momento de intimidad tan satisfactorio para ambas como el de esa mañana. El estrés diario, la dedicación plena de Araceli a su trabajo y los turnos de guardia de Irene como forense en un juzgado de instrucción de Barcelona, así como los cambios de humor que experimentaba Araceli cada vez que se veía con su madre, dificultaban esos momentos de expresar su amor físicamente, aunque su relación era fuerte y estable. Se amaban y se admiraban mutuamente. Entre las sábanas se quedaron unos minutos acurrucadas, abrazada una a la otra; allí se sentían protegidas y en paz.

—Bueno, con tanto ejercicio de todo tipo, se me ha abierto un hambre feroz —dijo Irene dándole un tono de picardía a la frase.

—Yo también estoy hambrienta, me ducho en un momento y voy a desayunar.

El chorro de agua caliente sobre la cara y la espalda de Araceli le proporcionó una agradable sensación de relajación y felicidad, gozo que aumentó al escuchar, amortiguado por el ruido que hacía el agua al caer, el canturreo de Irene. Siempre admiraba de ella su buen humor, su alegría y su capacidad para encontrar siempre la parte positiva de todo. Aquel torrente de agua que caía sobre su cabeza y la imagen mental de Irene con el pelo mojado la transportó sin querer al primer día que se cruzaron sus caminos.

Después de aprobar las oposiciones y decidirse por la Fiscalía, prefirió elegir un destino lejos de

su hogar. Necesitaba poner kilómetros entre ella y la alargada sombra de su madre y su entorno. Madrid le pareció lo suficientemente lejos y comenzó su trabajo en los juzgados de Fuenlabrada. Una mañana, a los pocos días de aterrizar en su destino, aprovechando un receso en los juicios y para socializar un poco, fue a tomar café con un juez y un par de secretarías judiciales. En la calle diluviaba y de pronto una mujer joven completamente chorreando empujó la puerta del bar donde se encontraban y entró. Era una mujer menuda, delgada, morena, con el pelo mojado pegado a la cara, pero con una sonrisa impresionante dibujada en el rostro. Se acercó al grupo y, con desparpajo, dijo:

—Me ha caído la mundial desde la parada del autobús hasta aquí y con este paraguas de chichinabo que llevo no podía esperar otra cosa. —Y mostró un paraguas con las varillas dobladas y echo un gurrúño—. Menos mal que, como soy de buena calidad, no me voy a encoger.

Todos los presentes se rieron. La mujer extendió la mano hacia Araceli

—Soy Irene Zamora, la forense. Tú eres Araceli, la nueva fiscal. Me han dicho que vienes de Barcelona, ¿no?

Se estrecharon las manos. Irene la tenía mojada, aunque había intentado sin éxito secársela en la ropa empapada.

—Sí, así es. Acabo de llegar y me estoy adaptando.

—Tómame algo caliente, Irene —le aconsejó una de las dos secretarías judiciales.

—No, mejor será que vaya a secarme. Tengo en la clínica forense la ropa para ir al gimnasio, así que me cambiaré y recibiré a los lesionados en chándal. Si ya les choca que el forense sea una mujer, si además voy de esa guisa, va a ser la monda. Encantada de conocerte, Araceli, nos veremos por aquí. Hasta luego. —Sonrió a la fiscal y salió del local.

Todos se despidieron de forma amistosa de ella, pero en cuanto la perdieron de vista, su cordialidad se transformó en una batería de comentarios despectivos y jocosos sobre la condición sexual de Irene. Ella no había ocultado nunca que era lesbiana y todos estaban enterados. Araceli se sintió muy violenta e incómoda y su única reacción se limitó a excusarse y marcharse lo antes posible. No estaba preparada para asumir de nuevo un acoso continuo en un entorno hostil como ocurrió en su infancia. Sabía quién era, cómo era y lo que quería, pero defenderlo públicamente era un paso que todavía no se atrevía a dar. Su falta de coraje en ese momento le provocó un amargo sentimiento de vergüenza y de culpa.

Días después, cuando tuvo la ocasión de estar a solas con Irene, le explicó lo que había pasado cuando ella salió de la cafetería.

—No te preocupes, no me viene de nuevo. Son una panda de hipócritas que se las dan de progresistas y de mente abierta y en el fondo son unos cutres. Todavía hay mucha gente así en este país y mucha intolerancia. No me afecta porque no son mis amigos, son solo mis

compañeros. Yo tengo una vida fuera del trabajo, y es ahí donde están mis verdaderos amigos y la gente que me quiere —explicó Irene.

—Me alegro que te lo tomes así. Yo lo pasé fatal —respondió Araceli como aliviada.

—¿Y tú? —preguntó la forense—. ¿Tienes amigos aquí en Madrid? ¿Has dejado novio o novia en Barcelona que tengas que guardar ausencia? Casada no estás, porque no llevas anillo.

—Qué observadora eres. La verdad es que no he tenido mucho tiempo para el ocio, el trabajo me supera un poco, pero, en el caso de tener tiempo para salir, no conozco a nadie —contestó la fiscal.

—Pues chica, eso hay que arreglarlo. Esos bonitos ojos azules tienen que ver todo lo interesante que tiene la noche y también, cómo no, el día en Madrid. Este fin de semana sales con mi peña y no admito negativas a no ser que solo te relaciones con heterosexuales —acabó diciendo con una risita.

Aquello empezó como una amistad, pero derivó, con el tiempo, en un verdadero y apasionado amor. No fue fácil ni rápido que Irene consiguiera que aquella tímida mujer se deshiciera de aquella invisible coraza de soledad y desconfianza que llevaba y que la aislaba más que la protegía, impidiéndole amar y ser amada. Reconocer, admitir y demostrar sus verdaderos sentimientos fue una tarea ímproba para Araceli.

MAYTE**Tras el mostrador****14 de noviembre de 2015**

Las manecillas del reloj se movían con lentitud y la hora de cerrar no parecía llegar nunca. Todos los sábados por la mañana eran días de mucho trabajo, pero hoy estaba siendo especialmente pesado. Desde muy temprano Mayte, su marido y su hijo mayor Joaquín atendían a la clientela y se esforzaban por mantener su fidelidad. La competencia feroz de las grandes superficies les estaba afectando; ellos solo podían contrarrestar con buen servicio y buena calidad.

Los hijos de Mayte, desde muy pequeños, tuvieron claro que no entraba en sus planes continuar con el negocio, querían estudiar y tener un futuro lejos de la frutería, pero, a pesar de su antipatía por la tienda, los muchachos tenían asumido que el negocio era el medio de vida de la familia, y sin dinero no podrían estudiar ni cumplir sus sueños, por eso ayudaban a sus padres sin poner demasiados reparos.

Mayte consultaba a menudo el reloj; el cansancio de una noche difícil le estaba pasando factura. Además, tenía que estar pendiente de la hora en que se marchaba la chica que cuidaba a su padre.

—Anda, hijo, súbete para casa, que estará a punto de irse Milagros. Desde luego, se gana bien el dinero que le pago, porque aguantar a tu abuelo todas las mañanas tiene su mérito —dijo Mayte.

El chico obedeció sin rechistar, en el fondo prefería bregar con las locuras de su abuelo a aguantar los comentarios de algunas vecinas impertinentes y pesadas. Siempre con las mismas estúpidas preguntas. «¿Tienes novia?», «¿Qué quieres ser de mayor?». O comentarios como «Qué guapo te estás poniendo, qué ojos más bonitos tiene este niño. Mayte, ¿a quién se parece?». A esa pregunta su madre, con su descaro característico, siempre contestaba «Al butanero», provocando la risa de la clientela. Ahora a él le gustaba que su madre fuera tan extrovertida y que contestara con humor y descaro, entendía su forma de ser. Pero, cuando tenía doce años, se avergonzaba un poco de las cosas de su madre, le parecía un poco loca. A pesar de tener solo diecisiete años, era un chico maduro y tenía mucha seguridad en él mismo. Ser hijo de una española y un hindú no resultaba fácil en la sociedad donde vivía. Apellidarse Munshi y tener la piel mucho más oscura que la inmensa mayoría de sus compañeros no jugaba a su favor. Pero su madre siempre reforzó su autoestima, lo protegió y lo defendió a capa y espada contra todo lo que pudiera suponer un desprecio o una discriminación. Les decía a él y a su hermano que además de Munshi también eran Bermejo, y eso era una mezcla perfecta de dos mundos. Eran diferentes y a la vista estaba, pero no inferiores. Que tenían que aprender a utilizar esa diferencia siempre a su favor y convertirla en una ventaja. Y todo aquel que opinara lo contrario era un

ignorante al que no tenían que prestar la más mínima atención. Su máxima era: «Siempre con la cabecita bien alta».

Mayte se sentía agradecida con la vida por tener aquellos dos hijos y un marido que la quería y la cuidaba. A veces, tanta felicidad le provocaba miedo, incluso había llorado, asustada, porque tanto bueno después de tanto malo podía no ser más que un espejismo, una situación cíclica que trajera de pronto más dolor. Temía que en cualquier momento todo se torciera. Poder besar y abrazar a sus hijos todos los días y tener el amor de Farrokh era un milagro para ella. A pesar de su actitud siempre irreverente con la religión y sus ideas anticlericales, Mayte había vuelto a rezar. Desde luego, a su manera, con su propio vocabulario y sin concretar muy bien a quién lo hacía. Se dirigía a Dios, tuviera la imagen que tuviera y se llamase como se llamase, Jesucristo, Buda, Alá o Brahmán. Para ella eran todos el mismo, la diferencia no estaba en la imagen que tuviera cada uno, sino en el fanatismo de la gente que creía en él. Mayte le agradecía todos los días lo que tenía y le pedía para sus hijos una vida feliz y segura porque, según decía ella en esas conversaciones con Dios, «la cosa aquí está jodida y necesitarán que tú pongas algo de tu parte para que las cosas les salgan bien. No se lo pongas tan chungo como a mí».

Joaquín, liberado de su obligación y aprovechando que la tienda estaba vacía, salió sin perder un segundo del local. A Mayte la tranquilidad apenas le duró unos minutos. Con paso cansado, entró en la frutería un anciano, cliente habitual.

—Hola, niña, ponme cuatro o cinco kiwis, un kilo de tomates y otro de patatas. Los tomates y los kiwis esos o como se diga elígemelos tú, que yo no sé los que están buenos. Mi mujer me manda a los recados y yo no tengo ni idea y, además, a última hora —refunfuñó el viejo.

—No se enfade, don Antonio, ya se los escojo yo. Los tomates para la ensalada, ¿verdad?

El hombre asintió. Mayte fue escogiendo los productos, pesándolos y metiéndolos en una bolsa grande de asas.

—¿Cómo está su mujer? ¿Mejorcita de las piernas? —preguntó la frutera mientras escogía los kiwis.

—Qué va, hija, nosotros cada vez peor. Esto de llegar a viejos es un coñazo. ¿Y tu padre? —preguntó el anciano.

—Igual, don Antonio; bueno, igual no, cada vez peor. Consuélese, que estar viejo, achacoso y tener parches es un coñazo, pero tener la cabeza perdía es una putada.

—Tienes toda la razón, guapa —asintió el anciano con resignación.

Mientras acababa de atender a aquel hombre entraron en el establecimiento un par de vecinas que venían juntas. Eran habituales y también viejas conocidas de Mayte. Una, alta y gruesa, y la otra, baja y menudita.

—Mira, el punto y la i —bromeó Mayte.

—Buenos días —dijeron ambas al unísono mientras miraban con descaro a Farrokh, que salía del almacén cargado con unas cajas.

—Sí, y a mucha honra —se dirigió a Mayte la más alta de las dos mujeres sonriendo.

Farrokh se paró frente a Mayte después de saludar con exquisita educación a las mujeres.

—Aprovecho ahora para llevar el pedido de la residencia de ancianos, no tardo nada, ¿o te hago falta? —le preguntó Farrokh.

—Vete tranquilo, no te preocupes —le respondió su mujer.

El hombre cargó la furgoneta que tenía aparcada en la puerta de la tienda y se fue encomendándose a todas las divinidades que conocía para que a su vuelta pudiera aparcar el vehículo sin problemas.

—Mire, don Antonio, le regalo un caqui persimón para que lo pruebe. Estos son duritos, pero muy dulces. A ver si le gusta a su mujer. —Mientras hablaba, se acercó al anciano para darle la bolsa en la mano.

—Gracias, hija.

—Son cuatro euros con setenta.

—La vida está carísima —comentó el viejo sorprendido por la cuenta.

—Desde luego, pero don Antonio, es que los kiwis están a precio de oro. Son más caros que el caviar iraní —bromeó.

—Gracias, Mayte, vales un potosí. —Tras estas palabras, con el mismo paso cansado que entró el viejo, se marchó.

—¿A mí también me vas a regalar un caqui, Mayte? —dijo con tono burlón la más alta de las dos mujeres.

—No, a ti te voy a regalar dos. Uno para ti y otro pal calvo de tu marido —contestó divertida aprovechando la confianza que existía entre ambas.

—De verdad que está calvo el puñetero. Que tendrá hacerse viejo, que todo el pelo que se le ha caído de la cabeza se le ha quedao en la espalda y los brazos. Hija, hay veces que pienso que me estoy acostando con Chewbacca, calvo, claro, y a mí me gustaría que estuviese en mi cama Harrison Ford —explicaba divertida la mujer entre las risas de las tres.

—Tú no tienes ese problema, guapa. Tu marido tiene una pinta estupenda —dijo la mujer bajita dirigiéndose a Mayte.

—Sí, pero que os quede claro que se mira, pero no se toca. Os advierto que a la que se atreva ni

siquiera a pensar en mi Farrokh le saco los ojos —advirtió la frutera fingiendo chulería.

—Sabes —comenzó a hablar la mujer alta mirando a su acompañante—, jamás pensé, y mira que conozco a Mayte desde hace tiempo, porque jugamos juntas en la calle, que se acabaría casando con un morito.

—A veces, Rosario, eres más basta que una piedra. Mi marido no es un morito. Es hindú de la India. Nació en Bombay; es asiático, no árabe. Y aunque no sea muy practicante, es hinduista, no musulmán. Que no pasaría nada si lo fuera, pero no lo es. No hay que confundir el tocino con la velocidad, como decía mi padre.

Mayte se mostró educada y cordial al contestar, pero le cabreaba sobremanera cualquier comentario que tuviera el menor atisbo racista o discriminatorio. Aunque sabía que por la boca de aquellas dos imprudentes lo que se expresaba era una manifiesta ignorancia más que la consciente intención de insultar.

—¡Ay, hija! Es que yo no me entero. Entonces tu marido es del mismo sitio que Gandhi. El señor aquel canijo y calvete que hablaba de la paz —dijo la mujer alta y gruesa—. Pues si los comparamos, con lo estupendo que está tu marido, no parecen paisanos. De hecho, no parecen ni de la misma especie.

El comentario provocó nuevamente la hilaridad de todas.

—Allí hay mucha pobreza y más mierda que en el palo de un gallinero. Bueno, es lo que yo he visto en los documentales de la tele —apostilló la bajita—. Mira, allí tú serías una divinidad. En la India, las vacas son sagradas —acabó diciendo mientras señalaba a su oronda compañera y provocando una monumental carcajada en las tres mujeres por la ocurrencia.

La conversación se mantuvo en ese tono jocoso mientras la mujer alta iba escogiendo la fruta y la verdura que le parecía mejor y metiéndolas en bolsas. Mayte iba y venía a la balanza con las bolsas, las pesaba y el importe lo iba añadiendo a la cuenta.

—Mi padre decía que no te acostarás sin saber una cosa más, y hoy hemos aprendido que la India está en Asia —reconvino la mujer bajita.

—Entiendo que no sepáis mucho de geografía, ya sé que vuestros viajes internacionales se limitan a ir a Andorra a comprar colonia y tabaco —comentó Mayte mientras miraba a la mujerona que escogía tomates.

—Mira tú, habló la trotamundos —replicó la mujer bajita.

—¡Pero Marichocho! —gritó Mayte a Rosario—. No aprietes así los tomates, que me los estás espachurrando todos. Si todo lo haces con la misma delicadeza, no me extraña que a tu marido se le haya caído el pelo de la cabeza. Ya te los pongo yo. ¿Los quieres duritos? Mira, te pongo kilo y medio porque el medio te lo regalo yo, y cuando maduren, le haces un gazpacho a tu Manolo, que es un santo varón y tiene el cielo ganao contigo —sentenció la frutera.

Mayte acabó de atender a las dos vecinas, les cobró el importe de la compra y ambas salieron de la tienda riéndose todavía de las ocurrencias de la frutera y de las que ellas mismas habían aportado a aquella disparatada conversación.

—Adiós, catedrática de las alcachofas —le gritó la mujer gruesa al salir.

—Adiós, hijas, que tanta paz llevéis como descanso dejáis, como decía mi madre.

Aunque intentaba no demostrarlo, Mayte estaba muy cansada, tenía ganas de cerrar la tienda y poderse echar un rato después de comer. Apenas había dormido aquella noche y el poco tiempo que la venció el sueño estuvo inmersa en unas asfixiantes pesadillas. Soñó con su madre. La vio trabajando en la vieja tienda, seria, callada, siempre sumisa a la voluntad de su padre o llorando sentada en su cama. También soñó con su hermano Joaquín; Quinito caminaba por la orilla del mar con los pies en el agua mientras que ella lo observaba desde el paseo marítimo. Su hermano no se detenía, llevaba un paso constante y se alejaba cada vez más. Ella gritó su nombre y la figura que caminaba a lo lejos se paró, se volvió y la saludó con la mano. Su cara estaba borrosa, desdibujada, ya no reconocía sus rasgos, pero sabía que era su hermano. Mayte quiso correr hasta él, pero no podía moverse. Al girarse para zafarse de aquello que la impedía moverse, se encontró con Javier Soto a su espalda, que la sujetaba por la blusa con fuerza y le dedicaba una de sus seductoras sonrisas. Sobresaltada, agitada y empapada en sudor, se había despertado y a partir de ese momento fue imposible volver a dormirse.

CLARA

Nena

14 de noviembre de 2015

El teléfono móvil comenzó a vibrar de forma insistente en el bolsillo de su pantalón. Clara recibía una llamada de quien ella tenía registrado como Medici. Con ese apodo que hacía referencia a la familia de mecenas italianos del Renacimiento, Clara tenía identificado a su marido en la lista de contactos de su agenda. Descolgó con un gesto de fastidio.

—Hola, Carlos —saludó secamente.

—Hola, Clara, ¿cómo estás? He hablado con Laura y está muy preocupada por tu viaje —dijo el hombre directamente utilizando un tono de voz suave y cordial.

—No te preocupes, estoy genial, pasando por alto el insignificante detalle de que me estoy muriendo, podría decirse que estoy para tirar cohetes. —Hizo una pausa y continuó—. Y si te importara verdaderamente el sufrimiento de Laura, deberías estar con ella. En los últimos cinco años no me ha importado que pasases más tiempo entre Bilbao y Londres que en nuestra casa. Te he dejado disfrutar de tu dorada jubilación del trabajo, y también de nosotras. Pero creo que ahora las circunstancias son distintas y deberías ejercer de padre. No porque ella necesite que la cuides, es una mujer adulta y muy capaz, pero es joven y sensible y necesita del apoyo de los suyos. No la convirtamos en una víctima colateral de mi enfermedad y de nuestra atípica relación —reprochó con genio—. Nuestro distanciamiento ha sido tácito y aceptado por ambos. Hace mucho que no tenemos nada en común excepto a Laura.

—Joder, Clara. ¿Por qué eres tan borde conmigo? Sabes lo mucho que me apena tu situación. Te he ofrecido mi ayuda mil veces, pero tú no quieres nada. Nunca he servido para tirar del carro y lo sabes. Pero puedes estar tranquila que Laura no estará sola, yo también la quiero mucho.

—Gracias —dijo Clara suavizando el tono brusco y a la defensiva que había utilizado hasta ese momento—. Ella es lo único que me importa en esta vida. En cuanto arregle los asuntos que me han traído hasta aquí, volveré y permaneceré a su lado hasta que llegue el momento final.

—No hables así, nena, has de seguir luchando. Siempre has sido un torbellino de fuerza y de vitalidad.

En la cara de Clara se dibujó una sonrisa nostálgica al escuchar a Carlos decirle aquellas palabras. La tensión de su cuerpo se aflojó y tomó asiento en la cama de sus padres donde

llevaba un rato recostada. Quizás era el momento de dejar las cosas claras también con él, con el padre de su hija. Con Carlos había compartido algunas verdades, pero también bastantes más mentiras.

—Hace muchísimos años que no me llamabas nena. Me gustaba que lo hicieras, porque eso me alentaba a pensar que yo estaba más cerca de ti que otros, que yo te importaba de verdad. Nunca hemos hablado abiertamente de nuestra relación. Y no creo que haya sido por cobardía, más bien ambos sabíamos desde el principio que había más entre nosotros de afinidad, amistad y conveniencia que de amor y pasión. Tú necesitabas una esposa para acercarte a tu familia y yo un marido para alejarme definitivamente de la mía. ¿Sabes una cosa, Carlos? He echado la vista atrás y la Clara que fui no me gusta nada — dijo la mujer con toda sinceridad.

—No deberías hablar así de ti ni de nuestro matrimonio, parece un negocio. Y tú has sido una mujer, esposa y madre perfecta. Si alguien se ha comportado con egoísmo e irresponsabilidad, he sido yo. Ahora quizás no te lo parezca, pero no te quepa duda de que te he querido, a mi manera, pero te he querido.

Se hizo un silencio largo entre los dos. Tras unos segundos, Clara empezó a hablar con un tono suave y relajado.

—A tu madre no le gusté nunca y siempre me lo demostró, esperaba algo más para ti. Pero tu padre te conocía bien y supo que yo haría todo lo necesario para mantener la buena reputación de la familia y cuidaría de los negocios. Sabía que yo me dejaba guiar más por el cerebro que por el corazón o la entropierna como era tu caso. Estás de acuerdo conmigo, ¿no? —dijo Clara.

—Me sorprende tu sinceridad. Yo siempre pensé que nos fue tan bien porque evitamos enfrentarnos a la verdad. Pero seguro que tienes razón — respondió Carlos.

—Desde el verano del año 82 que nos conocimos en Matalascañas, hemos recorrido un largo y extraño camino juntos. Creo que ambos reconocimos en el otro al compañero perfecto para alcanzar nuestros objetivos, aunque no te niego que me enamoré de ti y te amé por lo menos durante un tiempo. Pronto supe que tu compromiso por lo artístico no surgía de la dedicación de tu familia a las antigüedades ni por ser propietario de una galería de arte. Descubrí que tu interés se centraba más en los artistas, en su compañía, y que además no discriminabas por sexos. En eso sí que has sido muy generoso; hombres y mujeres merecían por igual tu atención y tu deseo. Hace décadas que decidí mirar a otro lado. Ni siquiera cuando dejaste de sentir deseo por mí y me ignoraste sexualmente te reproché nada. ¿Te parezco un monstruo? —preguntó Clara.

—¿Por qué me cuentas todo esto ahora? En el fondo los dos hicimos lo que quisimos. Tú has conseguido tus objetivos económicos, sociales y profesionales y yo he tenido una vida libre y disipada. No me pareces un monstruo y yo no soy el mejor ejemplo para juzgar a nadie. Supongo que tienes razón, quisimos creer que nos amábamos y lo que hicimos fue aliarnos tácitamente para conseguir nuestras respectivas quimeras. Pero ambos mantuvimos las mentiras. Era una situación cómoda y óptima para los dos.

—Estoy de acuerdo, pero al final no sé si realmente ha merecido la pena. He hecho cosas de las

que no me siento orgullosa, he rehuido mi responsabilidad sobre las consecuencias que producían mis decisiones y mis actos y me he aprovechado de la gente que me rodeaba y me quería. En estos momentos, no sé si ha sido ver correr el tiempo en mi contra o han sido los efectos secundarios del tratamiento y los fármacos, pero en mi cabeza se ha despertado un puto Pepito Grillo que no me deja descansar. Que me susurra al oído la arrogancia, la estupidez y el menosprecio con que he dirigido mi vida.

Aquella conversación se había convertido en una confesión, casi en una despedida. En el fondo, Carlos era la única persona después de Laura con la que Clara tenía una relación afectiva.

—No me gusta oírte hablar así, nena —replicó Carlos, que sabía cómo le gustaba ese apelativo a ella.

—Al principio, tengo que reconocer que me sentí un poco herida y humillada cuando descubrí que te metías en la cama de cualquier artistucho simplemente impulsado por tu estúpido carácter enamorado o para satisfacer tu insaciable instinto sexual. Sin embargo, ese sentimiento no me duró mucho, entendí que solo debía utilizar tus mismas cartas. Por mi cama también pasaron algunos hombres. No eran grandes conversadores, ni cultos, ni siquiera ocurrentes o divertidos, para eso ya estabas tú. Y, a diferencia de ti, yo nunca me enamoré de ninguno, solo necesitaba de ellos sus habilidades para satisfacerme sexualmente y así nunca me decepcionaron. ¿Te escandalizo? —preguntó Clara, que se sentía relajada y aliviada por explicar sus secretos.

—No, en absoluto. En el fondo somos tal para cual —concluyó Carlos.

—Incluso hubo un tiempo que me produjo una cierta satisfacción ver que tú sufrías con la ruptura de tus relaciones clandestinas. Supe aprovechar la necesidad que tenías de compensarme por tu vida desenfundada y oculta y conseguí todo lo que quise de ti. Como durante el tiempo que vivimos en Londres que, a pesar de tu negativa inicial, conseguí alcanzar mi gran anhelo de ser madre. Tuve a Laura mientras tú y tu bohemio y rubio pintor, creo que se llamaba Robert, teníais un apasionado y tormentoso idilio.

—Me siento avergonzado, estúpido, cobarde y despreciable. Hemos sido un par de egoístas irresponsables.

—Bueno, no quieras ser el protagonista. Esta conversación no es para juzgarte a ti, es para desahogarme yo. Ya no hay vuelta atrás, solo nos queda lo que venga, por eso necesito que me prometas que cuidarás de lo único bueno y hermoso que hemos tenido en nuestras vidas, que es Laura —finalizó su exposición y en estas últimas palabras la voz sonaba entrecortada por la emoción.

—No te quepa la menor duda, nena.

—Adiós, Carlos. —Clara se despidió y colgó rápidamente.

Las lágrimas se agolparon con rapidez en sus ojos. Tanta sinceridad la había desgarrado por dentro y, a pesar de sentirse aliviada, experimentó una intensa presión en el pecho que fue

transformándose en un amargo y desconsolado llanto. Abrazada a la vieja americana de su padre y tumbada sobre la cama, lloró como una niña asustada y perdida. Entre los profundos sollozos y los inconsolables gemidos, Clara dejó escapar unas palabras que no tendrían respuesta:

—Tengo mucho miedo, papá. Tengo mucho miedo.

Lloró sin consuelo y, abatida por el cansancio físico que le producía aquella tensión emocional, se quedó dormida. Cuando se despertó sin el recuerdo de haberse dormido, comprobó la hora y se sorprendió por llevar más de dos horas allí tumbada. El rostro estaba todavía húmedo por las lágrimas y la colcha manchada por la mezcla del llanto y el maquillaje. El rímel y la sombra emborronaban el contorno de los ojos hinchados y rojos. Su cuerpo estaba dolorido y entumecido por la postura. Pero se sentía desahogada, como si hubiera expulsado de su interior una enorme bola que le impedía respirar, como hacían los gatos con sus incómodas bolas de pelo. Recompuso dentro de lo que estaba en su mano el desaguisado que la llantina había producido en su cara y reconsideró la idea de hacer limpieza en los armarios de su casa.

—Llamaré a Adelina, que se quede lo que quiera y el resto de la ropa que la lleve a la parroquia. Seguro que le vendrá bien —pensó mientras se sentaba en el sofá frente a su portátil.

Necesitaba salir de aquel bucle emocional, distraerse y pensar en otras cosas. Puso en marcha su ordenador y entró en un periódico digital. Sin embargo, al leer los titulares, tuvo la impresión de que también el mundo se encontraba inmerso en un bucle de desastres, corrupción y violencia que se repetía de forma idéntica todos los días.

—Desde luego, aquí no se salva ni el apuntador, estamos todos de mierda hasta el cuello —dijo en voz alta.

Pasó a la sección de los sucesos que, descartada la corrupción y los deportes, en realidad, ocupaba el mayor espacio informativo dentro de los noticiarios de la televisión. Prefirió leer cosas del calado periodístico de «Un niño chino es rescatado ileso por los bomberos del interior de una grieta en la pared donde se había introducido jugando al escondite», o «Un torbellino en Wisconsin eleva por los aires una iglesia adventista del Séptimo Día, justo media hora antes de que el sacerdote celebre el oficio. Los feligreses salvaron su vida milagrosamente y grabaron el terrible momento con sus móviles». Eso, desde luego, no tenía la menor trascendencia o interés en términos generales y, en todo caso, solo tenía repercusión en la vida del inconsciente niño chino o de los afortunados feligreses, pero a Clara le pareció la mejor lectura.

Relajada, se entretuvo con esas noticias hasta que un titular le llamó poderosamente la atención:

«Los restos humanos hallados a orillas del río Besós ya han sido identificados».

Leyó el artículo con curiosidad y solo al descubrir el apodo con que se conocía a la víctima recordó de quién se trataba. Sintió cómo un escalofrío recorría todo su cuerpo y, con brusquedad, bajó la pantalla del portátil. Después de treinta y cinco años de estar desterrado de su memoria, ahora el Indio aparecía como un fantasma más para reclamar su sitio en el particular vía crucis de Clara.

ARACELI

La fiesta

14 de noviembre de 2015

Cuando Araceli entró en la cocina, su mujer estaba esperándola frente a una infusión, dos tostadas de pan de centeno con unas lonchas de fiambre de pavo y un plato con fruta pelada y troceada. La fiscal la miró con cara divertida.

—¿Lo ves? —dijo Araceli señalando al grupo de alimentos—. ¿Tú crees que eso es comer? Eso no te da energía, lo que te da es una inmensa tristeza —bromeó y soltó una carcajada con ganas.

Irene ni se inmutó y comenzó a comer. Araceli se dispuso a prepararse un tazón de chocolate a la taza, de los instantáneos, en el microondas.

—Irene, ¿te has arrepentido alguna vez de compartir tu vida conmigo? No te lo he puesto fácil —le preguntó sin darse la vuelta, con la vista puesta en los giros que daba el tazón dentro del electrodoméstico.

—Claro que no. Desde que te vi la primera vez, sabía que guardabas algo dentro de ti. Nadie en su sano juicio deja a su familia, su casa y sus amigos para irse a trabajar a seiscientos kilómetros teniendo plazas libres en su ciudad. A no ser que seas una aventurera, que, cariño, no es tu caso. O que estés huyendo o quieras esconderte de algo. Y tú, mi amor, te escondías de ti misma. Aunque tengo que reconocer que, por un momento, pensé que sí estabas un poco loca —dijo divertida—. Irte a Madrid y renunciar a la playa es de no estar en tus cabales. Ya sé que tú no lo valoras, pero para una madrileña como yo, el mar es lo más.

El tiempo del microondas se consumió y la fiscal sacó de su interior un tazón que rebosaba un aromático y espeso chocolate. Araceli se sentó frente a su mujer con un paquete de galletas María en la mano y el tazón en la otra.

—¿No me digas que vas a mojar galletas en el chocolate? Menudo bol te has preparado, te podrías bañar en él si quisieras. Hazte a la idea de que se te va a quedar todo almacenado en el culo y en los muslos. Ya no quemamos calorías como cuando éramos jóvenes.

—Si me hubieras traído unos churritos cuando te has levantado al alba para correr por la calle como una poseída, no comería galletas. O si en vez de preparar magdalenas gigantes para mi desagradecida madre las hicieras para nosotras, tendría un desayuno más coherente.

—Pues no sé qué es peor, porque tu coherencia en este asunto se traduce en calorías y triglicéridos a cascoporro —replicó Irene.

Araceli se quedó pensativa y, como un acto reflejo, comenzó a sonreír.

—Me ha venido a la cabeza las veces que, siendo adolescente, iba con mis amigas Clara y Mayte a la calle Ramiro de Maeztu a merendar churros con chocolate. Era una cafetería pequeñita que no recuerdo cómo se llamaba. La mayoría de las veces me invitaban ellas porque sabían que yo no llevaba bastante dinero. Y Mayte que era una descarada, siempre hacía chistes obscenos y comentarios que a mí me incomodaban muchísimo, utilizando el doble sentido de las palabras churro, porra o mojar. Me daban mucha vergüenza sus palabras y me parecía sucio. Como ves, siempre he sido un poco mojigata. Y ahora, después de haber comprobado por mi trabajo dónde se encuentra la verdadera suciedad de las personas, el comportamiento de Mayte me parece un recuerdo entrañable y divertido.

—Apenas me has hablado de tus amigas de la infancia. ¿No mantienes ningún contacto con ellas?

—No, no mantenemos contacto. Bueno, a Mayte sí que la he visto alguna vez. Pero han sido en contadas ocasiones y siempre por situaciones trágicas para ella. Es muy buena gente, pero no ha tenido mucha suerte. La semana que viene hay una reunión de antiguas alumnas del colegio, lo ha organizado mi archienemiga, la Casademunt. Era una niña más odiada que Nelly Olleson, de La casa de la pradera. —Al pronunciar el nombre, puso un gesto de burla que provocó la sonrisa de Irene—. En principio, no iba a asistir, pero estoy valorando la idea de ir. Podría ver a alguna antigua compañera y, de paso, darle un repasito a la Sapo, que es como llamábamos a la Casademunt. Tengo información sobre su familia que la hundiría en la puta miseria. Se dice que la venganza es un plato que se sirve frío, pero cuarenta y tantos años después, más que frío, está helado, ¿no? —Soltó una carcajada y, con apetito, centró su atención en las galletas y el chocolate.

Irene, que había terminado de desayunar, encendió la tableta para curiosear por internet.

—¡Hostias! Este debe de ser el asunto donde ha estado trabajando Miguel. Miguel Redondo, ¿te acuerdas? —preguntó a Araceli, pero, sin esperar respuesta, prosiguió—: Estuvimos juntos en Badalona. Ahora trabaja en el Instituto Nacional de Toxicología de Barcelona, en servicio de Biología. Es especialista en el proceso de la identificación por medio del ADN. Hemos coincidido últimamente en un par de comidas de colegas y me ha estado explicando el procedimiento y los protocolos que utilizan para extraer el ADN y su manipulación para poder obtener datos fiables. Me parece apasionante, yo ya le he dicho que, en cuanto organicen un cursillo, voy de cabeza. —Tal y como hablaba, se le iluminaban los ojos de entusiasmo.

Irene dejó la tableta encima de la mesa para tener las manos libres. Cuando hablaba, gesticulaba mucho y movía las manos para reforzar sus opiniones o conocimientos y había surgido uno de sus temas de conversación favoritos: la investigación forense.

—Los huesos y los dientes son las partes donde se conserva durante mucho tiempo el ADN. Hay

que tener en cuenta, sin embargo, los factores ambientales donde se han conservado esos restos. Elementos como la humedad, la temperatura o el pH del suelo pueden provocar una degradación importante del material genético. También los diferentes métodos de manipulación y extracción de los restos pueden influir negativamente en la obtención de resultados fiables. La presencia de inhibidores o sustancias adheridas a las muestras, si el proceso de limpieza no es eficaz, acaba contaminando el material. De los restos óseos, el fémur y los dientes son los elementos más idóneos para la obtención del ADN por tener mayor densidad —Paró en seco la disertación al darse cuenta de que estaba prácticamente dando una conferencia.

—Desde luego, no se puede decir que no conozcas bien tu trabajo — apostilló Araceli.

—Se me ha ido un poco la olla, ¿no? Bueno, lo que te quería contar es que acabo de ver una noticia en un periódico digital que habla de que han sido identificados unos restos óseos encontrados en Santa Coloma de Gramenet, cerca de San Adrián, en una demolición de una casa abandonada cerca del río. Los datos coinciden con el asunto donde trabajaba Miguel. La conservación de los huesos era buena a pesar de llevar más de treinta años enterrado. Él me contó que estaba acreditado el uso de la violencia como causa de la muerte. La mandíbula y la cabeza estaban fracturadas y en algunos huesos quedaba patente el uso de algún utensilio cortante. Era claramente un homicidio. Pues según el artículo ya se ha puesto nombre al fiambre, un tal Javier Soto Garrido. Así que Miguel ha hecho muy bien su trabajo —dijo satisfecha y levantó los ojos de la pantalla donde estaba leyendo el nombre de la víctima y miró a su mujer.— ¿Qué te pasa, cariño? Estás blanca como la leche, ¿te estás mareando? — preguntó, alarmada.

El rostro de Araceli había perdido el color, tenía los ojos abiertos de par en par y la sonrisa que durante toda la mañana se dibujaba sin el mayor esfuerzo en su boca, había desaparecido para dejar paso a unos labios entreabiertos y tensos.

—Estoy un poco mareada. Quizás sea una bajada de tensión —explicó Araceli.

—Voy a por el tensiómetro y te la miro. Pero yo me decanto más por el panzón de galletas con chocolate que te has metido entre pecho y espalda. Cariño, tú no comes, tú engulles, y te habrá sentado mal —concluyó con humor para quitar importancia al asunto.

La tensión de Araceli se encontraba un poco baja, pero no era un resultado preocupante. En pocos minutos recobró el color en sus mejillas y parecía recuperada.

Con la excusa de repasar unos informes, Araceli se encerró en su despacho, no sin antes prometer a Irene que se moderaría en su manera de comer y se cuidaría un poco más. Sentada en su sillón, todavía conmocionada, experimentó una cascada de emociones que se sucedían sin control. Pasó desde un miedo paralizador hasta una explosión de ira, acompañada por una sensación de asco que la puso al borde de la náusea y un opresor sentimiento de humillación y culpa. Escuchar el nombre de Javier Soto Garrido, alias el Indio, había obrado en su ánimo como el detonante de aquelunami emocional. Como un holograma defectuoso por el paso del tiempo, fue capaz de ver la imagen de aquel chico frente a ella desafiante y cruel. Cerró los ojos y se negó a recordar, pero su voluntad no podía doblegar al subconsciente que, libre, evocó los recuerdos aparejados a aquel nombre. Y en mitad de aquel silencio y de aquella oscuridad, el

recuerdo del sonido de la voz de Quinito resonó en su cabeza

—Son mi hermana Mayte y sus amigas, Clara y Araceli. Ojito con ellas, Indio, que tú eres un don Juan.

Su mente la transportó al verano de 1980, a la tarde en que Javier Soto entró en sus vidas sin saber ninguna de ellas las trágicas consecuencias que eso les depararía.

Mayte las había convencido para ir a una fiesta que celebraba la pandilla de su hermano. Aquellos jóvenes se reunían en una casa abandonada en mitad del camino de tierra que subía desde el río Besós a su paso por Santa Coloma hasta el Sanatorio, hospital en el límite con Badalona. Era un sitio perfecto, solitario y alejado de la zona urbana. No tenían vecinos a los que molestar ni tampoco nadie que vigilase sus actividades. Las únicas edificaciones que se encontraban relativamente cerca eran unas naves industriales a los pies de la ladera junto al río y, en la cima del monte, el hospital que se conocía popularmente como el Sanatorio.

—Los amigos de Quinito son mayores y algunos tienen coche — argumentaba Mayte como dato relevante—. Seguro que lo pasamos muy bien; además, tenemos que conocer gente nueva — insistía intentando disipar el recelo de sus amigas camino de la casa.

—Los amigos de tu hermano tendrán coche, pero los que yo conozco son más brutos que un arado. A mí no me gusta mucho la idea, así que, si el sitio es un poco chungo, nos vamos — repuso Araceli poco convencida.

—Vale, vemos el sitio y decidimos. Yo estoy de acuerdo con Araceli, tampoco conozco a ningún amigo de tu hermano que valga la pena. Solo me parece guapo el rubiales del flequillo. ¿Ángel se llamaba? Y está en la mili, como Quinito. Por cierto, desde el mes pasado que vino para san Juan, tu hermano tiene permiso cada dos por tres —comentó Clara.

—Está rebajado temporalmente del servicio porque se ha desmayado varias veces y es un peligro que se pegue un costalazo con el fusil encima. Le van a hacer unas pruebas para ver si lo declaran inútil para el servicio. Eso es lo que le faltaba, que lo calificaran oficialmente. Mi padre está que trina porque dice que está fingiendo, que es un flojo. Yo también lo creo, pero mi hermano no ha nacido pa soldao. Eso de todo por la patria no va con él —acabó diciendo Mayte.

Antes de llegar a la puerta principal, se podía oír Whatever You Want de Status Quo de fondo y, sobre la canción, unas voces de jóvenes riendo y hablando. En el patio colonizado por arbustos y malas hierbas que rodeaba la casa se encontraban aparcadas tres motos. Mayte, con una actitud resuelta, entró la primera y sus amigas la siguieron. A ambos lados del pasillo iban apareciendo diferentes estancias con jóvenes charlando de pie o sentados en el suelo. En la última habitación cerca del patio trasero, que permanecía con las desvencijadas persianas echadas para conseguir una suave penumbra, se podía apreciar como en unos colchones tirados en el suelo algunas parejas se besaban y se metían mano sin pudor. Al fondo, en lo que parecía haber sido el comedor, estaba Quinito y las llamó para presentarlas.

—Son mi hermana Mayte y sus amigas, Clara y Araceli. Ojito con ellas, Indio, que tú eres un

don Juan.

Quinito, con su cabeza pelada, hacía las presentaciones. Un joven alto, esbelto, con una melena negra hasta los hombros, las saludó dándoles dos besos en las mejillas. Llevaba una camisa con las mangas remangadas, era de un blanco impoluto y realzaba el tono bronceado de su piel; el ajustado pantalón tejano no dejaba nada a la imaginación, toda su virilidad quedaba de manifiesto. Tenía unos ojos negros, profundos y seductores; unos rasgos casi perfectos y una boca carnosa que dibujaba una encantadora sonrisa.

—No me habías dicho que fueran tan guapas —comentó mientras las miraba como quien mira una joya.

Las presentaciones se hicieron en mitad del lugar destinado a pista de baile. La música sonaba y tenían que hablar elevando la voz. A pesar de la gente que bailaba y se movía por aquella estancia y de la poca luz que había, se podía distinguir junto a una pared un viejo y destartado aparador. Sobre el mueble estaban desparramadas algunas bolsas abiertas con patatas fritas y ganchitos, varias botellas de Coca-Cola de litro y medio, ginebra, botellas de cerveza de litro y una gran cantidad de vasos de plástico. En un extremo había un radiocasete que funcionaba con pilas, donde iban alternando cintas con música de baile y canciones lentas para ayudar a intimar a las parejas.

—¿No tomáis nada? —preguntó Javier mostrando el vaso de cubalibre que él llevaba.

—Luego tomaremos algo, a mí me apetece más bailar —dijo Mayte, que no podía disimular la cara que se le había puesto de admiración y atontamiento por la presencia de aquel guaperas.

Sin preguntar a sus amigas, comenzó a bailar en el centro de la habitación donde ya lo hacían un grupo de chicos y de chicas a ritmo de Boney M. Se puso frente a Javier y desplegó todos sus encantos ejecutando los movimientos de baile más insinuantes y sexys que conocía para que se fijara en ella. Araceli se sentía incomoda, no le gustaba ni el ambiente ni la gente que había allí, y mucho menos ver a Mayte comportarse como una tonta por un chico. Por experiencia, sabía cómo iba a terminar aquello. Clara no estaba en su ambiente, pero Javier le había parecido un chico muy atractivo y estaba dispuesta a dar una oportunidad a la fiesta. Ambas se sirvieron un vaso de coca cola y se apartaron un poco para observar todo lo que pasaba. A Clara se le iban los pies con la música, pero no quería dejar sola a Araceli.

—¿Bailamos un poco, Araceli? Porque aquí la única que se está divirtiendo es Mayte —refunfuñó Clara al escuchar los primeros acordes de la canción Video Killed the Radio Star de The Buggles.

—No se está divirtiendo, se está poniendo en ridículo. Fíjate cómo está bebiendo a morro de la botella de cerveza. Todo por hacer lo que hace el chulito ese. Va a coger una cogorza de campeonato, es más simple que el mecanismo de un chupete —dijo, enfadada, Araceli.

—No seas tan estricta, deberías relajarte un poco, sor Araceli —aconsejó riendo Clara.

Mayte tonteaba con Javier, que se había animado a bailar frente a ella. Compartían una litrona, se reían y parecían congeniar.

Araceli, cada vez más molesta, no dejaba de refunfuñar y Clara decidió salir al patio trasero para que le diera un poco el aire. Aquel sitio estaba descuidado y sucio, en el suelo se amontonaban los restos de las paredes y de los muros que se habían derrumbado con el paso del tiempo y la falta de mantenimiento. En una de las esquinas había un pozo tapado con una uralita. Clara se acercó y miró dentro.

—Está más seco que el ojo de un tuerto, no hay más que piedras, pero es bastante profundo. Hacen bien en tenerlo tapado porque alguno de los que están ahí dentro, con el cuelgue que llevan, es capaz de caerse dentro.

—No te asomes de esa manera, me da miedo verte —dijo asustada Araceli al ver como Clara se empinaba y dejaba sobresalir más de medio cuerpo sobre el muro del pozo.

Se abrió la puerta por donde ellas habían salido y apareció un chico moreno que apenas las miró al pasar por su lado, se acercó a una de las paredes del muro que todavía se mantenían en pie y se puso a orinar.

—¡Joder, qué ascazo! —exclamó Araceli—. Con razón huele tan mal aquí. Vamos dentro, que al final pisaremos algún regalito. Esto es una pocilga.

Clara colocó nuevamente la uralita sobre el pozo y regresaron a la fiesta. En el interior de la casa ya se había iniciado la tanda de música lenta y sonaba Santa Lucía de Miguel Ríos. Mayte bailaba muy acaramelada con Javier hasta que un atasco en la cinta interrumpió el baile. El chico encargado de la música, con rapidez, se puso manos a la obra apremiado por los abucheos del resto. Sacó con cuidado la casete del interior del aparato y, con un palito introducido en uno de los dos orificios donde giraba la cinta, comenzó a enrollar el trozo que colgaba por fuera. Aquella maniobra llevó unos minutos y Mayte aprovechó para pedir un cigarrillo a un grupo de chicos que estaba sentado en una esquina de la estancia. Cuando la música comenzó a sonar de nuevo, Javier, de forma inesperada, se plantó delante de Clara y desplegando todo su encanto le pidió baile. Clara aceptó. Araceli se quedó sola, sorprendida y disgustada mientras veía como su amiga escuchaba atenta lo que Javier le decía al oído mientras ambos se movían al ritmo de la música. Miraba perpleja como Clara sonreía de forma coqueta mientras Mayte los miraba de reojo. Mayte intentaba disimular para no delatar su disgusto y se mantenía de cháchara con la gente que le había dado el tabaco y que se pasaban un porro con toda naturalidad unos a otros tras darle una profunda calada.

—¿Bailas conmigo, Araceli? —le preguntó Quinito que apareció de repente frente a ella.

No quería bailar, pero le sabía muy mal darle un corte al hermano de su amiga. Quinito siempre era muy amable con ella.

—Vale —respondió con una sonrisa de compromiso.

Quinito le puso las manos en la cintura, ella colocó las suyas sobre los hombros del muchacho y comenzaron a moverse de una forma rítmica. Quinito mantenía las distancias correctamente, ni la rozaba.

—Me ha dicho mi hermana que vas a ir a la universidad, que serás abogada. Eres muy lista y seguro que serás la mejor.

—Esa es mi intención. Estoy esperando que me concedan una beca y si puedo seguir trabajando los fines de semana en la zapatería, supongo que tendré el dinero suficiente para hacer la carrera de derecho. Ganas no me faltan.

—Ya verás como sí, seguro que lo consigues todo. Lo malo es que luego igual te echas un novio cerebritito como tú en la universidad y te olvidas de los viejos amigos —dijo el chico con un tono un poco melancólico.

—No tengo ninguna intención de echarme ningún novio. Ahora solo me interesan mis estudios y mi futura profesión —explicó Araceli sin prestar demasiada atención a la cara de bobalicon que tenía Quinito mirándola.

Ella no quitaba ojo a Clara y Javier se dio cuenta de su vigilancia. Cuando cruzaron las miradas, él le guiñó un ojo con descaro y Araceli se sintió descubierta y notó cómo una oleada de calor se extendía por su cara. Se había puesto roja de vergüenza.

—Eso está muy bien, Araceli, yo tampoco tengo intención todavía de tener novia formal. De las de casarse y tener hijos. Salgo con alguna de estas que andan por aquí por echar el rato. Pero no son el tipo de mujer que yo quiero para formar una familia. Estas son unas golfillas, están todas más sobadas que el pomo de una puerta. Yo quiero una chica como...

No lo dejó terminar porque, de alguna forma, se dio cuenta de lo que iba a decir. Quinito estaba a punto de declararle su amor. Y eso no era justo para ninguno de los dos.

—Tengo que irme, Quinito —le dijo cortante y se alejó de él.

Avisó de sus intenciones de marcharse inmediatamente a Mayte, que seguía bebiendo a morro de una botella de cerveza y riéndose como una loca, apestando a tabaco y porro. Tras un airado cambio de impresiones, las dos se acercaron a Clara, que seguía bailando con Javier. A regañadientes, tanto Clara como Mayte salieron de la casa acompañando a Araceli.

—Joder, me he enamorado. ¡Qué bueno está ese chico! Eres un poco pelleja, Clara, ¿por qué has bailado con él? No es tu tipo —dijo Mayte eufórica dando saltitos por la calle por el efecto a partes iguales de la cerveza que llevaba en el cuerpo y por el sentimiento que le inspiraba el pensar en Javier.

—Porque me lo ha pedido y a mí también me parece guapo, un poco macarrilla, pero está más bueno que el pan —contestó Clara—. A mí me gustan los chicos con más clase, pero tengo que reconocer que tiene algo.

—Sois un par de idiotas las dos, estos tíos no buscan más que lo que buscan. Meteros mano y, si te he visto, no me acuerdo —comentó Araceli.

—Qué sabrás tú. Ahora resulta que eres el oráculo. Quizás por tu extensa experiencia en novios, ¿no? —dijo Mayte de forma irónica.

—Mira, guapa. Que no haya escalado nunca el Everest no significa que no sepa qué es y dónde está, ¿vale? —respondió algo molesta Araceli, que se había sentido agraviada por las palabras de Mayte.

—¿Y qué coño quieres decir con eso? —preguntó Mayte.

—Perdona, ya veo que con el cogorzón de la cerveza y las aspiraciones del humo del porro que se han liado tus colegas no estás para metáforas. Tienes el cerebro abotargado; bueno, como siempre. Y la cancioncita del «me he enamorado» ya resulta cansina. Te repites más que el ajo desde el famoso día del capullo de Ramón, ¿te acuerdas? El de las gaseosas —recordó Araceli con ironía.

—Pero qué gilipollas eres, Cerebritito, te quiero porque eres mi amiga, pero me das un asco... —contestó Mayte riéndose como una loca y abrazada a Araceli, que acabó riéndose también.

—Yo no creo que todos los hombres sean un peligro, algunas mujeres también son bastante bordes con sus parejas. Sin ir más lejos, ayer fui de tiendas a la calle del Mar y me encontré a Damián, el profe de Educación Física. Me dijo que nos va a echar mucho de menos este curso. Lo vi triste y le pregunté qué le pasaba. Me invitó a un refresco y me contó que su mujer lo había abandonado. Se ha ido con los dos niños y lo ha dejado tirado como una colilla. Me dio mucha pena porque siempre me ha parecido un hombre muy amable, educado y atractivo —concluyó Clara.

—Pues si su mujer le ha dao vía y lo ha dejao plantao como un pino, muy bueno no será —sentenció Mayte.

Las palabras empezaron a oírse lejos en la cabeza de la fiscal, las imágenes evocadas empezaron a desdibujarse y todo se fundió en negro.

—Araceli, Araceli. —La voz de Irene sonaba a lo lejos y unos cachetes en las mejillas la hicieron volver en sí—. Joder, te has desmayado. Me estás asustando, cariño —dijo Irene.

—No te preocupes, es ansiedad. Llevo una temporada con mucho estrés.

—Escúchame, ni estrés ni gaitas. Ahora mismo nos vamos a urgencias.

MAYTE**Fotografías****14 de noviembre de 2015**

Pasadas las cinco de la tarde, Farrokh abrió los ojos y comprobó que su mujer ya no permanecía tumbada al otro lado del sofá. Advirtió, por el ruido que salía de su dormitorio, que alguien rebuscaba en el interior del armario. Parado en la puerta, observó a Mayte subida a una escalera buscando en los altillos del ropero.

—¿Qué estás haciendo, rubia? Pensé que, con lo poco que has dormido esta noche, harías una buena siesta.

—Ya he tenido bastante descanso —contestó la mujer muy animada—. Estoy buscando una caja que tenía con fotos del año de la polka. Me ha dado el punto nostálgico y quiero echarles un vistazo. Ahora ya no imprimimos nada en papel, todo está en el ordenador o en el móvil. Mira, aquí está.

Bajó de la parte superior del armario una caja metálica grande, del tamaño de un par de cajas de zapatos. Se sentó en la cama y la puso sobre sus piernas. Farrokh se sentó a su lado.

—Voy a comprar unos álbumes y las voy a pegar —dijo Mayte, pero se quedó pensativa unos segundos y rectificó—, o mejor las miro y luego les pego fuego.

—No seas tan radical. Seguro que hay una posición intermedia. Seguro que encuentras recuerdos bonitos. Por cierto, tu padre está muy tranquilo hoy.

—Ayer el médico le cambió la medicación y esta mañana la compré y se la empecé a dar. El farmacéutico dice que le ha mandado unas pastillas para que no esté tan alterado, y yo lo agradezco.

—¿Y los chicos? Tampoco los he oído pelearse —preguntó Farrokh.

—Ya se han ido los dos. Uno con sus amigos y el pequeño a jugar al fútbol otra vez. Qué obsesión tiene ese chico con el puñetero deporte. Espero que no se le vaya la olla y que esté estudiando lo suficiente; los libros son los únicos que le ayudarán a salir adelante. Como traiga malas notas, lo borro del equipo y lo castigo hasta que sea mayor de edad. Por mis cojones —dijo la mujer.

—Tú siempre tan drástica, vamos a darle un poco de confianza. De momento, va muy bien — replicó el hombre.

Mayte cogió un puñado de fotografías de las que estaban sueltas por la caja. En ese manojo de instantáneas, muchas eran en blanco y negro. Mirándolas, quedaba patente y registrada de forma gráfica la prueba inequívoca del paso del tiempo. A la vez que la imagen de sus padres itineraba desde la juventud hacia la madurez, la de ella y su hermano pasaba de ser unos tiernos bebés guapos y sonrientes a unos jovencitos con cara de amargados obligados a posar junto a sus padres. Entre ese montón de instantáneas apareció la fotografía de boda de sus padres: Joaquín Bermejo con un traje de chaqueta oscuro y la triste Manuela con un vestido negro. La separó de las otras y se la mostró con más detenimiento a su marido.

—Mi madre, hasta en el día de su boda, fue de luto. Se había muerto su padre hacía un año y no estaba bien visto utilizar otro color. La pobre siempre tuvo que guardar duelo por algo o por alguien. Siempre triste, apenada y sumisa al despotismo del cabrón de mi padre. Hubo un tiempo en que la odié, la veía como alguien arisca, insensible y cruel. Sin embargo, al crecer, cuando la ví a través de mis ojos de mujer destruida y maltratada, pude comprender que mi madre era una mujer decepcionada y desengañada con la vida. Entendí su miedo y su amargura. Se infravaloró siempre y se convenció de que su sino era el sufrimiento y el dolor y solo se permitió expresar ese tipo de sentimientos. En el fondo, fue una mujer muy desgraciada.

Mayte habló sin apartar un instante los ojos de la foto de bodas de sus padres. Aquella imagen la había visto muchas veces, pero, con el paso de los años, había adquirido otra perspectiva.

—Tú no eres responsable de la vida de tu madre ni de sus actos. En todo caso, te han de servir para no repetir aquellas conductas que a ti como hija te hicieron daño. Has de estar tranquila, tú como madre eres estupenda, tus hijos te adoran y tu comportamiento como hija, desde que yo te conozco ha sido inmejorable —le dijo Farrokh acariciándole las mejillas con las manos.

Mayte dejó las fotos sobre la cama y se puso de frente a su marido dispuesta a comenzar una conversación que parecía seria. Farrokh conocía perfectamente a su mujer y se había dado cuenta de que algo rondaba en su cabeza. Durante todo el día, a pesar del esfuerzo de Mayte por disimular, la encontró melancólica y pensativa.

—Cuando empezamos a salir, me dijiste que habías venido a este país a iniciar una vida nueva y que los dos partiríamos de cero. Nunca me preguntaste sobre mi pasado y yo no te pregunté por el tuyo.

—Así es, yo de quien me enamoré es de la Mayte con la que vivo, la madre de mis hijos. No tengo ningún interés en saber nada de la Mayte que fuiste. Te quiero a ti —dijo el hombre.

—Sin embargo, hoy sí quiero contarte algo de lo que no me siento nada orgullosa. Joder, todo lo contrario. Hubo un tiempo en el que me salí del camino. Me sentía como una mierda de persona porque viví cosas muy duras, y con esto no quiero justificar mi imbecilidad. Y para aliviar ese sentimiento empecé a meterme cualquier cosa que me liberase del dolor, y poco a poco acabé convertida en una drogadicta. Entrar en aquel mundo sí fue lo que verdaderamente me convirtió

en la mierda que creía ser. Era capaz de cualquier cosa con tal de poderme colocar. Me quedé atrapada en un círculo vicioso: de noche me ponía ciega para olvidar y de día me colocaba para poder disimular mi lamentable estado y poder cumplir con el trabajo —explicaba Mayte y las palabras fluían de su boca imparables, a presión, como el chorro de agua caliente que se libera de un géiser. Sus ojos miraban fijamente a su marido, que la escuchaba sin demostrar sorpresa ni disgusto por aquellas palabras.

—Pero eso es el pasado. Tú saliste de eso.

—Sí, desde luego. Aunque solo fui consciente de la tragedia y del horror que rodeaba mi vida el puto día que tuve que ir a identificar el cuerpo de mi hermano Quinito. Encontraron su cuerpo en un paso subterráneo de las vías del tren, con una jeringuilla pinchada en un brazo; tirado en el suelo, rodeado de basura y olor a orín, igual que si fuera un desperdicio más. Ver que lo sacaban de la cámara frigorífica cubierto con una sábana me dejó aturdida, en estado de shock, pero, al mismo tiempo, entendí lo que eso significaba. Fue como cuando te sueltan dos hostias bien dadas sin esperártelas. Primero sientes desorientación porque no sabes por dónde han venido, pero enseguida eres consciente de lo que ha pasado porque la cara te duele y está enrojecida y magullada. Ver el cadáver de Quinito me provocó dolor, tristeza y amargura, pero también puso ante mis ojos mi futuro. Yo llevaba el mismo camino y acabaría allí tarde o temprano. El dolor de su muerte me ayudó a querer cambiar y a apostar por salir de aquella mierda. No lo hubiera conseguido sin la ayuda de la madre Bernardina, una antigua profesora, y de un buen amigo que me ayudó económicamente. Mi padre, después del entierro de Quinito, me echó a la puta calle. Me dijo que no estaba dispuesto a mantener a más escoria. —Paró de hablar y esperó la reacción de Farrokh.

—Para tu tranquilidad, mucho antes de salir contigo ya había llegado a mis oídos tu reputación de chica un poco loca y con malos hábitos. Además de coches y bares, en este barrio lo que más abundan son las chismosas y los chafarderos —dijo sonriendo y con aquel acento que dulcificaba las erres y estirada el sonido de las eses hasta el infinito y que parecía más marcado cuando hablaba con dulzura—. Pero yo ya no conocí a esa chica, te conocí a ti. Y si esto es lo que te ha tenido preocupada todo el día, olvídalos.

—Te como la cara, mi Sandokán —dijo Mayte a la vez que le estrujaba contra ella y le besaba en la boca. Estas son las cosas por las que estoy loquita por ti.

Recogió las fotos que había ido esparciendo por encima de la cama y, cuando se disponía a guardarlas en el interior de la caja, unas fotografías en color llamaron su atención. Las cogió, sonrió más con los ojos que con los labios y se las mostró a su marido.

—Viendo esto me doy cuenta de lo vieja que soy. Esta la hizo mi hermano la noche de san Juan en 1980. Mis amigas y yo nos fuimos de verbena al Pueblo Español —explicó señalándose en el centro de la imagen.

—Desde luego ibas muy sexy, eras una chica muy llamativa. Pero ahora eres una señora estupenda y todavía muy sexy —dijo el hombre y se rieron los dos.

—¡Madre de Dios santísimo! Y esta nos la hicimos en la playa de Badalona, un domingo. Sería en el 78, yo no tenía ni dieciséis años. Todo lo que tenía de guapa lo tenía de tonta.

Las quejas del abuelo Joaquín empezaron a escucharse en el comedor, ya se había despertado de su larguísima siesta. Con fuerzas renovadas, aunque algo más mermado por la medicación, se disponía a poner nuevamente a prueba la paciencia de Mayte.

CLARA, ARACELI Y MAYTE**Una mañana de playa****2 de julio de 1978**

Clara, con una bolsa playera colgada del hombro y vestida de forma informal, esperaba paciente en la puerta de Mayte. Su amiga se retrasaba, pero bajo ningún pretexto se atrevería a llamar al timbre para apremiarla. Apenas eran las ocho de la mañana y los padres de Mayte los domingos aprovechaban para descansar, era el único día que no abrían la tienda y seguro que estaban todavía acostados. Hubiera sido una enorme torpeza incomodar al señor Joaquín porque ese error podía acabar en tragedia. Desde que Mayte abandonó los estudios con catorce años, solo los domingos podían estar las tres juntas. Y no iba a estropear ella ese día por pulsar estúpidamente un timbre. Tras diez minutos de espera, se abrió la puerta y apareció Mayte con el pelo revuelto y restos de maquillaje en el rostro del día anterior. Evidencias de no haberse desmaquillado por la noche ni lavado la cara aquella mañana.

—Joder, Mayte, llevo más de diez minutos aquí, casi me salen raíces.

—Me he dormido, pero he ido todo lo deprisa que he podido, ni me he peinao. —Y señaló la maraña de pelo rubio con la mano—. Luego me peinaré en la playa.

Sacó de la bolsa que llevaba una gorra de visera roja y se la caló hasta las cejas, ocultando dentro su melena.

—Menuda cara tienes, de dura, me refiero —recriminó Clara.

—Y tú te has debido de caer de la cama. Pareces suiza y no española con tanta puntualidad, coño —dijo Mayte eludiendo su culpa mientras iniciaban la marcha hacia casa de Araceli.

—Más puntual que tú sí que soy, guapa. Me quedé ayer a dormir en casa de mis yayos precisamente para no llegar tarde y, de paso, ganar puntos como la nieta perfecta. —Y guiñó el ojo en la última frase—. Aunque la yaya esta mañana ya me ha soltado un sermón de aburrir a las ovejas. Ten cuidado, no hagas la loca, no te fíes de nadie, ojo con los chicos. Y un sinfín de cosas más a las que yo no he prestado atención —comentó Clara.

Los abuelos maternos de Clara seguían viviendo en el barrio a pesar de la insistencia de su hija y su yerno para que se mudaran más cerca de ellos en el centro de la ciudad, pero eran mayores y se sentían muy cómodos en Santa Rosa, su barrio de toda la vida. Y como su nieta tenía las amigas allí, eso les permitía disfrutar de ella más a menudo que si vivieran cerca.

Enfilaron las dos amigas la empinada subida del paseo San Jorge en dirección hacia el barrio de Llefiá, donde las esperaba Araceli. La calle estaba poco transitada, a esas horas no había demasiada gente fuera de sus casas. Los únicos locales abiertos eran los bares, donde algunos parroquianos habituales ya habían ocupado un sitio en la barra para entonar la mañana con un carajillo o una copa de sol y sombra. Se cruzaron con un grupo de jóvenes con aspecto desaliñado que se reían entre ellos sin motivo y era fácil adivinar que volvían de haber pasado toda la noche de juerga. Uno de ellos las piropeó al pasar y el resto lo jaleó entre risas. Ellas apretaron el paso para alejarse lo antes posible. En su camino se cruzaron con un par de vecinos madrugadores que venían de comprar una papelina de churros para disfrutar de un desayuno en familia, digno de un día festivo. Cuando bajaban la calle Goya, ya en la parte de Badalona, una escena les llamó la atención al tiempo que las divirtió. Un hombre en pantalón corto y chancletas frente a su coche se quejaba amargamente porque era completamente imposible meter más cosas en el interior del maletero. Se podía ver desde lejos un sinfín de cachivaches amontonados y apretados en el finito espacio que tenía aquel Seat 124. Una mesa y cuatro sillas plegables, una nevera portátil, la bolsa de las toallas, los flotadores, la sombrilla, las esterillas, la colchoneta inflable y un número indeterminado de bolsas con la comida, la ropa de recambio, las gorras y los juguetes. La desesperación y el mal humor se hacían evidentes en el pobre hombre, que ya empezaba a maldecir la hora en que decidió pasar el domingo en la playa. Cuando las dos amigas estaban llegando a su altura salieron del portal la que debía de ser su mujer con dos bolsas más en las manos y un par de chiquillos con una pelota de plástico azul con el logo de Nivea. Los críos comenzaron a saltar y gritar alrededor del padre tirándose el balón entre ellos. El hombre pareció sentirse sobrepasado por la algarabía, los balonazos o la visión de aquellas nuevas bolsas y estalló. Sin mediar palabra, el padre soltó un par de coscorriones en la coronilla a los chavales. Estos, tras unos segundos de desconcierto por lo inesperado, iniciaron una llantina que fue creciendo y acabó desembocando en un berreo colosal al tiempo que el hombre iniciaba la primera bronca del día con su mujer a grito pelado en mitad de la calle. Parecía una escena sacada de cualquier comedia de Paco Martínez Soria o Antonio Ozores. Las dos amigas, espectadoras accidentales del sainete, aguantaron la risa hasta estar lo suficientemente lejos.

Araceli no estaba en el portal, así que tuvieron que llamar al telefonillo. La voz de la chica les contestó, se disculpó y les pidió que subieran un momento. No les sorprendió, sabían que la señora Neus no iba a dejar pasar una ocasión como esa para darles una de sus charlitas.

—Joder, qué pesada es esta mujer. Vamos a llegar a la playa a la hora de venirnos —dijo molesta Mayte.

Entraron muy formales en el sencillo pero limpio y ordenado piso de las Quirós. Araceli estaba preparada, pero su madre quería comprobar con sus propios ojos quiénes iban y cómo iban.

—¿Dónde vais a estar de la platja? —preguntó con su marcado acento y acabando la frase en catalán como ocurría en algunas ocasiones al tiempo que daba un descarado repaso con la mirada de arriba abajo a cada una de las chicas.

—Nos pondremos al final de la calle del Mar, justo al pasar la vía. Ahora cogeremos el cuatro y nos bajaremos en el ayuntamiento. Volvemos a la hora de comer —contestó Clara poniendo ese

convinciente rostro de no haber roto ningún plato que siempre le daba buenos resultados.

—Muy bien, nenas, tened mucho cuidado al cruzar el paso a nivel y no hagáis tonterías en el aigüa, Y muy importante, ojito con los chicos. Nada de aceptar invitaciones de nadie. Que en la platja todos van muy despujats, vaya, sin ropa, y piensan que todo el monte es orégano, ya me entendéis —matizó al darse cuenta de que mezclaba los idiomas—. Tened decoro, no por mucho enseñar se encuentra antes un buen novio. Y tampoco hace falta ir maquillada como una vedette del Molino. Mira si no las hermanas de Araceli, que ya están prometidas con dos chicos muy trabajadores y formales. Las chicas ligeritas de cascos no acaban bien. Es un dicho muy cabal que la mujer del César ha de ser honrada y, además, parecerlo.

La señora Neus después de acabar la frase clavó sus ojos en Mayte como si con la mirada pudiera introducirse en su cabeza y leer lo que pensaba. La muchacha le sostuvo la mirada sin dejar de sonreír inocentemente, sabía que ella era el objetivo del sermoncito. A la guardiana de la virtud no le habían pasado inadvertidos los restos de pintura que llevaba en los ojos. Interiormente se maldijo por no haberse desmaquillado.

—Bueno, Clara, ya me ha dicho Araceli que has terminado el curso con muy buenas notas —se dirigió con amabilidad a la muchacha que asintió con la cabeza—. Muy bien. Si haces lo que debes y eres temerosa de Dios, todo te irá muy bien. Y tú, María Teresa. —El tono utilizado ahora era más cortante—. ¿Ya has aprendido a coser? Yo me he ganado la vida siempre cosiendo, es un buen oficio, muy esclavo, eso sí, pero bueno y honrado.

La mirada de la señora Neus era mucho más inquisitiva y menos benévola con Mayte que con Clara. La toleraba porque Araceli la quería mucho, pero le parecía una mala influencia para su hija.

—Estoy en ello, señora Neus. Voy solo por las tardes a clase de corte y confección, por la mañana estoy en la tienda con mis padres. El año que viene aprenderé a hacer patronos —explicó Mayte imitando la cara angelical de su amiga Clara.

—Molt be. Bueno, marchaos ya, que se os va la mañana. Y recordad algo que decía mi madre y que yo siempre he tenido en cuenta: el buen paño en el arca se vende —dijo colocando con cierto recato la mano cerca del bajo vientre—. No hay que dejar tocar la mercancía para que a alguien le interese quedarse con ella.

Después de esta singular sentencia, las acompañó hasta la puerta y las despidió. Las tres muchachas bajaron deprisa la escalera apretando los labios y sin mirarse. No porque perdieran el autobús o estuvieran perdiendo la mañana, sino porque iban muertas de la risa por la peculiar charla de la mujer y no querían que la señora Neus las escuchara carcajearse. Sabían que a veces se quedaba en la puerta agazapada espionando hasta que salían del edificio. Una vez en la calle, la explosión de carcajadas fue imparable. Araceli se reía, pero se sentía un poco avergonzada y molesta por cómo actuaba su madre siempre que sus amigas iban a buscarla. Todas aquellas indicaciones y arengas no servían nada más que para que la consideraran una mujer anticuada y pesada. Además, que se mostrase especialmente brusca y hostil con Mayte le dolía mucho a Araceli.

—Por cierto, Araceli —dijo Mayte cuando se calmó un poco—. La mujer de ese tal César, ¿es una prima tuya? ¡Tiene cojones tu madre! Vaya perra que ha cogido con el paño y con el arca, ya nos lo ha contaó cuatro o cinco veces. ¡Digo yo que el paño habrá que airearlo pa que no se apolille! ¿O es que cree tu madre que los novios de tus hermanas no abren el arca de vez en cuando? —comentó Mayte con su picardía habitual al hablar y provocando más risas en sus compañeras.

—Yo no sé lo que hacen mis hermanas, yo no les pregunto, pero todo tendrá un límite, ¿no? Ni tan exagerado como mi madre cuenta ni revolcarse con el primero que llegue —contestó Araceli—. Por cierto, si te hubieras lavado la cara antes de salir de casa y no te hubieras puesto ese pantalón tan corto, igual mi madre no nos hubiera dado tanto el tostón.

—Es verdad, yo antes te quería preguntar —apuntó Clara—. Tú en la tienda no te pintas, menudo es tu padre. Si te has puesto las pinturas de guerra es porque has salido. ¡Ya puedes contarle todo! —la apremió con entusiasmo.

—Cuando lleguemos a la playa os lo cuento con más intimidad. ¡Me he enamorado! —exclamó Mayte poniendo una sonrisa inmensa.

—Vale, pero esa frase ya la he oído más veces. Te enamoras y desenamoras con la misma facilidad que te cambias las bragas —le contestó Clara riendo.

Las tres amigas iniciaron el camino hacia la parada del autobús poniéndose al día de lo sucedido a cada una de ellas durante la semana y explicando sus planes para el verano.

—Mañana empiezo con la jornada completa en la zapatería, el señor Jaume me ha dicho que vaya todo el verano. Me viene muy bien trabajar hasta que comience el colegio, así podré empezar a ahorrar y tendré dinero para la fiesta mayor. Libraré solo los jueves por la tarde, y los domingos, claro —explicó Araceli.

—Entonces estarás como yo —dijo Mayte con cara de fastidio—. Es un coñazo trabajar en verano. Y no os lo perdáis: mis padres quieren ir quince días en agosto al pueblo. No hemos ido cuando éramos pequeños y ahora les entra la añoranza. Es la primera vez que cierran la tienda y que se cogen vacaciones y no se les ocurre otro sitio donde ir que al pueblo. Será de suicidio, espero que por lo menos coincida con las fiestas o la feria o lo que celebren allí porque, si no, será pa morirse.

—Nosotros, como siempre, iremos en agosto a Sevilla quince días. Allí hace un calor de narices, pero mi padre se empera en ir todos los años aunque nos derritamos —intervino Clara poniendo cara de fastidio—. Y el resto del verano, como vosotras estáis tan ocupadas durante la semana, me he ofrecido voluntaria para ayudar a la madre Bernardina en los proyectos donde ella siempre anda metida, de esos de tipo benéfico. Tengo que hacer algo o moriré de aburrimiento.

—No estamos ocupadas, marquesona, estamos jodidas, tú eres una niña bonita de papá y no tienes que currar como aquí la Cerebrita y yo —rectificó Mayte poniendo un fingido gesto de enfado.

—Desde luego, cuando voy con vosotras se me olvida que estoy con el populacho, con la plebe —bromeó Clara.

—Tenemos que contarte un cotilleo de la Sapo —anunció Araceli.

—Es verdad, veníamos ayer de comprarme unas sandalias —comenzó a explicar Clara—, pasamos frente a la cafetería Iglú y vimos a través de la cristalera a nuestra amiga Elvirita sentada en una mesa con un chaval. Ella lo miraba con esos ojos saltones medio entornados y con una expresión de carnero a medio degollar que resultaba ridícula, le faltaba poco para que le cayera la baba. Lo miraba como si tuviera delante, no sé, por ejemplo, a John Travolta. Que a mí sí que se me caería la baba con él. ¡Qué ojos, qué guapo, cómo baila! —empezó a divagar Clara.

—No te disperses —apuntó Mayte.

—Pues eso, que el chaval era más feo que Picio. Un gigantón con toda la cara llena de acné, muy repeinado con la raya al lado y con una pinta de repipi que tiraba de espaldas. Nos estuvimos riendo una hora.

—Seguro que sus padres son algo o tienen algún título, y sobre todo deben de tener dinero, porque esa arpía solo tiene ojos pa esas cosas. Si os hubierais fijado bien, seguro que se veía el símbolo del dólar en sus pupilas. —Al referirse Mayte a los ojos de la Sapo, abrió mucho los suyos y se rieron todas recordando lo saltones que los tenía Elvira—. Seguro que ya es consciente de que no podrá elegir mucho porque ella es un engendro, y como diría la poetisa Gloria Fuertes: mejor un ogro apañado que un príncipe apollardao —declamó Mayte intentando imitar la voz rota que tenía la escritora. Y la risa volvió a ser la única protagonista de su camino.

En la parada del autobús no había nadie, pero al ver acercarse el vehículo atestado de gente, comprendieron que no podrían sentarse en todo el trayecto. Una vez en el interior, comprobaron que la mayoría de los pasajeros eran jóvenes, pero también se veían algunas familias cargadas con neveras portátiles, sombrillas y bolsas que tenían el mismo destino que ellas: la playa. En la parte trasera del autobús, un grupo de jóvenes equipados con un radiocasete incordió al resto de los pasajeros con los últimos éxitos del verano y con sus risas y gritos. Resultó un alivio para las tres amigas llegar a su destino, aunque la inmensa mayoría de los pasajeros también bajó en esa misma parada. El viaje había sido incómodo; iban de pie, apretadas, acaloradas y sufriendo los efluvios de más de uno que, con la idea de ir a bañarse a la playa, se habían saltado a la torera el aseo de ese día; incluso por la intensidad del aroma, el de algún día anterior.

Tras formar parte de la oleada de gente que se dirigía hacia la playa, las tres amigas esperaron pacientes al borde de la arena. Observaban los movimientos del grupo de chicos y chicas que llevaba el radiocasete y que, para su disgusto, se había bajado a la vez que ellas del autobús. Las tres rezaban para que se alejaran lo suficiente. Tras unos minutos de tensa espera, vieron que se colocaban lo bastante lejos como para que la música incansable de Los Chichos que las había acompañado todo el trayecto solo se percibiese como el hilo musical que a veces se oía en algunas oficinas bancarias.

Dispusieron las toallas y se sentaron en ellas. Mayte en medio de las tres, porque ya les había

anunciado que tenía algo que contarles. Mayte llevaba un bikini de flores; Clara, un bañador negro sin tirantes; y Araceli llevaba un bañador azul, con una línea muy simple, como el de una niña, que desdibujaba aún más su cuerpo recto y andrógono.

—Mira, nena —dijo Mayte dirigiéndose a Araceli—, con el dinero que ganes en la zapatería, lo primero que tienes que comprarte es un bikini o, por lo menos, un bañador de este siglo. Vaya mierda de traje de baño que llevas, ¿de dónde lo has sacado? Entre que no tienes casi tetas y que este trapo te está estrecho y te chafa las pocas que tienes, pareces una tabla. Y guapa, el próximo día que vengas a casa te voy a dar una cuchilla de afeitar de mi hermano para que te rasures las piernas. Pronto será más fácil hacerte la permanente en los muslos que depilarte.

—Qué burra eres —le contestó Araceli—. No tengo tanto vello y con el sol se me pondrá rubio. Hasta que no tenga dieciocho años, si mi madre me ve depilada, me ingresa en un convento. Y, desde luego, este bañador es más antiguo que el hilo negro; era de mi hermana Marta. Cuando tenga algo ahorrado, iré a comprarme uno nuevo. Pero no voy a ir marcando pechuga como tú. Que te quede claro.

—Bueno, nos vas a explicar dónde estuviste ayer, estoy en ascuas —dijo Clara poniendo una cara de expectación y curiosidad.

—Vale, pero esto que os cuento es un secreto solo para nosotras. No quiero que se enteren mis padres porque seguro que me joderían la vida —dijo y, con un gesto con las manos, hizo que las otras dos amigas se acercaran hasta formar un círculo con las cabezas para estar muy juntas.

—Ya os he hablado alguna vez de Ramón, el macizo de las gaseosas, ¿verdad? Viene un par de veces a la semana. Es guapísimo, tiene el pelo rizado y muy negro, como el moreno de Los Pecos, pero es un hombre, no un crío. Siempre me dice cosas bonitas, me tira los tejos, vamos. Y el martes, cuando trajo el pedido, antes de irse, me llamó al camión y me regaló el último disco de Tequila porque sabe que me chiflan. —Sonrió embobada y paró unos segundos su relato.

Los ojos de Mayte brillaban de emoción explicando su nuevo romance; los de Clara reflejaban curiosidad y cierta envidia por la osadía que siempre demostraba su amiga al hacer lo que deseaba sin miedo al qué dirán; los ojos de Araceli se entornaban como muestra de disgusto porque conocía lo alocada e imprudente que podía llegar a ser su amiga.

—Pues el viernes —prosiguió contando— me pidió que nos viéramos el sábado por la noche. Que me invitaba a tomar algo. Que le gustaba mucho y yo le parecía muy madura, además de preciosísima. —Y al decir estas palabras, soltó un profundo suspiro—. Le dije que sí, claro.

—Perdona, Mayte, cuando has dicho que es un hombre, ¿a qué edad te estás refiriendo? Acláramelo. ¿Y él sabe que tú tienes quince años? —preguntó Araceli.

—Qué rancia eres, hija, estoy a punto de cumplir los dieciséis. Y cuando nos vimos sí le dije mi verdadera edad. Él pensaba que era mayor pero no le importó. Él tiene veintiséis años.

—Estás loca, hace dos semanas andabas detrás del hijo de la Pili, la de la mercería. ¿Qué, ese ya

ha pasado a la historia? Por lo menos tenía dieciocho años. Este es un viejo —protestó airada Araceli.

—Era un pasmao y he pasado de él. Ramón me trata como una reina, se le cae la baba conmigo, me ha dicho que me quiere. Y diez años no son tanto, el padre de Clara también es mayor que su madre.

—Es verdad, e incluso a veces se pasan de tantos cariñitos como se hacen, ya no tienen edad, son mayores, ya han pasado los cuarenta. A mí me da mucha vergüenza verlos tan acaramelados. Pero no seas aguafiestas, deja que nos explique —comentó Clara muy interesada por el desarrollo de la historia.

—Pues, como iba diciendo, quedamos a las nueve en el cruce de San Jorge con Circunvalación, a mis padres les dije que me iba al cine con Quinito, y él respaldó mi coartada. Me puse guapísima, está mal que yo lo diga, pero iba increíble. Cuando llegué, ya me estaba esperando parado al lado de un Ford Fiesta rojo. Yo iba supernerviosa y cuando vi el coche casi me caigo de culo. Ramón estaba muy guapo y simpatiquísimo. No dejó de decirme piropos. Me llevó a San Adrián a tomarnos unas bravas y una cerveza.

—¿Te montaste en el coche de un tío sin apenas conocerlo y te fuiste con él? Estás más loca de lo que pensaba —le espetó Araceli con disgusto, pero sin levantar la voz para evitar que las personas que se habían ido colocando a su alrededor en la arena escucharan la conversación.

—Venga, Araceli, no seas tan alarmista, cada vez te pareces más a tu madre —dijo Clara sonriendo. Mayte también la miraba divertida viendo lo escandalizada que estaba.

—Te va a dar un perrenque, Cerebritito, cálmate, porque ahora viene lo más excitante —Mayte guiñó un ojo y en su mirada había un brillo y una luz que casi chisporroteaba. Se sentía triunfadora, como si hubiese adelantado a sus amigas y ella fuese la pionera en encontrar su sitio en el mundo de los adultos.

—Me estás empezando a asustar —dijo Araceli.

—¡Calla, plasta! —exclamó Clara.

—Fuimos con el coche a un descampado frente a la playa. Parecía un sitio conocido porque había más coches con parejas. —Hizo una pausa y miró a sus amigas. Los ojos de Araceli parecía que iban a salirse de las órbitas y antes de que pudiera decir nada, Clara le tapó la boca con su mano para que Mayte siguiera con el relato—. Se puso muy cariñoso y empezamos a besarnos. Me dijo que me quería, que era una chica fabulosa, que estaba loco por mí, que nadie le había gustado tanto como yo y que no podía dejar de pensar en mí. Yo estaba en una nube, jamás nadie me ha dicho cosas así. Es muy apasionado, empezó a acariciarme el cuello, la espalda y, cuando me di cuenta, me había desabrochado el sujetador y noté su mano por debajo de la ropa. Le dejé que me tocara las te...

No pudo terminar la frase porque Araceli no pudo contenerse, la sujetó por los hombros y

mirándola cara a cara, pero sin levantar demasiado la voz, con un movimiento brusco, la sacudió.

—Estás agilipollada, Mayte, porque te empeñas en comportarte como una fresca y una golfa cuando yo sé que no lo eres. Me sacas de quicio. ¿Qué sabes de ese tío? —rió Araceli en voz baja a su amiga.

Mayte se quedó seria por la reacción de su amiga. Ya sabía antes de empezar a contar su aventura romántica que ella se escandalizaría, pero no pensó que se enfadaría tanto. Clara, sin embargo, parecía ansiosa por saber más y, con su actitud, parecía comprenderla y apoyarla.

—¿Puedo continuar? —preguntó Mayte sin dejar de mirar a Araceli—. Porque todavía no he terminado. A veces creo, Araceli, que no te echarás nunca novio porque tienes miedo de relacionarte y del contacto físico. Hay que madurar. A mí me gusta ese chico, y yo a él, también. Pues, como iba diciendo —retomó la explicación de su apasionado encuentro con el cada vez más intenso enfado de Araceli y la más morbosa curiosidad de Clara—. Era todo muy romántico y apasionado. Ramón no dejaba de decirme lo mucho que le gustaba y lo mucho que le excitaba. Nos besábamos y nos acariciábamos, y sin saber cómo, me metió la mano por debajo de la falda, apartó mis braguitas y me acarició.

—Me niego a escuchar más —gritó Araceli y, de un salto, se levantó. Un par de señoras que estaban sentadas en dos sillas de playa muy cerca de ellas se quedaron mirando—. Me voy al agua. A veces no te entiendo.

Araceli caminó moviendo la cabeza de lado a lado, como si negara, en dirección a la orilla y se metió en el agua, que ya estaba muy concurrida de bañistas. Las otras dos chicas se quedaron sentadas sin moverse. Clara quería saber cómo había terminado todo, deseaba conocer todo sobre sexo de primera mano. La información que le daba su madre era mínima y siempre con connotaciones negativas. Ella no había salido con nadie todavía, porque su criterio para fijarse en un chico era más selectivo que el de Mayte, además de que ella intentaba dominar al corazón con el cerebro. Su deseo por experimentar se debatía entre la imparable manifestación de su sexualidad y el temor a parecer una chica fácil. No quería tener una reputación que no casara con la imagen que quería dar, la de mujer perfecta.

—¿Lo pasaste bien? ¿Te gustó? —le preguntó Clara a bocajarro.

—Sí, estuvo muy bien. Pero sobre todo me gustó porque Ramón no dejaba de decirme lo mucho que me quería. Me dijo: «Eres un bombón de mujer, ninguna otra chica me ha puesto tan loco».

—Y soltó una risita nerviosa cuando repitió las palabras del hombre—. Nunca me había gustado alguien como me gusta Ramón, y cuando me pidió que yo también lo acariciara, lo hice. Ya sabes a lo que me refiero.

Mayte se quedó mirando a su amiga como esperando su aprobación. Clara soltó una especie de grito nervioso y se tapó la boca. Su rostro reflejaba una mueca entre divertida e incrédula. Mayte dio por terminadas las explicaciones porque solo quería compartir con sus amigas su ilusión por sentirse amada. Ella estaba dispuesta a dar cualquier cosa por sentir amor y ser importante para alguien. Eso la hacía vulnerable y la dejaba indefensa. Araceli sabía

perfectamente que tras aquel carácter desinhibido y procaz estaba la niña desolada que le confesó los abusos de su tío y lloró amargamente entre sus brazos.

—Vamos al agua, a ver si se le ha pasao el mosqueo a la Cerebrita. Es más estrecha que el bigote de una gamba —dijo Mayte.

Las dos muchachas se acercaron sonriendo hasta la orilla, dispuestas a congraciarse con Araceli, que seguía metida en el agua hasta la cintura con aquel anticuado bañador. Mantenía una expresión seria y las miró con desgana al verlas acercarse hacia ella.

—Jolín, no pasó nada importante. No te preocupes, mi paño sigue en el arca y en perfecto estado de revista —dijo riendo y dirigiéndose a la enfadada Araceli—. Solo nos metimos mano, eres una antigua y una rancia. Juro que no hice nada de lo que pueda arrepentirme. ¿Estás ya más tranquila, sor Araceli, hermana mayor de la cofradía del Himen del Gran Poder? —dijo y salpicó agua a la cara de su amiga—. Vamos, pelma, sonríe, que Clara ha traído la cámara de fotos de su padre y con esa cara de avinagrá estropearás la máquina.

—Yo seré rancia, pero tú eres más basta que unas bragas de esparto, además de un pendón verbenero —contestó Araceli a la vez que repelía los salpicones de Mayte lanzando ella otros e iniciando una guerra de agua que distendió el momento y disipó cualquier malestar o reproche entre ellas.

Clara llegó a su casa acalorada e incómoda por esa desagradable sensación mezcla de picor, tirantez y sequedad que se genera después de pasar toda la mañana en la playa y a pleno sol. Sus padres estaban en la cocina, su madre ultimaba la comida y su padre, sentado a la mesa, leía el periódico y tomaba un vino y unos taquitos de queso a la espera de la hora de comer.

—Hola, ¿le falta mucho a la comida, mamá? Voy a ducharme, que he quedado para ir al cine esta tarde.

—Pero niña, ¿qué prisas son esas? Desde que has acabado el colegio no paras ni un minuto en casa. Me parece que estás sacando los pies del plato —se quejó su madre.

—Vamos, Montse, no seas gruñona. La chiquilla tiene que divertirse, tampoco está haciendo na malo. ¿O a ti no te gustaba salir cuando eras mocita? —salió en su defensa el padre—. Y si ella se va al cine, nosotros nos vamos esta tarde al puerto. Nos damos un paseo en Las Golondrinas y te invito a un helaíto —propuso el hombre para contentar a su mujer.

—Eso, tú siempre ejerciendo de abogado defensor. Como si ella necesitara de nadie para salirse con la suya. Yo no digo que no se divierta, pero está todo el día de aquí para allá. Ya tiene edad de aprender cosas de la casa, ¿no?

—Ya tendrá tiempo de eso, ella tiene que estudiar y prepararse bien. Las cosas de la casa ya las aprenderá —respondió el padre al tiempo que le guiñaba un ojo a Clara como señal de complicidad.

— ¡Qué guapo eres, papito! —dijo Clara al tiempo que le daba dos sonoros besos en las mejillas.

—Eso, y a mí que me parta un rayo —protestó la madre.

—Tú también eres guapa, pero muy protestona —dijo Clara.

Sin hacer demasiado aprecio a los reproches de su madre, le dio un beso en la cara y salió hacia el cuarto de baño después de soltar allí la bolsa de la playa para que fuese ella quien se hiciera cargo de vaciarla y lavar la toalla. Estaba acostumbrada a que su madre siempre se ocupara de todo.

Ya en el cuarto de baño, se desnudó y frente al espejo observó detenidamente su cuerpo, se sentía orgullosa de él. Era hermoso no solo por ser un cuerpo joven y terso, sino porque además sus formas eran curvilíneas, sensuales y mantenían una simetría perfecta. Se sentía segura de su belleza y la visión de un físico hermoso reafirmaba su idea de que no tenía nada que envidiar de sus amigas. Mayte era guapa y con una magnífica figura, pero explotaba su encanto desde la vulgaridad y se entregaba sin criterio al primero que le sonreía. Araceli era inteligente, pero su físico aniñado y su carácter introvertido y taciturno jugaban siempre en su contra. Se consideraba mejor y más fuerte que sus amigas y con un futuro prometedor. Esa convicción había hecho que mantuvieran su amistad, ya que no las consideraba rivales. Ella tenía una meta, quería formar parte de esa sociedad, de esa élite que la había menospreciado muchas veces. Iba a convertirse en una mujer perfecta, con una vida perfecta. No iba a permitir ningún error. Sus debilidades y sus instintos tendrían que permanecer en la clandestinidad.

Ya bajo el abundante chorro de agua, sintió el alivio de liberarse del calor que despedía su piel. Recordó divertida el enfado de Araceli y pensó que su amiga parecía muy estricta y dura, pero acababa siempre cediendo y disculpando las locuras de Mayte. Incluso empezaba a sospechar que la actitud de beata y sosa que siempre ofrecía Araceli se debía más al miedo que tenía por experimentar y disfrutar que a la obediencia de las estrictas normas de moral en que se había educado. Mientras se enjabonaba el pelo, recordó el relato pormenorizado que había hecho Mayte de su encuentro romántico. No pudo evitar imaginar las escenas que había protagonizado su amiga. Podía entender la pasión y el deseo, ella no era ajena a esos sentimientos, pero resultaba peligroso sucumbir y perder el dominio de la situación. La evocación de aquel momento pasional produjo en ella un estremecimiento que recorrió todo su cuerpo y notó cómo una oleada de calor emergía desde sus entrañas. Un imparable impulso sexual se hizo patente y una imperiosa necesidad de apagar el ardor que la sofocaba la dominó. Deslizó la mano entre sus muslos y, como en otras ocasiones, se dejó llevar por la necesidad de complacer su desbocado deseo físico.

Una tarde de cine

Mayte y Araceli venían andando deprisa, pero desde el momento en que divisaron a su amiga parada frente a la puerta del cine con cara seria iniciaron una carrera a la máxima velocidad que permitían los tacones de Mayte. Como de costumbre, llegaban tarde. Clara llevaba más de veinte minutos esperando parada frente al cartel donde se publicitaban las películas de la sesión de esa tarde. Una era Carrie, un filme de terror protagonizado por Sissy Spacek, y la otra, una película de Bruce Lee típica en las sesiones dobles de reestreno del cine Capitol.

—Sentimos el retraso —dijo Araceli resoplando por la carrera—. Pero aquí la Niña de los Peines no estaba arreglada a tiempo —se disculpó.

—No ha dejado de entrar gente, estará lleno y seguro que ya ha empezado Carrie, vamos —dijo Clara molesta, pero sin querer perder ni un instante en dar la bronca a sus amigas.

Mayte ni rechistó, pues era la segunda vez en el día que llegaba tarde, toda la culpa era suya y lo asumía. Clara se acercó a la taquilla para comprar las entradas.

—Buenas, deme tres. ¿Hace mucho que ha empezado Carrie? —preguntó a la señora que vendía las entradas.

La taquillera tenía un aspecto físico que concordaba perfectamente con su carácter áspero y serio, quizás porque parecía estar eternamente encarcelada en aquel pequeño cubículo. Era una mujer enjuta y de piel cetrina, con unos ojos redondos, hundidos en la cara, y los labios dibujaban un perpetuo arco con las puntas hacia abajo.

—Pues no sé, la sesión empezó con la de chinos —contestó con desgana y pasó por debajo de la ventanilla las tres papeletas. Clara había introducido por el mismo sitio con anterioridad doscientas veinticinco pesetas, el importe de las tres entradas.

En la puerta, un hombre de mediana edad, bien vestido, con un traje oscuro y corbata, comprobó y cortó las entradas. Tras una leve sonrisa, les facilitó la entrada, descorriendo lo suficiente para poder pasar, las pesadas y gruesas cortinas de terciopelo rojo que preservaban la oscuridad de la sala de la luz del vestíbulo. Nada más traspasar las cortinas, otro hombre con una linterna cuadrada poco más grande que un paquete de tabaco se ofreció a acomodarlas.

—Somos tres y queremos estar juntas —dijo Clara, que iba delante, en voz baja.

—Está muy lleno, para estar juntas tendrá que ser en la primera fila —contestó el hombre.

Las chicas aceptaron, mejor en la primera fila, aunque estuvieran encima de la pantalla, que tener que ver la película solas, sentadas con desconocidos. El hombre iluminó con su linterna el camino y, tras él, caminaron las tres jóvenes. Andaban a trompicones, agarradas por el brazo. Su torpeza se debía principalmente a que sus ojos todavía no se habían acostumbrado a la oscuridad y a que, además, caminaban más pendientes de las escenas que se desarrollaban en la pantalla que del camino que les mostraba el haz de luz de la linterna. La fugaz iluminación que producían algunos destellos de la pantalla les permitió comprobar que tal y como el hombre les había indicado, la sala estaba llena. La destreza y rapidez que demostraba el acomodador en la

oscuridad dirigiéndose hacia las butacas que tenían que ocupar las amigas contrastaba con el atolondramiento del que ellas hacían gala. Al llegar a la primera fila, el hombre elevó un poco la linterna para mostrar a las jóvenes cuáles eran sus sitios. Clara acercó su mano a la del hombre y le entregó quince pesetas. El empleado, agradecido por la propina, mantuvo la luz sobre los asientos hasta que las tres chicas se acomodaron. Se sentaron en el mismo orden que llevaban al entrar en la sala, Araceli en medio y las otras dos amigas a los lados. El sitio era uno de los peores, estaban pegadas a la pantalla e incluso tenían que echar la cabeza hacia atrás para tener un buen encuadre. El único consuelo que les quedaba era pensar que no tendrían un cabezón o un gigantón delante. La película de terror estaba empezada, pero enseguida se metieron en el argumento. Clara era especialmente miedosa, pero no renunciaba a ver ese tipo de largometrajes que la mayoría de las veces lo único que le provocaba era sufrimiento. Mayte disfrutaba con ese género cinematográfico, y cuanto más miedo y asco daba, mejor. A la salida, se divertía burlándose de sus amigas y sus métodos para ver la película. Clara pasaba casi todo el tiempo con los ojos cerrados, sin querer ver lo que pasaba en la pantalla. Araceli se tapaba la cara con la mano manteniendo los dedos entreabiertos para ver la escena a través del espacio entre ellos, como si eso la protegiera o le produjera menos temor. Ese día no fue una excepción. En el momento en que empezaron a verse escenas que provocaban impresión o momentos de susto, Clara se agarró de la mano de Araceli que, al notar el tacto suave y cálido de la mano de su amiga sobre la suya, sintió un profundo estremecimiento en todo su cuerpo. Esa sensación de felicidad y de agobio que la inundaba cada vez que sentía el contacto de Clara. Cuando las escenas se hicieron más aterradoras y sangrientas, Clara no pudo soportarlas y ya no le valía con cerrar los ojos y tener su mano apretada a la de su compañera de asiento. Cuando se vio desbordada por los nervios, apoyó su cabeza sobre el hombro de su amiga apretando la cara contra su cuello y sujetando con la mano que tenía libre la cara de Araceli sobre su pelo para sentirse protegida. Ese acercamiento físico, el olor del perfume de Clara, el contacto de sus labios apretados sobre la piel de su cuello y la suavidad de la palma de su mano agarrando su mejilla provocaron en Araceli una oleada de sensaciones incontrolables; una montaña rusa de emociones que le provocó vértigo: se sentía feliz, emocionada, complacida, eufórica, plena. Su pulso se aceleraba a un ritmo frenético, su corazón parecía a punto de explotar de emoción y todo dejaba de tener importancia a su alrededor excepto Clara. Se sintió incapaz de renunciar al placer que le provocaba la presencia y el contacto con ella; en aquel instante, se rindió y dejó de luchar por arrancar de su corazón el amor que sentía por ella. Claudicó ante la realidad y reconoció sus sentimientos con todas las consecuencias. Amaba a Clara y no iba a juzgarse más por eso, no iba a buscar explicaciones ni a sentir culpabilidades. Sabía que era una relación imposible, pero ella se conformaba con poco; quererla en secreto, disimular sus sentimientos era el precio que debía pagar para mantenerla a su lado, aunque fuera solo como amiga.

En la última escena de la película, el público se encontraba ya relajado después de un final trágico y sangriento. En la pantalla se veía a una joven que depositaba flores en la tumba de Carrie; sin previo aviso, una mano surgió de la tierra y la cogió por el brazo. Ya nadie esperaba ningún sobresalto, y en la sala resonó un estruendoso coro de voces en un grito final al unísono. Mayte no fue la excepción y, aunque durante toda la proyección apenas se había impresionado, dio un respingo que la hizo levantarse del sitio e inclinarse hacia delante; el resorte del asiento, que era abatible, al dejar de tener el peso del cuerpo de la chica, se batió hacia atrás y se quedó pegado al respaldo. Al volver la muchacha a sentarse en su localidad sin mirar, acabó en el suelo

dándose un culazo tremendo. Una vez superado el desconcierto inicial y comprobar que se encontraba bien, el incidente fue motivo de un ataque de risa imparable y escandaloso por parte de las tres. En cuanto empezaron a salir los títulos de crédito, algunas personas abandonaron la sala y otras tomaron asiento en los huecos que iban quedando libres; en pocos minutos empezó a proyectarse la siguiente película, que era Operación Dragón, de Bruce Lee. Las tres amigas se esforzaban por acallar sus risas, pero en cuanto se miraban, estallaban nuevamente en carcajadas. Empezaron a escuchar como algunas personas chistaban para que se callaran e incluso espectadores de las filas por detrás de las suyas empezaron a afearles la conducta y les pedían silencio alzando la voz. Pero esta situación, en vez de tranquilizarlas, aún las alentaba más y resultaba imposible controlar el ataque de risa. En mitad de las protestas de la gente que las rodeaba, una voz sobresalió de forma severa y un haz de luz las señaló de forma acusadora:

—Venga, niñas, a la calle, aquí no se viene a armar follón. ¿No os da vergüenza? Sois un poco grandecitas —les espetó el acomodador que antes las había acompañado a los asientos.

Las muchachas se levantaron y salieron todo lo deprisa que pudieron del local. Clara y Araceli estaban avergonzadas por el incidente, pero Mayte seguía divertida y dicharachera.

—Será el tío revenío, mira que echarnos. Después del culazo que me he pegao, menos mal que tengo un buen culo, que si no me parto la rabadilla —dijo riendo Mayte.

—¡Qué vergüenza! Espero que no hubiese nadie que me conociese. Hemos sido un poco tontas con tanta risa. Pero es verdad que te has dado un culazo espectacular. Te habrá castigado Dios por reírte de nosotras —dijo Clara.

—Un poco pavas sí que somos, y encima nos hemos perdido la otra película. Después del espectáculo que hemos montado, tendremos que tardar un tiempo en venir a este cine porque igual no nos dejan entrar —comentó Araceli avergonzada.

—No os pongáis tan dramáticas, que tampoco esto os convierte en las enemigas públicas número uno. Nos han echao del cine por reírnos, no hemos puesto una bomba, coño. Además, la peli que dan ahora es de chinos, un coñazo, solo se dan hostias sin fuste ni atadero. Ya me gustaría ver a mí al Bruce Lee ese enfrentarse a mi padre. El amigo Bermejo de dos hostias le pone los ojos redondos al chino —explicó simulando que hacía un movimiento de kárate y las risas volvieron a ser parte fundamental de sus conversaciones.

Decidieron dar una vuelta por la plaza de la Vila y sentarse en un banco a charlar, comer pipas y ver pasar a la gente. Con el incidente, todavía les quedaban un par de horas de libertad antes de tener que regresar a sus casas. Al pasar frente a la cristalera del bar que estaba en una de las esquinas de la plaza, Mayte se paró en seco. En el interior estaba Ramón con un par de chicos más; tenían algunos botellines vacíos sobre la mesa y charlaban animados. Observó que otro joven se acercaba a ellos con otras cuatro cervezas en la mano y se sentó a la mesa. No se lo pensó dos veces y entró apresurada y sonriente; sus amigas, sorprendidas, la siguieron.

—Hola, Ramón, no sabía que venías por aquí. Me dijiste que eras de Badalona y que no nos podíamos ver hoy porque tenías cosas que hacer —se dirigió Mayte al joven con una enorme

sonrisa y con los ojos iluminados por la agradable sorpresa; en sus palabras no había ningún atisbo de reproche.

El chico la miró con un gesto de superioridad, con cierto desdén. Era evidente que su presencia le molestaba. Los acompañantes empezaron a soltar risitas y darse codazos. Uno de ellos, antes de que él contestará nada, preguntó:

—¿Esta es la pipiolita con quien saliste ayer? Es guapa y está buena. —Y soltó una carcajada.

—No pensé que fueras capaz de convencerla —dijo otro.

Ramón les sonrió y les guiñó un ojo alentando así sus comentarios y sus risas.

—Yo voy a donde quiero, niña —se dirigió Ramón a la chica con un tono chulesco—. Estoy con mis amigos pasando la tarde. No eres ni mi mujer ni mi novia para que te dé explicaciones.

Mayte se quedó paralizada por la contestación y la actitud del chico. Ese Ramón no tenía nada que ver con el atento enamorado con quien había compartido un rato de intimidad la noche anterior. Sus amigas estaban detrás de ella con la cara tan descompuesta como la propia Mayte. Los amigos del joven las miraban y se reían como si fuera una situación divertida.

—¿Me puedes explicar qué significa esto? Anoche me dijiste que yo era importante para ti, estuvimos juntos —dijo la muchacha con el rostro crispado y ardiendo de vergüenza.

—Anoche salimos, lo pasamos bien, yo no te obligué hacer nada que tú no quisieras, ¿vale? —explicó desafiante sin ni siquiera levantarse de la silla—. Yo no te he prometido nada y tú no parecías estar incómoda, ¿no?

Los jóvenes se reían, estaba claro que todos se tomaban aquello como un juego. Era evidente que las palabras de Ramón la noche anterior solo las había pronunciado para sacar partido de la situación, para deslumbrar y aprovecharse de la candidez, que, a pesar de su aparente desenvoltura, tenía Mayte.

Araceli la agarró por el brazo y tiró con fuerza de ella hacia la calle; Clara las siguió. A sus espaldas resonaban las risas burlonas de los jóvenes al ver a la chica desolada frente al don Juan de pacotilla que la había seducido. Mayte, a pesar del genio del que siempre había hecho gala en situaciones difíciles, en este momento estaba desconcertada. En sus ojos empezaban a amontonarse las lágrimas. Se sentía humillada y engañada. Las tres muchachas cruzaron la plaza en dirección al edificio del Ayuntamiento, lo rodearon y se resguardaron en un lateral pegadas a la pared para evitar las miradas indiscretas de la gente que ocupaba la plaza. Mayte, tras apoyarse en la pared, comenzó a llorar al tiempo que en sus labios se dibujaban unos pucheros casi infantiles.

—Soy idiota de remate. Se ha reído de mí, me siento como una mierda. Soy una gilipollas —dijo entrecortado por el llanto, el rostro enrojecido y ardiente; pero no era la rabia la responsable, sino la vergüenza.

—Has sido muy confiada, a veces eres un poco pánfila, te fías de cualquiera. Deberías hacerte respetar un poco más —dijo Clara en forma de crítica.

Araceli dirigió a Clara una mirada de reprobación por aquellas palabras que consideraba innecesarias por lo crueles y gratuitas; no era el momento de herir más a Mayte, que estaba hecha un mar de lágrimas. La muchacha, avergonzada y hundida, mantenía la cabeza agachada y apoyado su mentón sobre el pecho. Araceli sujetó suavemente la barbilla de su amiga con la mano y le levantó la cara hasta ponerla frente a la suya. La miró a los ojos y la arengó con un tono enérgico y firme:

—No quiero que derrames ni una lágrima más por ese cabronazo. Tú no has hecho nada malo, él sí que es una mierda de tío. Así que ni puto caso a lo que te ha dicho. ¡Que le jodan! Y a partir de ahora sé más sensata —dijo Araceli inundada por la rabia.

Clara y Mayte se quedaron perplejas al escuchar aquel vocabulario y con aquella contundencia en la boca de Araceli. Nunca había hablado así la recatada y pacífica Araceli. Ella no utilizaba nunca palabras malsonantes ni tacos y, aunque se enfadase, apenas alzaba la voz. En aquel momento, tenían ante sí a una Araceli desconocida, una personalidad intensa y dominante que había surgido inesperadamente de aquel delgado y delicado cuerpo. Una reacción alejada de su mojigatería y su pasividad. Un carácter temperamental y combativo que se despertaba al presenciar el abuso de confianza y el engaño de aquel hombre, que, a su juicio, no era más que un imbécil. Y aunque ella ya auguraba un final desastroso para el romance de Mayte, el engaño y la burla la desquiciaron. Mayte se secó la cara con las palmas de las manos y le dio un abrazo.

—Tienes razón, paso de ese desgraciao, no merece la pena darle más vueltas. —E hizo un simulacro de sonrisa al mirar a su amiga—. Me he cagao cuando te has puesto a soltar tacos, pensé que te había poseído el espíritu de Carrie, no sabía que dominabas tan bien el castellano arrabalero —bromeó Mayte recobrando su actitud divertida.

Araceli sonrió sin contestar. La rabia que había sentido tantas veces parecía que ya no podía ser acallada ni controlada en su interior. Su docilidad y sumisión se resentían por los envites de la realidad y se revelaban. Todas estaban cambiando, sus personalidades afloraban con la fuerza y el caos que provoca la adolescencia y que marcarían su camino a la madurez.

—Será mejor que nos vayamos cada una para su casa, creo que hoy ya hemos tenido demasiadas emociones. Además, con esos tacones que lleva aquí la Niña de los Peines, tardaremos un siglo en llegar al barrio —comentó Araceli señalando los zapatos de Mayte.

—Estoy de acuerdo. Si el jueves libras en la zapatería, podríamos pasar la tarde juntas en mi casa oyendo discos, bueno, si tu madre no te organiza un evento religioso—festivo de los suyos. Y si tú, Mayte, te escaqueas de la tienda también podrías pasarte —les dijo Clara iniciando el camino hacia su casa.

—Claro que sí, te llamaré el miércoles y quedamos —contestó Araceli con una sonrisa y con el corazón dando saltos en su pecho por la alegría de volverla a ver en solo tres días.

—Yo ya os diré algo —intervino Mayte todavía un poco mohína.

Clara se alejó con la sensación de triunfo. La humillación de Mayte no le provocaba tristeza, sino todo lo contrario. Confirmaba la torpeza y debilidad de sus amigas y, por lo tanto, su superioridad. Mayte y Araceli tomaron la dirección contraria; las separaba del barrio más de treinta minutos de una caminata a buen paso. Apenas charlaron durante el camino, anduvieron una al lado de la otra sumidas en sus pensamientos. Mayte aún afectada y avergonzada por la burla y el desprecio que había sufrido, y Araceli rememorando la deliciosa sensación que había vivido al sentir tan cerca el cuerpo de Clara. Sabía que no era pecado querer como ella quería, pero también sabía que lo tendría que hacer en secreto, que nunca tendría su amor.

ARACELI Y CLARA

El problema

16 de noviembre de 2015

La puerta del despacho se abrió inmediatamente después de haber sonado unos suaves golpecitos de aviso. Una funcionaria de fiscalía entró y cerró la puerta a su espalda. El despacho era una habitación pequeña que Araceli compartía con otro fiscal. Dos mesas, una al lado de la otra, una librería a su espalda repleta de libros y publicaciones de ámbito jurídico, varias estanterías metálicas con expedientes amontonados a ambos lados cubriendo las paredes restantes y, frente a las mesas, un par de sillas de polipiel algo ajadas. La reducida habitación contaba con una pequeña ventana que daba a un oscuro patio de luces. La claridad y la luz se limitaban a las emitidas por un par de plafones de fluorescentes, lo que, sumado a la estrechez que suponía el amontonamiento de tanto mobiliario en tan poco espacio, hacía que la estancia tuviera un aspecto más parecido al de un trastero. que a una oficina judicial. Araceli separó los ojos de su ordenador para atender a la mujer que acababa de entrar.

—Hay una mujer fuera que quiere hablar con usted. Dice que es un asunto muy importante. Me ha dicho que es la señora Montes; he intentado averiguar qué quería, pero no ha soltado prenda. No tiene mala pinta, aunque sí tiene mala cara —dijo la funcionaria.

—No te preocupes Roser, la recibiré —respondió la fiscal con amabilidad.

Se levantó y se acercó hasta la puerta para observar a la persona que quería ser recibida, aunque no tenía dudas de quien era. La funcionaria abrió la puerta y se dirigió al mostrador para facilitar la entrada hasta el despacho. El aspecto de aquella mujer era elegante y sofisticado, aunque se intuyese por su aspecto físico que estaba delicada de salud. Habían pasado muchos años, pero Araceli sabía que era Clara. No deseaba su visita, pero desde que tuvo noticias de la reunión de antiguas alumnas temió que apareciera en algún momento. Sus miradas se encontraron convirtiéndose en mensajeras silenciosas del estado de sus almas. Clara tenía una mirada nerviosa, expectante y con ese triste reflejo del que suplica atención. Los ojos de Araceli revelaban una dureza y una frialdad infinita, potenciada por el intenso color azul de sus pupilas.

—Señora Montes, la señora Quirós la recibirá ahora mismo, pase por aquí — y la funcionaria le señaló una puerta en el mostrador que ella misma abrió para franquearle el paso.

Cuando Clara entró en el despacho, Araceli todavía permanecía inmóvil a un lado de la puerta, no había podido reaccionar. Ambas mujeres, una frente a la otra, se miraron como quien está viendo un fantasma. Clara se mostró titubeante ante la forma de saludar a su antigua amiga; no

sabía si darle un abrazo, dos besos o simplemente estrecharle la mano. Cuando se decidió y extendió la mano hacia la fiscal, esta hizo caso omiso al gesto; cerró la puerta, se dio la vuelta y, en su camino hacia su sillón, le señaló a Clara una silla para que tomase asiento.

—Hola, Clara, qué sorpresa después de tantos años. ¿Qué te trae por aquí? —dijo con una entonación carente de emoción e interés que contrastaba con la tensión que reflejaba los músculos de su rostro y del fuego de rabia que ardía en su mirada.

—Hola, Araceli, perdona que haya venido hasta aquí y de esta manera. Pensé que, si te llamaba, igual no querrías recibirme. Quería hablar contigo, tengo una inmensa necesidad de hablar contigo y con Mayte. He venido para la reunión que se ha organizado en el colegio para antiguas alumnas, pero mi principal objetivo es poder tener una conversación con vosotras, a solas, en un espacio más íntimo. He de aclarar algunos asuntos del pasado: quiero pedir os perdón por el daño que os he hecho —dijo de corrido y muy deprisa para evitar que Araceli la interrumpiera y perdiera el poco valor que en estos momentos sentía. Allí sentada, las manos le temblaban frente a aquella mujer que la miraba con el más profundo de los desprecios—. Ya sé que este no es el sitio adecuado, pero quería asegurarme de poderte ver. Araceli, me estoy muriendo.

Esa confesión pilló a la fiscal desprevenida. El gesto que se dibujó en su rostro como de incredulidad o desconcierto relajó a Clara, que sintió la certeza de que, tras esas palabras, no la iba a echar con cajas destempladas. Los moribundos, aunque sean la mayor de las escorias, siempre producen lástima y conmiseración. Araceli apoyó los antebrazos sobre la mesa y su cuerpo se destensó un poco; pareció bajar la guardia.

—Desde luego, buena pinta no tienes, he estado en autopsias de cadáveres con mejor color que tú —comentó de forma feroz y cruel. Con la actitud ofensiva y de ataque que demostraba cuando se enfrentaba con su madre. Ese era uno de esos momentos donde surgía aquella Araceli indomable y destructiva. Una personalidad engendrada con toda la bilis, la hiel y el dolor que había tragado a lo largo de su vida, y que se alimentaba de la miseria humana con la que lidiaba todos los días—. Espero que no te ofendas. ¿Qué tienes exactamente? —preguntó rectificando el tono.

Clara no hizo ademán alguno de molestarse. Había regresado con un propósito y sabía perfectamente que las cosas no iban a ser fáciles, que las palabras no iban a ser amables, pero estaba dispuesta al calvario.

—Me han diagnosticado mielofibrosis. Es un trastorno de la médula ósea. Se desconoce la causa por la cual se manifiesta esta enfermedad; si te toca, te toca y no hay más. Normalmente se desarrolla lentamente en personas mayores de cincuenta años, pero ese no es mi caso, parece que tiene prisa por acabar conmigo. —Y dibujó una sonrisa irónica en sus labios—. El trasplante de médula es un tratamiento efectivo, pero mis ascendentes están muertos y es imposible esa opción, y no existe compatibilidad con el resto de mis otros donantes. Me están medicando y me han aplicado quimioterapia, que a mi parecer me ha jodido más que mejorado. Los pronósticos más optimistas de supervivencia son de cinco años, pero yo no las tengo todas conmigo.

—Lo siento —dijo Araceli sin mayor emoción. Dejó pasar unos instantes y continuó la

conversación—: Y después de treinta y cinco años sin una llamada, una carta o una simple nota, sin contacto, sin explicaciones, sin excusas, ¿vienes a decirme que te mueres? ¿Que te perdone? No necesitas mi perdón, los católicos solo necesitáis arrepentiros de corazón para que Dios os perdone y os deje entrar en el reino de los cielos. Tú lo deberías saber, has estado siempre en una estrecha relación con las monjas. Así que no necesitas de nadie para encontrar la paz —le dijo con un gesto de desprecio infinito en sus ojos y en su boca.

—Entiendo perfectamente tu postura, mi comportamiento contigo fue miserable y cruel, me aproveché de ti, y lo siento, lo siento mucho, no tengo excusa. Mi vida ha sido una farsa, a mi alrededor no hay más que mentiras y engaños. Sé que no puedo cambiar el pasado, pero necesito reconocer de forma pública mis errores. No puedo pretender que me perdonen, solo os pido que me permitáis pedirlos perdón y explicar la verdad. Siento la necesidad de decir la verdad, aunque duela. No quiero morirme siendo un personaje falso e irreal, quiero volver a ser Clara Montes, una chica de barrio a la que le gustaba bailar y reír con sus amigas. Te lo suplico, por favor. —Y al tiempo que pronunciaba esas palabras unía sus esqueléticas y temblorosas manos frente al pecho y se las enseñaba a Araceli como muestra de súplica.

Araceli se tapó la boca con la mano izquierda como para evitar decir ninguna crueldad más. Ver a Clara implorando no le producía ninguna satisfacción, todo lo contrario. Algo se estaba removiéndole en su interior.

—Está bien, si Mayte accede, yo también lo haré.

Clara sonrió levemente, resopló aliviada y se recostó en el escueto respaldo de la silla.

—Veo que estás casada, Araceli. Me alegro por ti.

A pesar de la tensión que se respiraba entre las dos amigas, no le había pasado desapercibida a Clara la alianza que llevaba la fiscal en el dedo anular de su mano izquierda.

—¿Tienes hijos? —preguntó curiosa.

—Sí, estoy casada, felizmente casada —remarcó sonriendo Araceli—. Encontré una mujer maravillosa con la que comparto mi vida, pero no hemos querido tener hijos; renunciemos a la maternidad, no formaba parte de nuestras prioridades. Ser madre conlleva una enorme responsabilidad y sacrificio. Bueno, qué te voy a contar que tú no sepas. A ti lo de ser madre tampoco te convencía, por lo menos cuando éramos jóvenes —dijo las palabras como escupiéndoselas a la cara con intención de herirla—. Tu madre me dijo una vez que tú también te habías casado con un anticuario o marchante de arte vasco, ¿no? Pero veo que no llevas alianza. —y le regaló una sonrisa lobuna.

—Sí, eso es verdad. No la llevo porque he adelgazado mucho y se me cae —contestó rápidamente Clara.

Araceli, inmediatamente, sospechó que la intención de su amiga de decir la verdad era dudosa, ahora le estaba mintiendo. Llevaba puestos otros tres anillos que, sin ser experta, cualquiera sería

capaz de reconocer como joyas de gran valor. Por el brillo más opaco parecían antiguas y con toda seguridad, tras la pérdida de peso, había mandado estrecharlas para poderlas lucir; la coquetería era un rasgo permanente en ella. Sin embargo, no hizo lo mismo con la alianza, y eso le confirmaba que no era algo que deseara llevar. Parecía cierto que en su vida las cosas no habían ido tan bien como ella había imaginado.

—Entonces, ¿te parece bien que después del acto en el colegio nos veamos en mi casa? Todo me cuesta un enorme esfuerzo, allí estaremos más cómodas y con más intimidad. Mañana iré a ver a Mayte, creo que sigue viviendo en el barrio, en su antigua casa.

—Así es —respondió Araceli y se puso en pie dando por finalizada la conversación. Se dirigió hacia la puerta y la abrió manteniendo la actitud hostil que había desplegado durante todo el tiempo.

Clara se levantó y, al llegar a la altura de su antigua amiga, con rapidez, estrechó su mano; aprovechando el desconcierto de la fiscal, la retuvo unos instantes.

—Gracias, muchísimas gracias, Araceli. Hasta el jueves —le dijo acercándose mucho a la fiscal en voz baja.

Mientras la figura de Clara se alejaba por el pasillo que se prolongaba hasta los ascensores, Araceli permaneció parada y procesando todo lo que acababa de pasar. Cuando notó que las piernas le flojeaban, cerró la puerta y se apoyó de espaldas sobre la misma. No podía explicarse cómo era posible que con el resentimiento y el repudio que había ido amasando durante años hacia Clara, al estrechar su huesuda mano y escuchar el cálido susurro de su voz tan cerca de su oído, un estremecimiento como una sacudida eléctrica hubiese recorrido todo su cuerpo, erizándole la piel y provocando un estallido en su interior como si su alma se hubiera roto en mil pedazos. Recordó el maldito día que experimentó la suavidad de sus labios y la calidez de su piel. Dos lágrimas incontroladas se deslizaron por sus mejillas.

8 de febrero de 1981

Araceli se encontraba parada frente a la puerta de la casa de Clara, había pulsado el timbre y esperaba impaciente a que la puerta se abriese. Resoplaba para tomar aliento y recobrarse de la carrera. Había venido en el autobús desde Santa Rosa, pero el trecho que separaba la parada donde se había bajado hasta la casa de Clara lo había hecho corriendo; tenía una prisa enorme por llegar. La voz de Clara por teléfono había sonado triste y apagada; eso la preocupó. En las últimas tres semanas no se habían visto porque ambas estaban en mitad de los exámenes parciales de sus respectivas carreras: Araceli, Derecho, y Clara, Bellas Artes. El periodo de reclusión, de estudio y esfuerzo se había dado por concluido el viernes, y ese domingo era el primero de los anhelados días para verse. Pero Clara no deseaba quedar para salir a dar una vuelta, solo pidió a su amiga que fuese a su casa porque tenía algo muy importante que decirle,

era un asunto urgente.

Sonó el timbrazo metálico del sistema de apertura a distancia de la puerta de hierro que daba acceso al patio y segundos después se entreabrió la de la casa, y la figura de Clara se vislumbró parapetada tras la puerta. Cuando Araceli tuvo una visión completa de su amiga, supo que pasaba algo grave. Clara tenía los ojos rojos, su rostro parecía demacrado, su boca era una línea recta y prieta en su rostro. Parecía tan preocupada que ni siquiera había podido dibujar ni un ligero simulacro de sonrisa al ver a Araceli.

—¿Qué pasa? —preguntó la recién llegada asustada y nerviosa.

Clara la cogió de la mano y tiró de ella hacia su habitación sin contestar. No parecía que hubiera nadie en casa, pero ellas siempre hablaban en el cuarto de Clara; era su pequeña fortaleza, su espacio de intimidad.

—¿Le ha pasado algo a tus padres? —preguntó intentando entender que pasaba.

—No, mis padres están pasando el día en Blanes con unos amigos, estamos solas —respondió Clara con un hilo de voz.

Cuando entraron en la habitación, Clara se sentó sobre la cama como si se derrumbase, miró a su amiga y comenzó a llorar.

—Por el amor de Dios, Clara, dime qué te pasa, me estás volviendo loca.

—He cometido un horrible error, soy una estúpida. Tú tenías razón, siempre tienes razón. Los hombres no buscan más que aprovecharse, utilizarte y luego deshacerse de ti. Me dan asco y no voy a permitir que ninguno más me toque. No sé cómo he podido dejarme seducir de esta manera. Estoy embarazada.

Con ese anuncio, Clara se derrumbó y sin poder seguir hablando se sumió en un llanto profundo y desgarrador.

Araceli se sentó junto a ella, estaba desconcertada y no podía creer lo que estaba oyendo. La cogió por las manos y las apretó, pero era incapaz de decir una sola palabra. Estuvieron unos segundos una al lado de la otra, inmóviles y calladas por la conmoción, la desesperación y el caos que había supuesto la noticia, únicamente se escuchaba el sonido lastimero de los gemidos de Clara.

—Vamos a ver. ¿Estás segura de eso? Igual te estás precipitando —replicó Araceli intentando poner un poco de cordura en todo aquello.

—Lo he comprobado con una prueba de la farmacia y ha salido positivo —dijo entre sollozos Clara.

—¿Has hablado con tus padres? ¿Se lo has dicho al chico con quien has estado? Joder, Clara, es que no puedo creer lo que está pasando —dijo consternada. En la voz de Araceli se podía

reconocer una enorme decepción y una tristeza infinita—. No me habías dicho que salieses con nadie.

—No te he contado nada por vergüenza. El chico es un impresentable, me sedujo, me utilizó y ahora no quiere saber nada de todo esto. Y mis padres me han advertido tantas veces sobre esto que no superarán el disgusto, se morirán o me matarán, una de dos. Esto es una locura, soy una imbécil, pero no puedo tener un hijo, soy muy joven y me destrozaría la vida. Yo tengo unos planes, quiero hacer unos estudios y esto no me permitiría cumplir mis sueños. No debo pagar un precio tan alto por un error. He de buscar una solución y tú tienes que ayudarme —explicaba mientras se limpiaba los mocos y las lágrimas—. Puedo contar contigo, ¿verdad, Araceli? —le preguntó a la vez que se colocaba mucho más cerca de ella y le acariciaba la cara con las manos.

—Yo siempre te voy a ayudar. Estaré a tu lado. Creo que estás exagerando todo un poco. Deberías hablar con tus padres, al principio se lo tomarán muy mal, pero luego todo se arreglará.

—Yo no puedo ni quiero tener un hijo, no quiero ser una madre soltera, no soportaré los comentarios de la gente. Si no me ayudas a deshacerme de este problema, me mataré —amenazó mirando a los ojos de su amiga.

—Estás desvariando, Clara, no digas esas cosas porque me haces más daño del que tú crees. Tú eres muy importante para mí. Pero me estás pidiendo que te ayude a abortar; eso está mal y es un delito. No sé si podría ser capaz de ayudarte en eso. Me estás pidiendo algo que me supera.

—Es la única solución posible, lo he pensado mucho. Yo soy la que va a abortar, lo que necesito es que tú estés conmigo. No has de sentirte responsable de nada. Eres la única que siempre ha estado a mi lado, eres lo mejor que me ha pasado nunca. Hasta hoy no me había dado cuenta de lo mucho que te necesito.

El tono de voz de Clara se había convertido en un susurro suave y delicado. Cogió a su desconcertada amiga por las manos y la levantó de la cama poniéndola frente a ella. Clara la abrazó con fuerza apretando su cuerpo firmemente contra el de Araceli. Apoyó su cabeza sobre el hombro de su amiga y acarició suave y lentamente su espalda mientras le susurraba al oído lo que sabía que la confiada Araceli necesitaba escuchar.

—He estado ciega. Eres lo mejor de mi vida. Te necesito, Araceli, y he tenido que vivir este engaño para darme cuenta. Tienes que ayudarme, confío en ti, eres la única.

Araceli se sintió sobrepasada por los acontecimientos, su cabeza estaba abotargada y confusa. Pero su corazón se puso al mando de la situación, se liberó de las cadenas que lo mantenían sujeto y bajo control. Y con un latido poderoso y desesperado esparció con rapidez por todo su cuerpo el amor y el deseo que había mantenido escondido y callado durante tanto tiempo. Aquella sensación, como si fuera un veneno o un virus, la contaminó sin resistencia ni vuelta atrás. Clara percibió la rendición de la muchacha y comprendió que era el momento de convencerla. Levantó la cara que tenía apoyada sobre el hombro de Araceli y, sin dejar de abrazarla, inició un recorrido con sus labios por el cuello de su amiga, que permanecía desarmada y turbada por aquella situación. Fue dejando caer algunos besos en el ascenso hasta

llegar a la comisura de los labios. Araceli permanecía con los ojos cerrados, inmóvil, incapaz de hacer nada que pudiera estropear aquel momento. Por su espalda ascendían las manos de su amiga hasta llegar a su cabeza, donde se enredaron entre su rizado e indómito pelo. Su voluntad, su racionalidad, su sensatez y su pragmatismo habían desaparecido dando paso a la emoción, el sentimiento, a la satisfacción de conseguir cumplir sus anhelos. Cuando los labios de Clara se posaron sobre los suyos dejando en ellos el tacto cálido y húmedo de su primer beso fue cuando se liberó por completo de sus temores y se dejó esclavizar por el amor de su amiga. Abrió los ojos y el rostro de Clara estaba frente a ella con los ojos aún húmedos y brillantes por el llanto.

—Ayúdame, saldremos juntas de esto, por favor, Araceli, no me dejes. Tenemos toda la vida por delante.

—Está bien, no quiero que llores más, no puedo verte sufrir. ¿Qué puedo hacer yo? No tengo ni idea de dónde ir. Me parece peligroso, por tu salud y porque no es legal. No sé por dónde empezar.

—Una vez Mayte me contó que una de las chicas de la pandilla de Quinito se quedó en estado y que fue a una casa del barrio del Buen Pastor, donde una comadrona o alguien que tiene que ver con los embarazos, de forma clandestina, la ayudó a solucionar el problema. Busca a Quinito y pídele el teléfono y la dirección de ese sitio. A ti te lo dará sin problemas, está colado por ti desde siempre y hará lo que tú le pidas sin preguntar —explicó Clara con la seguridad del que tiene un plan perfectamente concebido.

—No me gusta alentar a Quinito, me siento mal. Es el hermano de Mayte y no quiero que piense lo que no es. Mejor se lo decimos a Mayte y ella seguro que lo averiguará.

—Ni se te ocurra decírselo a ella. No puede saber nada, júramelo —le rogó nuevamente con las lágrimas a punto de brotar de sus ojos.

—Pero por qué no puede saber nada. Ella siempre está dispuesta a ayudar y sé que no diría nada a nadie... —Se calló y se quedó mirando fijamente a Clara como si hubiera recibido una revelación—. Clara, no será Javier, el novio de Mayte, el responsable de todo este caos. No me digas que te has acostado con ese chulo de mierda.

El rostro de Araceli estaba rojo de rabia cuando pronunció aquellas palabras. Clara la miró en silencio durante unos segundos; con su vacilación parecía pensar la respuesta. Pero no contestó, se limitó a bajar la cabeza y a comenzar a llorar de nuevo. Araceli admitió esa reacción como un sí.

—Debes decírselo, ese tío es un desgraciado y un miserable. Puede hacerle daño también a ella —dijo alarmada Araceli—. Pero ¿cómo has podido dejarte enredar por ese impresentable? Se veía venir que era un cerdo y que venía a aprovecharse.

—Cuando todo pase, se lo diré. Ahora no puedo. Y tú tampoco lo harás, por favor. Ella sabe cuidarse mucho mejor que nosotras. Por favor, por favor —suplicó Clara lastimera convenciendo a la enamorada Araceli.

Aquella misma tarde, Araceli inició un periplo por todos aquellos locales y bares donde Quinito pasaba la mayor parte del día holgazaneando o haciendo lo que él denominaba «sus movidas», que para Araceli eran sinónimo de marrullerías o ilegalidades. Su paso por la mili fue corto, la aparición de su misteriosa enfermedad cuando ingresó en el ejército y sus innumerables líos en el cuartel le reportaron un licenciamiento rápido por inútil para el servicio. «Inútil» era un adjetivo que desde pequeño lo acompañó como un rasgo que lo definía, igual que tener los ojos marrones o las orejas grandes, y lo estigmatizó hasta el punto de que incluso él estaba convencido de su ineptitud.

Araceli no tardó en dar con él. Al pasar frente al bar que estaba junto a la gasolinera de la avenida de la Generalitat, lo pudo ver de pie en la barra. Tenía un boleto de la quiniela en la mano y charlaba animadamente con otros dos jóvenes. Miraban en la televisión los resultados de los partidos de fútbol del fin de semana y comprobaba cuántos aciertos llevaba hasta ese momento. Como si el chico percibiera la presencia de Araceli, se giró y miró a través de la enorme cristallera que permitía ver la calle. Allí, parada, estaba ella decidiendo si se acercaba hasta él o lo llamaba desde la puerta para no tener que entrar en el bar lleno de hombres. Temía despertar una oleada de miradas y comentarios que la harían sentir incómoda. Aún más incómoda de lo que ya estaba. La joven, al ver la sonrisa y la mirada de Quinito, levantó la mano y le hizo una señal para que saliese a la calle. Él se sorprendió y salió dejando a los amigos con la palabra en la boca.

—Joder, qué sorpresa, Araceli. ¿Qué haces por aquí? Desde que mi hermana sale con el Indio, ya no vais por casa. Me alegro muchísimo de verte. Estás muy guapa.

—Gracias, pero eres tú que siempre me miras con buenos ojos —dijo azorada y nada más pronunciar las palabras se arrepintió de haberse expresado de una forma tan ñoña—. Estoy muy liada, la carrera me supone mucho tiempo de estudio y esfuerzo. Veo que a ti ya te ha crecido el pelo bastante, pronto lucirás melena como siempre —comentó intentando ser amable y simpática con el chico—. Joaquín, necesito que me hagas un favor, por eso te estaba buscando —dijo directamente Araceli desplegando una sonrisa que le dolió.

—Tú, lo que quieras, ya lo sabes. Me gusta cómo suena Joaquín cuando lo dices tú —dijo el chico con aquella mirada de embeleso que siempre tenía cuando hablaba con ella.

—Necesito que me des la dirección y el teléfono de la persona que le realizó un aborto a una de las chicas de tu pandilla, creo que se llamaba Rosita la muchacha. —Y bajó la mirada hacia el suelo mientras pronunciaba estas palabras, se sentía violenta e incómoda.

—¡Me cago en mi puta vida! ¿Qué has hecho, Araceli? —gritó el chaval con los ojos fuera de las órbitas.

—Cálmate, Joaquín, no es para mí, es para una chica de la facultad. Que tiene problemas y yo quiero ayudarla. A mí no me parecen bien esas cosas y he tratado de convencerla, pero está decidida a tomar ese camino y no sabe dónde dirigirse.

—Perdona, seré gilipollas, ¿cómo he podido ni siquiera pensar que tú...? Soy un bestia,

perdóname —se disculpó avergonzado. Su rostro, a causa del bochorno que sentía, se tornó colorado como una amapola.

—No te preocupes, no me has ofendido. Pero, por favor, no se lo digas a Mayte. No quiero que se le escape alguna vez delante de mis hermanas o mi madre. Algunas veces no sabe tener la boca cerrada y se montaría un follón de campeonato si se enteran de que he ayudado a alguien en un asunto tan feo, además de ser un delito. Será un secreto entre tú y yo.

Apenas había pronunciado esas palabras, Araceli se sintió sucia, se estaba valiendo de la devoción de Quinito para mantener una mentira.

—No te preocupes, seré una tumba. —Y dejó escapar una risita infantil—. Dame un par de días para localizar a la Rosita y el miércoles por la tarde quedamos aquí mismo y te doy la dirección. ¿Quieres tomarte algo? Te invito —sugirió el muchacho, que no podía ocultar la felicidad que lo invadía por poder compartir algo con Araceli, aunque eso solo fuera un pequeño secreto.

—Gracias, Joaquín, pero he de irme. El miércoles nos vemos.

Aquella forma de mentir y aprovecharse de Quinito le produjo una profunda sensación de desazón y asco, pero el amor que sentía por Clara le compensaba con creces y mitigaba aquel sentimiento agri dulce de mala conciencia que le había producido la conversación con el hermano de Mayte.

13 de febrero de 1981

Araceli y Clara caminaban silenciosas una al lado de la otra. Su destino era una dirección escrita en un trozo de papel que Clara llevaba apretado en la mano. Debían cruzar el puente del Molinet, pasar a la orilla del río Besós que pertenecía a Barcelona y adentrarse en el barrio del Buen Pastor. Iban a un domicilio que se encontraba en la zona de las Casas Baratas, nombre por el que se las conocían popularmente debido a su origen, porque las edificaciones construidas en aquel sector eran viviendas de protección oficial para alquilar a los obreros de la creciente industria de la ciudad. Las dos chicas, para llegar a su destino, tenían que recorrer un trayecto despoblado y solo la luz de las farolas y de las empresas que mantenían su actividad a los pies del monte Puigfred iluminaban su camino. Ellas seguían el río por el arcén hasta llegar al puente que les permitiría cruzar al otro lado. En la cima, la presencia del edificio del Sanatorio era delatada por la multitud de ventanas iluminadas que se veían a lo lejos. Numerosas habitaciones ocupadas por enfermos y familiares que apuraban la última hora de visita. No eran más que las siete de la tarde, pero el poco tráfico de la zona, así como el frío intenso que azotaba sus cuerpos, producían un enorme sentimiento de soledad y desamparo en las muchachas.

—Si en cualquier momento te arrepientes de esto, nos damos media vuelta y volvemos a casa. Yo estaré siempre a tu lado —dijo Araceli rompiendo el tenso silencio que mantenían.

—Lo sé. Pero estoy decidida a solucionar esto hoy —manifestó Clara, que se mostraba segura y decidida—. Mis padres se van a cenar a la peña flamenca como cada viernes y así evitaré encontrarme con ellos cuando vuelva. La mujer con la que hablé por teléfono me dijo que en un par de horas ya podría estar todo listo; que, como estoy de menos de doce semanas, el procedimiento es sencillo.

El sonido del motor de un coche acelerando con estruendo las sobresaltó y las hizo volver la cabeza hacia el lugar de donde se escuchaba el rugido. Vieron cómo un vehículo se acercaba muy de prisa, las sobrepasaba y cómo se detuvo unos metros por delante de ellas. Las dos muchachas dejaron de caminar y esperaron expectantes y algo asustadas, no reconocían el vehículo y optaron por dejar de seguir avanzando. La puerta del Seat 127 blanco que estaba parado en la carretera con las luces puestas se abrió y el conductor salió del interior. Era Quinito con el coche de su padre.

—¿Dónde cojones vais vosotras dos por aquí solas? —dijo con gesto enfadado.

—Hola, Quinito, no sabes saludar como se debe. Para tu información, vamos a hacer un recado —contestó Clara con seguridad.

Joaquín miró la cara de Araceli, que estaba completamente descompuesta y roja de bochorno, y aunque no era un chico muy avisado, supo de inmediato a dónde se dirigían.

—Y una mierda vais a un recaó. Así que tú eres la del preñamiento, ¿eh, Clarita? —dijo con rabia.

—Siento haberte mentido, Joaquín, pero había prometido a Clara no contárselo a nadie. Perdóname, mi intención no era engañarte —suplicó Araceli.

El chico estuvo parado unos segundos sacudiendo la cabeza junto a la puerta abierta del coche. Parecía intentar asimilar toda aquella información, comprender la situación y tomar alguna decisión al respecto.

—Venga, subid al coche, que os llevo —dijo al final de forma sorprendente—. Lo hago por Araceli, no quiero que vaya de noche por cualquier sitio sin saber dónde se mete. Porque tú sí sabes dónde te metes. Te ha faltao tiempo en cagarla, ¿eh, Clarita! —Y la señaló con el dedo.

Se subieron al coche, Araceli temblaba como una hoja azotada por el viento y no era por el frío, aunque hiciera mucho. Estaba muy nerviosa por lo que pretendían llevar a cabo, y la aparición de Quinito la desbordó completamente. Sabía perfectamente lo que sentía aquel muchacho por ella y bajo ningún concepto quería alentarle, pero siempre le faltó valor para desengañarlo. En el fondo se veía reflejada en él. Eran dos corazones que amaban a un imposible. Ella a Clara y Quinito a ella. A Clara no parecía afectarle el encuentro, y a pesar de la actitud crítica y los reproches de Quinito, mantuvo un semblante sereno y altivo.

Quinito después de varias vueltas y tener que preguntar en un par de ocasiones, dio con la dirección que llevaban anotada y aparcó el coche frente a la casa. A pesar del mal rato que para

Araceli supuso el encuentro, en el fondo agradeció que el muchacho las llevara porque aquello parecía un laberinto. La zona se dividía en varias calles paralelas con hileras de pequeñas casas bajas todas iguales, blancas con el tejado de teja roja. Resultaba imposible distinguir una calle de la otra sin conocer el lugar. Además, ella se sentía aturdida y nerviosa, estado que no la dejaba pensar con claridad. El muchacho quedó en esperarlas en el vehículo para acompañarlas de nuevo a sus respectivas casas; puso la radio, se encendió un cigarrillo y se recostó en el asiento del conductor cómodamente.

Clara tocó con los nudillos en la puerta de madera, casi de inmediato apareció frente a ellas una mujer de unos cincuenta años, con el pelo recogido en un moño a la altura de la nuca. Iba enfundada en una bata de estar por casa de boatiné de color rosa algo deslucida y calzada con unas zapatillas de paño. Parecía una ama de casa corriente, no medía más de un metro cincuenta y bajo la bata se percibía un cuerpo rotundo y grueso. Su rostro, sin embargo, redondo y mofletudo no transmitía cordialidad, sus ojos miraban con suficiencia y el rictus de su boca era severo y serio.

—Me imagino que eres Clara, pasad deprisa —dijo la matrona.

Una vez dentro de la vivienda, comprendieron el motivo de la rapidez de la mujer para abrir la puerta; el comedor era minúsculo y se accedía a él directamente de la calle, no había recibidor. En una esquina, una estufa catalítica de butano con una de las tres pantallas encendida caldeaba el ambiente.

—Lo primero es lo primero —dijo la mujer extendiendo la mano frente a ellas—, ¿traes el dinero?

—Sí, aquí lo tiene —Clara rebuscó en el bolso y le entregó un sobre blanco. La mujer lo abrió y, dándoles la espalda, procedió a contar con parsimonia el contenido. Tras comprobar que estaba todo, metió el sobre en el bolsillo de la bata.

—Está bien. Pasa al fondo —le indicó la mujer señalando con la mano la puerta que estaba con la luz encendida frente a ellas—. Verás en el centro de la habitación una camilla. Te desnudas de cintura para abajo y te tumbas en ella colocando los pies en los estribos, ahora voy yo. Me dijiste que estabas de dos faltas, ¿verdad?

Mientras entraban en la habitación que les había indicado, Clara respondió a la mujer de forma afirmativa y siguió sus instrucciones al pie de la letra. Araceli se colocó a su lado y, cuando su amiga ya estaba echada sobre la camilla, le sujetó la mano y se la apretó con fuerza. Clara, a pesar de su inicial seguridad desplegada en el camino, allí dentro empezaba a dar muestras de nerviosismo y parecía algo asustada. Araceli notó un ligero temblor en el cuerpo de su amiga.

—Si quieres, nos vamos —susurró Araceli.

—No, no hay vuelta atrás.

La mujer apareció con un vaso de agua donde había disuelto alguna sustancia y se lo dio a beber

a Clara.

—Te relajará y te dará sueño. Esto te dejará un poco atontada incluso hasta mañana, pero necesito que estés tranquila. Enseguida empezamos. Todo irá rápido —dijo y volvió a salir de la habitación.

—Sabe a rayos —comentó la muchacha haciendo un mohín con la cara—. ¿Qué será?

—Seguro que algún tipo de sedante o algo así. Joder, Clara, esto no me gusta, incluso puede ser droga —advirtió Araceli.

—No me pongas más histérica de lo que estoy. Ya te he dicho que no hay vuelta atrás.

Pasaron unos minutos y apareció nuevamente la mujer que se había cambiado la bata de boatiné por otra bata de color blanco como la que llevan los médicos o los farmacéuticos. Esa prenda le quedaba estrecha, la tensión que mantenían los botones dentro de los ojales parecía a punto de quebrarse en cualquier momento. Eso le daba una apariencia más esperpéntica y agudizaba aún más su aspecto orondo. Abrió la puerta de un pequeño armario, que era el único mueble de la reducida estancia, y sacó un maletín de piel de color negro. De su interior extrajo una serie de instrumentos y medicamentos que desplegó sobre una mesita auxiliar que había justo a un lado, a los pies de la camilla. Del interior del armario también sacó un cubo metálico que colocó al lado de la mesita a modo de papelera, varias compresas de algodón y un par de toallas. Volvió a salir y regresó con un taburete que colocó en medio de las dos piernas abiertas de Clara y le echó una de las toallas sobre el vientre desnudo de la muchacha. Araceli echó un vistazo a la estancia que le pareció fría, pequeña y sórdida. Y se preguntó qué demonios estaban haciendo allí. Sentía miedo y remordimiento porque tenía la absoluta certeza de estar obrando mal, pero su amor y su fidelidad a Clara dominaban su sentido común. Para espantar a la voz de su cabeza que le advertía que de allí no podía salir nada bueno, centró su mirada en la cara de Clara. En la muchacha empezaban a hacerse visibles los efectos narcóticos del brebaje que le había suministrado la mujer; se le cerraban los ojos y la mano que mantenía asida Araceli parecía languidecer por momentos. La vieja matrona había descubierto que era mejor mantener a las pacientes controladas, así que diluía polvo de opio en unas dosis mínimas en el agua y eso le proporcionaba la tranquilidad de trabajar sin resistencia ni problemas. Cuando la mujer se percató del adormecimiento de la chica, tomó posición en el taburete y comenzó su trabajo.

—¿Se ha lavado las manos? ¿Todos esos instrumentos están esterilizados? —preguntó Araceli asustada, porque no había observado ninguna medida de seguridad ni de higiene en aquel antro.

La mujer la miró con suficiencia y le brindó una sonrisa hiriente y malévola.

—¿Tú en qué universidad te has sacado el título de medicina? Aquí la profesional soy yo. Antes de entrar, ya me he desinfectado las manos. Y si no te parece bien como lo hago, te vas. Tu amiguita no te necesita para nada.

Araceli bajó la cabeza sin contestar, tragó saliva y sin darse cuenta, como en un acto reflejo, comenzó a rezar para sus adentros. Con los ojos clavados en los ojos entreabiertos de Clara,

movía los labios sin emitir ningún sonido repitiendo una plegaría que solo ella entendía, sujetando con fuerza la mano de su amor.

La mujer cogió de la mesita un aparato que parecían unas enormes pinzas con mango y lo introdujo en la vagina de Clara.

—Esto es el espéculo, sirve para mantener la cavidad abierta mientras trabajo —comenzó a explicar la mujer en voz alta—. Ahora le voy a anestesiarse el cuello del útero para evitarle dolor innecesario y que grite como una loca alertando a todo el mundo. Con lo que se ha tomado no siente dolor, pero prefiero asegurarme. En cuanto la anestesia haga su efecto, introduciré una cánula y con esa bomba de succión —señaló un artefacto que todavía se encontraba dentro del maletín— aspiraré el contenido del útero y el problema de tu amiga desaparecerá.

—No necesito más explicaciones, por favor —rogó Araceli, que estaba a punto de echarse a llorar; cerró los ojos e intentó pensar en otra cosa. Sentía cómo una náusea se elevaba desde su estómago y debía controlarla. Solo deseaba que todo pasase e irse con Clara pronto de allí.

En menos de media hora la matrona había concluido su trabajo. Se levantó del taburete y cogió el cubo que había utilizado como contenedor de utensilios, compresas y del material orgánico que había extraído de la bomba de succión y, desde la puerta, dijo:

—En media hora estará lo suficientemente espabilada como para marcharos, luego le daré unos analgésicos porque le dolerá un poco durante unos días y tendrá algo de sangrado. Cuando se vista, que se ponga la compresa que le he dejado en la mesita —explicó la matrona y salió del cuarto con toda tranquilidad.

La previsión de la arisca mujer se cumplió y Clara, que había permanecido adormecida, empezó a tener una consciencia más nítida y a controlar sus movimientos. Araceli la ayudó a vestirse y, sin perder un minuto, salieron al comedor. La mujer había vuelto al atuendo con el que las había recibido y estaba sentada frente al televisor viendo un programa con toda tranquilidad. Sacó del bolsillo de la bata de boatiné una lámina de plástico con varias pastillas y se las entregó a Clara.

—Cuando te duela, te tomas una pastilla. Espero que no me busquéis problemas. Yo esto lo hago para hacerte un favor. Por mi parte, no os conozco ni habéis estado nunca aquí. Pero os advierto que, si aparece alguien a amargarme la vida, os juro que os arrepentiréis.

La advertencia en boca de la matrona fue recibida por las muchachas como una aterradora amenaza. Asintieron con la cabeza y salieron de la casa sin perder un segundo. Quinito las esperaba fumando en el interior del coche, subieron en él rápidamente y el chico las acercó a sus casas. Primero llevó a Clara, que no permitió que Araceli la acompañara para ayudarla a meterse en la cama, y luego se dirigió hacia la ronda San Antonio de Llefíá para dejar a Araceli; el silencio fue el protagonista durante todo el trayecto. Quinito paró en doble fila, justo delante de la portería del bloque donde vivía Araceli.

—Bueno, Araceli, ya estás en casa. Me ha dolido que me dijeras una mentira. Pero sé que eres muy buena chica además de muy buena amiga y solo querías proteger a Clara. Pero ándate con

ojo, esa estirá es peligrosa, se cree mejor que tú, y no es así. —Al decir estas palabras, había recobrado la mirada almibarada y ñoña con que siempre la miraba.

—Siento todo esto, Joaquín.

—Lo sé. Mejor será que subas ya a tu casa porque la señora Neus estará a punto de movilizar a los GEO para saber dónde estás —concluyó sonriendo. Él conocía también el exagerado carácter de la mujer.

Araceli no pudo decir más que un escueto «Gracias». Sentía un nudo en la garganta y unas enormes ganas de llorar que se esforzaba por disimular. Le brindó una triste pero sincera sonrisa y salió del coche.

El sábado por la mañana, Araceli tuvo una breve conversación por teléfono y supo que Clara no se encontraba muy bien, que le dolía la tripa y que no quería visitas. Habló con la señora Montse que le transmitió, sin saberlo, la mentira que les había dicho su hija: que tenía la regla y se encontraba mal por ese motivo. El domingo no consiguió hablar con su amiga ni por la mañana ni por la noche, nadie cogió el teléfono. Esa falta de noticias empezó a preocuparla. Reiteró sus llamadas el lunes, el martes y el miércoles sin respuesta alguna por parte de ningún miembro de la familia Montes. Las mañanas en la facultad le resultaron improductivas, inútiles e insoportables. La incertidumbre y la preocupación por el estado de Clara la mantenían dispersa y desconcentrada. Y las tardes en su casa, sin respuesta al otro lado del hilo telefónico, la desquiciaban.

El jueves, a primera hora de la tarde, sonó el teléfono. A Araceli se le heló la sangre al escuchar la voz de señor Juan Manuel, el padre de Clara, al otro lado del hilo telefónico. Su voz sonaba lastimera y apagada.

—Araceli, hija, soy el padre de Clara. —Hizo una pausa que a la muchacha le pareció una eternidad y continuó—. ¿Qué sabes tú de la barbaridad que ha hecho mi niña? Si sabes algo, dímelo. Tú debías de saber que estaba embarazá, estoy seguro. ¿Por qué no nos ha dicho na? —la voz del hombre sonaba con una infinita tristeza—. ¿Quién es el malnacío que se ha desentendió de su responsabilidad después de estar con mi niña? Tú lo sabes, ¿verdad?

—¿Cómo está Clara? ¿Le ha pasado algo? —preguntó Araceli alarmada.

—Está ingresada en el Hospital del Espíritu Santo, ha estado a punto de morir por la carnicería que le han hecho —hablaba el hombre con el tono de voz endurecido y la rabia se empezaba a apoderar de su ánimo—. Está viva de milagro. ¿Quién la ha ayudado a hacer esa monstruosidad, el mismo que la ha preñado? Si sabes algo, por favor, cuéntamelo. Ella se niega a hablar. No quiere decirnos quién la dejó en estado ni quién le hizo el aborto. Además de su vida, se ha jugado su libertad. Tenemos que dar gracias al doctor Martorell, que es nuestro vecino y la asistió el primero en casa y que ha movido cielo y tierra para que el médico que la atiende en el hospital no la denuncie por lo que ha hecho. Esta chiquilla se ha buscao una ruina, todos tenemos ya una ruina encima.

—No sé qué decirle, señor Juan Manuel, yo no sé nada —dijo entre sollozos Araceli recordando la promesa que le había hecho a Clara—. No me había dicho nada. ¿Puedo ir a verla?

—Será mejor que no vayas al hospital. Aquello es un drama. Mi mujer está destrosá y no deja de llorar. Yo no encuentro explicación para su comportamiento. Nos ha dicho el médico que no podrá tener más hijos y eso ha provocado en Clara un estado de depresión y desesperación enorme. —Hizo una pausa y suspiró profundamente—. Cuando le den el alta y vuelva a casa, te avisaré. Le hará bien hablar contigo. Pero, por favor, si sabes algo, cuéntamelo. Adiós, Araceli.

—Adiós, señor Juan Manuel —dijo con la voz temblorosa y, tras colgar el auricular sobre la consola del teléfono, se derrumbó en un amargo y profundo llanto.

23 de febrero de 1981

Apenas pasaban cinco minutos de las seis de la tarde cuando Araceli recibió la llamada que tanto esperaba del padre de Clara. Ya había salido del hospital, estaba en casa y podía ir a visitarla. Se puso su trenca de pana marrón, cogió las llaves y antes de marcharse, para no preocupar a su madre, le dejó una nota sobre la mesa. Salió todo lo deprisa que le permitían sus pasos en dirección a la casa de Clara. No se paró ni a esperar el autobús, caminaba ligera, alentada por la alegría que le suponía ver de nuevo a Clara. Había pasado unos días terribles, pero confiaba que, poco a poco, todo volviese a la normalidad. Incluso mejor que a la normalidad; todo auguraba que se abría ante ellas una nueva realidad, una vida nueva y más plena. Y la idea de un futuro junto a Clara era suficiente acicate como para superar cualquier dificultad. Ni la empinada subida de la calle Irlanda aminoró su paso hasta que se encontró de frente con Quinito. Este salía de la comisaría de la Policía Nacional y casi acaban chocándose por la inercia de la velocidad que llevaba Araceli. No se habían visto desde la noche que las acompañó al barrio del Buen Pastor.

—¿Qué haces tú por la calle, con la que se está liando? No te has enterao que la Guardia Civil se ha liao a tiros en el Congreso ese, donde está el Gobierno, vamos —explicó haciéndose el bien informado al ver que Araceli no parecía saber nada—. Iban a nombrar al presidente y ha entrao un picoletto con una pistola y ha liao un pifostio de cojones. Yo he tenido que venir a unas gestiones a la comisaria y los maderos me han dicho que se va a liar, dicen que es un golpe de Estado. Ha salido por la tele.

—Ni idea, yo no pongo la tele por la tarde. Además, eso es en Madrid, ¿no?, aquí todavía no pasa nada. Voy a casa de Clara, que ha salido del hospital. —Advirtió la cara de sorpresa que ponía el chico e imaginó que no sabía nada—. Lo que le hizo la vieja del Buen Pastor casi la mata. No podrá tener más hijos. Sus padres están hechos polvo, y supongo que ella también. No la han denunciado en el hospital porque el señor Juan Manuel conocía a alguien que ha intercedido por ella, pero se ha montado una impresionante.

—Eso pasa cuando se juega con fuego. Y a Clarita le gusta jugar, le gusta jugar más de lo que tú

te imaginas, aunque vaya de niña santa. Y esta vez se ha quemao —sentenció el chico.

A Araceli no le gustó el comentario, pero no iba a discutir con él. El chico se había portado muy bien con ellas y la prisa por ver a Clara la apremiaba. No quería incomodar a Quinito, pero deseaba correr al lado de su amor.

—Bueno, no me quiero entretener mucho, quiero comprobar que Clara está bien. ¿Y tu hermana, cómo va? Si puedo, iré a verla el fin de semana. Quiero hablar con ella. Adiós, Joaquín —le dijo mientras retomaba su camino. Dio unos pasos y, sin detenerse, se giró. Vio al muchacho mirarla sonriente al verla alejarse y, sin pararse, le gritó—: ¡Dile a Mayte que tenga mucho ojo con ese novio que tiene!

Apretó el paso un poco más, casi empezó a correr. La necesidad de llegar a casa de Clara la espoleaba como un jinete lo haría sobre su caballo para ganar una carrera importante. Iba desbocada y eufórica.

El ambiente que se encontró al llegar a la casa de su amiga era similar al de un velatorio. La casa, silenciosa y triste. En aquellos escasos quince días, los padres de Clara parecían haber envejecido diez años. El señor Montes la recibió abatido y triste, la hizo pasar al salón para hablar con ella antes de dejarla subir al cuarto de su hija. El hombre se veía más atormentado que enfadado. se reprochaba a sí mismo no haber podido proteger a su hija de la crueldad de la vida, se sentía culpable más que disgustado con ella. Insistió en el interrogatorio, necesitaba entender, quería saber por qué su hija no había contado con ellos, por qué, después de tantas advertencias, se había comportado de una forma tan inconsciente y temeraria. Pero Araceli permaneció firme, manteniendo la promesa hecha a Clara y guardando el secreto que se había convertido en el cimiento de su unión. La señora Montse, la madre de Clara, era la que lo llevaba peor. Parecía ausente, iba y venía por la casa como un fantasma repitiendo una letanía en voz baja sin reparar en la presencia de Araceli.

—Dios mío, por qué nos castigas así. ¿Qué va a ser de esta niña ahora? Está en boca de todos. ¿Por qué, Señor, por qué? Virgen santísima, apiádate de nosotros —relataba la mujer entre un llanto callado y suspiros lastimeros.

Araceli no supo cómo consolar a la mujer, y para evitar decir algo inconveniente, se disculpó con el padre de Clara y le pidió permiso para subir a ver a su amiga.

Cuando Araceli entró en el dormitorio, Clara estaba de pie frente a la ventana mirando la calle. Araceli cerró la puerta nada más entrar, el corazón se le salía por la boca y se apresuró a abrazarla. Quería transmitirle todo el amor y la fuerza que ella estaba dispuesta a ofrecerle. Pero la respuesta de Clara fue desconcertante. Su abrazo fue frío y corto, nada que ver con las caricias que no hacía mucho le había prodigado en aquel mismo lugar. Incluso giró la cara esquivando el beso en los labios que pretendía darle Araceli. A pesar de todo, Araceli estaba feliz y le sonreía con amor. Clara, sin embargo, estaba seria, parecía muy afectada por los acontecimientos.

—¿Cómo estás? —preguntó Araceli.

—¿Cómo quieres que esté? Muy jodida. Todo ha salido mal. No entiendo cómo cualquier putilla de barrio aborta y a los dos días anda de nuevo por ahí puteando y todo le va de puñetera madre. Y yo, que solo quería arreglar un error, he acabado destrozada —contestó con genio. En sus ojos brillaba la rabia.

—Aquel sitio era horrible y la mujer me pareció siniestra, si a la otra chica no le pasó nada fue por casualidad. No te mortifiques más. No hay que darle más vueltas. Tus padres están muy afectados. Tu padre me ha vuelto a preguntar sobre lo que yo sé, pero no le he dicho nada.

—Sí, estos también tienen lo suyo —comenzó a hablar con desprecio—, solo se preocupan por el qué dirán. Se sienten avergonzados de mí. ¿Quiénes se pensarán que son?

—Yo no creo que sea así. Están preocupados por ti, pero necesitan tiempo para recuperarse, ha sido un golpe duro para todos. Tú también necesitas tiempo para recuperarte. Hablas así porque estás deprimida y enfadada por todo lo que ha pasado —habló conciliadora Araceli.

Clara cogió la silla que tenía frente al escritorio, que permanecía sepultado bajo los libros y los apuntes de la facultad, la acercó a la ventana y se sentó en ella. Centró su mirada en el exterior, donde la figura imponente de la iglesia mayor, iluminada por las luces de las farolas, destacaba en la semioscuridad como si se tratase de una postal. Araceli optó por sentarse en la cama frente a su amiga y se mantuvo callada, observándola, percibiendo a una Clara diferente, más arisca y distante. Estuvieron en silencio mucho tiempo, Araceli no quería apremiarla ni agobiarla, no quería, por ningún motivo, perder lo que creía que ya tenía: el amor de Clara. Solo tenía que recuperarse y ella estaba dispuesta a apoyarla. Araceli consultó su reloj y comprobó que estaban a punto de dar las ocho, llevaban más de media hora sentadas en silencio y sumidas en sus pensamientos.

—Creo que debes animarte, en cuanto vuelvas a la universidad y tengas cosas que hacer lo veras todo diferente —la animó Araceli. Cogió aire como si lo necesitara para poder soltar las palabras que a continuación iba a pronunciar—: Y yo voy a estar siempre a tu lado. Te quiero. Te amo, y no te voy a dejar nunca sola. Eres mi vida.

Era la primera vez que pronunciaba esas palabras en voz alta. Clara la miró con un gesto de incompreensión, casi de incredulidad. No había en su rostro ni en su actitud corporal un solo rasgo de la dulzura y del apasionamiento que había demostrado dos semanas antes en aquel mismo escenario, cuando suplicaba la ayuda y la complicidad de Araceli.

—Crees que eso me basta —dijo Clara con dureza—. Yo no estoy dispuesta a morirme en esta mierda de ciudad. Todo lo que me ha pasado es por culpa de estar rodeada de gentuza. Tengo proyectos y sueños que cumplir, y nada ni nadie va a impedir que los realice. Siento que te ilusionaras conmigo, pero no va a poder ser. Me voy a marchar. Ya lo he hablado con mis padres. Ellos estarán más tranquilos sin mí y yo seré libre. Me voy a Sevilla a estudiar Bellas Artes. Mis padres se pusieron en contacto con la madre Bernardina cuando me ingresaron en el hospital, pensaron que necesitaba ayuda espiritual, alguien que me hiciera entrar en razón. —Y soltó una risita burlona al decir esas palabras—. Ella me aconsejó que lo mejor era poner tierra de por medio, y yo creo que tiene toda la razón. Ha intercedido para encontrarme alojamiento en

una residencia para chicas dirigida por religiosas en el centro de Sevilla y me marché el viernes.

—No entiendo nada, te has vuelto loca —dijo Araceli sacudiendo la cabeza—. No puedes irte. Yo he hecho todo lo que tú me has pedido. Me hablaste de estar conmigo. Yo creí que me querías. ¿Y yo qué?

—Lo siento, eres una chica estupenda y te aprecio muchísimo, pero aquí y ahora no hay nada que me ate a este lugar —contestó con una enorme tranquilidad ante la visión de una Araceli desconcertada, derrumbada y hundida—. Será mejor que te vayas ahora, me duele mucho la cabeza y me quiero acostar.

Araceli no fue capaz de replicar, ni siquiera de suplicar. Clara abrió la puerta de su habitación invitándola a salir. Abatida y desolada, bajó por la escalera agarrada al pasamanos, temía caerse de bruces, ya que a sus piernas les faltaban las fuerzas necesarias para sostenerla. En el recibidor estaba el señor Juan Manuel, que la esperaba para despedirla. La muchacha, temblorosa, no pudo reprimir las lágrimas.

—Me ha dicho que se va. Pero eso no puede ser. No es la solución —musitó con un hilo de voz.

—Sí, eso quiere. Se le ha metido en la cabeza y, en el fondo, es lo mejor para todos. Ahora está muy rebelde. Daremos tiempo al tiempo para que se tranquilice y seguro que, cuando se serene, volverá —respondió el hombre al tiempo que ponía una mano en el hombro de la muchacha como consolándola.

Araceli no tuvo fuerzas para seguir hablando con el hombre, que parecía estar sufriendo tanto como ella. Salió a la calle y desde la acera elevó la mirada para comprobar si Clara se asomaba nuevamente a la ventana. Y, en efecto, allí estaba mirándola, serena, firme e inmovible; Clara levantó la mano y la agitó a modo de despedida. Araceli supo en ese instante que ya no había vuelta atrás. La desesperación y la tristeza que la habían invadido se empezó a diluir en un indómito sentimiento de furia que se abría paso en su interior. A pesar del intenso frío que hacía, ella no era capaz de sentir más que el fuego de la ira y de la rabia que ardía como una hoguera en su cara, en sus manos y en su alma. «Maldita la hora en que Javier Soto apareció en nuestras vidas, ojalá estuviera muerto»; ese fue el único pensamiento que cruzó por su mente. Desde que lo vio tonteando con sus dos amigas, supo que no pararía hasta conseguir las dos. Él era el culpable de que Clara se fuera, él era el culpable de su sufrimiento, él era el culpable de que su vida se hubiera hecho añicos. Él era el culpable de destrozar la vida de Clara y, por extensión, la suya. Maldito Javier Soto.

CLARA Y MAYTE**Sin rencor****17 de noviembre de 2015**

Mayte, auxiliada por un largo gancho de hierro extendía el toldo de su tienda, quería impedir que el tibio sol de la tarde se colase por el cristal del escaparate. La luz lo iluminaba todo dando una impronta brillante y dorada a los productos amontonados en los cajones, pero resultaba tan estéticamente bonito como perjudicial para la conservación de las frutas. Cuando acabó de desplegar la cubierta de lona, se sintió observada e instintivamente giró su cabeza hacia la acera de enfrente. Allí parada, inmóvil como una aparición, estaba Clara, con un gesto sereno y cordial. Mayte supo que era ella aunque no la reconociese rápidamente. Los años transcurridos y los cambios físicos no se lo ponían fácil, pero algo en su interior le venía advirtiéndole que Clara aparecería. Todos los acontecimientos de aquellos últimos días parecían el augurio de su llegada y, de alguna manera, la esperaba. Estuvieron unos segundos inmóviles, sin hablar, hasta que Clara cruzó la calle y Mayte dejó caer el gancho al suelo con el correspondiente estrépito. Sin decirse una sola palabra, se abrazaron.

—¡Joder, chica, cuántos años sin verte! —exclamó Mayte gratamente sorprendida al separar su cuerpo del cuerpo de su amiga.

—Hace muchísimo tiempo, desde luego —respondió Clara.

El ruido del gancho metálico sobre la acera había alertado a Farrokh, que salió a comprobar que todo estuviera bien.

—Es una amiga de la infancia. Es Clara —explicó a su marido, que las observaba—. Él es mi marido, se llama Farrokh —dijo dirigiéndose a Clara.

Los dos se saludaron con cordialidad. El hombre recogió el gancho del suelo y volvió al interior de la tienda. Entendió que era mejor dejarlas solas para que hablasen con tranquilidad.

—Me imagino que has venido por lo de la reunión. A mí esa pelleja de la Sapo no me ha dicho nada, pero pienso plantarme allí pa joderla —dijo sonriente y manteniendo la expresión de sorpresa en su rostro que le había provocado la aparición de Clara—. Me parece mentira volverte a ver. Parece que hayan pasado mil años.

—Desde luego que sí, parece que hayamos vivido ya un siglo en vez de cincuenta y pocos años. Te veo estupenda, y me alegro. Y tienes parte de razón, he venido por la reunión, pero además

quería veros a ti y a Araceli; quería tener una conversación con vosotras, hablar del pasado. Ayer hablé con ella y me ha dicho que está de acuerdo en que nos reunamos en mi casa, si tú también quieres.

—Hostias, Araceli, hace tiempo que no la veo. Cuando me separé de mi primer marido recuperamos el contacto, pero después de la muerte de mi madre nos hemos visto muy de tarde en tarde. Es una máquina de aniquilar y castigar hijos de puta. Yo le he cambiado el apodo de Cerebritito por el de Fiscaleitor, es un Terminator con tetas. —Y soltó una carcajada—. ¿Y si nos sentamos? Ven, vamos a la puerta de la antigua parroquia. El ayuntamiento ha puesto unos bancos para que se sienten los abuelos al sol, ¿te acuerdas? —Y señaló al final de la calle, justo en la esquina con la calle Ángel Guimerá—. Ahora la parroquia está en la calle de detrás, cerca de donde tenían la casa tus abuelos. Te invitaría a subir a casa, pero están mis hijos estudiando y mi padre dando por culo. El viejo Bermejo tiene demencia senil y no deja vivir ni a Dios —se excusó. Asomó la cabeza al interior de la tienda y avisó a su marido.

Mientras caminaban, Mayte tomó la iniciativa y comenzó a explicar a su vieja amiga cómo era su vida ahora. Se sentía orgullosa y feliz. La última vez que se vieron fue a finales del año 1986, cinco años después de la huida de Clara a Sevilla. Porque, para Mayte, Clara había huido para alejarse de la desgracia. Aquel encuentro fortuito no resultó todo lo agradable que podía haber sido. Mayte entonces estaba en un momento muy duro y Clara no fue capaz de echarle una mano. Mayte, sin embargo, nunca se lo iba a reprochar. Se sentía contenta de verla y orgullosa de poder contar lo bien que le iba ahora después de tantas desgracias. Mayte había conseguido vivir sin rencor.

—Al final encontré mi media naranja; bueno, por lo exótico, podríamos decir mi media papaya. —Y guiñó un ojo, divertida—. Además, tengo dos hijos: Joaquín Galav y Manuel Firuz. Son guapísimos y muy listos, la mezcla de razas ha mejorao el resultado. Conocí a mi marido porque le había arrendado el negocio a mi padre cuando este se jubiló. Quién le iba a decir a Joaquín Bermejo, un racista convencido, que su yerno iba a ser hindú y sus dos nietos, mestizos. —Sonrió satisfecha—. Les puse Joaquín y Manuel en recuerdo de mi hermano y mi madre; mi marido solo quería ponerle los nombres en hindú, pero yo me negué. Inscribirlos solo como Galav y Firuz hacía que el libro de familia se pareciese más a un catálogo del IKEA. —Y se rio con ganas.

—No has cambiado nada, te sigues riendo hasta de tu sombra —reconoció Clara sonriendo con un poso de amargura en su corazón. Sentía un poco de envidia por aquella alegría perpetua de Mayte. Ella hacía mucho que no se reía ni tenía motivos para hacerlo.

Se sentaron en un banco de madera que estaba situado en el pequeño patio abierto a la calle de la que fue la parroquia del barrio. Un lugar de obligada visita todos los domingos durante su infancia y que fueron dejando de frecuentar tal como fueron creciendo. Mayte sacó un paquete de tabaco y un mechero del bolsillo del delantal que se ponía para trabajar en la tienda.

—¿Quieres? Yo no lo he dejado del todo, fumo muy poco y como en mi casa son antitabaco lo hago a escondidas, como cuando era adolescente —confesó Mayte.

—Yo lo había dejado, pero ahora he vuelto. Sé que esta mierda ya no me va a matar. Le han cogido la delantera. —Alargó la mano, cogió un cigarrillo y lo encendió.

—No estás bien, ¿verdad? Tienes mala cara —dijo Mayte, que no había querido preguntar antes por prudencia.

Clara, como había hecho en el despacho de Araceli el día anterior, explicó de forma mecánica e intentando aparentar serenidad todo lo relacionado con su enfermedad. Mayte se sintió conmovida y cuando acabó la explicación le apretó con fuerza las manos como gesto de apoyo y ánimo.

—No quiero seguir hablando de mis miserias, ya tendremos tiempo. Me gustaría hablar de algo que me sorprendió el domingo. Tuve un arrebato y fui al cementerio, que, por cierto, estaba a reventar de visitantes. No podía imaginar el fervor que siente la gente por ir a visitar a sus muertos; aquello parecía una feria. Bueno, me estoy dispersando, ya hablo como las viejas. Como te iba diciendo, fui al cementerio y como el nicho de mis padres está en la tercera fila del columbario, busqué la ayuda de un trabajador. Encontré a uno que por su aspecto estaría a punto de jubilarse, pero muy amable y dispuesto a echarme una mano. Cuando estuve frente al nicho, dudé: por un momento, pensé que me había equivocado. En los jarrones exteriores había unos ramos de flores de tela, y yo hacía dos años que no iba por allí. El hombre subido en la escalera me confirmó los nombres de la lápida. Entonces le pedí que pusiera juntos los que ya estaban en un jarrón y los míos en otro. El funcionario así lo hizo muy amablemente, y antes de irse, me preguntó cómo estaba mi hermana. Si lo de los ramos me extrañó, la pregunta me dejó descolocada. Le dije que no tenía ninguna hermana y el hombre, un poco desconcertado, dijo:

«O su cuñada, la mujer rubia que viene de vez en cuando a poner las flores esas de tela. Siempre me pide la escalera para subirse ella, pero yo le echo una mano. Es muy simpática y tiene muy buen humor, además de muy buena presencia, si me permite decirlo, mejorando lo presente, claro. Y aunque este no sea el sitio adecuado, nos echamos unas risas, tiene mucha gracia y salero. También la he visto limpiar otro nicho en otro lugar del cementerio. Pero ese está a primera altura y no necesita ayuda».

—No tuve dudas cuando el hombre me mostró la otra sepultura y leí los nombres de la lápida. Era la de tu madre y tu hermano.

Mayte suspiró profundamente, tiró la colilla al suelo y la pisó.

—Cuando voy al cementerio para llevar flores a mis muertos, también se las llevo a tus padres. Es lo único que puedo hacer por todos ellos, recordarlos. Las pongo de tela porque así las puedo lavar y volver a ponerlas; las naturales se marchitan y dan un aspecto triste y feo. Y bastante triste y feo es ese sitio; yo voy por costumbre y respeto, pero me da repelús. Espero que no te moleste que lo haga, le debo mucho a tu padre. Nunca he dicho nada porque me hizo jurar que no se lo contaría a nadie. Pero ahora ya no está y no rompo ninguna promesa si lo digo. Cuando murió mi hermano vino al entierro y, con solo verme, comprendió que yo estaba en el filo de la navaja, que, si no cambiaba, seguiría el camino de Quinito. Fue él quien me pagó el centro de desintoxicación y se puso en contacto con sor Bernardina para sacarme del hoyo. Hizo lo que

debía haber hecho mi padre, le debo la vida y es de justicia que lo reconozca —dijo Mayte con los ojos brillantes de la emoción.

Clara desconocía completamente esos hechos y no imaginaba a su padre ayudando a una drogadicta a salir de su adicción, aunque esa fuera Mayte. Pensó, al escuchar aquella confesión, que quizás no conocía a su padre también como creía.

—No tenía ni idea, ni lo hubiera imaginado, pero me alegro de que lo hiciera.

—A veces, la gente reacciona de forma que jamás esperarías. Mi madre, por ejemplo. Siempre pensé que no me quería, que era una mujer inmovible y bruta, pero cuando me hice mayor comprendí que era una mujer pobre de espíritu, dominada por el miedo y la inseguridad, que la tenían paralizada e insensible. Pasé de despreciarla a compadecerla. Porque durante una época de mi vida yo también me dejé dominar y me sentí inferior.

—No supe que tu madre se murió hasta varios meses después. Y me dio cierta vergüenza llamarte después de tanto tiempo —se excusó Clara.

—No pasa nada, yo tampoco me enteré de la muerte de tus padres hasta tiempo después y, aunque no te diera el pésame, lo sentí mucho. La pobre mía no pudo soportar más la pena que la ahogaba y decidió marcharse justo cuando yo estaba embarazada de Joaquín —explicó Mayte con un gesto de tristeza en el rostro.

—Solo te das cuenta de lo deprisa que ha pasado el tiempo cuando empiezas a echar de menos a los que ya no están, ¿verdad? —reflexionó Clara.

—Vaya, la última vez que nos vimos fue en el 86. Hace casi treinta años. Anda que no ha llovido ná desde entonces. Yo era una oveja descarriada, y ahora... soy la jefa del rebaño —concluyó sonriente Mayte.

—Tienes muy buena memoria

—No es por memoria, es que fue un puto año de mierda y no lo olvidaré nunca. Lo único bueno que recuerdo fue que salí de todos los vicios que me estaban destruyendo. Murió mi hermano, mi padre me echó de casa y... —Hizo Mayte una pausa y se quedó pensativa. Agitó la cabeza como negando y continuó—: No sé si la hermana Bernardina te contaría que todo se malogró. Nada ocurrió como hablamos en nuestro encuentro en la residencia —recordó y sonrió de forma amarga.

Clara la miraba fijamente, ella también recordaba aquel encuentro. Movié la cabeza afirmativamente sin pronunciar ni una sola palabra y el dolor que vio en la mirada de su amiga le hizo bajar los ojos avergonzada.

—No pude localizarte para contarte nada. Menos mal que sor Bernardina se encargó de todo, me prestó el dinero, me buscó un piso y un trabajo y comencé lo que yo pensé que sería el principio de una buena vida —explicaba Mayte sin que en sus palabras se pudiera reconocer un

sentimiento de decepción o reproche hacia su amiga.

Sin embargo, Clara escuchaba en silencio y aún tardó unos minutos en poder mirarla a los ojos.

—Poco después conocí al que luego fue mi marido. Se llamaba César. Cuando se presentó, pensé en la señora Neus, en la tabarra que nos daba con lo de la mujer del César, ¿te acuerdas? — Sonrió con el recuerdo—. Pues como no he tenido buen ojo para elegir a los tíos, a los buenos, claro, porque pa elegir a los hijos de puta no he fallao ni una, elegí al premio gordo. Al poco tiempo de casarme empezaron las discusiones y los enfados, luego las peleas y sus insultos, y cuando permití el primer empujón, abrí la veda de los golpes. Fueron ocho años de pesadilla; al principio me sentía tan poca cosa y tan insignificante que era capaz de creer que yo tenía toda la culpa, que no era digna de él, valiente escoria de hombre. Me sentía como una mierda. Y cuando en alguna ocasión tuve la valentía de decirle que me iba, él me rogaba y me prometía que no iba a volver a suceder y yo me dejaba convencer. Además, como no tenía dónde caerme muerta ni nadie que me apoyase, todo volvía a empezar. Una noche subió del bar envalentonao por el alcohol que llevaba encima. Chupaba como una esponja el muy cabrón, y cabreado porque yo le hice frente, me dio una paliza de cojones. El amigo Bermejo, a su lado, un principiante, no te digo más. No recuerdo casi nada, perdí el conocimiento con el segundo puñetazo. Los vecinos llamaron a la policía según supe después. Cuando desperté, estaba en una habitación del hospital y mi madre estaba sentada en una silla, a mi lado. Delgada, envejecida y vestida con su perpetuo luto; tenía los ojos húmedos de llorar y me sujetaba la mano. Mantenía aquel rostro inexpresivo, como de estar medio colgada, que le provocaban los atracones de antidepresivos y ansiolíticos que tomaba, pero noté su voluntad de estar a mi lado. Luego supe que una de las enfermeras de urgencia era vecina del barrio y, cuando vio mis datos, me reconoció. Desde luego por la cara no hubiera podido, estaba desfigurada. Y la muchacha avisó a mi madre. Aquel día, solo me dijo mirándome muy seria: «A ti no te pega más nadie». A partir de ese momento vino a verme todos los días que estuve ingresada, apenas hablábamos, solo se sentaba a mi lado y me miraba. Araceli también apareció, no nos veíamos a menudo, pero sí que nos llamábamos de vez en cuando. Me buscó un abogado para la separación y estuvo pendiente de mí. Siempre estaré agradecida a nuestra Cerebrita. —Y dibujó una sonrisa en los labios—. El día que me dieron el alta, mi madre me dijo que me iba a casa con ella. Yo pensé que mi padre iba a liar la de Dios es Cristo, y así fue. Cuando el Bermejo me vio aparecer, comenzó a gritar como un loco, diciendo que no quería verme por allí, que volviese a la puta calle, que ese era mi sitio y toda la retahíla de bestiezas que acostumbraban a salir de su boca. Mi madre tuvo una reacción increíble, jamás lo hubiera imaginado, porque nunca la había visto desobedecer ni enfrentarse al cafre de su marido. Se puso frente a él y con el dedo apuntándole directamente a la cara, le dijo: «Esta es su casa, igual que es la tuya y la mía, y de aquí no se mueve. No voy a perder más hijos, yo no puedo sufrir más. Y si ella se va, yo me voy detrás. ¿Te queda claro?». Mi padre se quedó mudo, dio media vuelta y nunca más dijo nada sobre mi derecho a vivir allí. Fue como ver enfrentarse a David y Goliath. Mi padre ya había sufrido un infarto y los problemas de salud lo habían obligado a jubilarse. Por esa razón, traspasó el negocio a Farrokh, aunque este no fuera de su agrado. Tú conoces a mi padre y te imaginas lo que pensaba de los extranjeros. Supongo que mi madre sacó valor para enfrentarse a él cuando se dio cuenta de la debilidad de mi padre, tanto física como mental. Ella había descubierto que él empezaba a tener miedo por verse enfermo y dependiente. La tortilla se había dao la vuelta.

—No tenía ni idea de lo mal que lo habías pasado —comentó Clara.

—Sí, mi vida parece la de Lucecita, la novela que daban por la radio cuando éramos pequeñas. Todo lágrimas y drama. Pero ahora las cosas son diferentes —dijo en un tono alegre y utilizando su humor para quitarle dramatismo a la conversación.

—Parece mentira que, cuando mejor parecía estar tu madre, se produjera un final tan trágico. Nunca me lo hubiera imaginado.

—La verdad es que nadie nos lo esperábamos. Aquel triste día, a las once de la noche, me llamó mi padre desesperado porque mi madre no había aparecido, y mi marido y yo nos acercamos a su casa. Cuando estábamos a punto de llamar a comisaría, apareció en la puerta una pareja de la Policía Nacional. Venían a avisarnos de que un tren había arrollado a mi madre cerca de la estación de Badalona y que estaba muerta. Estaba descartado que se hubiera producido un accidente o un descuido, porque su bolso con el DNI y sus objetos personales estaba en un banco junto a un paso subterráneo.

—Joder, Mayte, la depresión sería muy fuerte para llevarla al suicidio —dijo Clara.

—No sé si fue la depresión o fue un insoportable sentimiento de culpa lo que la enajenó y la llevó a cometer esa locura. En su entierro, mi prima Adelita, una solterona de mi edad que siempre había tenido problemas de ansiedad y había vivido casi toda la vida en el pueblo, se acercó a mi hecha un mar de lágrimas y me dijo: «Yo tengo la culpa de lo que ha hecho la tía, nunca debí contarle lo que le dije el día anterior a su muerte».

-Me asusté y le pedí que me lo aclarase. Me contó que le había confesado que mi tío Serafín, el hermano de mi madre, había abusado de ella durante su infancia. Yo la tranquilicé, porque la pobre no necesitaba fustigarse más, bastante tenía con su propio drama. Le dije que mi madre hacía muchos años que sabía que su hermano era un hijo de la gran puta aunque mi abuela fuera una santa y que eso no le venía de nuevo —explicaba Mayte mientras las imágenes de su padre dándole correazos y su madre insultándola pasaron rápidamente por su mente—. Pero quizás sí se sintió responsable.

—Espero realmente que ya se hayan acabado todos esos momentos difíciles, Mayte, tú te llevas la palma. Menuda vida.

—Claro que sí, y basta ya de contar penas, coño. Y tú, ¿qué te cuentas? Aparte de estar un poco pachucha —dijo Mayte, que acababa de encender otro cigarrillo.

—Nada demasiado importante, Mayte. Además, debemos dejar algo para el jueves. Me alegro de que ahora las cosas te vayan bien y seas feliz. Tu marido debe pensar que nos hemos fugado, ya te he robado mucho tiempo. El jueves, después de la reunión en el colegio, nos veremos en mi casa.

—Muy bien, allí estaré.

Se despidieron con un abrazo y dos besos. Mayte caminó hacia la tienda cabizbaja, se sentía un poco emocionada no solo por todo lo que había rememorado al contar sus vivencias a Clara, sino por otros recuerdos que, con la presencia de su amiga, habían aparecido súbitamente en su cabeza. Ella se sentía en paz con el pasado, consideraba que ya había pagado el precio con creces para poder disfrutar tranquila de la felicidad. Había saldado sus deudas emocionales y perdonado las deudas que los demás tuvieran con ella. En su vida no existía sitio para el rencor o el reproche. Pero aquella tarde no pudo dejar de pensar en su paso por la residencia en san Fausto de Capcentelles.

3 de diciembre de 1986

A través de la puerta abierta de su habitación pudo escuchar con toda claridad una voz que reconoció al instante. Salió al pasillo para comprobar que quien charlaba amistosamente con la hermana Pilar era su amiga Clara. La vio junto a la monja conversando sobre el funcionamiento de aquella institución. Estaba muy guapa y elegante, llevaba el pelo rizado y le favorecía.

—Clara, Clarita —gritó Mayte desde la puerta para llamar su atención.

La joven visitante se giró hacia donde la llamaban y descubrió a Mayte embutida en una chaqueta de lana gruesa. Se disculpó con la monja y caminó deprisa hacia su amiga. Mayte la recibió con un cariñoso abrazo.

—¿Pero tú que haces aquí? ¡Qué sorpresa! —exclamó Clara.

—Es evidente —dijo Mayte a la vez que señalaba con sus dos manos su abultado vientre—, estoy a punto de parir. Tú estás muy guapa, me alegro de verte tan bien. Ahora sí pareces una marquesona ¿Has vuelto a Santa Coloma? ¿Qué te trae por aquí? Vamos dentro y me cuentas.

Entraron en un cuarto que tenía la apariencia de una típica habitación de estudiantes: con dos camas individuales y, sobre ellas, colgados sendos crucifijos; dos mesillas de noche; dos sillas de madera y dos armarios empotrados. Todo práctico, sencillo y algo desangelado. Mayte acercó una silla a su cama y se la ofreció a Clara.

—Siéntate y cuéntame, pero no te quites el abrigo, porque aquí hace un frío de cojones.

—Es verdad, hace más frío dentro de las instalaciones que fuera, en la calle —comentó a la vez que se abrochó los botones del elegante abrigo largo de paño en color azul índigo que llevaba—. No he vuelto para vivir, solo estoy de paso. Mi casa está en Madrid, pero mi marido y yo nos hemos trasladado hace unos meses a vivir a Londres, pero será solo temporal —explicaba Clara mientras la cara de Mayte expresaba una enorme sorpresa escuchándola—. Me casé hace dos años con Carlos Iturbe. Es de Bilbao y su familia se dedica a las antigüedades y la venta de obras de arte. Así que dejé la carrera, porque aprendo muchísimo más ayudándolo a él en los negocios

que yendo a la facultad.

—Mujer de negocios, casada, con buena planta, ¡pero coño, lo tienes todo! —exclamó divertida Mayte—. ¿Y qué se te ha perdido a ti en este cuchitril?

—Qué exagerada eres, Mayte, tampoco es para tanto. Pero he de reconocer que no me va mal. Y estoy aquí porque la hermana Bernardina me llamó hace unos meses y me pidió que organizase un acto para recaudar fondos para este asilo o centro de acogida, no sé muy bien cómo llamarlo. Sor Bernardina siempre buscando donativos e involucrando en sus líos a todo el mundo que conoce; ya sabes cómo es. Me dijo que la labor que hacían aquí las religiosas era muy importante y que andaban flojos de fondos. Que el médico que asistía a las personas que estaban aquí recogidas era amigo personal suyo y de vez en cuando le pedía que les echara una mano. Así que antes de hacer nada he venido a ver qué era esto porque, aunque confío en el buen criterio de la madre Bernardina, me gusta ver las cosas con mis propios ojos. No voy a poner mi reputación en juego y movilizar a gente importante si no es por una buena causa. Y como estas Navidades no estaré en España, hemos aprovechado que Carlos tenía que viajar a Barcelona para venir a ver a mis padres y, de paso, me he acercado por aquí. La hermana no me dijo nada sobre ti.

—Es extraño, pero igual se le pasaría. Sabes que siempre anda solucionando follones, somos muchas ovejas descarriadas a su cargo.

—Es igual, tampoco sabía ella que iba yo a venir. Te veo y no me lo creo, Mayte, estás embarazada. Pero ¿por qué no estás en tu casa? ¿Y el padre de la criatura? —preguntó con interés Clara.

A Mayte se le oscureció el rostro, fue como si la alegría que le había producido el encuentro con su amiga de la infancia se disipara y las respuestas a aquellas preguntas la devolvieran a una realidad triste y dolorosa.

—Después de tu marcha a Sevilla, supe que estuviste ingresada en el hospital y que estuviste muy mal. Comprendí que te fueras, porque si yo hubiera podido también me habría marchado. Irme lejos para olvidarme de todo y de todos. Pero fui una gilipollas, tiré por el camino de en medio y acabé muy desfasá. Mi hermano ya andaba metiéndose mierdas, así que no fue muy difícil empezar, y los dos entramos en una espiral que no acabó hasta que en enero de este año mi hermano Quinito apareció muerto por una sobredosis de heroína en Badalona. Él jugaba duro porque no tenía ninguna ilusión por la vida. Yo no estaba a ese nivel, pero era una colgá, una drogata. Cuando lo pienso, me da mucha rabia. Un amigo me ayudó a entrar en un centro de desintoxicación. Mi padre, cuando entré en el centro, ya me dijo que no se me ocurriera volver por casa. Que yo había muerto para él. Y durante mi estancia en el centro conocí a un chico....

—Joder, Mayte no me lo puedo creer, cómo lo siento. ¿Y el padre del crío? —preguntó Clara.

—Bueno, ya me conoces, no distingo el grano de la paja. Era otro interno y no fue capaz de superar el proceso de desintoxicación. No sé dónde anda, estará tirao por ahí o igual está muerto.

—Lo importante es que tú y la criatura que traigas estéis bien. Porque estáis bien, ¿verdad? —se

interesó, preocupada, Clara.

—El médico dice que sí, que todo va perfecto. Ahora estoy limpia y me cuido muchísimo porque tengo un motivo para salir adelante. —Y se acarició con suavidad el voluminoso abdomen—. No tenía adónde ir y sor Bernardina me trajo aquí. Tengo que reconocer que, aunque me jodía un montón ir a un cole de monjas, creo que en el fondo me ha venido bien.

—Pues espero que las cosas te vayan geniales a partir de ahora. Y empieza a ser más exigente con los hombres y contigo misma. Mayte, aprende.

—Ahora estoy muy motivada. ¿Qué te parece si bajamos al jardín y damos un paseíto al sol antes de que oscurezca? A mí me conviene andar y, además, se me están quedando los pies como témpanos con este puto frío.

Se levantaron y, cogidas de la mano como cuando eran pequeñas, salieron de la habitación en dirección a la calle.

Bajando por las escaleras, Mayte explicó a Clara que aquel edificio había sido una especie de balneario o una casa de salud en el pasado, por eso tenía aquella distribución en habitaciones. Estaba en la carretera de la Roca, a pocos kilómetros de san Fausto de Capcentelles. El dueño, un viejo solterón sin herederos, lo cedió a su muerte a la orden religiosa que lo dirigía. Su primer destino fue ser un asilo; la mayoría de los internos eran personas solas que, por una mensualidad asequible, tenían compañía y cuidados. Pero las monjas, además, se empezaron a hacer cargo de algunos ancianos sin recursos. Años después, según le dijo la hermana Bernardina, las monjas ampliaron su labor social y empezaron a admitir mujeres, sobre todo jóvenes y solteras que se quedaban embarazadas y no tenían adonde ir. Las asistían en el embarazo y el parto. En algunos casos, las ayudaban a dar en adopción a sus hijos si no podían hacerse cargo de ellos. Las explicaciones de Mayte coincidían con las que le había dado con anterioridad la monja que la acompañaba en el recorrido por las instalaciones. El edificio estaba rodeado por un enorme jardín poco cuidado, donde se adivinaban los vestigios de lo que en su día debió de ser un hermoso y exuberante espacio. Ahora los parterres estaban colonizados por las hierbas silvestres y los bancos de piedra se veían salpicados de moho bajo unos árboles desnudos de hojas. Los arbustos y los matorrales se habían apoderado de gran parte de la superficie de aquel enorme espacio al aire libre; tan solo los numerosos caminos hechos con enormes baldosas, que se entrecruzaban y que señalaban itinerarios para recorrer el jardín, se mantenían libres de maleza. Había numerosas fuentes adornadas con figuras de angelotes, ranas y peces que lucían ajadas y secas. El perímetro del recinto estaba protegido por un muro de piedra de metro y medio y sobre este una verja de hierro oxidada. No había más construcciones a su alrededor, solo campo. Era un lugar solitario, donde se respiraba decadencia, aislamiento y olvido. Aquel edificio parecía estar impregnado por la tristeza y el declive del camino hacia la muerte de la mayoría de sus residentes más que, de la fuerza y la vitalidad de las vidas que nacían allí. Comenzaron un tranquilo paseo buscando la zona más soleada del jardín.

—¿Tú qué vas a hacer, Mayte? ¿Te vas a quedar con el bebé? —preguntó Clara.

—Al principio pensé en entregarlo. La hermana Bernardina me dijo que lo pensara bien y que

ella me ayudaría a todo decidiera lo que decidiera. Ahora lo tengo claro: voy a luchar por darle lo mejor. Al principio me agobié muchísimo y me sentó como un tiro el embarazo, si te digo la verdad. Pero, después de pensarlo mucho, creo que es lo único bueno y limpio que voy a tener en mi vida; ahora es lo único que me importa. A mí no me da vergüenza ser una madre soltera. Seré su padre y su madre, bueno, y lo que haga falta. A mi niño no le va a faltar de ná. Además, la hermana Bernardina estará ayudándome —explicó con total convencimiento.

—¿Ya sabes que es un chico?

—No lo sé, pero lo intuyo. Me da unas patadas impresionantes, seguro que va pa futbolista el muy cabrito. Deseo que sea un chico porque tendrá una vida más fácil; ser mujer es muy difícil, te pongas como te pongas, te jode todo el mundo y siempre sin tu consentimiento.

Mayte se paró frente a Clara y extendió las manos con las palmas hacia arriba y se encogió de hombro como gesto de resignación. Seguidamente dio un respingo y agarró la mano de Clara y se la llevó al vientre para que notase las patadas

—Mira el golfo cómo sabe que estamos hablando de él, se hace notar.

A Clara la reacción de su amiga la cogió desprevenida. Al notar el movimiento del ser que Mayte llevaba en el vientre, se sintió desconcertada e incómoda. Con un gesto brusco, retiró la mano.

—Discúlpame, no quería disgustarte. No era mi intención hacerte sentir mal —dijo Mayte azorada al comprobar la reacción de Clara—. No me acordaba que tú ... —E hizo una pausa para buscar las palabras adecuadas.

—¿Que yo qué? Que no puedo tener hijos —replicó Clara airada—. Eso fue el diagnóstico de un médico hace unos años, pero la medicina ha avanzado mucho y sobre todo fuera de España. Y como te he dicho, ahora vivimos en Londres. He iniciado un tratamiento en un prestigioso gabinete ginecológico de esa ciudad y tengo muchas posibilidades de éxito. Estoy dispuesta a hacer lo que sea necesario para ser madre, y barajamos varios procedimientos alternativos. Yo no me voy a dar por vencida, siempre consigo lo que deseo —habló Clara, y sus palabras sonaron como una sentencia.

—Así lo espero, me alegraría mucho. Me pareció muy injusto lo que te pasó.

—Lo pasado, pasado está. Yo solo miro hacia delante —dijo Clara recobrando el tono cordial que había mantenido durante toda la conversación.

—Eso pienso yo —replicó Mayte y, tras una pausa, decidió verbalizar lo que acababa de pensar—. Creo que ha sido una suerte que nos encontráramos. Me gustaría pedirte un favor. Tú estás en muy buena posición y conoces a mucha gente, podrías echarme una mano para encontrar un trabajo. De lo que sea, no tengo manías, ya sabes, de cualquier cosa: limpiando, en una fábrica, en una tienda; y, además, en cualquier sitio: puedo ir a Madrid, a Bilbao o los infiernos. Si necesitas a alguien, yo puedo hacer lo que me pidas, o puedes recomendarme para algún trabajo, sabes que no te dejaré mal, no tengo estudios, pero sí soy trabajadora y ahora tengo una meta, un

objetivo en la vida.

—Bueno, no te puedo prometer nada. En nuestro negocio has de tener cierta preparación, y mi marido es un poco quisquilloso con el pasado y la conducta de sus empleados —dijo Clara con crueldad.

Aquellas últimas palabras solo pretendían humillar a Mayte, Clara tenía que devolverle el momento de zozobra que le había hecho pasar cuando la sorprendió cogiéndole la mano y poniéndola en su vientre.

—Si me entero de algo, me pondré en contacto con sor Bernardina. Bueno, chica, se me está echando el tiempo encima, he venido con el coche de mi padre y me dijo que él lo necesitaba antes de las siete de la tarde.

Mayte quería alargar al máximo aquella visita y la acompañó hasta la entrada principal. Una vez paradas y a punto de despedirse, Clara metió la mano en el bolso y sacó un sobre.

—Mira, de momento quédate con esto. Lo traía para donarlo al asilo y de alguna manera contentar a sor Bernardina. —Y le mostró el sobre que parecía contener dinero.

—Te lo agradezco, Clara, pero yo no necesito dinero ahora. Yo lo que sí necesitaré luego es un trabajo. Yo te pido que me hagas un favor, no te pido caridad. Eso ahora hace más falta a las monjas que a mí. —Y con un gesto con la mano rechazó el dinero.

—Señora Montes —se oyó desde la puerta. Era Beatriz, la más antigua de las tres enfermeras que trabajaba en el asilo—. Creo que necesitaba algunos datos, y yo ahora tengo un rato para atenderla, si quiere —dijo con una sonrisa y con una amabilidad inusual en ella, acostumbraba a ser una mujer áspera y seca con los ancianos y con las muchachas.

—Mire, Beatriz, se me hace tarde. Creo que ya sé todo lo que necesitaba. En todo caso, ya la llamaré por teléfono. O quizás vuelva en otro momento. Hoy tengo prisa.

La enfermera no hizo ningún mohín de los que acostumbraba cuando se disgustaba. Todo lo contrario, asintió y sonrió. Se dio media vuelta y desapareció en el interior del edificio. Mayte se acordó de un refrán en catalán que la señora Neus a veces les refería: Barcelona es bona, si la bossa sona. El dinero era un bálsamo estupendo para todos los males.

Clara se despidió de Mayte y se encaminó hacia el coche que tenía aparcado a la entrada del recinto.

—¿No me has preguntado por Araceli? —le preguntó Mayte cuando empezaba a alejarse.

—Tienes razón. ¿Cómo está nuestra Cerebrita? —dijo sin mucho interés.

—Está haciendo oposiciones a juez o algo así. Vino a verme el mes pasado.

—Me alegro mucho por ella —contestó cortante y continuó su camino hacia el exterior del

recinto. Subió al automóvil y se fue sin el menor remordimiento ni el más mínimo sentimiento de pena por la situación de su amiga.

12 de diciembre de 1986

Apenas había amanecido y a través de la persiana se vislumbraban los primeros rayos de luz. El frío en la habitación era intenso y la sensación de humedad despertó a Mayte, que se encontraba en su cama acurrucada bajo las pesadas mantas. Encendió la luz de la lamparita que estaba sobre la mesilla de noche y se destapó. La superficie donde se encontraban sus caderas y sus piernas estaba mojada y su camisón empapado.

—Joder. Conchi, Conchi —gritó para llamar la atención de su compañera de habitación—. Despierta, coño, que duermes como un tronco.

La muchacha, que dormía en la otra cama, se levantó sobresaltada por los gritos y, frotándose los ojos, se acercó a la cama de Mayte. Era una chica menudita y muy joven, no tenía más de dieciséis años y a la que apenas se le notaba el embarazo aunque estuviera ya de cinco meses.

—¿Qué pasa? No me digas que te has meado encima. La gobernanta te va a meter una bronca de narices —balbuceó todavía presa del desconcierto.

—Qué tonta eres, no me he meado, he roto aguas. Joaquinito viene de camino. Vete a buscar a la enfermera. Venga, pava, que estás encarajotá —dijo Mayte apremiándola.

La chiquilla se puso las zapatillas, se echó el chaquetón por encima y salió corriendo al pasillo con un aspecto muy peculiar en busca de ayuda.

La enfermera revisó a Mayte y llamó por teléfono al médico que atendía los partos. Este le indicó que llevase a la muchacha a la clínica que tenía en Barcelona.

—Mayte, ha dicho el médico que debes ir a la clínica. Que esto será un parto seco y, para evitar complicaciones, debemos ingresarte. La hermana Pilar te llevará en la furgoneta. He avisado a la madre Bernardina, nos dijo que, cuando te pusieras de parto, la llamáramos; quiere que no estés sola en ese momento —explicó la enfermera.

Mayte asintió. Estaba nerviosa, un poco asustada y alterada por cómo enfrentarse al parto, aunque la ilusión de tener a su hijo entre los brazos la ayudaba a vivir con entereza aquel momento. Saber que sor Bernardina estaría con ella la tranquilizó. Durante todo el camino hasta llegar a la clínica estuvo rezando, y sus plegarias salían directamente del corazón. Pensó en las veces que, en el colegio, se había reído de las oraciones y las bromas y chistes que había hecho a costa del Padre Nuestro y del fervor de las monjas. Ahora, frente a la incertidumbre, al único que se podía encomendar era a Dios, no tenía a nadie más. Pedía para que el parto fuera rápido y para

que su hijo naciera bien. Con la aparición de las contracciones y los primeros dolores, su angustia y su miedo se habían acrecentado y necesitaba creer, creer que alguien velaría por ella.

—Mayte, esto se está complicando. Te vamos a realizar una cesárea, viene de culo y no hay forma de un parto normal. Además, detectamos arritmias en el latido fetal, así que no vamos a perder tiempo —dijo el médico con gesto serio tras realizarle la exploración.

Aquellas palabras solo provocaron más pánico en Mayte, le hicieron temer por la vida de su bebé. Los sollozos de su llanto se mezclaron con las palabras entrecortadas de sus súplicas a Dios. Antes de fundirse todo en negro por el efecto de la anestesia, ya tumbada sobre la mesa de operaciones, vio entrar en el quirófano a tres personas: eran el médico y dos enfermeras. A una la reconoció rápidamente: era Beatriz la enfermera que trabajaba en el asilo. Aquella mujer no le caía demasiado bien, pero ver una cara conocida la reconfortó. Beatriz le palmeó el muslo y le dijo con voz suave:

—Tranquila, chiquilla, estás en buenas manos.

Por mucho que se esforzase, era incapaz de ver nada, apenas podía abrir los ojos. Solo escuchaba voces y estas parecían venir de lejos. Mayte estaba despertando de la anestesia, se sentía mareada y le costaba muchísimo trabajo mantener los ojos abiertos. Se palpó el vientre y notó un enorme apósito que cubría toda la zona donde tenía los puntos de sutura de la cesárea; el volumen de su tripa había disminuido considerablemente pero todavía estaba hinchada. Intentó moverse, pero apenas tenía fuerzas. Escuchó una voz que la llamaba por su nombre, que parecía lejana, pero que, poco a poco, sonaba con más nitidez y fuerza.

—María Teresa, hija —se escuchó claramente y la cara de sor Bernardina apareció con nitidez ante sus ojos—. ¿Cómo estás, hija? —preguntó la monja con el rostro desencajado y serio.

—¿Y mi hijo? ¿Dónde está mi niño? —preguntaba ansiosa. En la voz de Mayte había desesperación y miedo.

—Hija mía, el bebé no ha sobrevivido. Ha nacido muerto.

El aullido de dolor de Mayte se escuchó por toda la planta. Las lágrimas comenzaron a manar de sus ojos y se hundió en el más amargo de los llantos.

—¿Por qué, madre, por qué? —gritaba amargamente—. He rezado a Dios todos los días, me he arrepentido de todos mis pecados, de todos mis putos errores. No le he pedido nada para mí, solo que cuidase de mi niño. ¿Por qué Dios no me ha escuchado? Yo puedo ser una buena madre. A ver, ¿qué tipo de padre es él? Un Dios que no es capaz de cuidar de nosotros, de darme una oportunidad. Me castiga como lo hacía el cabrón de mi padre.

Las palabras de Mayte estaban llenas de rabia y rencor.

—Igual sí te ha escuchado. Ahora tu bebé esta con él, libre de sufrimiento y dolor. Quizás lo que

le esperaba era una vida plagada de penuria y suplicio. Ha dicho el doctor que no estaba sano. Hay que aceptar la voluntad de Dios, él siempre tiene una razón para todo —dijo la monja intentando consolar a la muchacha que no paraba de llorar con una amargura infinita—. No quiero que te sientas culpable —retomó la conversación la monja—, pero María Teresa, hija, has cometido tantos excesos que quizás hayan afectado al bebé. Y solo quizás, Dios me libre de juzgarte, esto sea lo mejor para todos. Siento muchísimo tu sufrimiento y voy a rezar por ti más que por nadie —acabó diciendo con lágrimas en los ojos.

Durante varios minutos lo único que rompía el silencio de la habitación fue el sonido de los sollozos de Mayte que no tenía consuelo. De forma súbita paró y se dirigió a la monja.

—Quiero verlo, quiero despedirme de él. Era un niño, ¿verdad, hermana? —preguntó con la cara cubierta de lágrimas.

—Piensa en él como un ángel, es mejor que tengas ese recuerdo en tu cabeza. No puedo permitir que la imagen que recuerdes de tu criatura sea la de un bebé muerto. Yo lo he visto y no voy a consentir ese sufrimiento, no necesitas martirizarte más. Debes pasar página lo antes posible, quizás, aunque ahora no te lo parezca, esto sea lo mejor para todos. Tienes una nueva oportunidad de iniciar una vida honesta, digna y formal, no la desperdicies. Tú reponte y yo me encargaré de todo. ¿Quieres que hable con tus padres? —preguntó la monja, que mantenía los ojos arrasados de lágrimas mientras intentaba consolar y convencer a Mayte. En su rostro se reflejaba dolor porque conocía a Mayte desde que la muchacha tenía siete años. Muchas de sus alumnas formaban parte de su peculiar familia y ella siempre quiso lo mejor para ellas.

—No, para ellos estoy muerta —dijo tajante Mayte entre los sollozos que no era capaz de dominar—. Igual mi padre tenía razón y no valgo pa nada, no he sido capaz de darle un aliento de vida al ser que he tenido en mis entrañas. Quizás he hecho tantas cosas mal que no merezco nada bueno.

Nada más pronunciar esas palabras sintió un enorme escalofrío y un pensamiento la asaltó súbitamente. Ojo por ojo, diente por diente, quizás también vida por vida. Cerró los ojos convencida de que ella estaba sufriendo el castigo por su conducta, una pena impuesta por un Dios que la juzgaba sin piedad. Y se entregó al llanto más desgarrado y desconsolado que jamás había tenido. Solo fue capaz de compartir con Araceli ese dramático momento de su vida unos meses después. Una vivencia más que pasó a la lista de los íntimos secretos que guardaron las amigas, protegidos por el juramento de su infinita amistad. Años después, tuvo que contarle a Farrohk que había perdido su primer hijo, pero sin detalles ni explicaciones. Una cicatriz en el vientre era el recuerdo imborrable e inequívoco del incidente.

CLARA, ARACELI Y MAYTE**El reencuentro****19 de noviembre de 2015**

—¡Maldita sea! —gruñó en voz alta Araceli.

Acababa de comprobar en la pantalla de su teléfono móvil que había llegado al colegio tres cuartos de hora antes de lo previsto.

—Joder, Araceli, desde el sábado vas por el mundo como pollo sin cabeza —se dijo así misma mirándose en el espejo retrovisor—. Y vaya cara se te está poniendo de muerto viviente, podrías presentarte a un casting para extra en *The Walking Dead* sin problemas. Estoy hecha un asco. —Hizo una pausa y concluyó—. Y, además, hablo de mí conmigo misma, se me está yendo la cabeza por completo.

Desde la aparición de los restos del desaparecido Javier Soto, que además había coincidido con la inesperada y perturbadora visita de Clara Montes, su vida había quedado totalmente trastocada. En los días que siguieron hasta llegar al día del reencuentro en el colegio de Nuestra Señora del Mayor Dolor había estado desconcentrada y dispersa, inmersa en un maremágnum de sentimientos y estados de ánimo que era incapaz de dominar. Su vida, su cordura y su paz estaban siendo sacudidas por un pasado que volvía para atacarla. Deambulaba desconectada y callada como si su mente hubiera huido del presente y se encontrara a muchos kilómetros de allí, o como si su consciencia se encontrase secuestrada por los recuerdos más ocultos y olvidados que la incapacitaban para reaccionar. Incluso Irene, a la que no le había pasado inadvertido el cambio de actitud de Araceli, la había animado e insistido para que fuese a la reunión. Consideraba, a su juicio, aquel evento como una buena excusa para que se airease un poco y se divirtiese con sus antiguas compañeras. Achacaba el comportamiento de su mujer al estrés y la intensidad con la que se tomaba su trabajo. Desconocía completamente que el comportamiento y el abatimiento de la fiscal tenía su origen precisamente en acontecimientos relacionados estrechamente con aquella reunión y sus asistentes.

Sentada en su coche, cerró los ojos unos instantes, tomó aire y lo soltó en una profunda exhalación para tranquilizarse. Araceli consideraba la impuntualidad como un acto irritante y una falta de educación imperdonable. Solo con su amiga Mayte había sido tolerante con este defecto. Aun así, siempre la reprendió y le dedicó un buen rapapolvo, algo que no tenía ningún efecto en Mayte. Araceli era extremadamente puntual e incluso solía llegar unos minutos antes a sus citas, pero ese día la contrarió no haber estado más atenta porque le resultaba inoportuno estar allí con tanta antelación. Imaginaba, bueno, estaba segura de que Mayte llegaría tarde; su amiga no había

abandonado esa desesperante costumbre de llegar la última, y eso suponía que a ella le tocaría lidiar sola con sus excompañeras. Valoró esperar un rato en el coche, pero estaba demasiado nerviosa. La incertidumbre sobre lo que iba a ocurrir aquella tarde la atormentaba provocando la aparición de una desagradable sensación de opresión que le embotaba la cabeza y la hacía sentir torpe y lenta. Dejándose llevar por la ansiedad que la apremiaba, decidió que lo mejor sería entrar en el colegio. Pensó que cualquier tipo de conversación frívola e insustancial con quien ya estuviera en la reunión o incluso un enfrentamiento con la Sapo y la Botijo haría más soportable la espera y la mantendrían ocupada y distraída hasta que llegar Mayte. Estar luchando con sus pensamientos la estaba debilitando y le provocaba un estado de aturdimiento poco aconsejable con las expectativas de mantener un tête à tête con sus archienemigas y su irremediable encuentro con Clara. Así que se puso un poco de colorete en las mejillas y se retocó los labios para disimular aquel aspecto un poco fúnebre que lucía. Se atusó un poco el pelo y se encaminó hacia su antiguo colegio.

Araceli cruzó el vestíbulo del edificio principal con la apariencia de aplomo y seguridad que la caracterizaba, pero nada más lejos de la realidad. Solo con poner el pie dentro de su vieja escuela empezó a arrepentirse de haber accedido a ir a aquella estúpida reunión. Si existía algún motivo para estar allí era únicamente el agradecimiento que sentía hacia las monjas por haberse encargado de su educación, y especialmente a sor Bernardina, que siempre estuvo pendiente de ella. Desde pequeña la defendió frente a los ataques del resto de las niñas y la ayudó en todo lo que pudo. Cuando Araceli necesitó aportar dinero a su casa para poder seguir estudiando, la monja le buscó el trabajo en la zapatería. Más tarde, la recomendó en un par de trabajos eventuales que realizó a lo largo de sus años de universidad. De alguna manera se sentía en deuda con ella. Sin embargo, el reencuentro con sus antiguas compañeras no le resultaba nada apetecible. En su mente equiparaba aquella reunión a la celebración de un aquelarre de viejas brujas que harían todo lo posible por invocar a los antiguos demonios que la martirizaron en su niñez y su adolescencia; aquellos a los que ella ya había vencido y desterrado de su vida. Hasta el último momento sopesó los pros y los contras, ganaban por goleada las circunstancias adversas, pero desoyendo a su sensatez y su prudencia, que en aquellos días habían estado mermadas considerablemente, allí estaba dispuesta al enfrentamiento. En esta ocasión, había concluido que la mejor defensa era siempre un buen ataque, y ella estaba acostumbrada a luchar. En el fondo de su corazón sentía la necesidad de ir, como si el destino la empujara en contra de su voluntad y fuera imposible eludir la asistencia; deseaba que aquella verdad que Clara le había anunciado que les quería confesar les trajera la paz. Su mente analítica y práctica, sin embargo, le aconsejaba lo contrario, porque también sabía que muchas veces la verdad produce muchísimo más dolor que saber que te han mentido. Intentaba mantener la tranquilidad, pero su cabeza era una verdadera olla a presión.

La conserje, una mujer bajita y rechoncha que debía tener los mismos años que Araceli, estaba dentro de un pequeño receptáculo hecho de cristalerías en mitad del vestíbulo, y a través de una ventanilla le indicó por dónde tenía que dirigirse para ir al salón de actos. Dio las explicaciones de una forma seca y poco cordial. La cara de la mujer reflejaba la desgana y el malestar que le producía tener que estar trabajando fuera del horario laboral. Y, además, para atender a aquellas señoronas que habían decidido montar un sarao que, con toda seguridad, a ella ni le iba ni le venía, pero que le tocaba las narices.

—Ha de recorrer el pasillo de la derecha hasta el final, salir al patio y al fondo hay dos edificios. El de la derecha es el salón de actos y el otro es el gimnasio. No tiene pérdida: hay un letrero en la fachada que lo anuncia —indicó la conserje intentando reprimir su mal humor.

Araceli comprobó que, desde luego, no tenía ninguna pérdida, contando con la circunstancia añadida de que las invitadas eran todas exalumnas del centro y que, de alguna manera, estaban familiarizadas con el colegio. Nada más salir al patio, la presencia de aquellos dos nuevos edificios era inconfundible. Se habían levantado en el enorme terreno que en la época de Araceli ocupaban el parque infantil con los columpios, el tobogán y el huerto y los parterres de flores que cultivaba con esmero Tomás el viejo jardinero, al que todas llamaban el Enterrador. Era un hombre huesudo, renegrido y con un rictus agrio que deambulaba por el patio con la pala siempre de la mano y que, empuñando aquel utensilio, reforzaba un aspecto más siniestro si cabía. Esa zona se diferenciaba del patio de cemento por estar recubierta con un manto de tierra y gravilla, donde su amiga Mayte se había raspado las rodillas más de una vez con sus múltiples caídas; en algunas ocasiones por ir corriendo y dando saltos sin medir su ímpetu y su poca agilidad y, en otras, porque acababa por el suelo como consecuencia de las peleas cuerpo a cuerpo con algunas de sus compañeras más beligerantes para defender su honor. A las tres amigas les gustaba pasear por allí a pesar de la presencia del enterrador, porque a ellas les aseguraba estar alejadas del resto de sus compañeras, que no se atreverían a ir por miedo al jardinero. Así ellas podían disfrutar con más tranquilidad del tiempo del recreo. Todo aquel espacio había desaparecido bajo el cemento y el ladrillo de los dos edificios. A ojos de Araceli aquello no se parecía al viejo patio, no le recordaba a sus horas de recreo junto a sus amigas. Eso, en el fondo, la reconfortó: no necesitaba más dosis de nostalgia.

A medida que la fiscal se acercaba al edificio que le había indicado la conserje, la percepción inicial de un sonido que simulaba un zumbido apagado que salía de su interior se iba transformando en un poderoso murmullo de risas y voces. Araceli, con determinación, traspasó la puerta y entró a un enorme vestíbulo. Un variopinto grupo de personas charlaban y se reían, aunque la presencia mayoritaria era de mujeres de mediana edad.

La fiscal se paró unos segundos para observar la estancia, hacerse una composición de lugar y buscar a alguna aliada entre aquel grupo de excompañeras. Las organizadoras habían querido emular, con poco éxito, a su juicio, esas reuniones de antiguos alumnos que son tan recurrentes en las películas americanas. Pero, o tenían muy poca imaginación, o las ideas frívolas y extravagantes de la Casademunt y la Valdés habían pasado por la censura previa de las religiosas. Seguro que las monjas habían impuesto limitaciones para que aquello no se convirtiera en un desmadre. Las religiosas no querían más que un acto sobrio, recatado y comedido.

Se veía sobre la puerta de acceso al salón una enorme pancarta dando la bienvenida a las alumnas del curso 1975-1976; de las paredes colgaban varias fotografías de grandes dimensiones donde se podía ver a toda la clase con sus respectivas profesoras y tutoras desde primero a octavo curso de EGB. Todas sonrientes, repelinadas y con sus uniformes escolares. Araceli se localizó rápidamente, a ella y a sus amigas dentro del grupo, y sintió el peso de la nostalgia en el corazón; la ingenuidad y la inocencia que reflejaban aquellas caras se había ido descoloriendo y

diluyéndose en el tiempo como lo habían hecho los colores de aquellas viejas fotografías. También había instantáneas de alguna excursión y la fotografía de graduación de las que acabaron el bachillerato y el COU. Cuatro mesas con impolutos manteles blancos estaban colocadas en las cuatro esquinas de la estancia; eso, junto a la presencia de una camioneta de una empresa de catering aparcada frente a la puerta del colegio, evidenciaba que, tras el acto, se serviría un pequeño refrigerio. En el centro de la sala estaban sor Bernardina y sor Visitación; esta última, por su avanzada edad y por la multitud de achaques que la aquejaban, iba en silla de ruedas. Ambas mujeres eran el centro de atención de todos. A pesar de sus años, sor Bernardina mantenía su figura estilizada y su cuerpo se mantenía erguido y firme. Vestía el hábito clásico: una túnica hasta los pies y la cabeza tocada por el velo todo de riguroso negro a excepción de la toca que cubría la frente, las mejillas, el cuello y el pecho, que era de color blanco. Aquellas prendas solo dejaban ver un rostro y unas manos cuya piel se mostraba arrugada por el paso del tiempo y unos ojos cansados y vidriosos escondidos tras el cristal de unas gafas bifocales con montura de pasta. Ningún rastro de aquella mujer joven, con un rostro hermoso, de facciones compensadas y perfectas; ningún vestigio de aquellos enormes ojos negros, siempre alegres y compasivos que eran un elemento llamativo en su redondo y pálido rostro. Tras esa visión, la fiscal no pudo evitar que la manida y recurrente frase de que el tiempo pasa para todos cruzara por su mente. A las dos viejas monjas las acompañaban otras tres religiosas que llevaban un atuendo más moderno, de color gris oscuro y que dejaban sus tobillos y parte de sus pantorrillas al aire. Alrededor de las religiosas se agolpaba un grupo numeroso de mujeres que, a pesar de ser demasiado pronto, ya había llegado. Eran casi la mitad de las alumnas de la clase que, de forma efusiva y distendida, intercambiaban saludos y comentarios. Llamaba especialmente la atención, al fondo de la sala, un grupo de chicos y de chicas de unos dieciséis años que se mostraban ajenos e indiferentes al resto de los que allí estaban congregados y que parecían estar más por obligación que por propia decisión. Luego supo Araceli que formaban parte del último curso al que la monja había dado clase de Religión, la única asignatura que la vieja monja impartió en los últimos cinco años. La presencia de aquel grupo de jóvenes era otra de las evidencias del paso del tiempo. Con los años, el reputado colegio religioso, femenino y privado se había convertido en un colegio concertado y mixto. Era un lugar donde ahora tenían cabida un espectro social muy amplio. Por eso fue fácil de adivinar que el otro grupo de asistentes que charlaba junto al de los jóvenes, compuesto por cuatro mujeres y cinco hombres, era una representación del equipo docente; profesores que habían trabajado con la religiosa y que su presencia se debía al homenaje a sor Bernardina.

La noticia de la jubilación de la monja se había convertido en la excusa perfecta para que Elvira y Ana pudieran llevar a cabo la idea que hacía mucho tiempo les rondaba en la cabeza. Idea que no era otra que organizar un reencuentro de todas aquellas alumnas que se graduaron con ellas. Deseaban satisfacer su curiosidad por saber cómo estaban y cómo les había ido en la vida al resto de sus compañeras. Pero, además, a esta circunstancia se sumaba la necesidad que ambas tenían de demostrar su superioridad económica y social, y dar alas a sus enormes egos. Necesitaban sentirse en el centro de todo, ser protagonistas perpetuas. Araceli las observó desde la puerta y a su cabeza acudió la estrofa de una canción de los años setenta que tuvo mucho éxito, pero que solo cuando se hizo mayor fue capaz de comprender realmente el significado de la letra. Se trataba de una crítica desde la ironía del comportamiento hipócrita de determinadas mujeres de la alta burguesía:

Puntual cumplidora del tercer mandamiento,
algún desliz en el sexto,
buena madre y esposa, de educación religiosa,
y si no fuera por miedo,
sería la novia en la boda,
el niño en el bautizo,
el muerto en el entierro
con tal de dejar su sello.

Dama, dama de alta cuna,
de baja cama, señora de un gran señor,
amante de un vividor.

Era una canción compuesta hacía cuarenta años y parecía inspirada en aquellas dos arpías. Iban y venían entre las asistentes, charlando y comportándose como las perfectas anfitrionas de una fiesta. Ambas lucían sus mejores galas, no podían resistirse a ser el alma de la reunión. Su necesidad de protagonismo las llevaba a comportarse de forma ostentosa. Sobresalían de forma llamativa con sus ropas de alta costura, sus joyas espectaculares y aquel aspecto físico que habían conseguido a fuerza de operaciones y estiramientos que casi las hacía parecer hermanas gemelas. Entre el resto de las antiguas compañeras se podía observar un catálogo muy variado de mujeres, tanto por su aspecto físico como por su forma de vestir: había altas, bajas, delgadas, gruesas; a unas el tiempo las había tratado de forma más benevolente y a otras se las veía más ajadas y avejentadas. Sus atuendos también eran diferentes, se adecuaban a la personalidad que había ido desarrollando cada una de aquellas mujeres; con estilos de vestir que iban desde un clasicismo sencillo y elegante hasta una vestimenta colorida y de estilo hippie, pero de marca, claro. Un catálogo de vestidos extremados y sexys de las más atrevidas o de ropas estilo casual para las más sencillas. Entre las invitadas se repetían los saludos, las risas y las conversaciones interesándose unas por las otras. Los jóvenes, sin embargo, permanecían al margen de aquellos reencuentros; era un pequeño ejército de adolescentes, todos ellos con el teléfono móvil en la mano. Se mantenían aferrados a esa prótesis vital para su existencia, además de ser un distintivo indispensable para formar parte del grupo. Todos estaban centrados en las pantallas y los teclados, mandando y recibiendo fotos y comentarios inmersos en el mundo on line, compartiendo esa extraña modalidad de relacionarse que es la amistad virtual. Charlaban entre ellos sin hablarse ni mirarse a los ojos, solo a través de las redes sociales.

Araceli cogió aire y se dirigió al grupo central de personas. Ya tenía superada la infantil

sensación de no estar a la altura de sus compañeras. A lo largo de su vida había recompuesto y reforzado su autoestima, que en algunos momentos de su trayectoria vital había llegado a ser inexistente. Ahora, sin embargo, no temía la opinión de los demás, se sentía fuerte y segura, no permitía que los comentarios de otros socavasen sus convicciones. Pero ese día se sentía especialmente agobiada. Con paso firme, se dirigió directamente hacia donde estaba la monja homenajead.

—Nadie diría que ya tiene edad de jubilarse, madre —dijo la fiscal mientras abría los brazos para rodear a la mujer y estrecharla en un sentido abrazo.

—¡Araceli Quirós, cuántos años sin verte por aquí! Sigues teniendo la misma cara, con más años, pero la misma cara —dijo la monja visiblemente emocionada mientras se fundían en un cariñoso abrazo—. Es la pequeña de las hermanas Quirós —dijo dirigiéndose a sor Visitación.

La vieja monja estaba al lado de sor Bernardina sentada en la silla de ruedas. Además de estar impedida para poder moverse, la que fue antigua profesora y guardiana implacable de la buena educación de las niñas padecía unas cataratas que apenas le permitían distinguir con claridad las caras. Esta sonrió con satisfacción y saludó también con un tierno y cariñoso abrazo a la fiscal.

Sor Bernardina presentó a Araceli a las otras monjas que estaban presentes e inició una conversación con ella.

—Me alegro tanto de volver a veros a todas. Me parece mentira cómo han pasado los años. La última vez que hablé contigo acababas de licenciarte en Derecho. Supe por tu madre, a la que me encontré tiempo después, que habías opositado y que eras fiscal. Me alegré muchísimo, siempre fuiste muy concienzuda y trabajadora, y eso Dios lo tiene en cuenta. Él nos protege y nos guía; siempre está detrás de nuestros logros, siempre te pone en el camino adecuado. Por cierto, ¿cómo están tu madre y tus hermanas? Hace mucho que no las he visto, sobre todo a tu madre —preguntó la religiosa.

—No sé si Dios me indicó el camino, pero sí que es verdad que tomé la decisión de opositar porque trabajar como abogado no me satisfacía. Aunque crea firmemente que todos tenemos derecho a una buena defensa, me resultaba imposible defender a gente que sé que merecían ser condenados, supongo que o me falta profesionalidad o me sobran escrúpulos. En un bufete seguro que ganaría más dinero, pero mi conciencia no tiene precio —argumentó para dar una explicación a la monja—. Mis hermanas están bien, muy atareadas con sus vidas y sus hijos. Mi madre ahí anda, envejeciendo, pero dando guerra como si fuera un niño pequeño —sonrió al contestar.

Le resultó gracioso que sor Bernardina diera por sentada la intervención divina para tomar la decisión de opositar y conseguir la plaza de fiscal. Le divirtió la idea de ser de alguna manera una enchufada, celestial, pero enchufada, al fin y al cabo. Araceli no sentía ni la presencia ni el amparo de Dios desde hacía muchos años, para ella ni estaba ni se le esperaba. Desde que se convirtió en adulta y le arrancaron la ingenuidad y la confianza de un zarpazo brutal, se había sentido vacía y sola. Sus logros eran fruto de su esfuerzo y su trabajo, y solo recuperó la ilusión y la felicidad en compañía de Irene. Pero no iba a discutir con su vieja profesora.

—Todas nos estamos haciendo viejas, hija. Yo he cumplido setenta y cuatro años, he retrasado al máximo mi jubilación, pero ya estoy muy mayor y, además, que es lo peor, me siento mayor. He empezado a olvidar cosas cotidianas y, sin embargo, recuerdo cosas que pasaron hace un montón de años. Y los achaques físicos no me dan tregua, si no me duele un pie, me duele una mano o, si no, todo a la vez. Así que ya ha llegado la hora de dedicarme por entero a Dios, a rezar y a esperar que me llame a su lado. A veces me parece mentira que haya pasado todo este tiempo. —Miró sonriendo al grupo de mujeres que la rodeaba—. Fuisteis mis primeras alumnas, unas niñas entonces y ahora unas señoras. Estoy seguro de que incluso alguna de vosotras ya sois abuelas. Se me ha pasado el tiempo en un suspiro.

Araceli observó al grupo de mujeres que tenía alrededor, no percibió nada de la hostilidad de antaño. Todas la miraban con cordialidad y le sonreían abiertamente. En aquel grupo pudo reconocer a algunas de aquellas compañeras que le habían tratado con desdén y desprecio en el pasado. En aquel momento no estaba demasiado segura de lo que pasaba por sus cabezas, pero era evidente que la madurez les había enseñado a guardar las formas y a ser educadas. Araceli también hizo gala de sus buenos modales y de una correcta educación y las saludó con un enérgico apretón de manos. Mayor efusividad resultaba innecesaria; los abrazos o los besos eran una muestra de afecto que no deseaba fingir. Reconoció a la mayoría a pesar del tiempo que hacía que no las había visto y mantuvo una breve conversación de cortesía con ellas. Vio llegar al padre José, al que también saludó. Era ya un anciano, calvo y arrugado, pero mantenía aquellas maneras suaves de hablar y de moverse y seguía oliendo maravillosamente a colonia. El viejo cura ya no ejercía como tal, pero seguía llevando su atuendo clásico, su sotana y su alzacuellos; estaba chapado a la antigua, como sus viejas amigas las monjas. Saludó a todas y se quedó parado junto a sor Visitación. Araceli hizo el ademán de retirarse del grupo para permitir que las mujeres que iban llegando pudieran saludar a las monjas.

Apenas se había desplazado un par de pasos cuando vio aparecer por detrás de las monjas la cara de Elvira Casademunt. Aquella arpía venía acompañada por su secuaz la Botijo, que ya no hacía honor a su apodo, porque habían desaparecido las redondeces de su cuerpo y sus kilos de más. Ana Valdés estaba delgadísima, casi esquelética. La Sapo sonreía de forma malévola y traía una mirada desafiante; era evidente que venía dispuesta al ataque.

—Caramba, Quirós, cuánto tiempo sin vernos —dijo Elvira mientras se abría paso entre el grupo donde estaban las monjas. Se puso frente a la fiscal utilizando un tono de voz lo suficientemente alto para que la oyese perfectamente todo el mundo—. Me alegro mucho de verte, en cuanto te he visto entrar, te he reconocido. Sigues fiel a tu estilo; a tu pelo corto y a la simplicidad en el vestir. Estás un poco más gordita, pero te sientan bien los kilos que has cogido. Antes eras una muchacha un poco escuálida. ¿Has venido sola? Yo pensé que vendrías acompañada.

—Hola, Casademunt, la alegría es recíproca. Y tienes razón en eso de que me mantengo fiel a mi estilo, soy de la opinión de que, lo que funciona, para qué cambiarlo. Tú, sin embargo, sí has cambiado, cada día estás más joven. Ten cuidado porque, si sigues así, acabarás en estado embrionario —dijo y sonrió con malicia mientras se escuchaban las risas de quienes estaban presenciando la conversación—. Desde luego que no voy a estar sola, yo he llegado la primera, pero Mayte y Clara estarán al llegar. No se podían perder tan magno acontecimiento y sobre todo

organizado por ti y por tu hermana gemela. ¡Oh!, perdona, os parecéis tanto que no te había reconocido; Valdés, tú también estás de miedo —ironizó la fiscal con retintín.

—¡Ah! No me refería a tus compañeras las colomenses, me refería a tu mujer, como esto es una reunión de chicas, pensé que te la traerías. Tengo una curiosidad. Cuando estabas en el colegio, ¿ya te gustaban las chicas? Igual hoy te reencuentras con algún antiguo amor platónico, ¿quién sabe? —preguntó y culminó su intervención con una sonrisa forzada y estúpida. Al terminar, observó con atención la reacción de las presentes.

Araceli ni se inmutó, mantuvo la expresión de tranquilidad y de serenidad que había conseguido representar desde que había entrado por la puerta, aunque en su interior la ferocidad de la rabia ahora golpease su pecho con violencia. Le resultó tan infantil que a aquellas alturas de la vida la recauchutada de Elvira pensara que podía herirla haciendo pública su condición sexual que estuvo a punto de echarse a reír. En las caras de la mayoría de las presentes se dibujó un gesto de reprobación hacia la actitud de Elvira, todas recordaban la animadversión que esta siempre sintió por Araceli, y para la mayoría ese comentario estaba fuera de lugar y era de mal gusto. Ya no eran unas crías, se habían dado perfecta cuenta de la actitud estúpida y malintencionada de la Casademunt. Una cosa era lo que cada una opinase sobre la homosexualidad e incluso sobre Araceli, y otra muy distinta, aplaudir o animar un acto de vulgaridad e infantilismo como aquel en un lugar público. Sor Bernardina se quedó sorprendida unos instantes; sus ojos estaban abiertos como platos; la boca entreabierta dibujaba una mueca de incredulidad y buscó la mirada de Araceli a la espera de su respuesta.

—Esto es una reunión de antiguas alumnas, no tiene ningún sentido que nos acompañen nuestras parejas. Además, Irene, se llama Irene mi mujer, está de guardia en los juzgados de Barcelona, es médico forense —contestó con la mayor normalidad y cordialidad, aunque en su interior lo único que realmente le apetecía era darle dos bofetones a aquella arpía.

Cuando miró nuevamente a la vieja monja, comprobó que se había recompuesto y ahora en su rostro se dibujaba un gesto severo de reprobación hacia Elvira, a la que miraba con seriedad. Araceli estaba segura que para la monja saber que ella era lesbiana había sido una sorpresa y un disgusto, agravado por la forma en que se había enterado, sin previo aviso y sin la capacidad de poder manejar la situación. Pero creía conocer a su antigua tutora, y a pesar de sus creencias y sus principios morales, era una mujer que siempre intentó entender y evitó juzgar a los demás cuando obraban en contra de las normas de conducta y los preceptos religiosos que ella predicaba. Siempre estaba cerca y se brindaba a ayudar a quien pecaba o erraba su comportamiento, y lo ayudaba a volver al redil. Tras la sorpresa inicial, ahora la monja estaba molesta con Elvira por el comportamiento de mala fe, la actitud infantil y el ataque personal que había protagonizado contra Araceli para pretender abochornarla delante de todas. Para la religiosa, Elvira Casademunt, desde que era una niña, había adolecido de dos de los pecados capitales que ella más detestaba. Sin lugar a dudas, la soberbia y la envidia, además de ser incapaz de sentir compasión por nadie. Con aquel comportamiento, era evidente que, con el paso de los años, no había sabido dominar ninguno de sus grandes defectos.

—Por cierto, Elvira, ya que hablamos de la familia, me admira tu capacidad de superación y ver

cómo mantienes la alegría y este buen ánimo con la que tienes encima. No sé de dónde sacas fuerzas y ganas para meterte en todos estos fregaos de fiestas y celebraciones. —E hizo una pausa dramática.

Los ojos de Araceli comenzaron a brillar de una forma muy especial y su sonrisa se iba haciendo cada vez más amplia. No podía reprimir el impulso de vendetta que se estaba desatando en su interior. Ese era su momento. Tras el primer envite de la Sapo, ahora ella se preparaba para ponerla en su sitio.

—Tienes que estar muy preocupada por el cariz que está tomando el asunto de la estafa y el blanqueo de capital donde están imputados tu marido y tu hermano, judicialmente tiene muy mala pinta. Supongo que el bufete de vuestros abogados os tendrá al día, pero si todavía no os han notificado, te puedo adelantar que el juicio se celebrará antes de final de año. Y la petición de penas para tu marido y tu hermano no bajará de ocho años de prisión. El fiscal que lleva el asunto es un perro de caza, cuando muerde la presa ya no suelta, y te puedo garantizar que ha mordido muy bien. Una imputación por estafa y blanqueo de dinero es algo muy serio. Te aconsejo que, cuando ingrese tu marido en la cárcel, lo haga de forma voluntaria y que solicite ir al Centro Penitenciario de Can Brians; ten en cuenta que la cárcel Modelo está obsoleta y en poco tiempo la acabarán clausurando. Can Brians es un centro penitenciario con las instalaciones mucho más modernas y cuando tengas que disfrutar de las visitas de vis a vis, no te parecerá un lugar tan sórdido. Pero todo pasa y las condenas acaban cumpliéndose. Y como decía Vito Corleone, lo importante es la familia, y la familia que delinque unida, permanece unida. Te digo todo esto desde el cariño —remató burlona Araceli.

La reacción de las presentes fue completamente opuesta a la que se había producido cuando Elvira había intervenido. En contra del silencio y los gestos de reprobación anteriores, se produjo un coro de murmullos que se extendió por la sala. Aquello sí que se había convertido en una noticia sorprendente y en un tema magnífico para el cotilleo. La cara de Elvira se había ido enrojeciendo hasta el punto de parecer que estaba a punto de darle una congestión; primero de vergüenza y luego de rabia. Allí parada, se sintió incapaz de reaccionar, no le salían las palabras del cuerpo. Se dio cuenta de que había subestimado a la pobretona de la Quirós y que, además de hacer públicas sus miserias, la había hecho quedar como una autentica imbécil. Se había convertido en el cazador cazado. Araceli la miraba desafiante; recordaba uno de los refranes que decía su madre, la señora Neus: el que ríe el último, ríe mejor. Sintió la satisfacción por haber zanjado ya el hostigamiento a que la había sometido aquel patético personaje. Había tardado más de cuarenta años en pararle los pies, en dejarla en evidencia, en darle a probar de su propia medicina, pero ya se daba por satisfecha. No quiso mirar a sor Bernardina, estaba convencida de que ahora sería a ella a la que miraría con severidad y disgusto. Ese pensamiento la hizo sentirse un poco avergonzada, pensó que estaba empañando el homenaje de la pobre monja con aquel insólito y tardío ajuste de cuentas. Nadie parecía atreverse a hacer ningún comentario ni a iniciar una conversación para disipar la tensión que se podía percibir en la sala. Durante unos segundos, pareció que todo se había quedado congelado en el tiempo hasta que, tras Araceli, se escuchó una voz muy familiar para ella. En ese instante, la Sapo y la Botijo, como movidas por un resorte, se alejaron del grupo.

—Pero bueno, yo venía a una fiesta. Y esto es más aburrido que rezar el rosario en un convento de clausura. Me imaginaba un guateque de narices. Se está celebrando una jubilación y esa palabra viene de júbilo. ¿A que sí, sor Visitación? Para mí, júbilo es alegría, gozo y desparrame. Y aquí no se divierte ni Dios. Yo me imaginaba comida, bebida y música a cascoporro. En este evento hace falta un poco de reguetón y con un par de copitas os aseguro que acaba perreando hasta la madre superiora.

Araceli se giró sonriendo y dejó sitio para que se acercara la recién llegada.

—Sigues siendo un demonio irreverente y deslenguado, pero me alegro muchísimo de que hayas venido —dijo sor Bernardina mientras abrazaba con cariño a Mayte.

—No distingo tu cara, y aun viéndola, tampoco te reconocería. Han pasado muchos años y habréis cambiado mucho. Pero lo que sí reconozco perfectamente es a una señorita convertida en una verdulera en cuanto la oigo. Por este centro no ha pasado ninguna alumna tan descarada, rebelde y hereje como tú, María Teresa Bermejo. Eres incorregible, además de haber sido para mí un quebradero de cabeza continuo. Ven y dame un abrazo —dijo sor Visitación desde su silla de ruedas sin intentar disimular la alegría que sentía por la presencia de Mayte, porque en el fondo a todas las monjas les caía bien.

—Padre José, está usted hecho un chaval. Me alegro de verle —se dirigió Mayte al cura, que la miraba con un gesto serio. Este le estrechó la mano con corrección, pero dejaba claro que no sentía la misma tolerancia y simpatía por ella que le habían demostrado las monjas.

Mayte, tras los saludos, se giró hacia Araceli, que se había apartado un poco, y ambas se fundieron en un apretado y cariñoso abrazo. Al separarse, Araceli observó que los ojos de su amiga se habían humedecido por la emoción.

—¿Qué ha sido de tu vida, María Teresa? La última vez que nos vimos en tu vida se habían iniciado una serie de cambios, pero perdimos el contacto. ¿Creo que te ibas a casar? —recordó la monja, y aunque sonreía al hablar de aquella época, sus ojos se ensombrecieron quizás por los tristes recuerdos.

—Sí, madre, estoy casada, pero con otro. Aquel me salió rana. Tengo dos hijos muy guapos. Y para no contradecir a la hermana Visitación en sus vaticinios sobre mí, soy verdulera y frutera. Junto con mi marido llevamos la tienda de mis padres. Mi madre murió y cuidamos de mi padre que tiene la cabeza perdida por completo. Esta más p'allá que p'acá.

—Siento mucho lo de tus padres, hija, pero me alegro de que las cosas te vayan tan bien. Esto nos demuestra que Dios escribe derecho sobre renglones torcidos. A pesar de los malos momentos, ahora tienes lo que querías —replicó la monja homenajead.

Mayte sonrió con un poco de melancolía. La vida que ahora tenía era estupenda, pero había cosas que había perdido que eran insustituibles. En cuanto acabó con los saludos de rigor al resto de las mujeres, ella y Araceli se alejaron situándose en una esquina desde donde controlaban la puerta y podían observar al resto de los allí congregados.

—Estás espectacular, Mayte. Muy guapa y glamurosa, sí señor. Y, además, has llegado a una hora prudencial. No pareces tú, bueno, no pareces tú mientras no abres la boca, claro.

Mayte dio una vuelta sobre sí misma para que su amiga la observara perfectamente. Llevaba un traje de chaqueta y falda rojo, una blusa negra y unos zapatos de tacón. Se había oscurecido el pelo y lucía un rubio más cálido y natural que el que acostumbraba a llevar. En el brazo izquierdo llevaba un abrigo negro y un bolso de mano. Todo le daba un aspecto distinguido y elegante. Araceli había optado por un pantalón recto en color verde oscuro, un blusón de color blanco que sobrepasaba sus caderas con unos discretos encajes en el cuello y los puños de las mangas, y un chaquetón en negro.

—Ja, ja, ja —dijo burlona—. Pues tú tampoco has tenido pelos en la lengua hace un momento. Como imaginaba que tú llegarías temprano, porque eres un culo inquieto, por ti me he dado prisa. No te iba a dejar a solas con esas pellejas, aunque por lo que he oído al entrar, le has dao en todos los morros. Por un momento pensé que la Sapo iba a implosionar y desaparecer. Y gracias por lo de guapa, si tú lo dices, seguro que es verdad, porque tú entiendes de mujeres. —Y guiñó el ojo para reforzar el comentario jocoso—. Tú también estás estupenda, señora fiscal. La que está hecha un cromo es Clara. No creo que tarde mucho en aparecer, es casi la hora de que empiece el sarao.

—Con lo que dice que tiene, desde luego, está jodida. Pero no sé a qué viene ahora a acordarse de nosotras y qué pretende con la charlita que dice tiene pendiente. Para mí hace mucho que dejó de formar parte de mis recuerdos —reconoció la fiscal y el tono de voz había cambiado a un registro frío y duro al hablar de Clara.

—Pues a mí me da pena. Yo creo que es verdad que se está muriendo y quizás quiera limpiar su conciencia. Todos hemos hecho cosas de las que nos arrepentimos e incluso guardamos secretos que nos han envenenao la vida. Y que, si pudiéramos, los gritaríamos a los cuatro vientos para liberarnos. Quizás eso sea lo que ella quiera hacer. Joder, Araceli, no seas tan dura e inflexible, las tres juntas vivimos momentos muy buenos y los malos mejor olvidarlos.

El rostro de Araceli reflejaba tensión y Mayte decidió cambiar rápidamente la conversación.

—Pero bueno, ¿aquí no van a sacar una cervecita? Qué muermazo sois los ricos, si esto se hiciera en mi barrio, nos habrían ya excomulgado —dijo y resopló resignada—. Bueno, paciencia. Entonces, como todavía no se come ni se bebe, actividad que constituye la principal opción de los españoles en cualquier fiesta que se precie, pasaremos directamente a la segunda actividad patria, que es el despelleje sin piedad. Eso sí, siempre de forma constructiva y desde el cariño. Esta manada de pijorras con más años que la orilla del río y menos gracia que un chino bailando flamenco lo están pidiendo a gritos —dijo de forma jocosa—. ¡La madre que la parió! Mira quien acaba de entrar.

Mayte, con los ojos muy abiertos y una enorme sonrisa en los labios, señaló con el mentón hacia una mujer muy alta y desgarbada que estaba saludando a las monjas en ese instante. Llevaba un vestido de flores muy colorido hasta los pies y una llamativa melena rojiza recogida en una trenza alta.

—¿Quién es? Yo no recuerdo a una pelirroja, y la única de ese tamaño era... —dijo Araceli.

Antes de acabar la frase, la mujer recién llegada advirtió la presencia de las dos amigas y les dedicó una sonrisa al tiempo que se dirigía hacia ellas. Era Margarita Font que, en contra de lo que le acostumbraba a pasar a la mayoría de las personas, que el paso del tiempo las convertía en más intransigentes, hostiles y asociales, en su caso la vida había obrado en sentido inverso. La madurez había dulcificado su carácter y se había convertido en una mujer más cordial y simpática.

—A ver qué tontería vas a decir, Mayte, que todavía te puedo dar un guantazo y acabar de dejarte tonta del todo, porque medio tonta ya eres —dijo sonriendo Margarita al acercarse y ver la exagerada cara de sorpresa que había puesto su amiga.

—¿Y esos pelos? Estás entre el payaso de Micolor y Fiona, la mujer de Shrek. Los tienes cuadraos, Margarita, con un par. Si antes no pasabas desapercibida, ahora con esa fantasía capilar y tu metro noventa, ni te cuento. A mí me encanta, ya sabes que yo soy de las de antes muerta que sencilla —dijo Mayte y las tres rieron divertidas mientras se saludaban con abrazos y besos.

—Me gusta experimentar y he aprendido a disfrutar y divertirme pasando olímpicamente del qué dirán. Además, a mí casi nadie se atreve a contrariarme, mis dimensiones acojonan un poco —explicó Margarita riendo.

Las tres vieron entrar a Clara. Traía un abrigo burdeos sobre los hombros y se acercó al grupo que rodeaba a las monjas. Como todas, repitió la ceremonia de saludos y presentaciones. Entregó un pequeño paquete delicadamente envuelto con papel de regalo a sor Bernardina. La monja desenvolvió el paquete y encontró dentro un rosario hecho en madera y plata. El diseño era sencillo y sobrio, pero aun sin tener muchas nociones sobre arte, se podía adivinar que era una pieza antigua y, sin duda, de gran valor. La monja agradeció de forma ostensible el presente y fue ella misma la que indicó a Clara dónde estaban sus amigas. Tal y como se acercaba al grupo de Araceli, Mayte y Margarita, a Clara le pareció como si las fuerzas le abandonaran. Margarita y Mayte le sonreían con cierta ternura, a ambas su aspecto frágil les provocaba compasión. Llevaba un vestido amplio y hasta los tobillos, en color tierra estampado con pequeñas flores granates, marrones y beises. Aquel atuendo no disimulaba su delgadez y su rostro tenía una expresión de cansancio y resignación que conmovía. Araceli mantuvo el gesto serio, aunque sintió un pellizco en la boca del estómago, un sentimiento de desconsuelo. Vio en aquella mujer una mirada furtiva y triste, percibió que asumía su destino con sumisión, fue como descubrir que la Clara a la que ella amó y despreció con la misma intensidad ya no existía. La calidez, la altivez, la arrogancia y el desdén que aquel rostro le había mostrado según la ocasión, ahora se escondía tras la máscara trágica del rostro de la muerte. A pesar de percibir un pequeño amago de compasión, la fiscal se limitó a darle la mano como había hecho con el resto de sus compañeras. Las otras dos mujeres abrazaron a Clara y se dieron los acostumbrados besos de bienvenida.

—Caramba, Margarita, si te hubiese visto fuera de aquí, no te hubiera conocido. Estás muy diferente. Pero tengo que reconocer que estás estupenda. Bueno, todas estáis muy bien para los años que tenemos. A mí me ha pillado en una mala época —dijo Clara como excusa y sonrió tras

el comentario, quería quitarle importancia a su aspecto y evitar ninguna pregunta. Nadie se atrevió a decir nada—. ¿Qué es de tu vida, Margarita? ¿A qué te dedicas, tienes familia? —comenzó a preguntar intentando serenar los nervios que la atenazaban.

—Te haré un resumen de lo más destacado, porque después de tantos años sin vernos para ponernos al corriente, tendríamos que escribir un libro de memorias. Soy pediatra, me siento muy afortunada y feliz de desarrollar ese trabajo. Siempre tuve claro que me gustaría trabajar con niños, y cuidar de la salud de los más jóvenes me encanta. He formado una familia, pero es monoparental. Cuando el instinto maternal llamó a mi puerta, adopté dos niñas, dos hermanas. No tengo pareja, vivimos las tres estupendamente.

—Mira, Margarita, tanta soledad tampoco es buena. Mi madre decía que siempre hay un roto pa un descosío. Debe de haber algún hombretón pa ti por el mundo que te dé amor o, por lo menos, un achuchón de vez en cuando, que te ponga mirando a Cuenca. Que no solo de pan vive el hombre —intervino Mayte divertida y con su habitual picardía.

—¡Qué burra eres, frutera! He tenido varias relaciones a lo largo de mi vida y siempre pasaba igual: cuanto más tiempo vivía con el novio de turno, menos ganas tenía de seguir estando con él. Tengo que reconocer que no es fácil convivir conmigo y que no toda la culpa se les podía achacar a ellos, pero yo prefiero estar sola a compartir una vida mediocre y carente de emoción con una pareja. Aun así, yo sigo abierta al amor, pero cuanto más mayor me hago, más exigente me vuelvo con los hombres y menos posibilidades creo que tengo de vivir con alguno. Reconozco que estoy muy bien así, pero podéis pasarme currículum de tíos buenos si conocéis.

—Muy bien, grandullona, a eso me refiero, que estés abierta, bien abierta —intervino nuevamente Mayte gesticulando, abriendo las manos y los brazos entre las risas de todas.

—¿La adopción fue nacional o internacional? —preguntó Araceli

—Fui a la India, la pequeña era un bebé, pero la mayor, cuando vino, tenía seis años. Apenas había pasado una semana del regreso con mis hijas de la India, cuando me encontré por la calle con Mayte y su marido. Gracias a Farrokh que habla urdu e hindi pude comprender lo que la niña me decía. Fue una ayuda inestimable hasta que mi hija fue capaz de expresarse en castellano y en catalán. Fueron unos meses un poco caóticos, no podía imaginarme lo difícil y agotador que era ser madre. En el momento que yo tuve a mis hijas fui capaz de valorar lo mucho que batalló mi pobre madre con nosotras. Nunca se lo agradeceré lo suficiente. Bueno, ¿y qué es de ti, Clara? ¿Qué has hecho? ¿Tienes hijos? Porque con Mayte, aunque no nos vemos mucho, sí que he tenido contacto, y como es un poco portera, me ha contado con pelos y señales la vida de Araceli. —Y mirando a la fiscal, dijo—: Ya sé que eres una autoridad y que tienes una mujer muy guapa.

—Eso es una infamia, ¿cómo te atreves a levantar falsos testimonios sobre mí? No tengo instinto de portera. Soy una chafardera indomable. Estoy valorando sacar una publicación con todos los chismorreos de mi barrio, The Mayte Telegraph —bromeó Mayte entre las risas de sus amigas.

—Me casé muy joven con Carlos, un vasco que conocí en Huelva, pero ahí seguimos contra

viento y marea. Junto con él dirijo varias empresas relacionadas con las antigüedades y el arte. Ahora vivo en Madrid, pero he pasado media vida de acá para allá. —Paró unos segundos como si dudará sobre lo que quería decir a continuación, cogió aire y continuo—. Tengo una hija, se llama Laura.

Araceli y Mayte se miraron sorprendidas por la revelación de su amiga.

—No nos habías dicho que tenías una hija —dijo Araceli.

—No me lo preguntasteis. Supongo que dabais por sentado lo que para vosotras era obvio —contestó Clara con un eco de resentimiento en la voz.

Todas se quedaron calladas durante unos segundos.

—Nos alegramos mucho. Así también sabes cuánto por saco dan los niños. Que se quieren mucho, pero como bien decía mi madre, que los niños de pequeños te los comerías y de mayores te arrepientes de no habértelos comido —dijo Mayte, que parecía haber aceptado el papel de intervenir con cualquier tipo de comentario para evitar los momentos de tensión que se estaban produciendo en la reunión.

—¿Quién es el pollo Pera que acaba de entrar? —preguntó divertida la frutera mirando hacia la puerta—. Menudo vejstorio con pinta de galán del tres al cuarto. Además, ¿qué trae en la cabeza? Parece que se ha puesto un gato muerto encima. No tiene guasa el viejales. Y la que trae cogida de la mano podría ser su hija o, si me apuras, su nieta, pero me apuesto la lengua a que es su mujer. ¿Lo conocéis alguna?

—Valiente viejo verde. Ese es Damián, el profesor de Educación Física. Tú ya no lo conociste —respondió Margarita—. No sé cómo se atreve a venir. Seguro que la gilipollas de la Casademunt, como no se entera de nada, le ha mandado aviso. Menudo hijo de puta. Ahora, como es un viejo, lo que le queda es comprar la compañía de las jóvenes. Me apuesto la cabeza a que esa chica es cuarenta años más joven que él, seguro. Y tiene toda la pinta de ser una mujer de la Europa del este. Seguro que ha contactado con ella por internet. Hay muchos cabrones que se aprovechan de la miseria y la desesperación de mujeres que están dispuestas a lo que sea por salir de una vida atroz en sus países de origen. Y algunos cerdos piensan que pueden comprar el amor con la tarjeta de crédito. Este desgraciado debe de ser uno.

—Perdona, Marga, aquí la única con la autoridad para utilizar un lenguaje tan ordinario y soez soy yo, que soy la representante oficial de la chusma en el colegio. Así que no te metas en mi campo, joder, y habla correctamente de una puta vez, porque no te cuesta una mierda. Y no te metas más con el presunto imbécil, al que espero que esa rubia le ponga más cuernos que los que tiene la reata de renos del trineo de Papá Noel. Haz el favor y, con un lenguaje digno de una dama, explícanos todo lo que supuestamente pasó. Me muero del chafarderismo cojones.

Todas, al acabar su intervención Mayte, rieron con ganas, sin apartar los ojos de aquel sujeto estafalario. Nadie pudo percibir el mohín de disgusto que se había dibujado en la cara de sor Bernardina al comprobar la presencia de aquel personaje. Aquel hombre se esforzaba por dar una

imagen de modernidad y juventud a su aspecto y, sin embargo, por falta de criterio o de sensatez, lo había llevado tan al límite que había caído en el ridículo. Lucía un rostro bronceado en exceso y con muestras evidentes de haber pasado por las manos de algún cirujano plástico que, a juzgar por el resultado, no había tenido su mejor día. Vestía de forma juvenil: llevaba unos pantalones vaqueros, un suéter ajustado y una chaqueta de cuero negro. El atuendo quizás resultaba un poco arriesgado para un hombre de sesenta y muchos años, pero en su silueta delgada y fibrosa no parecía excesivamente ridículo. Esas circunstancias juntas eran chocantes y llamativas, pero lo que realmente resultaba irrisorio y grotesco era el extravagante peluquín rubio que llevaba para cubrir su falta de pelo. El hombre no parecía tener demasiada destreza para colocarlo con naturalidad, y tampoco ayudaba que el postizo fuera de ínfima calidad y se notase sin esfuerzo su artificialidad. Y si su aspecto resultaba patético, la actitud machista y cosificadora con la que trataba a la mujer que lo acompañaba y que él exhibía como si de un trofeo de su propiedad se tratase resultaba bochornosa.

—Mi hermana Rosita me contó que se había ido del colegio. No se hizo público, pero todas las alumnas se enteraron del incidente. Lo pillaron besándose con una chica que trabajaba en el comedor del colegio, era la hija de la cocinera y tenía poco más de dieciocho años. Él, para justificarse, dijo que ella lo acosaba, que no lo dejaba en paz, y como su mujer lo había abandonado, tuvo un momento de debilidad. La versión de la muchacha era totalmente diferente, mantenía que eran novios. Las monjas despidieron a la muchacha porque, en principio, pesaba más la palabra del profesor que la de una chica que se dedicaba a fregar en el comedor. Pero pronto empezaron a escucharse comentarios de algunas de las chicas mayores asegurando que el susodicho impresentable había intentado ligar con ellas, que le tiraba los tejos a cualquiera que le sonriese y que alguna le había tenido que parar los pies. Así que las monjas para evitar un escándalo, lo invitaron a irse, le buscaron una plaza en un colegio de curas y se lo quitaron de encima. Una de las monjas que puso más interés en que se fuera del colegio fue precisamente sor Bernardina. Menos mal que no se acercó a mi hermana porque, desde luego, yo lo capo —sentenció la Font.

—Menudo putiferio había organizado aquí. Y a mí me ponían un insuficiente en buena conducta, ¡hay que joderse! —espetó Mayte.

—Valiente sinvergüenza, y eso que parecía san Damián —replicó Araceli.

—¿Te encuentras bien? Parece que se te ha descompuesto la cara. ¿Quieres sentarte? —preguntó Mayte, que había observado como el rostro de Clara palidecía por momentos.

—No te preocupes, ya se me ha pasado. Ha sido un mareíllo de nada —respondió Clara—. Aquí hace un poco de calor y todo este murmullo me ha aturrido un poco. Además, esto debe estar a punto de empezar, faltan solo cinco minutos y yo creo que aquí no falta nadie. En todo caso, sobran algunos elementos teniendo en cuenta lo que acabo de escuchar. Nunca lo hubiera pensado de él, aunque tengo que admitir que era muy cariñoso con algunas chicas. Yo presencié algunas muestras de cariño que interpreté como con buena intención.

Ana Valdés cruzó la sala y se reunió con las cuatro amigas. Era evidente que la Sapo había quedado tan humillada y desarmada frente a sus enemigas que había renunciado ni siquiera a

cruzar con ellas un simple saludo. Para evitar un nuevo cuerpo a cuerpo, Elvira envió a su mano derecha como embajadora de buena voluntad para dejar claros algunos términos de la reunión.

—¿Qué tal estáis todas? Resulta muy emocionante veros de nuevo. Hola, Margarita. ¿Qué tal, Clara? Araceli, Mayte. —Las saludó con un movimiento de cabeza y exhibiendo una cordialidad y una simpatía inusual, exagerada y absolutamente fingida en ella. Las cuatro mujeres sonrieron con la misma teatralidad con la que ella les había agasajado—. Por cierto, Clara, he visto que le has hecho un regalo a la hermana. En el último e-mail que hemos mandado las organizadoras del evento explicamos cómo se va a desarrollar el homenaje, pero, si no lo habéis leído, os lo recuerdo. Ahora entraremos al salón de actos y los chicos cantarán el himno del colegio, representantes del colegio y de nuestra clase harán un pequeño discurso y antes de darle la palabra a sor Bernardina, se le hará entrega de una Biblia, encuadernada en piel y con el escudo del colegio serigrafiado en plata que hemos comprado como regalo y recuerdo de este día. Luego se servirá un refrigerio en esta sala y más tarde, las que hayan reservado en el restaurante, se reunirán para cenar. En ese mismo e-mail se comunicaba el número de cuenta donde ingresar la cantidad de dinero que nos corresponde aportar a cada antigua alumna para sufragar los gastos de la reunión. Al quedar claro que ya había un regalo, me ha sorprendido que tú le dieras algo, por un momento pensé que no estabas enterada.

—Estoy enterada de todo, Ana, no es un error. Mi relación con sor Bernardina se ha mantenido en el tiempo y lo que yo le he traído es un detalle personal, un regalo de mi familia.

—Muy bien, entonces todo claro, ¿no? —dijo Ana.

Todas asintieron con la cabeza y vieron cómo se marchaba a toda prisa hacia donde la esperaba Elvira Casademunt, que las miraba con el mayor de los desprecios y con los puños apretados por la rabia y la impotencia. Ambas se dirigieron al salón de actos, abrieron las puertas e invitaron a la concurrencia a entrar y tomar asiento para dar comienzo al acto.

—¿De qué e-mail habla la apijotá esta? Ni a mí ni a Margarita nos han invitado ni nos han mandado nada. Nosotras estamos aquí por el morro —dijo Mayte.

—Han contactado por e-mail con todas menos con vosotros, supongo que erais personas non gratas y no querían que asistierais. Han calculado la cuota del evento en sesenta euros por cabeza —explicó Araceli.

—Pues mira, eso de non gratas no tengo ni puta idea de qué es, pero seguro que es malo. Así que, que se jodan, que aquí estamos y en cuanto sirvan el catering me voy a poner hasta el culo. Y por lo que a mí respecta, que esperen sentadas, que le voy a ingresar sesenta mierdas en la cuenta corriente. Que lo pague la Casademunt con el dinero que ha defraudado su marido. Anda a tomar por saco las estiradas estas —sentenció Mayte entre las risas de sus compañeras.

El homenaje

Entraron todas al salón de actos en orden y sin apenas conversar. Parecían haber regresado a la disciplina y la observación de la estricta norma con la que hacían fila y entraban a clase en su infancia. Todos los invitados fueron ocupando las butacas que estaban frente al escenario y los intervinientes ocuparon unas sillas colocadas en el entarimado. Solo el grupo de adolescentes se quedó de pie en una de las esquinas, y tal como terminó su intervención interpretando el himno del colegio, desaparecieron. Tal y como les había anticipado Ana Valdés, el acto se desarrolló según lo previsto, con solemnidad y respeto. Solo en el momento en que Elvira Casademunt se acercó al atril, investida del cargo de representante del grupo de antiguas alumnas por su propia designación, se comenzó a escuchar un murmullo incómodo. Los asistentes cuchicheaban entre ellos y miraban a la mujer con cierto morbo. Elvira era insoportable, pero no tonta, y se dio cuenta enseguida de que era ella el objeto de los comentarios. Las palabras de Araceli en la antesala sobre la situación de la familia de Elvira habían calado y se extendían como la pólvora. Las cuatro amigas se habían sentado en la última fila de las butacas, pero, aun así, observaron como Elvira se ponía nuevamente colorada y con las manos temblorosas y la voz entrecortada por la vergüenza, daba lectura a un pequeño discurso que traía escrito.

—¿Qué le pasa a esta? Parece que se va a echar a llorar. Pues sí que le puede la emoción —dijo extrañada Margarita, que estaba sentada entre Mayte y Clara.

—No es la emoción, Marga, es que todo el mundo se ha enterado de que su marido y su hermano son dos chorizos, pero no de cantimpalo, y están a punto de entrar en el talego. Y ella dándoselas de fina. Que se joda, siempre ha sido una mala persona. Como decía la señora Neus, a cada cerdo le llega su san Martín —comentó Mayte imitando el marcadísimo acento de la madre de Araceli, que, sentada a su lado, asentía con la cabeza.

—¿No me digas? No tenía ni idea. Supongo que en esta vida todo se paga, nada sale gratis —respondió Margarita.

Con un hilo de voz, trabándose en las palabras y sin apenas levantar los ojos del folio, Elvira leyó el emotivo discurso que había preparado y que por su estado de nerviosismo y aturullamiento quedó deslucido y sin gracia a los ojos de todos los presentes. Cuando concluyó su accidentada exposición, le hizo entrega del regalo a la monja y, aliviada por pasar a segundo plano, cedió la palabra a sor Bernardina. La vieja maestra, con los ojos humedecidos por la emoción y con la Biblia entre las manos, se acercó al centro del escenario para dedicar unas palabras de agradecimiento. Colocó el libro sagrado sobre el atril y puso su mano derecha sobre el mismo, como el que va a realizar un juramento. Parecía que quisiera garantizar que todo lo que iba a decir se trataba de la verdad y nada más que la verdad. Y comenzó a hablar:

—Muchísimas gracias a todas; gracias a mis hermanas, tanto a las antiguas como a las nuevas, que desde que ingresé en la orden han sido mi familia; gracias a mis compañeros y compañeras, con los que he compartido muchas horas y experiencia en la docencia, y gracias a mis alumnas y alumnos, que me han permitido ejercer de profesora, que, junto con mi dedicación a Dios, son el motor de mi vida. Me siento abrumada con todas vuestras atenciones porque yo solo me considero una humilde monja, una más de esta congregación. No me siento merecedora de

ningún homenaje, pero si eso ha sido la excusa para poder volver a veros a todas, me doy por satisfecha. Siempre intenté tener una estrecha relación con mis alumnas, y desde luego, con muchas de ellas, a lo largo de mi vida, así ha sido. Hoy aquí hay ejemplo de ello, algunas de vosotras formasteis parte de mi vida e intenté ayudaros en todo lo que pude, tanto cuando erais alumnas como cuando salisteis del colegio. La noticia de que se iba a realizar este acto con la presencia de mis primeras alumnas me hizo reflexionar sobre mi relación con vosotras. Pensé si había tomado las decisiones adecuadas en cada momento de mi vida y si lo que hice por vosotras realmente os benefició. Es muy difícil juzgarse a uno mismo, así que yo eso se lo dejaré a Dios. Pero os quería decir que, cuando tomé los hábitos, renuncié a la maternidad biológica, pero siempre os consideré como mis hijas. Muchas de vosotras utilizáis todavía la palabra madre para dirigiros a mí, no hermana o sor, y eso me llena de alegría y satisfacción. Me gustaría que supierais que todo lo que hice fue impulsado por el amor y porque consideré que era lo mejor para vosotras.

La voz de la vieja monja comenzó a sonar temblorosa por la emoción y tras los cristales de las gafas empezó a aparecer el velo vidrioso de las lágrimas contenidas en unos ojos cargados de nostalgia.

—Quisiera pedir perdón a cualquiera de vosotras que, por un motivo u otro, piense que no fui justa con ella. Siempre obré con la intención de ayudaros y encomendándome a la voluntad de Dios.

La monja paró unos instantes para reponerse porque la emoción le oprimía en la garganta y las lágrimas corrían por su arrugado rostro. Ana Valdés le acercó un pañuelo de papel y un vaso de agua. Los presentes aplaudieron.

—No es que piense que me voy a morir mañana, eso solo lo sabe nuestro Señor porque está en Su mano llamarnos cuando él quiera, pero no quisiera morir sin poder deciros lo importante que habéis sido para mí y que, si me he equivocado alguna vez, no lo hice intencionadamente. Creo que, como cualquier madre que quiere a sus hijos, hay veces que piensas que con el afán de protección puedes llegar a perjudicarlos y al mismo tiempo, en otras ocasiones, te queda la duda de saber si has sido capaz de protegerlos lo suficiente. Siempre quise lo mejor para vosotras. Que Dios os bendiga a todos y a todas. Muchas gracias.

Sor Bernardina lanzó un beso con las manos y se retiró del micrófono. Los aplausos resonaron en la sala hasta que se abrieron las puertas y comenzó el tránsito hacia la antesala, donde ya cuatro camareros pulcramente uniformados esperaban para servir el ágape.

—Me voy a ir, estoy un poco cansada y no me apetece tomar nada. Vosotras quedaos y cuando acabe el picoteo os espero en mi casa como habíamos quedado. Os repito mi agradecimiento por aceptar mi petición —dijo Clara.

—¿Has venido en coche? —preguntó Mayte—. Si no te encuentras bien podemos dejarlo para otro día y te acercamos a tu casa.

—No, no quiero postergar más esta reunión, la hermana ha dicho que no piensa morirse mañana,

pero yo no lo tengo tan claro. No te preocupes, he venido y me voy en taxi. Bueno, Margarita, ha sido un placer volver a verte —se despidió y le dio un beso en la mejilla—. A vosotras, hasta luego.

Las tres mujeres se quedaron inmóviles y pensativas con la visión de la marcha de Clara. La imagen de aquella mujer derrotada por la enfermedad, caminando con un paso cansado, arrastrando los pies como si cargara sobre sus espaldas un enorme peso, se quedó clavada en sus pupilas. Daba la impresión de que las palabras de la monja habían calado en ella con un efecto desolador y su expresión se había tornado más oscura y triste desde el discurso de la hermana Bernardina. Sus ojos brillaban por la humedad de algunas lágrimas furtivas y su sonrisa era una tímida mueca forzada. La charla distendida con Margarita y las bromas de Mayte le habían concedido un respiro emocional, pero escuchar a la vieja tutora la volvió a poner frente al motivo de aquel viaje. Y comprendió que aquella carga invisible e intangible que acarreaba no tenía nada que ver con los síntomas de su enfermedad ni con las escasas fuerzas de su escuálido cuerpo. Solo ella era capaz de darse cuenta de que el lastre que aplastaba su alma y del que quería librarse era el asfixiante peso de la culpa.

CLARA, ARACELI Y MAYTE**La verdad****19 de noviembre de 2015**

Traspasar el umbral de la casa de Clara fue para las dos mujeres como pasar a través de un portal temporal que las hizo viajar al pasado, tuvieron la extraña sensación de haber retrocedido en el tiempo. Se encontraron frente a una foto fija del pasado, dentro de un decorado magistralmente conservado, que reconocían y coincidía perfectamente con sus recuerdos, pero que, a pesar de la familiaridad que les producía, les resultaba irreal y artificial. El tiempo transcurrido desde la abrupta ruptura de su amistad, junto con las extrañas circunstancias que las habían llevado a reunirse de nuevo en aquel lugar, le habían restado las connotaciones de alegría, calidez y diversión que aquella casa llevaba aparejada. Durante su adolescencia y juventud habían pasado muchas horas escuchando música, charlando, riendo y haciendo planes de futuro las tres entre aquellas cuatro paredes. Ahora no era más que una casa vacía donde Clara las recibía con amabilidad y con cierto alivio al comprobar que habían cumplido con su palabra y estaban allí para escucharla. La presencia de las dos amigas hizo sentir a Clara que no había perdido su capacidad de persuasión porque, a pesar de las circunstancias y del tiempo transcurrido, se encontraban allí dispuestas a escuchar y ella podría conseguir su propósito. Eso le imprimió un poco de seguridad a su estado de ánimo; con aplomo, actuó con la cordialidad que hubiese desplegado en una verdadera reunión de amigas que desearan disfrutar de una velada juntas.

Como una buena anfitriona, les ofreció algo de beber, pero con la negativa de las dos amigas pasaron a acomodarse en el salón y a afrontar directamente el asunto que las había llevado a reunirse. Ninguna de las tres se sentía totalmente cómoda y deseaban acabar cuanto antes. Clara se sentó en el sillón de su padre, que ella misma había colocado con anterioridad frente al sofá que ocuparon Araceli y Mayte. Sobre la mesa auxiliar, tres vasos de cristal finamente tallados y una jarra de agua a juego; eran piezas de la cristalería que formaban parte del ajuar que la señora Montse le había hecho a su hija y que esta nunca se quiso llevar a su casa. Además, junto a los vasos en previsión de los momentos de emoción que iban a surgir y que irremediabilmente acabarían en llanto, había colocado una caja de pañuelos de papel. Para completar la puesta en escena, apelando a la sensación dulce y algo distorsionada que siempre nos provoca el sentimiento de la nostalgia, había colocado sobre la mesita un marco de fotografía metálico, de diseño antiguo y un poco deslucido, que protegía tras su cristal una fotografía de las tres amigas. Era una de las fotos que Quinito les había hecho la noche de la verbena de san Juan, justo antes de salir hacia el Pueblo Español aquel verano de 1980.

La tranquilidad y la normalidad que se respiraba en aquella estancia resultaba engañosa e

impostada. Parecía como si el sosiego y la serenidad que demostraban pendiese de un fino hilo que se fuera deshilachando por momentos y que, al romperse súbitamente, permitiese la irrupción del caos destruyendo la posibilidad de encontrar la paz, algo que, en el fondo, todas esperaban alcanzar con esta conversación. Las tres mujeres permanecían en un sutil estado de alerta. Clara deseaba tener la elocuencia y la sinceridad suficiente para expresar sus pecados y liberarse de ellos. Araceli y Mayte esperaban que la necesidad de explicar la verdad de Clara no les supusiera a ellas desgarrar nuevamente su alma al aflorar los secretos de su pasado.

Araceli, nada más sentarse, había fijado sus azules pupilas en la foto que estaba sobre la mesita y un pensamiento devastador se apoderó de ella. En aquella imagen se podía apreciar la alegría, los sueños y la felicidad que emanaban las tres jóvenes frente al mundo. Posaban desinhibidas, sonrientes y confiadas, dispuestas a exprimir la vida hasta la última gota. Inmortalizadas como si esa instantánea fuera la prueba gráfica del inicio del camino hacia la libertad y el éxito. Y, contradictoriamente, lo que aquella imagen escondía era el inicio de la época más dramática y triste de sus vidas. Araceli, en ese momento, sintió la premonición de que aquella paz y extraña normalidad no era más que el preludio del desastre. Era la calma que antecede a la tempestad y comprendió que de allí saldrían todas maltrechas, que el resultado de aquella conversación acabaría dañándolas a todas y se preparó para lo peor. Cuando Clara la miró y le dedicó una sonrisa nerviosa y algo forzada, sintió vértigo.

Mayte no parecía percibir ese sentimiento, se mostraba natural y más relajada que las otras dos mujeres. Seguía siendo ingenua y confiada, mantenía intacta su capacidad para creer en los demás y se había convertido en una defensora a ultranza de las segundas oportunidades, algo que a ella no le ofrecieron demasiadas personas, quizás solo Juan Manuel Montes, padre de Clara, la madre Bernardina y su actual marido Farrokh. Sin embargo, ella sí estaba dispuesta a brindar la posibilidad de enmendar los errores a la mayoría de la gente, sin reparos ni restricciones. Confiaba en que la confesión de Clara no sería más que el sentimiento de culpabilidad por su soberbia y su prepotencia. Que nada tenía que ver con las circunstancias que acarrearón el inicio del drama de su vida y que acabó siendo un oscuro secreto que había ocultado bajo una gruesa capa de silencio. Mayte no sentía suspicacia ni temor ante las revelaciones de Clara; solo reconocía sentir una ligera sensación de zozobra o de azoramiento, que sin duda lo achacaba a las dos copas de cava que se había tomado en el colegio durante el aperitivo y que, según ella, resultaban necesarias para poder tragarse los apelmazados y secos canapés que estaban sirviendo. Se había quejado con amargura durante toda la degustación por aquel alarde gastronómico de comida de diseño; un abanico de snacks exóticos, canapés y bocaditos de hortalizas, vegetales y ahumados, deconstrucciones y trampantojos de imposible encaje en sus gustos alimenticios a excepción de unos pinchos de tortilla de patata, que era lo único que podía llevar dignamente el apelativo de tapa según su entender. Para Mayte, todo lo demás no era más que comida para las cabras o en su defecto para las estirás y repipis de sus excompañeras. Tras tamaña decepción, confirmó que si antes de empezar el aperitivo no pensaba aportar un céntimo de euro, después del simulacro de ágape, lo tenían crudo. Porque la acartoná de la Sapo, además de no abrigar ninguna esperanza sobre su aportación económica al acto, podía darse con un canto en los dientes si no la denunciaba por intento de envenenamiento.

Después de tomar todas asiento, se produjo un silencio incómodo de algunos segundos. Clara

cogió el marco con la foto, la miró con cariño y se dirigió a sus invitadas.

—Os agradezco inmensamente que estéis aquí. Encontré la foto en un cajón del tocador de mi habitación de soltera, mi madre lo guardaba todo. Que jóvenes éramos, y que imprudente y loca es la juventud —dijo Clara al tiempo que giraba la foto hacia sus amigas—. Si hubiese sabido entonces lo mismo que sé hoy, seguramente hubiera actuado de otra manera. Obré mal, muy mal con vosotras. Y me gustaría contaros la verdad de todo lo que pasó desde ese verano hasta mi huida, porque fue una huida cobarde y desafortunada, envuelta en mentiras y despecho.

—Mirando esa foto parece que han pasado mil años, todo lo que pasó en aquella época queda muy lejos. Todas cometimos errores, éramos unas crías —replicó Mayte.

Clara sonrió ligeramente, dejó el marco en la mesita y se frotó las manos en un gesto que denotaba nerviosismo mientras parecía pensar cómo iniciar el relato. Parecía estar buscando las palabras adecuadas. Cogió aire llenando los pulmones a plena capacidad y, tras unos segundos, lo exhaló sonoramente. Parecía necesitar la fuerza del aire saliendo de su boca para impulsar las palabras que deseaba pronunciar y que permanecían silenciadas en su interior.

—He pensado mucho sobre lo que os quería contar y ahora no sé muy bien por dónde empezar.

—Pues lo normal es que lo hagas por el principio —apostilló Araceli.

—Sí, eso es lo apropiado. Hace unos meses, escuché en televisión una frase que me llamó poderosamente la atención. La cita decía que la vida se entiende mirando hacia atrás, pero que se vive mirando hacia delante. Y eso hice, intenté entender mi vida pasada y comprendí que mi actitud no había sido honesta y justa con algunas personas. He sido orgullosa, prepotente y me he creído por encima de los demás. Me sentí merecedora de todo aquello que deseaba y que obtenía pasando por encima de quien fuera. —Paró unos instantes para dar un sorbo de agua. Su voz sonaba serena y pausada, pero su corazón latía desenfrenado y el nerviosismo que intentaba disimular le reseca la boca—. Para poner en práctica esa máxima y poder vivir mirando hacia delante, siento la necesidad de aclarar el pasado. Quiero explicar la verdad, creo que es la única manera de enfrentarme a mi destino en paz y con la conciencia limpia.

—Rectificar es de sabios, ¿no? —dijo Mayte indulgente mientras Araceli permanecía callada observando.

—Vamos, que quieres confesar tus pecados por si el padre José tenía razón y es verdad que existe el cielo y el infierno. Quieres arrepentirte a tiempo para evitar que te manden al purgatorio con la gentuza. No sé si nosotras tenemos autoridad suficiente para absolverte después de oír la confesión, y menos de imponerte una penitencia justa —dijo al final la fiscal con ironía.

—Quizás tengas razón y lo que me impulsa a pedir perdón y a arrepentirme de mis actos sea el miedo al castigo eterno. No te planteas qué pasará después de la muerte hasta que no estás a punto de morirte. Pero, en mi caso, yo ya estoy recorriendo el purgatorio, pienso que, de alguna manera, la vida ya me ha impuesto un castigo severo para compensar mis malas acciones —dijo y sonrió con amargura.

—En mi opinión, estás en un error. La vida no impone castigos, solo tiene consecuencias. Somos responsables de nuestros actos y estos acarrearán siempre consecuencias, que provocan dolor o felicidad en nosotros y en los que nos rodean. Que te vayas a morir no es una consecuencia de haber sido mala persona, hay mucha buena gente que también se muere antes de tiempo y con grandes sufrimientos. Las enfermedades surgen por motivos biológicos, no las genera la bondad o la maldad. La vida no se cobra así las deudas —expuso Araceli en un tono serio pero amable.

—Supongo que tienes razón, Araceli, tú siempre fuiste la más racional y analítica de todas —dijo Clara mirándola directamente a los ojos—, además de una persona muy generosa. Hoy me lo has demostrado viniendo a mi casa.

Mayte las observó algo sorprendida porque intuyó que entre ambas había pasado algo que ella desconocía.

—No es cuestión de generosidad, yo también necesito enterrar para siempre el pasado. Te voy a escuchar y espero no tener que volver hablar nunca más de nada de lo que pasó en nuestra juventud —dijo la fiscal.

—Joder, Araceli, me porté muy mal contigo. Siento mucho el trato que te di.

La mirada de Clara se oscureció y su voz adquirió un tono lastimero y triste. Empezaba el momento de la verdad y las palabras de Clara resonaban con sinceridad.

—Sé que no es excusa, pero era una niña imbecil y egoísta. Quería tu ayuda, necesitaba tu ayuda y ni siquiera me paré a pensar en tus sentimientos. Te hice pensar que me gustabas, que podíamos tener algo juntas solo para garantizarme tu colaboración. Estaba desesperada por aquel embarazo inoportuno que podía arruinarme la vida y no pensé ni un segundo en ti. Siempre fuiste un libro abierto para mí, desde la adolescencia intuí que eras diferente a nosotras. Lo siento, soy despreciable.

A Mayte le descolocaron las palabras de Clara, no tenía ni idea de aquella supuesta relación. Quinito le había explicado lo del aborto y la colaboración de Araceli en toda aquella historia, pero jamás podía imaginarse que las motivaciones de su amiga se debieran al amor que sentía por Clara.

—Desde luego, fuiste una cerda —dijo la fiscal, que sintió cómo la vieja herida que consideraba cerrada y cicatrizada se abría y comenzaba a sangrar, ahora con un escozor nuevo y más intenso—. Desde luego que no es excusa tu juventud y tu egoísmo. Yo era tu amiga, te quería y también era una jovencita idiota que hubiera hecho cualquier cosa por ti sin necesidad de hacerme creer que sentías por mí lo mismo que yo sentía por ti. ¿Sabes lo difícil que fue para mí comprender y aceptar mi condición sexual en el entorno y en el tiempo en que nos tocó crecer? Temía tanto el rechazo por parte de mi familia y de la gente que me rodeaba que me negaba a mí misma esos sentimientos para poder seguir estando cuerda. Solo me sentía feliz y segura junto a vosotras; y tú me manipulaste, me utilizaste, me destrozaste el corazón y luego me abandonaste.

—No quería que todo acabase así. Pensé que después de solucionar el problema del embarazo

podría reconducir aquella situación. Que te lo haría entender y aunque al principio lo pasaras un poco mal, después lo superarías —se defendió Clara.

—Claro, qué importaba que la idiota de la bollera se sintiera destrozada. Fui tan gilipollas que solo caí en la cuenta de que había sido un peón sacrificado cuando con el paso de los meses fue imposible contactar contigo. Culpé a otros de ser los responsables de tu drama y pensé que, cuando te recuperases del dolor y la rabia, volverías, pero tu distanciamiento y tu silencio me abrieron los ojos —argumentó Araceli y miró directamente a los ojos de Clara, que no pudo mantener aquella mirada dura y afilada y bajó la vista.

—Me estoy quedando de piedra con todo esto —intervino Mayte con un gesto severo en el rostro—. Hay que joderse, Clarita, yo desde luego estaba en la luna. Nunca pensé que Araceli fuera distinta a nosotras. En ese aspecto me refiero. —Y miró a Araceli—. Pero me hubiera importado muy poco, bueno, lo mismo que me importa ahora, nada. Es mi amiga. ¿Cómo pudiste ser tan cabrona? Ya te vale, eso fue cruel —dijo mirando a Clara—. Que me quisieras levantar los novios, pase, pero que le mintieras a Araceli en algo tan delicado me parece una putada por tu parte. No me esperaba un comportamiento así de ti. Parecías doña perfecta.

—Tienes toda la razón —asintió Clara—. Fui una desgraciada y no hay apelativo para lo que le hice a Araceli. Lo siento inmensamente, me arrepiento, y si pudiera hacer algo para compensarla, lo haría sin dudarlo.

—Por mí, con olvidarlo todo, es suficiente —dijo Araceli para zanjar el tema.

—Estoy de acuerdo. Y ahora que hablas de novios, quiero explicarte algo sobre Javier Soto.

Hizo una pausa Clara para tomar otro trago de agua. El rostro de las otras dos mujeres había palidecido al escuchar aquel nombre.

—El otro día leí en el periódico que habían aparecido sus restos en la casa del camino del Sanatorio. Me sorprendió muchísimo, yo ni siquiera sabía que estaba desaparecido y mucho menos muerto. Me había olvidado por completo de él y, sin embargo, apareció para reclamar su sitio en mi mea culpa particular.

Araceli y Mayte parecían dos estatuas, permanecían inmóviles y expectantes ante las palabras de Clara. Ambas parecían contener la respiración, la aparición en la conversación del nombre de Javier Soto había provocado en ellas una sensación de inquietud y temor que se podía percibir en sus rostros.

—Sabes, Mayte, tengo que reconocer que de alguna manera siempre sentí cierta envidia de ti.

—¿De mí? Vamos, no me hagas reír. Yo no era más que una simplona más burra que un arao, que solo buscaba desesperadamente cariño y aceptación en los demás porque yo no me quería ni me aceptaba. Era una kamikaze emocional, y así me iba. Recibía hostias por todas partes, me las comía dobladas. Y en mi casa el panorama no era muy distinto, mi padre me daba más palos que a una estera. ¿Envidia? ¿De qué? Tú eras una señorita con educación y buenos modales, tus

padres te adoraban y nosotras estábamos a muerte contigo aunque a veces nos mirases por encima del hombro. Nunca te lo tuvimos en cuenta porque, por encima de todo, éramos amigas, ¿no? —Acompañó esa frase con una sonrisa triste e irónica.

—Tienes razón, Mayte, explicado así parece una locura y seguro que lo es. Tu valentía para hacer todo lo que te venía en gana, la poca importancia que le dabas a lo que pensarán de ti, tu manera de disfrutar de todo sin ponerte límites y tu confianza en ti misma me producían envidia. Sentía celos de tu libertad porque, a pesar de los contratiempos, siempre salías a flote. Yo, sin embargo, era una cobarde y una hipócrita.

—Lo que tú llamas libertad y valentía a mí hoy me parece falta de seso e inconsciencia. Fui una descerebrada y así me fue.

—Bueno, te he explicado eso para que se entienda por qué estuve con el Indio. Contigo también fui desleal y te oculté cosas. Cuando conocimos a Javier Soto, sentí la necesidad de competir contigo, de ganarte en audacia y atrevimiento. Aquel chico era como un trofeo a ganar. Yo no hubiera salido en serio nunca con él, no era el hombre con quien hubiera querido casarme, pero me sentía extraordinariamente atraída por él, era como una especie de obsesión. Tú estabas con él y yo deseaba tener y sentir lo que tú tenías.

—Me da miedo escucharte —replicó Mayte—. No era más que un hijoputa, y terminó como se merecía.

—Seguro que sí, pero eso no cambia lo que yo hice. A principios de septiembre, una tarde, me encontré con él por casualidad en San Adrián. Ya salíais juntos y yo lo sabía, pero no me importó. Mi deseo por él era irracional y no tuve ningún escrúpulo en insinuarme. Javier era un seductor nato y un donjuán dispuesto siempre a todo, y no tuvo ningún inconveniente en ligar conmigo. Nos vimos dos veces por semana durante un mes. No eran citas románticas, mantuvimos únicamente relaciones sexuales; fueron encuentros puramente carnales, el único objetivo que perseguíamos era el sexo. La tarde que nos veíamos íbamos a la carretera de la Conrería, en Badalona. Me recogía en un Renault 4, que no sé quién se lo dejaba, pero que nos reportaba la intimidad necesaria para nuestros encuentros. No lo quería, no tenía sentimientos amorosos hacia Javier, pero me gustaba mucho estar con él, lo deseaba, lo necesitaba, se convirtió como en una droga para mí. Era adicta a él.

—Sé de lo que hablas —replicó Mayte—. Yo también estuve bajo su dominio y su manipulación. Te envolvía, te atrapaba y te destruía. Era un malnacido. Yo ya sabía que había estado contigo, no me pillas de nuevo. Contigo y con muchas más.

—Nada disculpa tu traición hacia Mayte —espetó la fiscal.

—Desde luego que no hay disculpa, ni quiero que lo parezca. Solo quiero contar las cosas como pasaron.

—Bueno, Clara, eso pasó hace mucho y será mejor pasar página. Cuanto más meneas la mierda, más huele. Ese cabrito hace muchos años que dejó de hacer daño, encontró su merecido por todo

el mal que ocasionó. Nos hizo sufrir a todas de una forma u otra. Y tú casi pierdes la vida por quitarte de encima el preñado que te había hecho —intentó Mayte con esas palabras zanjar el tema de Javier. Deseaba evitar seguir por ese camino.

Clara soltó un profundo suspiro, entrelazó los dedos de sus manos y con el rostro compungido miró a las dos mujeres. Estas comprendieron, por la infinita tristeza de la mirada de su anfitriona, que era en ese preciso momento cuando realmente iba a empezar a contar la verdad.

—Pasado un mes más o menos dejó de llamarme. Dejé pasar unos días y, ante su silencio, empecé a desesperarme. Durante una semana entera fui todas las tardes a la casa del Sanatorio para poderlo ver y pedirle explicaciones. El día que lo encontré estaba con tres de sus colegas, estaban escuchando música, bebiendo cerveza, y en sus ojos pude ver la mirada vidriosa y perdida de los que están colocados. Olía a porro que tiraba de espaldas y, además, vi restos de un polvo blanco sobre una mesilla destartada que tenían colocada en medio de la habitación. No hacía falta ser un lince para adivinar que aquello eran restos de cocaína. Me miró como si no me conociera y me dedicó una sonrisa burlona e hiriente que me hizo sentir como una idiota. Quise hablar con él en privado, pero se negó. Con su actitud ponía de manifiesto que intentaba humillarme frente a sus amigos, y yo lo permití. Le pregunté por sus razones para no llamarme más y dejarme plantada. Le hablé airada y molesta. Pero él me miró con el mayor de los desprecios y utilizando unas maneras vulgares y macarras, muy diferentes a como siempre hablaba conmigo, me dijo:

«Eres una zorrita, como todas. ¿Qué pensabas, que eras la mujer de mi vida? Pues no. Al principio me daba mucho morbo tirarme a una pija santurrona como tú. Pero ya me aburres. Ahora que ya te he enseñado, ya puedes ir a chupársela a otro. Mira, aquí tienes voluntarios».

—Me sentí tan indefensa, ofendida y vejada en mitad de sus carcajadas y comentarios que apenas podía articular palabra. La vergüenza dio paso a la rabia, y con los ojos llenos de lágrimas le grité que era un cabronazo y un mierda y que me las pagaría. Él, con toda la sorna del mundo, me miró y me dijo:

«Claro que sí. Yo soy lo peor. Pero tú eres un alma pura y caritativa. Te has estado follando al novio de tu mejor amiga por caridad cristiana».

—Salí de allí humillada, herida y enfurecida. Pero, en el fondo, aquel desgraciado tenía razón, aunque yo no quisiera reconocerlo; yo era despreciable. Ofuscada por el despecho y la humillación de la que me sentía víctima, tomé una decisión aún más inconsciente e irracional que la que me había llevado a aquella situación. Parafraseando a la reina de las citas y los refranes, que era la señora Neus, pensé que un clavo saca a otro clavo. —Y sonrió con tristeza al hacer referencia a la madre de Araceli—. Necesitaba recuperar mi autoestima, que había quedado tocada y hundida. Y busqué el consuelo y la protección en los brazos de un hombre que pensé que era honesto y responsable. Tuve una relación con Damián, nuestro antiguo profesor de gimnasia. De Damián fue de quien me quedé embarazada. Él me dio el dinero para abortar. Y desde luego resultó más canalla aún que Javier.

—¡Eres una hija de puta! —bramó Araceli, que se había puesto en pie tras escuchar la confesión

de Clara—. Cómo pudiste hacernos creer que el responsable era Javier —gritó con la cara desencajada y los puños apretados con fuerza.

—Me sentía muy avergonzada, solo quería solucionar el contratiempo y olvidarme de todo. No estaba dispuesta a señalar a nadie, quería mantenerlo en secreto, pero cuando me preguntaste si el padre era Javier, dejé que lo creyeras. Después me pareció conveniente mantener esa versión, señalar a Javier no tenía mayores consecuencias.

—Lo más conveniente para ti, como siempre. Tú, tú y tú —gritaba Araceli, y sus palabras estaban llenas de rabia.

El rostro de la fiscal estaba ardiendo de ira. Sus ojos desorbitados e inyectados en sangre parecían querer salirse de sus cuencas; en su cuello, las venas hinchadas parecían a punto de estallar por la presión de un torrente sanguíneo engrosado por el rencor y la rabia. Mayte se había levantado junto a la fiscal y la sujetaba por un brazo intentando calmarla. En los ojos de la frutera habían aparecido las primeras lágrimas.

—Por el amor de Dios, Araceli, cálmate, cálmate —le repetía Mayte intentando sentar a su amiga nuevamente en el sofá.

Clara no esperaba ni entendía esa reacción tan iracunda y desmesurada de la fiscal. La observaba desbordada por la situación. Súbitamente, Araceli dejó de gritar, tomó asiento de nuevo e intentó serenarse respirando profundamente. Su mirada estaba perdida, sus ojos parecían vacíos de vida, los músculos de su rostro permanecían en tensión, pero sus labios dibujaron un simulacro de sonrisa que en aquellas circunstancias resultó más una mueca macabra.

—Tú, siempre tú. Después de tantos años estamos aquí nuevamente para que tú liberes tu alma, limpies tu conciencia. Para hacer aquello que tú necesitas o tú deseas. Da igual el daño o el dolor que provoques en los demás, ¿verdad, Clarita? Antes hablábamos de consecuencias. Según tú, achacar el embarazo a Javier no tenía consecuencias, ¿verdad? Pues sí las tuvo, mentir y engañar siempre tiene consecuencias —advirtió Araceli.

—Esto se está saliendo de madre —dijo Mayte con el rostro descompuesto y las lágrimas surcándole las mejillas—. Creo que ya tanta sinceridad es demasiado. Vamos a dejarlo aquí o seguro que saldremos todas jodidas.

—No, ahora voy a hablar yo —resonó firme y contundente la voz de Araceli—. Yo también tengo una verdad que contar. Cuando salí de tu casa la tarde que me partiste el alma y te vi en la ventana despidiéndome después de haberme dicho que te marchabas, se apoderó de mí una furia desmedida. Tú me rechazabas, me abandonabas, pero yo te veía como a una víctima y concentré mi odio y mi ira en el único al que yo consideraba el culpable de todo, en Javier Soto. Y como una fiera herida y aturdida por el dolor, fui en su busca. No sé ni cómo llegué hasta la casa del camino del Sanatorio, pero allí me llevaron mis pasos. Quería enfrentarme con él, insultarlo, escupirle a la cara. Deseaba su muerte, sí, deseaba que dejara de existir.

—Joder, Araceli, no. Basta ya, esto no nos lleva a ningún sitio —rogó Mayte cogiéndole la

mano.

Clara escuchaba expectante y comenzó a notar cómo un escalofrío helado recorría su espalda. Era miedo, miedo a la verdad. Miedo a descubrir que su sinceridad ahora también tendría consecuencias.

—No recuerdo si caminé o si corrí, si hacía frío o se había atemperado la tarde, ni qué camino tomé ni por qué calles pasé ni si me crucé con gente o estaban desiertas las calles. Estaba loca de dolor y de desesperación. Solo recuerdo la rabia que me quemaba en las entrañas y la cólera que envenenaba mi sangre y me empujaba hacia la venganza —relataba Araceli con vehemencia.

La mirada de Araceli pareció perderse en el infinito y sus ojos parecían observar un escenario distinto al que se encontraban en ese momento. Eran sus recuerdos los que se mostraban ante ella. Su cara había transitado desde la furia más irracional hacia un gesto de tristeza y dolor.

—Cuando llegué a la casa, recuerdo que se había hecho de noche. La puerta de la casa estaba entreabierta y la luz de la farola que estaba en la calle me permitió distinguir una figura oscurecida que parecía la moto de Javier. No se oía nada. Me paré unos segundos para apaciguar los descontrolados y salvajes latidos de mi corazón, que resonaban en mi interior con tal fuerza que pensé que delatarían mi presencia. Me asomé y vi luz en la habitación del fondo, la que daba al patio de atrás. Caminé con decisión y, al llegar a la puerta, lo vi. La estancia estaba iluminada por una lámpara de camping gas, había un colchón en el suelo y Javier estaba sentado en un sillón viejo. Estaba solo y, al notar mi presencia, levantó la cabeza. Mientras me miraba con la displicencia y la superioridad de la que muchas veces hacía gala, se pasó la mano por la nariz para limpiar los restos de polvillo blanco que se habían quedado adheridos con la raya que acababa de esnifarse. Los ojos le brillaban vidriosos, parecía pletórico, feliz. Eso me enfureció aún más.

Mayte mantenía su mano agarrada a la de Araceli, tenía la cara agachada y los ojos cerrados. Escuchaba sus palabras con abatimiento y no parecía sorprendida con el relato, sino temerosa de lo que iba a contar.

—Me miró de arriba abajo y me preguntó: «¿Qué haces tú por aquí? ¿A quién buscas, sor Araceli?», y comenzó a reírse. Yo le grité: «Te busco a ti, cabrón. Clara ha estado a punto de morir por tu culpa, por abortar el hijo que le has hecho. Eres un desgraciado y un mierda». Se puso de pie y se acercó hacia mí para contestarme:

«Para el carro, yo no tengo nada que ver con el bombo que le hayan hecho a la golfa de tu amiga. Sois todas iguales, vais de santas y sois unas guarras; vaya trío, tu amiga Clara, la pija calientabraguetas, tu amiga Mayte, la cabra loca, y tú, la mojigata».

—Sus palabras me desquiciaron y le grité: «Eres un desgraciado, cómo te atreves a insultarla y a negar que has estado con ella. Le has arruinado la vida». Javier estalló en una carcajada burlona, se acercó más a mí y me dijo:

«Yo no quiero saber nada de los líos de Clara. Si ha tenido que abortar, ese es su puto problema.

Pero tú pareces muy afectada con los asuntos de tu amiguita. Igual es que estás celosa porque a ti todavía no te ha metido mano nadie o porque es a ti a la que le gustaría haberse tirado a Clara».

—Esas palabras me hicieron perder los estribos y me lancé sobre él como una loca. Lo golpeé con los puños, lo arañé y lo tiré del pelo con toda la fuerza de que era capaz. Mis golpes y mis gritos no sirvieron para amedrentarlo, todo lo contrario. Mi ataque despertó en él al demonio que llevaba dentro.

Clara, desplomada en el sillón, escuchaba con estupor el relato, sus ojos empezaron a humedecerse preludio del llanto que iba a aflorar en unos instantes al observar cómo Araceli comenzaba a llorar con desconsuelo. La fortaleza y la seguridad desplegada por la fiscal durante toda la reunión había desaparecido, y la imagen que mostraba a los ojos de sus amigas era la de una mujer vulnerable e indefensa, destrozada por ser la víctima secreta y anónima de un drama. Mayte, sin soltar la mano de su amiga, lloraba en silencio a su lado.

—Me empujó con fuerza hacia delante y me arrinconó contra la pared. Yo intenté zafarme de sus brazos, pero era imposible quitármelo de encima. Empezó a decirme cosas asquerosas. —La voz de Araceli se entrecortaba con sus sollozos—. Me besó y yo le escupí, forcejeé con él hasta que me dio un puñetazo en la cara que me dejó aturdida. Me empujó sobre el colchón sucio y apestoso que había en el suelo; caí de espaldas a plomo y fue entonces cuando noté el sabor de la sangre en mi boca, me había partido el labio con el golpe. Se echó sobre mí diciendo que iba a enseñarme lo que había ido a aprender. Intenté levantarme, gritar, huir, pero todo era inútil. Escuché cerca de mi cabeza el ruido estridente que se produce cuando se rompe un objeto de vidrio e inmediatamente noté en mi garganta la presión afilada del cristal. El maldonado había roto una botella de cerveza de las que estaban tiradas por el suelo y sujetaba el cuello roto con una mano para amenazarme y dominarme.

«No vas a gritar ni vas a hacer ninguna tontería porque, si no, te rebano el pescuezo, ¿vale? Te vas a bajar las bragas y te vas a portar como la putita que eres».

—Esas fueron sus palabras en mi oído —dijo Araceli y sus manos comenzaron a temblar. Mayte le pasó el brazo por encima para reconfortarla.

—Ya está, déjalo, Araceli. Te lo ruego por favor. No es necesario —dijo Mayte.

Araceli miró desolada a su amiga Mayte, se abrazó a ella con la fuerza y el sentimiento que lo había hecho cuarenta años antes, en la plaza Azorín, cuando Mayte le confesó los abusos de su tío Serafín. Clara se encontraba conmocionada, apenas podía asimilar todo aquello que estaba pasando, no podía reaccionar a la sorpresa que le había producido la revelación de Araceli.

—Recé, recé para que apareciera alguien —reanudó la fiscal su relato sin prestar atención al ruego de Mayte. En sus ojos seguían brotando las lágrimas, pero sin la rotundidad y la fuerza del llanto anterior—. Pero no fue así. Nada ni nadie impidió que aquel monstruo me violase. Me bajé los leotardos y las bragas, porque no quería morir, él me apartó con fuerza los muslos, me abrió las piernas y me penetró con violencia... Recé nuevamente e imploré al cielo para que aquello acabase pronto..., pero no fue así. No puedes imaginar, Clara, el asco y la repugnancia que

produce notar el aliento ácido y pestilente de alcohol y tabaco de aquel bestia en mi cara mientras me decía obscenidades, notar su saliva en mi boca, su lengua mientras me lamía y gemía como un animal sobre mí. No puedes imaginar el dolor físico del desgarró y de los envites feroces de aquel salvaje ni el pánico que se apoderó de mí en esos momentos. Pero, sobre todo, no puedes imaginar cómo este acto de violencia destroza a una mujer, cómo inculca el miedo, la inseguridad, el sentimiento de culpa y la amargura en su vida y lo difícil e incluso imposible que supone superarlo.

—Lo siento, lo siento mucho. Claro que no puedo ponerme en tu lugar, pero estoy horrorizada. Nunca deseé nada malo para ti. Si me hubiera imaginado algo así, jamás lo hubiera permitido —respondió Clara profundamente afectada.

—Cuando terminó su atrocidad, se levantó y se puso frente a mí. Mientras se limpiaba con un pañuelo, se recolocaba la ropa y se abrochaba los pantalones me dedicó una sonrisa burlona y me dijo:

«Ahora ya sabes lo que es un buen polvo con un hombre. Eso es lo que venías a buscar, ¿no? Tus otras dos amigas también lo han probado y les gustó. Pero a mí ya no me interesan. A la niña de papá de Clara le sobraban aires de grandeza, a la pirada de Mayte le falta clase y a ti te sobra mala leche y te faltan tetas. Espero no volver a verte más en mi camino, bollera. Si se te ocurre contar nada de lo que ha pasado esta noche aquí, te arrepentirás».

—Y se rio con todas sus ganas atusándose la melena, seguro de su superioridad y de su impunidad. En su cara, en sus ojos, en su pose, estaba representada la crueldad más infinita; todo él emanaba maldad. Yo me puse de pie para subirme las bragas y los leotardos, que se empaparon rápidamente con la sangre y el fluido que resbalaban por mis muslos. No te imaginas, Clara, cómo me sentía. —Y clavó sus ojos furiosos en los ojos de Clara—. Solo quería salir de allí. Vi las llaves de mi casa en el suelo, se me habían caído del bolsillo de la trenca en el forcejeo y me arrodillé para cogerlas. Javier, parado frente a mí, seguía riéndose, confiado y tranquilo. Dominaba la situación y se sentía inmune a todo mal. Yo no era nada, estaba destruida y asustada, apenas era capaz de pensar. Aun así, cuando me agaché, vi cerca de las llaves el cuello roto de la litrona con la que me había amenazado. Él no reparó en nada, seguía pavoneándose frente a mí con su actitud chulesca y macarra, menospreciándome. Ni lo pensé, fue un impulso. Recogí las llaves y agarré el cristal. Sin levantarme y con toda la fuerza que pude reunir, lo apuñalé dos veces en el muslo. No se lo esperaba y la sorpresa, junto con los impactos, lo desequilibraron y cayó al suelo. Yo salí corriendo, corrí como una loca, con la desesperación de quien le va la vida en ello. Corrí a través de la casa guiada por la poca luz de las farolas que se colaba por los agujeros y las grietas. Subí por el camino de tierra hacia el Sanatorio y fui campo a través por los terrenos que se extendían entre el hospital y el río sin mirar atrás. Apenas podía distinguir dónde ponía los pies, la luz de las pocas farolas que estaban encendidas era insuficiente para mostrarme el camino en aquella extensión de campo. Tuve la sensación de que tiraban de mí, como si una fuerza invisible me arrastrase hacia delante, supongo que no era más que la necesidad de sobrevivir. Ni el dolor físico ni el terror que sentía ni aquel amargo sentimiento de culpa que se había apoderado de mí me frenaron. Mis ojos no veían el camino, pero mis piernas no dejaban de correr. Solo cuando llegué a la calle Goya me paré y miré a mis

espaldas. No me seguía nadie y las calles estaban desiertas. La gente estaba en sus casas pendientes de la televisión o de la radio. Intenté recuperar el resuello porque apenas podía respirar, noté de nuevo la humedad en mis piernas. Mis leotardos empezaron a empaparse de un líquido caliente que poco a poco se fue enfriando por efecto del frío intenso que hacía aquella maldita noche. Te imaginas, Clara. Me había meado encima del estrés y del miedo. No solo por todo lo que había vivido, sino porque en aquel preciso momento me acordé de mi madre. Tenía que ir a mi casa y dar explicaciones. Fui consciente de que la pesadilla no había terminado. La angustia se apoderó de mí porque conocía a mi madre y temía su reacción. Cuando entré en mi casa eran más de las diez y media de la noche. Mi madre estaba desesperada, en un estado casi de enajenación. Cuando oyó la puerta, vino a mi encuentro gritando como si estuviera poseída. Ni siquiera se fijó en mi lamentable aspecto y me abofeteó con todas sus fuerzas. Había llamado a tu casa y tu madre la había puesto al tanto de tu hazaña y de mi presunta participación. Mis hermanas intentaron calmarla, pero mi madre no atendía a razones. Me maldijo y me insultó hecha un mar de lágrimas. Yo no sabía qué decir, me mantuve callada frente a ella soportando todo lo que quiso decirme. Solo cuando parecía que mi hermana Neus había conseguido serenarla un poco, le dije: «Mamá, me han atacado, me han hecho daño». Ella, señalándome con su dedo índice, con la teatralidad y el fanatismo que dominaba su forma de actuar y que regía su vida, me gritó que todo el que obra mal recibe su merecido. «Dios te ha castigado», sentenció. Me encerré en el cuarto de baño durante horas. Cuando mis hermanas consiguieron que mi madre se fuese a la cama, a empujones, hicieron saltar el pestillo del baño. Marta quería que fuéramos a la policía, yo me negué. Le dije que no había pasado nada y que no quería volver a hablar de aquella noche nunca más en mi vida. Esta es la primera vez que cuento lo que pasó. Pensé que podría borrar esos recuerdos de mi memoria. Pero, para mi desgracia, esa fecha ha quedado marcada en la memoria histórica de todos nosotros. Todos los putos 23 de febrero, cuando se recuerda el fallido golpe de Estado y el triunfo de la democracia, yo rememoro la destrucción de mi inocencia y el momento más cruel de toda mi vida.

Araceli había ido tranquilizándose a medida que desarrollaba su relato; solo la rojez de sus ojos evidenciaba que había llorado. Ahora parecía más serena y casi aliviada por haber compartido su secreto.

—Has debido sufrir muchísimo. Estoy francamente afectada por lo que nos has contado. ¿Cómo no nos dimos cuenta de la maldad de ese miserable? —dijo Clara visiblemente afectada—. No tuvo más que lo que se merecía. No debes culparte por su muerte.

—No lo hago. Yo no lo maté, solo lo apuñalé en una pierna —puntualizó la fiscal. Hizo una pausa y, antes de continuar, miró fijamente a Clara—. Cuando me detuve en mi frenética carrera, lo hice frente a la cabina de teléfonos que estaba colocada en la esquina de la calle Goya con la calle Circunvalación. Tardé unos instantes en recuperar el aliento apoyada en la puerta de la cabina. Cuando me oriné encima, comprendí que no era capaz de dominar ni mis impulsos ni mi propio cuerpo. Me sentí como un despojo, sucia, inútil y sin valor. Me arrepentía inmensamente de dejarme llevar por el corazón y por mi rabia y haberme expuesto de una forma tan estúpida frente a aquel monstruo. Me sentí culpable, pero ese sentimiento no mitigó ni un segundo mi deseo de venganza hacia él. Aquel hijo de puta era responsable de mi desgracia y de la tuya, y quería que pagara por ello. Entré en la cabina y descolgué el auricular. No llevaba dinero encima,

pero sabía que con quien iba a hablar aceptaría una llamada a cobro revertido. Marqué el número de la operadora y me puso en línea. Llamé a tu padre, Clara. Le dije: «Soy Araceli, y el hijo de puta que ha destrozado la vida de Clara se llama Javier Soto y ahora está en una casa abandonada en el camino de tierra del Sanatorio. No tiene pérdida, es la segunda y tiene un pino en el patio». Colgué y me encaminé hacia mi casa.

—Pero ¿cómo se te ocurrió llamar a mi padre? —gritó horrorizada Clara—. Estás mintiendo solo para hacerme daño. Eso no es justo. Nadie te pidió que me defendieras ni que te enfrentaras a él. Lo que te pasó es muy triste, pero tú decidiste ir a la casa, nadie te obligó; te arriesgaste tú con un comportamiento temerario. No quieras manchar la memoria de quien no está. No tienes derecho.

—Tiene todo el derecho del mundo a explicar la verdad, igual que tú. Además, ¿qué cojones puedes decir tú de lo que es justo o no? Eres una mentirosa y manipuladora profesional —intervino Mayte con genio—. ¿Qué coño te crees? Tiene razón Araceli, solo te mueves por puto interés. ¿Qué pasa, que no te gusta lo que oyes? Has venido a tranquilizar tu conciencia y a descargar el peso de la culpabilidad de tus espaldas, y mira por dónde, te vas a marchar atada a un rosario de víctimas inocentes que arrastraste al desastre por tus mentiras y tu egoísmo. ¿Cómo tienes los cojones de decir que nadie le dijo que fuera a la casa? ¿Quién te dijo a ti que la engañaras y le mintieras?

—No digas eso, Mayte. No es verdad. Estoy sobrepasada, me cuesta asimilar toda esta información. No quiero dudar de vosotras, pero no puedo creerme que mi padre tuviera algo que ver en toda esta sórdida historia.

Mayte se sirvió un vaso de agua y se lo bebió de un trago, parecía querer tragar como fuera toda la bilis y la rabia que se le estaba acumulando en la garganta. Se mordió el labio inferior y movió la cabeza como si negara. Cogió aire y lo expulsó con una exhalación sonora y, sin dejar de mirar a Clara, comenzó a hablar con un tono áspero y duro. En su rostro se veía reflejada la rabia, la tristeza y la decepción, todo lo que ella siempre procuraba ocultar a los demás.

—Estaría dándote hostias hasta que se me durmieran las manos. Por un momento me creí la mierda esa de la conciencia y de sentirte en paz. Pero tú no cambias, aunque estés a las puertas de la muerte. Todos, escúchame bien, todos somos capaces de sacar lo mejor y lo peor de nosotros. Y gracias a tus mentiras y tus engaños para esconder tus mierdas, hiciste que algunas personas que te rodeaban, incluido tu padre, perdiéramos la humanidad y nos convirtiéramos en bestias. Nunca pensé que explicaría lo que pasó aquella puta noche, pero he de completar el relato, ya no hay vuelta atrás. ¡A tomar por culo todo! Vas a saber la verdad de tus mentiras.

—¿De qué hablas? —preguntó Araceli mientras Clara las miraba desconcertada y temerosa de lo que pudiera descubrir con las palabras de Mayte.

—Yo estuve allí aquella puta noche. Mi padre cerró antes la tienda, estaba preocupado por todo el follón de la Guardia Civil en Madrid. Vaya, como casi todo el mundo. Me dijo que recogiera, que limpiara la tienda y que no se me ocurriera salir a ningún sitio, que, al acabar, derecho para arriba. A mí, como era una ignorante e inconsciente, me importaba un huevo que unos picoletos

hubieran entrado a tiros en las Cortes. De hecho, no tenía ni puñetera idea de lo que eran las Cortes, no entendía de política ni tenía ningún interés en ella. Solo me importaba Javier. Hacía más de una semana que habíamos tenido una bronca de cojones, le monté un pollo y le dije que lo dejaba. Me habían venido con el chismorreó de que andaba tonteando con otra. Pero, como siempre he sido gilipollas, mi ataque de dignidad duró muy poco. Decidí probar suerte yendo a la casa para ver si estaba y hacer las paces. Llegué a la puerta, vi su moto dentro del patio y escuché el sonido de unas voces en el interior. Me asaltó la sospecha de que quizás estaba con otra y decidí dar la vuelta. Entré por el patio de atrás, ya que el muro estaba medio derrumbado; iba dispuesta a espiar por la ventana. Si lo pillaba con otra, estaba dispuesta a montar otro dos de mayo, ¡qué idiota era! La persiana de madera estaba bajada, pero se podía ver el interior por las láminas rotas. Javier estaba de espaldas a la ventana y lo oí decir:

«Ahora ya sabes lo que es un buen polvo con un hombre. Eso es lo que venías a buscar, ¿no? Tus otras dos amigas también lo han probado y les gustó. Pero a mí ya no me interesan. A la niña de papá de Clara le sobaban aires de grandeza, a la pirada de Mayte le falta clase y a ti te sobra mala leche y te faltan tetas. Espero no volver a verte más en mi camino, bollera. Si se te ocurre contar nada de lo que ha pasado esta noche aquí, te arrepentirás».

—No he podido olvidar nunca esas palabras —apostilló Mayte.

—¿Por qué no me lo has contado nunca? —preguntó Araceli sorprendida y preocupada por el resultado de ese relato.

—No quise hacerte más daño. Y en cuanto explique lo que pasó, lo entenderás todo. Ahora, llegado a este punto, lo mejor es que aflore todo. A la mierda con los secretos. Como os decía, por un momento no comprendí qué sentido tenía lo que estaba diciendo. Vi en el colchón a una chica con los muslos desnudos y ensangrentados, se la escuchaba sollozar mientras Javier hablaba y reía. Cuando la chica se levantó, vi que era Araceli. Me sentí morir. Me quedé aturdida, mareada, como si me hubieran sacudido una hostia monumental. —Se giró hacia Araceli con una expresión de enorme tristeza—. ¡Dios mío! Quería ayudarte, quise gritar, quise entrar a buscarte, pero no me podía mover, no era capaz de emitir ningún sonido, estaba paralizada. Lo siento, Araceli, lo siento, nunca me he podido perdonar no poder ayudarte en aquel momento. Debí sufrir un ataque de pánico o qué se yo —dijo Mayte dirigiéndose a la fiscal visiblemente emocionada.

—Ya no podías hacer nada. Tú eras tan víctima como yo —la tranquilizó Araceli.

—Me sentía como en mitad de una pesadilla, fuera de la realidad. La risa de Javier se cortó en seco y cayó al suelo mientras Araceli salía corriendo de la habitación. Traté de correr tras de ella, de llamarla, pero era inútil. Mi cuerpo no me respondía, mi voz no se escuchaba y mi consciencia parecía esfumarse. Noté cómo las piernas se me aflojaban, no me sostenían y caí al suelo. Me costaba respirar y todo me daba vueltas. No sé cuánto tiempo estuve tirada en el suelo, perdí la noción del tiempo. Solo una enorme náusea me hizo volver a la realidad. Con la siguiente arcada logré ponerme de rodillas, y con la tercera vomité hasta la primera papilla que me dio mi madre. Estaba jodida, desorientada y asustada. Cuando me levanté del suelo y alcé la vista, Javier estaba frente a mí. Parecía muy enfadado, llevaba el cinturón atado en la pierna porque se había hecho

un torniquete con él. Vi la sangre en el pantalón y me imaginé que Araceli lo había herido de alguna manera. Me agarró por el brazo y, a empujones, me hizo entrar en la casa. Cojeaba, pero eso no le hacía parecer menos peligroso. Estaba cabreado y drogado, estaba fuera de sí, parecía otro. Me empujó y caí al suelo. Me acurruqué en un rincón para protegerme, estaba muy asustada.

«Mira lo que me ha hecho la puta de tu amiga» y señaló la herida. «Estáis las tres locas. Tengo que pensar cómo solucionar todo esto. Y tú me vas a ayudar. Si sospechan en el hospital que es un apuñalamiento, vendrán los maderos a meter las narices».

—No abrí la boca para contestarle. Estaba acojonada perdida. No podía ni pensar. El muy cabrón se sentó en el sillón y se esnifó otra raya. Pensaría que aquella mierda le abriría la mente para encontrar una solución para salir del marrón donde se había metido. Yo deseé, cuando lo vi metiéndose la coca, que le diese un chungo y se quedara tieso porque sabía que después del tiro que se estaba metiendo todo iría a peor. Estuvo pensativo unos minutos y cuando empezó a hacer efecto todo el veneno que corría por su sangre, se levantó y se acercó a mí.

«Ahora mismo nos vamos a acercar al Sanatorio a urgencias. Les diremos que me he caído de la moto y que me he clavado un cristal. Tú apoyarás mi historia. Así no levantaré sospechas y no harán preguntas».

—Yo ni me moví.

«¿Estás sorda? Que te levantes, desgraciada. Vamos al hospital o me desangraré».

—«Espero que te mueras, hijo de la gran puta. Al único sitio que voy a ir es al cuartel de la Guardia Civil a denunciarte», le dije. No sé cómo me atreví a gritarle eso, creo que fue más por histerismo que por valor, porque estaba cagada de miedo. Me agarró por el pelo y comenzó a arrastrarme por el suelo en dirección a la puerta al tiempo que me insultaba. Yo intentaba zafarme, lo arañé y grité como una loca. Pensé, por un momento, que iba a acabar conmigo. En mitad de todo el forcejeo, de repente me soltó y, al caer, me golpeé contra el suelo. Desde esa posición, vi como Javier salía disparado y caía sobre el sillón. Cuando me incorporé y giré la cabeza, vi a tu padre, Clara. Había entrado con sigilo y le había dado un empujón tremendo a aquel maldito desgraciao. Javier, sorprendido y aún más enfadado, respondió con ferocidad y le gritó mientras se abalanzaba hacia él:

«¿Quién eres tú, viejo? Te voy a joder vivo».

—Golpeó a tu padre en la cara y el impacto del golpe lo hizo caer al suelo. El Indio intentó patearlo aprovechando su ventaja, pero con la pierna herida no pudo. Me sorprendió la agilidad y la fuerza que demostraba el señor Juan Manuel, pero imagino que la rabia que sentía le infundía coraje. De un salto, se levantó y le golpeó en la garganta con toda su fuerza. Solo cuando comenzó a manar la sangre me di cuenta de que tenía clavada en la garganta parte de una botella de cristal rota. Javier no gritó, solo emitió una especie de ronquido apagado justo después de que un borbotón de sangre se escapara de entre sus labios. Mientras se desplomaba, se sujetó el cristal con las dos manos, cayó de espaldas y se quedó inmóvil en el suelo. Nos miraba con los

ojos muy abiertos, habían desaparecido de ellos la crueldad, la ferocidad y el desprecio, solo reflejaban sorpresa y miedo. Sabía que estaba jodido, que se le había acabado la suerte. El señor Juan Manuel también parecía asustado y sorprendido por lo que acababa de hacer. No había dicho ni una sola palabra desde que había aparecido en la habitación, solo lo escuchaba jadear por el esfuerzo y me imagino que por la rabia. Yo continuaba al borde de la locura, me preguntaba cómo podía estar pasando todo aquello y si lo estaba viviendo o estaba soñando. Estábamos allí parados viéndolo agonizar, mirando aquel cuerpo que respiraba con dificultad, que emitía unos pequeños ronquidos cada vez más apagados y sordos, y no éramos capaces de reaccionar. Observábamos cómo la sangre de la herida se extendía empapando su camisa y su chaqueta y parecíamos mudos, sordos e incapaces de mover un músculo. Desde la puerta escuchamos un grito que nos sobresaltó e hizo que volviéramos, asustados, las cabezas. Era mi hermano Joaquín, que había venido a buscarme, enviado por mi padre al ver que no estaba en la tienda.

«¿Qué cojones pasa aquí? ¿Qué estáis haciendo, estáis locos? Me cago en mi puta vida, Mayte. Contéstame, hostias».

—Joaquín, gritándome, se acercó a Javier, y este, aunque estaba moribundo, lo reconoció y levantó una mano para suplicar su ayuda. Quinito se puso frente a mí, me agarró por los hombros y me sacudió con fuerza mientras seguía gritándome preguntando qué había pasado. Yo solo acerté a decir: «Ha violado a Araceli». Él me respondió enajenado: «¿Qué estás diciendo? No me jodas, Mayte». Y yo le repetí la verdad. «Yo lo he visto. Ha violado a Araceli».

Mayte mantenía los ojos clavados en Clara, que parecía incapaz de asimilar el relato de su amiga. Nunca pensó que su deseo para encontrar la paz la llevaría hasta aquel infierno.

—Quinito se transformó, jamás lo había visto así. No parecía humano, parecía una bestia salvaje. Se acercó a Javier y comenzó a patearle la cabeza con una furia y una fuerza descomunal. Con los dientes y los puños apretados por la rabia, gritaba:

«Te dije que no la tocaras. Te dije que a Araceli ni la mirases. Ella estaba prohibida pa ti, hijo de la gran puta».

—Fue el señor Juan Manuel quien lo apartó del cuerpo de Javier, y cuando Quinito se calmó, comprobamos que había dejado de escucharse la dificultosa respiración de aquel desgraciado. Ahora sí que estaba definitivamente muerto. Solo entonces escuché la voz de tu padre que, mirando fijamente el cadáver de Javier, dijo en voz baja: «Que Dios nos perdone». Pasaron unos minutos de desconcierto, pero mi hermano, de una forma inesperada, se puso al mando de aquel caos y nos dirigió para organizar todo aquel desaguizado. Con todo lo tontorrón y lo vivalavirgen que demostraba ser en la vida, aquella noche, después de su ataque de ira, mantuvo la cabeza fría y no dejó ningún cabo suelto. Envolvimos el cuerpo en unos plásticos que llevaba mi hermano en el coche y lo sepultamos en el pozo bajo una enorme capa de piedras y cascotes que estaban tirados y amontonados por el patio. Coronamos aquella tumba con un par de sacos de cemento en polvo que llevaba el señor Montes en la furgoneta. Quinito, con una goma, sacó gasolina de la moto de Javier y la esparció por el colchón, el sillón y por otras habitaciones de la casa. Subimos la moto del Indio a la furgoneta de tu padre, que sabía dónde deshacerse de ella y se hizo cargo

de hacerla desaparecer. Mi hermano prendió fuego a la casa para borrar cualquier prueba de lo que había pasado aquella noche allí. Estábamos tan asustados, tan confusos, que solo pensamos en ocultar los hechos. No nos despedimos, no nos dirigimos la palabra, cada cual se subió a su coche y se fue a su casa. No acordamos ni pactamos nada, pero todos sabíamos que ninguno iba a contar nunca lo que allí había pasado. Todos fuimos responsables y formamos parte de un secreto monstruoso que fue pudriéndonos por dentro. Mi hermano ya nunca fue el mismo, se convirtió en una sombra y entró en una espiral que lo llevó a morir tirado en una acera rodeado de meados y suciedad. Yo después de aquella noche me desprecié profundamente, era difícil dormir y vivir con aquella culpabilidad e intenté olvidar de la única manera que sabía, probando todo lo que me pudiera hacer sentir bien o que por lo menos me impidiera sentir. Joder, cuánta mierda se puede acumular en una vida.

—No puede ser verdad. Mayte, esto es una locura —dijo Clara abatida y desplomada en el sillón. El devastador relato de Mayte la había noqueado y era incapaz de reaccionar.

—Cuánto sufrimiento, cuánta tragedia. Nadie ha salido indemne de esta catarsis salvaje y despiadada —comentó Araceli, que cerró los ojos y apretó los puños de rabia.

Ninguna de las tres mujeres era ya capaz de llorar, ya no les quedaban lágrimas. La contundencia de los hechos, el inesperado y sorprendente relato de cada una de ellas sobre lo que había ocurrido las había desnortado y las mantenía sumidas en el desconcierto y la tristeza. Un silencio pesado y opresor se apoderó de la habitación, donde cada una de ellas intentaba encontrar en su interior las palabras adecuadas o las fuerzas suficientes para dar por terminado aquel trágico encuentro.

En mitad de aquel fúnebre silencio se escuchó el trasteo de unas llaves en la cerradura de la puerta principal. Se oyó como se descorría el cerrojo y, tras abrirse la puerta, sonaron unos pasos de mujer que se dirigían hacia el interior de la casa. Aquel ligero taconeo iba acompañado por el sonido opaco de un rodamiento. Las tres mujeres dirigieron sus miradas a la puerta del salón. Ante ellas apareció una mujer joven que aparentaba estar sobre los treinta años. Vestía informal, acorde con su edad, llevaba un chaquetón de paño rojo con pelo en el cuello, unos vaqueros y arrastraba una pequeña maleta. Su rostro era armónico y hermoso y lucía una larga y ondulada melena rubia. Soltó la maleta en la puerta y se dirigió sin perder un segundo de tiempo hacia Clara. Esta no podía disimular la sorpresa y el desconcierto que le había producido la presencia de la recién llegada.

—Hola a todas. Lo siento, mami, sé que no querías que viniera, pero no estaba tranquila. No podía permitir que estuvieras sola. Espero que no te enfades mucho conmigo. —La recién llegada abrazó y besó cariñosamente a Clara, que apenas podía disimular su azoramiento—. ¿Has llorado, mamá? ¿Pasa algo grave? —preguntó la muchacha al ver los signos del llanto en la cara de su madre.

Clara dudó unos instantes la respuesta y Araceli, que se había puesto en pie nada más aparecer la joven en la estancia, como si un resorte la hubiese empujado de su asiento, tomó la delantera en la respuesta.

—No pasa nada malo. Cuando las antiguas amigas se reúnen después de tantos años sin verse y aparece la nostalgia, siempre se acaba llorando. Es una prueba inequívoca de que nos estamos haciendo viejas. —Araceli acompañó a estas palabras con una sonrisa lobuna y en sus ojos azules escondidos tras las gafas se apreció un destello de emoción.

Clara observó la sonrisa de Araceli y el miedo, que empezaba a hacer acto de presencia en su ánimo, se transformó en pánico. Y se hizo patente en sus ojos.

—No te preocupes, Laura, porque te llamas Laura, ¿verdad? Todo está bien —continuó la fiscal parada frente a la chica mientras cogía la fotografía de las tres amigas y se la mostraba—. La naturaleza es extraordinaria, resulta increíble cómo dos seres humanos se pueden parecer tanto, aunque se trate de madre e hija y la carga genética asegure el resultado. Aquí los genes de tu padre han contado poco.

Laura cogió la fotografía y sonrió sorprendida.

—¡Somos iguales! Nunca me habías enseñado esta foto... —Su sonrisa se tornó bruscamente en un gesto de incredulidad, que hizo más patente y visible el lunar que tenía cerca de la boca—. Mamá, la chica del vestido rojo con la permanente no eres tú. ¿Qué significa esto? —preguntó angustiada.

Clara, presa del miedo, negó con la cabeza y miró a Araceli que, desafiante, permanecía de pie. La fiscal era consciente de que acababa de asestarle un golpe mortal a Clara, había desvelado el mayor y más oculto de sus secretos. Era el momento de su venganza y escuchó en su cabeza una de las célebres frases de su madre. Ojo por ojo, diente por diente. Clara estaba hundida y apenas podía dar una respuesta coherente. Araceli fue rápida, precisa y eficaz, pero no había tenido en cuenta a Mayte y a Laura, que en ese momento se habían convertido en daños colaterales.

—Mamá, por favor, ¿qué significa esto? Necesito una explicación —repetía Laura con los ojos abiertos como platos tras comprobar que la mujer rubia sentada al otro extremo del sofá, que apenas podía contener las lágrimas, tenía un lunar en la cara como el suyo y que, con toda seguridad, era la muchacha que sonreía divertida en el centro de la fotografía vestida de rojo.

—Te lo iba a explicar, lo iba a explicar, lo juro. Pero necesitaba un poco más de tiempo —repetía Clara en un estado de nerviosismo extremo.

Mayte parecía desplomada en el asiento, su boca y sus ojos abiertos expresaban sorpresa e incredulidad. Sus mejillas estaban surcadas por finas líneas negras, dibujadas por el efecto de las lágrimas al arrastrar el rímel de sus ojos. Solo con un susurro de voz se la escuchaba repetir: «Era una niña, era mi niña». Araceli agarró en una mano los abrigos y los bolsos y con la otra sujetó a su amiga y la levantó con fuerza. Mayte no ofreció resistencia, era como una muñeca de trapo, sin voluntad ni deseo.

—Maldita seas tú y esa monja del demonio. Espero que os pudráis las dos en el infierno. Me la robasteis —pronunció Mayte con un hilo de voz mientras Araceli la arrastraba hacia la puerta.

Madre e hija seguían sumidas en un desconcierto de preguntas sin respuesta, en medio de una escena insólita y surrealista. Araceli se paró en la puerta del salón y, sin soltar a Mayte del brazo, se dirigió a Clara.

—Os dejamos, creo que tenéis muchas cosas de que hablar. Sabes, antes hemos hablado de lo aficionada que era mi madre al refranero. Tenía una cita o un refrán para casi cada cosa. Ahora vendría que ni pintado uno de los que le había oído repetir muchas veces. Ella decía que la zorra muda de pelo, pero no de mañas. Y tú, querida Clara, siempre has sido muy zorra.

Salieron de aquella casa deprisa y sin mirar atrás. Confesar la verdad no las había liberado del peso de la culpa, pero sí del remordimiento de vivir en la mentira.

ARACELI Y MAYTE**La carta****27 de abril de 2016**

Araceli esperaba sentada sobre una especie de minidolmen de cemento totalmente pintarrajeado con grafitis. Esa atrocidad estética había sustituido, en un alarde de modernidad, al viejo banco de madera de la plaza Azorín. La fiscal, desde su incómodo asiento, como tenía por costumbre, observaba el ir y venir de la gente. Comparaba el estado actual de su barrio con la imagen que guardaba en su memoria. Recordaba aquella tarde de finales del mes de abril, pero de hacía más de cuarenta años, cuando compartió merienda y confesiones con su amiga Mayte en aquel mismo lugar. El escenario era el mismo, pero los actores y el atrezo habían cambiado notablemente. No se oían los gritos de la chavalería, los chicos ya no jugaban al fútbol ni a nada en la calle. Principalmente por la peligrosidad que entrañaba esa actividad con el volumen de coches que circulaba ahora y por la falta de tiempo del que disponen la mayoría de ellos al vivir encajonados en unos férreos horarios de actividades extraescolares. Como si un niño ocioso, que perdiera el tiempo jugando, estuviera perdiendo parte de su vida. Ella se recordaba con sus amigas o sus hermanas simplemente disfrutando juntas sin hacer nada especial. La gente que desfilaba ante los ojos nostálgicos de Araceli conformaba un mosaico multicolor y variopinto de razas, colores y credos, inimaginable en su niñez. Ella, hasta los dieciséis años, no había visto en carne y hueso a un hombre de raza negra, y aquello supuso una revolución en el barrio. Lo que había proliferado considerablemente, pero no solo en su barrio, era la presencia de perros y, sobre todo, de sus incívicos dueños. Porque allí donde mirases podías distinguir muestras orgánicas de esos animales, cacas abandonadas y esparcidas como si formasen parte del mobiliario urbano. Ese asunto cabreaba y asqueaba especialmente a la fiscal. El incivismo era un virus que se extendía y se contagiaba con más rapidez y eficacia que el de la gripe. La arena y la tierra de la plaza habían desaparecido; la superficie del parque estaba tapizada con una especie de suelo de caucho que amortiguaba las caídas de los niños. El extravagante pensamiento que cruzó por su cabeza la hizo sonreír. Pensó que quizás los niños de hoy eran de peor calidad, dureza y resistencia que los de su generación. Sobre el seguro y negro tapiz, el oxidado y chirriante columpio había dejado paso a una estructura de madera y hierro, formada por escaleras, cuerdas, rampas y barras que, a los ojos de Araceli, parecía más una casa para monos que un aparato para que jugasen los niños. Pero eso no era más que su opinión y, en todo caso, una opinión carente de experiencia en ese ámbito. No había tenido hijos y su experiencia personal como niña estaba desdibujada y muy distante en el tiempo.

Esperaba tranquila, disfrutando del sol de la primavera que provocaba en ella una sensación de renacimiento tras un invierno frío y duro. Y no mantenía esa percepción solo por las

inclemencias climatológicas. Habían transcurrido cinco meses desde que, sin desearlo ninguna de las tres amigas, desencadenaron la desolación con la apertura de su caja de Pandora particular. Y dejaron aflorar sus miserias y sus secretos más ocultos e inconfesables. Desde entonces, entre Araceli y Mayte apenas se habían intercambiado algunos mensajes a través del móvil. Ambas necesitaban tiempo para procesar lo ocurrido, recapacitar y afrontar el presente y el futuro desde el conocimiento íntegro de la verdad.

El saludo y la voz de Mayte la sobresaltó y dio un respingo.

—Hola, señora fiscal. Coño, no te asustes, para una vez que llego a la hora —dijo riendo Mayte.

—Hola, señora frutera. Estaba distraída y me he sobresaltado. Pensaba que esto ya no se parece al viejo barrio. Bueno, tampoco nosotras nos parecemos a las que fuimos. El tiempo pasa imparable.

—Hablas como las viejas, Araceli.

Se saludaron con un par de besos y se sentaron una al lado de la otra en aquel pedrusco de desafortunado diseño.

—¿Cómo estás, Mayte? Hace mucho que no nos veíamos en persona.

—Desde noviembre del año pasado. Desde el día D a la hora H, así llaman los militares al día que se produce el ataque, ¿no? Te podría decir que estoy de puta madre, pero no sería verdad. Estoy jodida y no dejo de darle vueltas a la cabeza.

—Te entiendo perfectamente. Sabes, me he arrepentido muchísimo de mi comportamiento egoísta y vengativo de aquel día. Cuando apareció Laura, fue como una revelación. Uní todos los cabos de forma instantánea, su increíble parecido físico contigo, la ocultación de su existencia por parte de Clara, el fallecimiento que tú misma me habías contado de tu primer hijo y, sobre todo, la cara de desesperación de Clara me hicieron llegar a la conclusión de quién era Laura realmente. Y, como de costumbre, me dejé arrastrar por mis instintos y mi deseo de venganza y no fui capaz de pensar que ni tú ni Laura merecáis aquel holocausto. Yo deseaba dañar a Clara, pero os jodí a todas. Eso me duele mucho.

—Pues sí, aquello fue una locura. Yo todavía estoy intentando encontrar una razón para la actitud de ambas. Nunca hubiera pensado que Clara pudiera ser tan retorcida y mala. Y que sor Bernardina obrase de esa manera. Cuántas barbaridades habrá hecho esa monja movida por su actitud de creer que era la mensajera de Dios. Cuánta crueldad escondía detrás de su misericordia, interviniendo en la vida y el destino de los demás. Bueno, me parece que estamos las dos hechas una piltrafa y es el momento de darnos un pequeño homenaje. En las pelis americanas se ponen ciegos de helado, pero yo soy fiel a nuestras costumbres.

Abrió el enorme bolso que estaba a sus pies y sacó una caja de donuts que puso entre ambas. Y un par de latas de Coca-Cola, que todavía se mantenían frescas, y le ofreció una a la fiscal que sonreía sorprendida.

—Eres una loca, Mayte.

—Vamos a merendar, Cerebritito. Démonos un respiro y volvamos a ser por unos instantes las chiquillas alegres y tontas de ayer. Lo bueno es que los donuts son tiernos del día; lo menos bueno es que nos tendremos que conformar con esta mierda de latas. No he encontrado coca-colas en botella de vidrio. Y a mí me sabe diferente, muchísimo mejor. Este envase será más práctico y cómodo, pero le quita encanto. Me imagino que te siguen gustando los donuts y las coca-colas, ¿verdad?

—Cuando las tomo con una vieja amiga, sí, pero tienes que reconocer que es una guarrería —dijo la fiscal sonriendo.

—Guarrería de cojones, pero a tomar por saco los triglicéridos. ¿Qué tal está Irene? Tu madre me imagino que sigue en sus trece. ¡Qué porculeros son nuestros viejos! —dijo al tiempo que soltó una carcajada.

—Desde luego, no te falta razón. Mi madre insiste en ponerlo todo muy difícil, pero ahora intentamos que nos afecte menos. Irene está bien, gracias por preguntar. Le conté el incidente que tuve con... Bueno, le conté que me violaron y que nunca lo denuncié. Después de explicarlo aquella tarde, tuve la fuerza de poderlo hablar con ella.

—Espero que por lo menos te sirviera para dejarlo atrás y olvidarte de todo.

—Pues sí, me sinceré a medias con mi mujer, pero creo que no necesita saber más. A veces saber la verdad no resulta liberador —reflexionó Araceli.

—Desde luego, pero me alegro de que le contaras lo que te pasó. Farrokh está al corriente de la existencia de Laura. Cuando llegué ese día, estaba hecha un pingajo. Y le expliqué que había descubierto que el hijo que se me murió estaba vivo. Hemos hablado largo y tendido. Me ha dicho que estará a mi lado si decido aclarar todo lo que pasó con Laura. Aunque yo todavía no estoy segura de qué hacer. Tengo miedo. Cada día estoy más convencida de que es un santo porque, si fuera al contrario, yo no sé si aguantaría tantas sorpresas. Tengo mucha suerte.

—Te lo mereces.

Se miraron con cariño, con una infinita indulgencia y tras brindar de forma un poco teatral, ambas dieron un largo trago a la lata.

—Hemos ingresado a mi padre en una residencia. La situación en casa era insostenible, él necesitaba unos cuidados profesionales y nosotros un poco de paz. El jodido Joaquín Bermejo es indestructible, parece hecho de criptonita.

Las dos mujeres rieron. Cada una cogió un donut y comenzaron a degustarlo con calma, paladeando la blandura de su masa y el tacto terroso del azúcar de cada bocado.

—Sabes, Araceli, si me hubieras tirado los tejos a mí en vez de a la pija, creo que otro gallo nos hubiera cantao. Yo he sido siempre una todoterreno y dispuesta a probarlo todo, además de que

siempre he estado buenísima, a la vista está. Estuviste torpe, nena —dijo Mayte divertida nada más tragar el último bocado.

—Pues ahora que lo dices, igual tienes razón. Nunca se sabe. De lo que no tengo ninguna duda es de que tú siempre has sido la mejor de las tres, y, además, con diferencia. —Hizo una pausa y antes de continuar, sonrió con picardía—. Pero como diría la vieja Neus, siempre has sido una miqueta ligerita de cascos.

—Y tú una beatona del copón —respondió Mayte.

—Después de este intercambio de cariñosos adjetivos, me gustaría explicarte el motivo que nos ha traído aquí. Aparte, claro, de verte y pasar un rato contigo. He recibido una carta en fiscalía, venía a mi atención, pero está dirigida a las dos. Creo que tienes que leerla.

Araceli abrió el bolso y sacó un folio doblado y manuscrito que entregó a su amiga. Mayte rebuscó en el suyo, sacó las gafas de cerca, se las puso e inició la lectura.

«Soy Laura Iturbe Montes, hace dos semanas que ha fallecido mi madre Clara Montes. Las circunstancias en que nos conocimos fueron desconcertantes, inesperadas, devastadoras y muy dolorosas para mí, y creo que para vosotras también. Aquel día, mi madre me dio una serie de explicaciones, que dadas las circunstancias y por el respeto y el cariño que le tenía, consideré como suficientes. Dada la situación, no quería aumentar la tragedia que en aquellos momentos vivía mi madre. Clara Montes fue la persona que me crio, me cuidó y me consta que me quiso mucho; fue mi madre y, para mí, fue una buena madre. Sin embargo, no tengo muy claro cómo fue como persona, pero intuyo que las cosas no fueron como ella contaba, aunque ahora ya no tiene demasiada importancia. Tampoco tengo muy claro quién soy yo verdaderamente ni cuál es mi verdadero origen. No quisiera irrumpir en la vida de nadie ni importunaros, pero creo que sois lo único real que existió en la vida de Clara y la única fuente donde encontrar la verdad. Mi vida ha sido segura y confortable, pero se ha desarrollado en mitad de una enorme mentira. Quisiera hablar con vosotras y especialmente con Mayte Bermejo, porque estoy convencida de que es tan víctima como yo. Es difícil, si no imposible, saber a dónde vas si no sabes de dónde vienes. Al pie de esta carta he anotado mi número de móvil, estaré encantada y agradecida si decidís hablar conmigo.

Un saludo.

Laura Iturbe Montes».

Mayte, con los ojos húmedos de la emoción e intentando contener el temblor de sus labios y su barbilla para evitar romperse, dobló la carta y miró a su amiga.

—No he dejado de pensar en ella. Pero no sabía si Laura desearía saber nada de mí. No sé si me creará. Mi niña ha vivido en un mundo muy diferente del mío.

—Pues ahí tienes, creo que deberías llamarla. Ella sí parece que quiere saber de ti. Esta es la oportunidad de empezar las cosas bien y, de alguna manera, rectificar la obra de esas dos egoístas y miserables que fueron Clara y sor Bernardina.

—Joder, estoy temblando. No sé qué voy a decirle.

—La verdad, aunque no sea bonita. Que es tu hija, que siempre la quisiste. Y que la que fue su madre junto con una monja que se creía poseedora de la verdad y la justicia te la robaron y te engañaron. Eso es lo que ella necesita saber. Que las cosas no te fueron bien, pero que remontaste y que ahora estás aquí dispuesta a conocerla y que te conozca. No necesita todos los detalles.

—Te refieres a lo que pasó en la casa del camino del Sanatorio —dijo Mayte con una expresión angustiada.

—Lo único que yo recuerdo de aquella apestosa casa es que tú te encogorzabas cuando íbamos y hacías el ridículo más espantoso —respondió con una sonrisa—. Todos aquellos secretos han desaparecido de la misma forma que lo ha hecho Clara Montes, están enterrados con ella para siempre. Y nunca más volveremos a hablar de ello. Venga, llama.

—Gracias, Cerebritito.

Mayte sacó su teléfono móvil del inmenso bolso que mantenía a sus pies y marcó el número escrito en el folio. Tras unos segundos de espera, descolgaron y respondieron al otro lado de la línea.

—¿Laura? Soy Mayte... Mayte Bermejo.

FIN